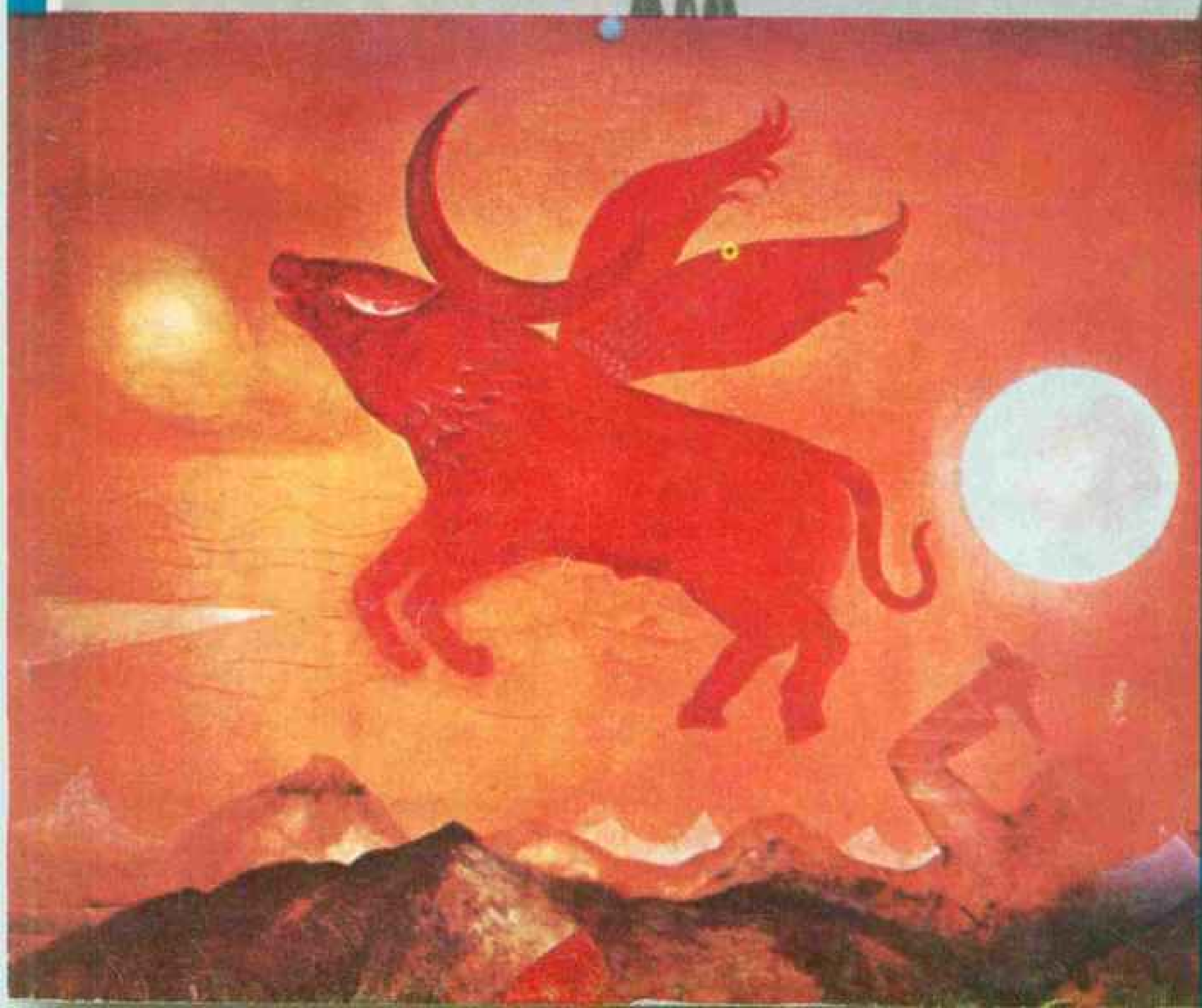
TIEMPO de HISTORIA

INDICE números 26 al 50

AÑO V • NUM. 52 • 100 PESETAS

EL FINAL DE LA REPUBLICA

SUBLEVACION EN CARTAGENA



POESIA EN GUERRA Y GUERRAS DE LA POESIA

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Ricardo Lorenzo Sanz

Borges: Entre tigres y rosas

Borges: Unos ojos sin luz, que sólo pueden leer en las bibliotecas de los sueños...

SUMARIO



AÑO V • NUM. 52 • MARZO 1979 • 100 PESETAS



PORTADA: El 5 de marzo de 1939 cae el telón sobre el último acto de la Guerra Civil española. El testimonio de Artemio Precioso realza la evocación del «último día» de la República. (En la fotografía, el crucero «Miguel de Cervantes» a su llegada a Bizerta). Fragmento del cuadro de Antoni Tápies «Homenatge a Federico García Lorca» (1951).



LOS CERDOS DEL COMANDANTE: La dolorosa experiencia vivida a través de un itinerario de horrores: Mauthausen, Bergen-Belsen, Buchenwald... Por los prisioneros republicanos españoles de los nazis, recogida por Pons Prades y Mariano Constante en un libro alucinante, supone una reflexión, amarga y lúcida, sobre el destino de una minoría de compatriotas que, de alguna manera, representó lo mejor de España, su honor y su heroísmo, durante la II Guerra Mundial.

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA:** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M.36.133–1974. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 108.

El final de la República:

Sublevación en Cartagena

Pedro Costa Morata

«OTRO capítulo esperpéntico», dice Manuel Martínez Pastor, el primer historiador de los hechos en torno al 5 de marzo en Cartagena; otro reflejo de la «turbia, confusa y motinera» historia de la ciudad; un acontecimiento, ni el primero ni el último, ribeteado aparatosamente de ese particularismo crónico de la antigua, estratégica, luminosa, ardientemente mediterránea Cartagena. En general, los historiadores de la guerra civil en España dedican breves líneas al episodio. Solamente Martínez Pastor, cartagenero lúcido y equilibrado, y Luis Romero, novelista histórico meritorio, han atacado meticulosamente el tema. El trabajo del primero, «Cinco de marzo de 1939. Cartagena» (1), es una búsqueda minuciosa de todos los testimonios de primera mano; era 1968 y muchos de los protagonistas vivían, aunque no todos hablaban lo suficiente. La obra de Romero, «Desastre en Cartagena» (2), recoge el libro anterior y abundante material literario y testimonial para dar una descripción, sólo técnicamente novelada, del máximo interés. **Pedro Costa Morata** *ha entrevistado a uno de los protagonistas de las jornadas cartageneras, el entonces mayor de milicias* **Artemio Precioso,** *que mandó la 206 Brigada Mixta del Ejército de la República con la misión, cumplida en breve pero denso espacio de tiempo, de sofocar la rebelión y mantener Cartagena junto al Gobierno legal.*

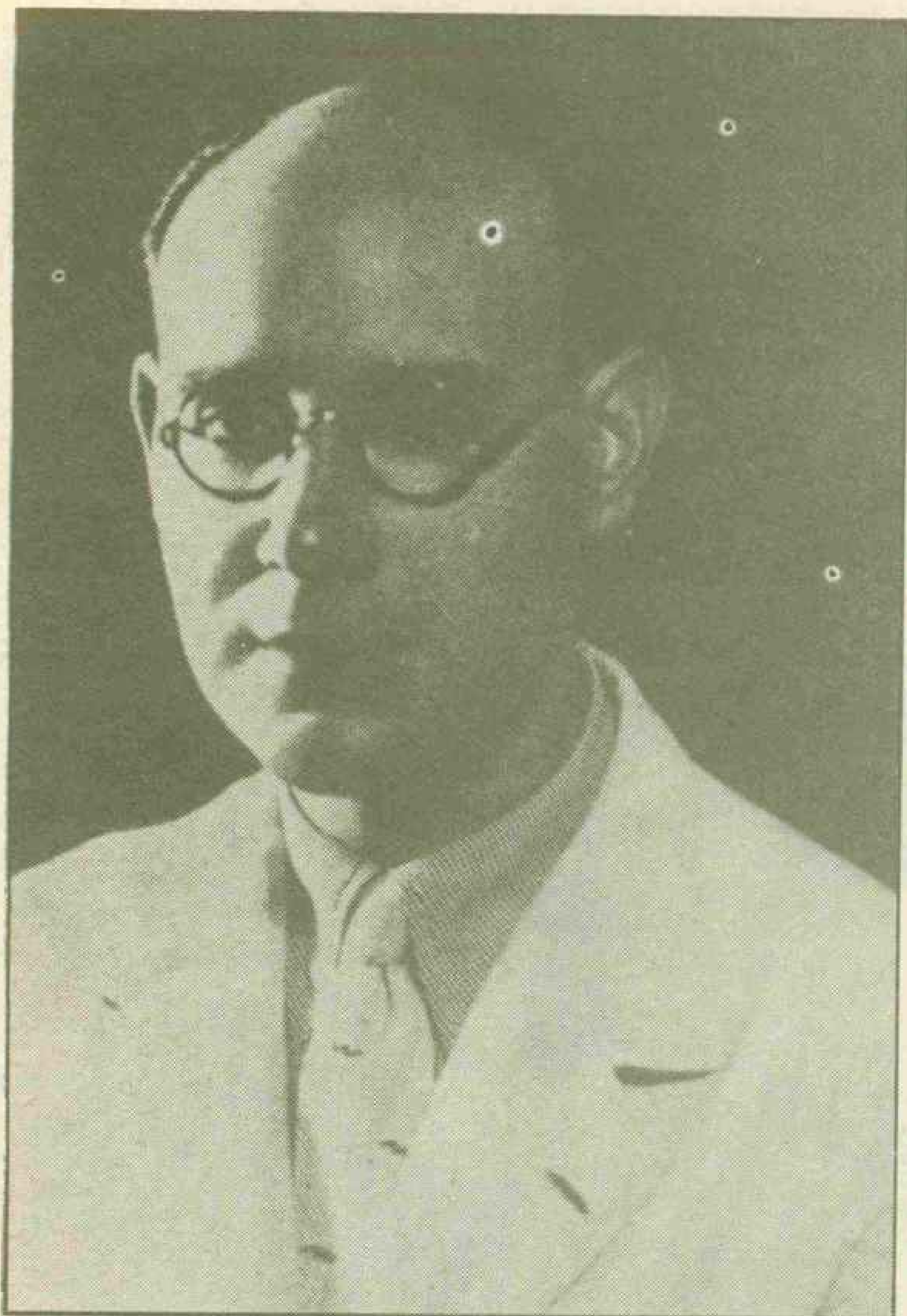
(1) Edición del autor. Plaza de Juan XXIII. Cartagena, 1969.
(2) Editorial Ariel. Barcelona, 1971.

A las 11 de la noche del sábado 4 de marzo de 1939, la mayoría de los jefes militares de la base y guarnición de Cartagena se declaran opuestos al Gobierno del doctor Negrín e inician la toma del control de todas las unidades e instalaciones. Encabezan la sublevación Fernando Oliva, jefe de Estado Mayor de la base, Gerardo Armentia y Arturo Espa, jefe y segundo jefe del regimiento de artillería de costa; Norberto Morell, jefe del Arsenal; Vicente Ramírez, jefe de Estado Mayor Mixto... Previamente, han intentado que el general de Ingenieros Carlos Bernal, jefe de la Base, encabece la sublevación; al no tener resultado, Vicente Ramírez toma el mando, a la espera de encontrar alguien más cualificado, de mayor graduación o de prestigio. El sargento Calixto Molina hace de enlace entre los militares y los civiles (falangistas, franquistas o ambas cosas a la vez y revueltas), trabajo que tiene

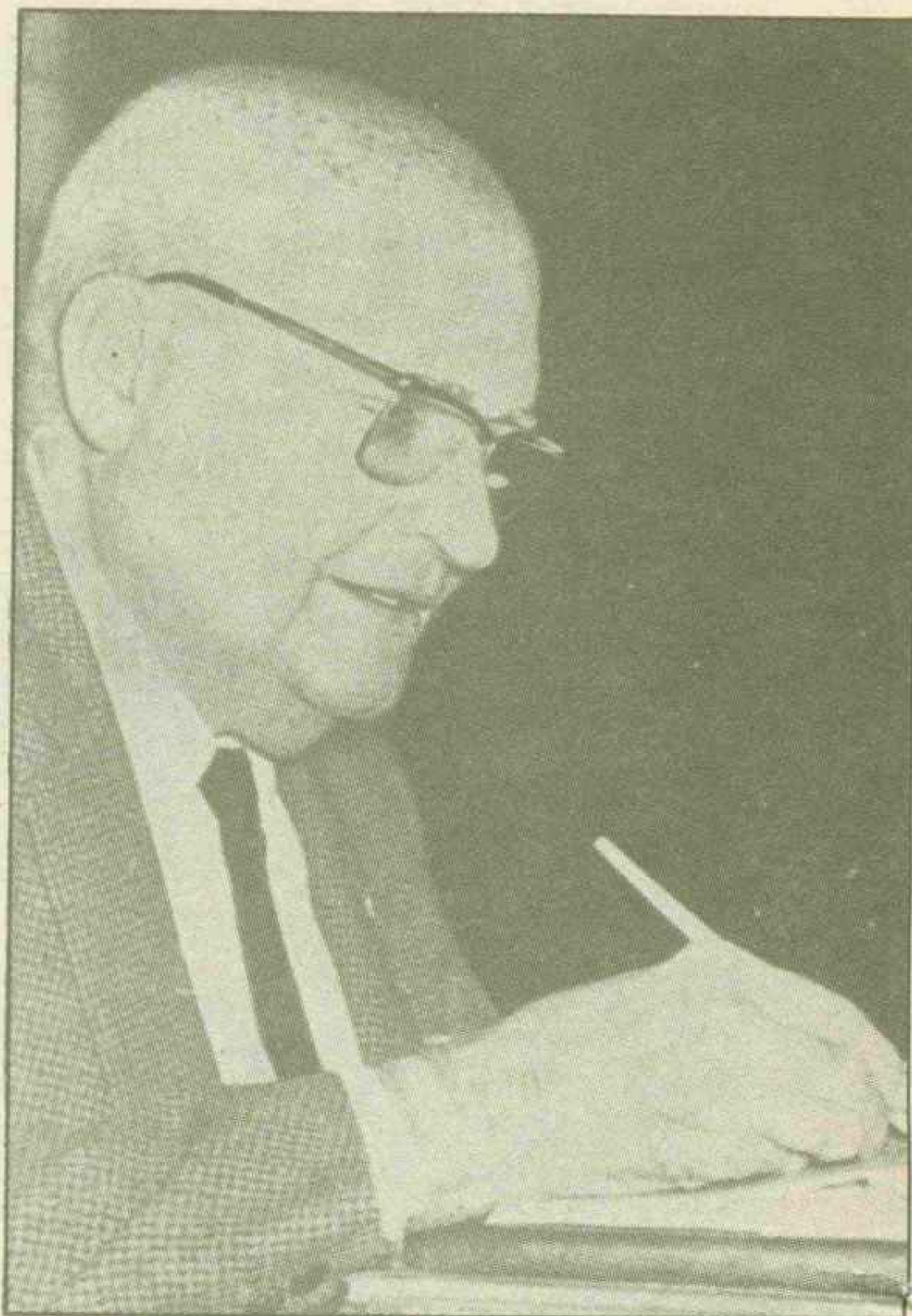


Artemio Precioso. (Foto de Ramón Rodríguez).

encomendado desde semanas antes, desde que muchos «desilusionados» y muchos «realistas» van socavando el espíritu de resistencia con la argumentación de que hay que acabar pronto con la guerra fratricida. Las figuras más destacadas, de entre los civiles, son Antonio Bermejo, médico odontólogo; Antonio Ramos Carratalá, director de la Caja de Ahorros; José Sánchez Rosique, etc. Todos ellos se encuentran, en el momento de la rebelión, en la cárcel local, a donde han ido a parar una vez conocidas sus actividades antirrepublicanas. La flota republicana, fondeada en el puerto, está al mando del almirante habilitado Miguel Buiza, y conserva una parte muy importante de las unidades navales con que se contaba al principio de la guerra. Pero Buiza hace tiempo que piensa en desentenderse de la guerra y sigue con atención los movimientos de los casadistas y anti-Negrín. El día 27 de febrero, el



Antonio Bermejo Sandoval, principal cabecilla civil de la sublevación.



Antonio Ramos Carratalá, director, entonces, de la Caja de Ahorros. Todavía hoy, el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia lleva su nombre. El actual director general de esta Caja, Francisco Oliver Narbona, ya figuraba entre los conspiradores.

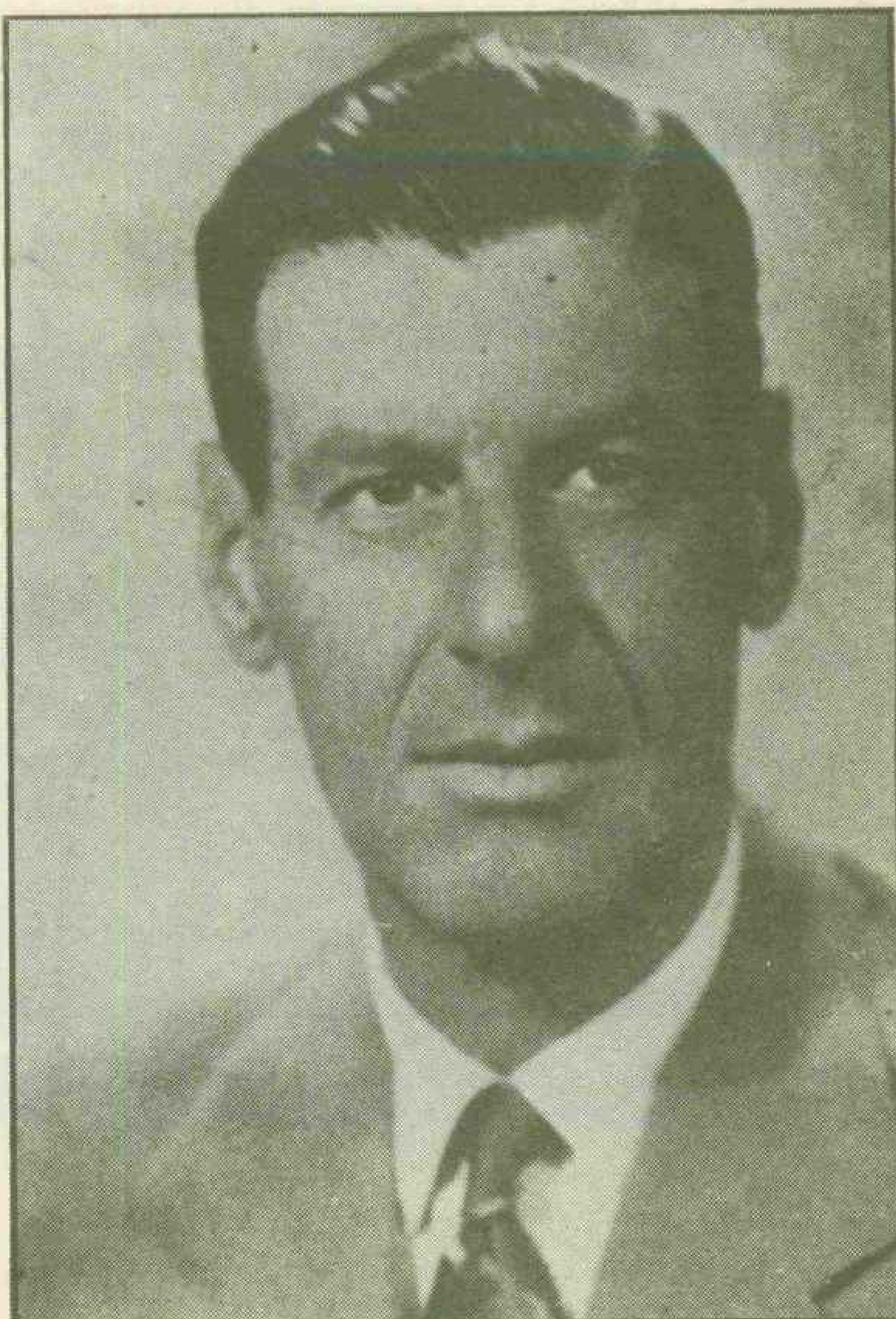
jefe de Gobierno había citado en la base aérea de Los Llanos a todos los jefes militares para conocer su opinión sobre la evolución de la guerra; asistía Buiza y, desde entonces, no ha dejado de estar pendiente de la actitud de los militares partidarios de finalizar la guerra. De hecho, el día 2 de marzo, el Almirante reunió a los jefes de los buques a su mando y les puso al corriente de lo que se gestaba. «No habría otro Cavite», parecía ser la consigna entre gran parte de la oficialidad y la marinería. Buiza se consideró libre de actuar «en conciencia» cuando, desde la Agrupación de Ejércitos, le informaron que el movimiento anti-Negrín no cuajaba.

El detonante inmediato de la sublevación surgió cuando Negrín, que estaba perfectamente al corriente de lo que se entretejía en Cartagena, nombró para sustituir al general Bernal al teniente coronel Francisco Galán, comunista, a quien se le ordenó tomara posesión inmediata de su destino, con la ayuda de la 206 Brigada, muy curtida en el combate, que mandaba Artemio Precioso. El nombramiento fue considerado como un «golpe comunista» y como gesto inamistoso. Los militares intrigantes decidieron no aceptar a Galán, y cuando llegó a Cartagena fue detenido. La evolución de los acontecimientos en la ciudad, que cayó prácticamente entera en manos de los insurrectos, y las instrucciones insistentes del mismo Negrín, en el sentido de evitar cuanta sangre se pudiese, hicieron que Galán negociara y aceptara dimitir, a su vez, mientras Precioso iniciaba su tenaza sobre los cuarteles y baterías sublevadas.

Al mediodía del 5 de marzo, las dudas se disiparon sobre la Flota y Buiza ordenó la salida de la rada. Galán iba a bordo, después de un forcejeo dramático entre Bruno Alonso, comisario socialista de la Flota, y los oficiales que retenían a Galán. Tras una última vacilación en alta mar, los buques republicanos se internaron en aguas de Africa, yendo a parar, por instrucción de las autoridades francesas, a la base de Bizerta. Los sublevados recurrieron al general retirado Rafael Barrionuevo como jefe de la insurrección, y éste inició desde el primer momento un diálogo radiotelegráfico ininterrumpido con el Cuartel General de Franco en Burgos, hasta caer en manos de la 206 Brigada. Gerardo Armentia, republicano de convicción, comprobó pronto cómo la revuelta no era simplemente «pacifista», sino



General retirado Rafael Barrionuevo, que asumió el mando de la rebelión y se puso inmediatamente en contacto y a las órdenes de Franco.



Arturo Espa, teniente coronel y segundo jefe del Regimiento de Artillería de Costa número 3. Fue el militar más destacado en la lucha contra las tropas leales, al mando de las baterías de costa.

que se enmarcaba en un ámbito netamente nacionalista y franquista. Después de saber que muchos de los que la habían empujado resultaban franquistas, acusó claramente la decepción y murió enfrentándose con los primeros combatientes de la 206 Brigada que entraron en el Parque de Artillería. Con esta excepción, ninguno de los otros jefes militares o de los cabecillas civiles acabó malamente.

Del lado nacionalista, pronto se organizó una operación de desembarco, con las noticias excesivamente optimistas que recibían de Barrionuevo. Según se acercaban los buques nacionalistas a las aguas de Cartagena, para desembarcar en la ensenada próxima de Portman o, si se terciaba, entrar en la ciudad desde los propios muelles interiores, las baterías que llenan las alturas circundantes iban pasando a control de las fuerzas republicanas. El «Canarias» no osó acercarse demasiado, pero el mercante «Castillo de Olite», que actuó incomprensiblemente, fue echado a pique, produciéndose una verdadera mortandad. En tres días escasos Cartagena volvió a poder de la República, cuando ya nada podía modificar el curso de la guerra. La transición a la paz, sin embargo, era ya bastante más difícil.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

TH.—¿Qué sentido tenía la acción militar de la 206 Brigada?

AP.—Aunque la orden que recibí en Buñol indicaba solamente que la Brigada debía ponerse a las órdenes del jefe de la base naval de Cartagena, creo que quien dio la orden pretendía que la presencia o intervención, de la Brigada impidiera la sublevación y la deserción de la flota republicana, conservando el puerto en poder de las fuerzas leales al gobierno legal, es decir, al gobierno Negrín.

—¿Por qué no se lograron todos estos objetivos?

—Porque la orden de desplazamiento se dio con evidente retraso, lo que sería consecuencia de la indecisión y vacilaciones de Negrín. Cuando la Brigada llegó a los alrededores de Cartagena, en la mañana del día 5 de marzo, la guarnición estaba ya sublevada. Además, creo que el coronel Galán, que había sido nombrado el día 3 de marzo nuevo jefe de la base naval, cometió la imprudencia de me-



Juan Negrín, presidente del Consejo de Ministros, charlando con el coronel Cordón. Negrín fue depuesto por la Junta de Casado en la noche del 5 al 6 de marzo, en plena sublevación cartagenera.

terse en la boca del lobo antes de que la Brigada llegara a Cartagena.

—¿Cuándo y quién dio la orden de desplazamiento a tu Brigada?

—La orden me llegó en la tarde del 3 de marzo transmitida por el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la zona Centro-Sur. Años más tarde, en Praga, el general Cordón me dijo que fue él quien decidió su desplazamiento.

—La sublevación de Cartagena aparece muy relacionada con la del coronel Casado. ¿Qué opinas del golpe de Casado y de la actuación de su llamado Consejo Nacional de Defensa?

—Independientemente de las intenciones de Casado, Besteiro, Cipriano Mera y demás golpistas, los resultados de su sublevación fueron catastróficos. Ellos son los principales responsables del trágico final que tuvo la guerra para los republicanos. Las fobias son siempre funestas, y su fobia anticomunista debió nublarles el juicio.

—¿Crees que la zona republicana tenía aún posibilidades militares a principios de marzo de 1939?

—Perdida la batalla de Cataluña, la República no tenía en marzo de 1939, salvo un giro favorable de la situación internacional, posibilidades de victoria militar. Pero en la zona Centro-Sur el ejército republicano contaba con unos trescientos mil hombres, dotados de aviación, tanques y artillería. Había muchas unidades que, como la 206 Brigada, tenían aún gran capacidad combativa. Con estas fuerzas se podía haber organizado una defensa elástica, combinada con algunos contraataques, replegándose ordenadamente sobre los puertos de Valencia, Alicante y Cartagena, lo que hubiera dado tiempo a organizar con la flota y barcos extranjeros una evacuación más amplia y, posiblemente, con respaldo internacional. La sublevación de Casado no ahorró víctimas, las aumentó, y dio a la guerra el peor final que puede tener una lucha armada: la traición. Algunos componentes del Consejo casadista debieron darse cuenta de su trágico error al comprobar el trato humillante que dio el general Franco a los emisarios que fueron en avión a Burgos. No podía negociarse una paz colocándose previamente en el fondo del pozo. Derrocar al gobierno Negrín, escindir al ejército y sembrar la confusión, suponía privar a la República de sus posibilidades de defensa.

—¿Cómo explicar que el Partido Comunista que tanta influencia tenía en el ejército no fuera capaz de impedir, o de sofocar rápidamente, la sublevación de Casado?

—A esta cuestión no se ha dado todavía una explicación convincente. Yo tampoco puedo darla. Es una página oscura que los historiadores deberían aclarar mientras vivan algunos de sus principales protagonistas. Es cierto

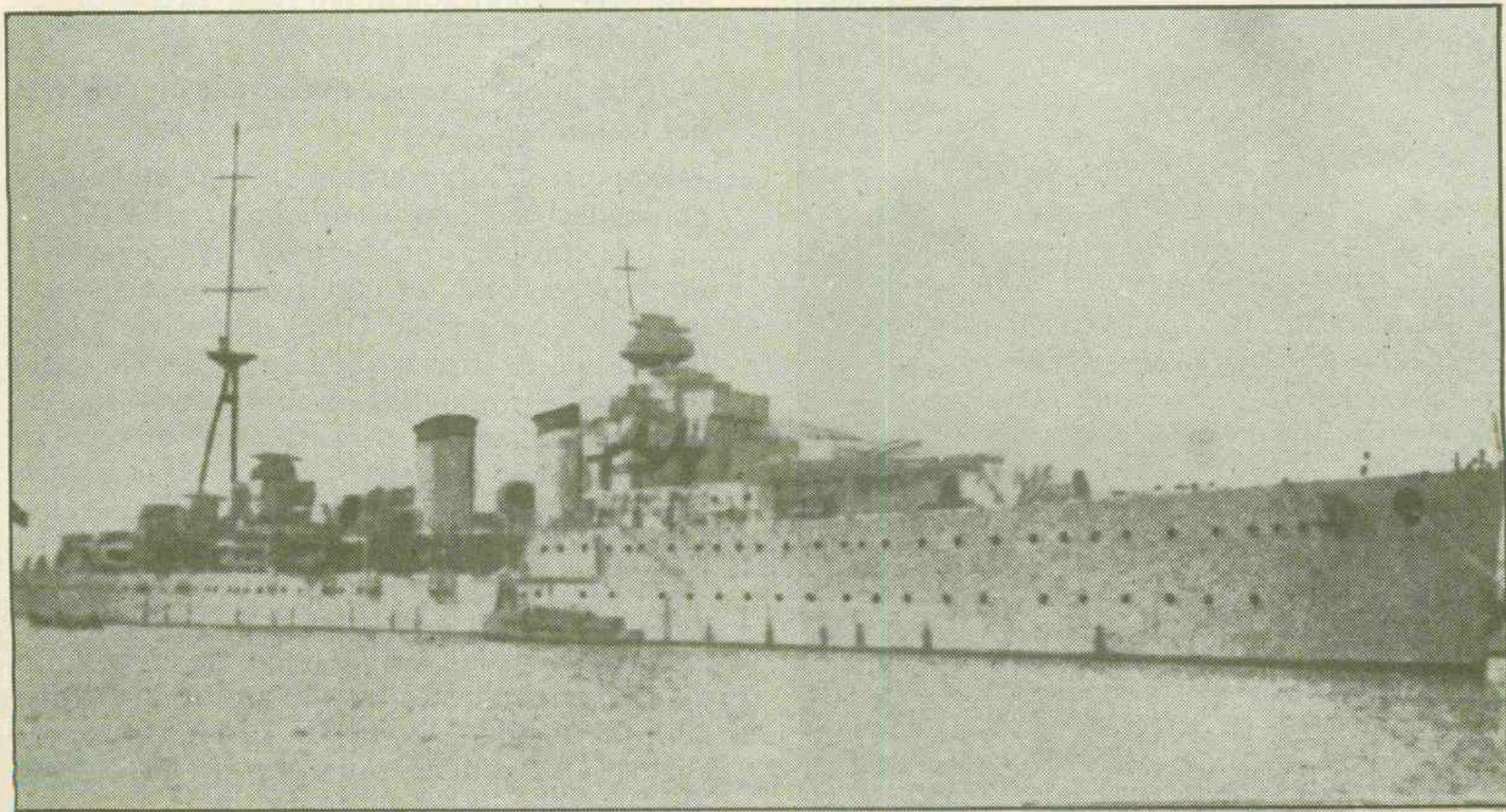
que su acertada política militar y la ayuda de la URSS dieron al PCE una gran influencia en el ejército republicano. Por ejemplo, de los cuatro jefes de cuerpo de ejército que tenía el Ejército del Centro, mandado por el coronel Casado, tres (Barceló, Bueno y Ortega) militaban en el Partido Comunista, y sólo una (Cipriano Mera) era anarcosindicalista. Varias unidades mandadas por comunistas se opusieron al golpe casadista, pero sin éxito. Claro que las posibilidades de reacción del PCE estaban entonces limitadas por el gran deterioro de la situación política.

—¿A qué deterioro te refieres?

—Para responderte tendría que referirme a toda la marcha de la guerra civil en la zona republicana. Comentaré sólo un hecho, a mi juicio, clave: la crisis ministerial de mayo de 1937, en la que Largo Caballero fue sustituido en la jefatura del Gobierno por el doctor Negrín. A pesar de sus limitaciones y errores, el Gobierno de Largo Caballero tenía en su haber muchas cosas positivas, y él era entonces la personalidad más idónea para mantener el difícil equilibrio entre las tres fuerzas decisivas para la lucha armada: el PCE, la fuerte ala izquierda del PSOE y los anarcosindicalistas. Aunque el que formó Negrín siguió siendo formalmente un Gobierno de coalición, el Frente Popular quedó virtualmente roto. El comportamiento del PCE durante la gestación y solución de esta crisis abrió un abismo entre este partido y la gran mayoría del PSOE, abismo que ha durado décadas. Los acontecimientos posteriores y, sobre todo, el caótico final de la guerra, no justificaron la formación del Gobierno Negrín, aparentemente más eficaz, pero que significó la ruptura de la unidad antifascista. Desde marzo de 1937 la situación política se fue deteriorando, a lo que contribuían, naturalmente, los reveses militares. En marzo de 1939, a pesar de su gran influencia en el ejército, el PCE estaba políticamente aislado. A mí la historia me interesa, principalmente, como fuente de enseñanzas para el presente y futuro, y creo que el PCE no ha sacado aún las debidas conclusiones de éste, que a mi juicio fue el mayor error de la dirección del PCE y de sus consejeros extranjeros durante la guerra civil. Al leer algunas de las declaraciones hostiles al PSOE hechas por Santiago Carrillo después de junio de 1977, me pregunto si la dirección del PCE va a reincidir en los mismos errores de marzo de 1937. Una cosa es criticar lo que se consideren equivocaciones del PSOE, y otra adoptar una actitud de agresividad sistemática hacia los socialistas. Creo que actualmente, como durante la guerra, la democracia española necesita la colaboración entre el PCE y el PSOE.

—Tú estuvistes emigrado en la URSS, ¿se discutió el final de la guerra en la emigración?

—Debieron haber discusiones entre algunos dirigentes del PCE y de la Komintenr, pero éstas no transcendieron. Creo que un amplio debate sobre los acontecimientos de febrero y marzo de 1939, sus causas y consecuencias, hubiera sido muy provechoso para todos, y



Crucero «Miguel de Cervantes», buque insignia de la flota republicana.

especialmente para el PCE. De haberse producido la discusión quizá se hubiera evitado el desarrollo de algunos mitos que son un lastre para la sana evolución del partido, se habría frenado el pernicioso narcisismo y triunfalismo, y se hubiera encarado con mayor realismo la larga lucha contra la dictadura franquista. Creo válida la hipótesis de que las graves divergencias aparecidas en el seno de la dirección del PCE a raíz de la grave enfermedad y muerte del secretario general, José Díaz, tuvieran como fondo político la distinta manera de enjuiciar los acontecimientos que precedieron el final de la guerra.

—Volvamos a Cartagena. ¿Qué influencia tuvo la deserción de la flota republicana?

—Muy negativa. Quizá éste fuera el hecho que precipitó la salida de España del gobierno Negrín. Era una flota muy potente para aquellos tiempos, aunque la moral de algunos de sus mandos fuera baja. Pero había otros para sustituir a los pusilámines. Si hubiera permanecido leal al gobierno legal hubieran aumentado considerablemente las posibilidades militares de la zona Centro-Sur de las que antes hablé.



Artemio Precioso, comandante de la 206 Brigada Mixta, de la 10.ª División, a los 22 años.

—¿Por qué no llegaron a desembarcar en Cartagena las tropas de Franco?

—Porque no pudieron. En contra de lo que decía el general Barrionuevo en sus radiogramas al Cuartel General de Franco, entre los días 5 y 6 de marzo la mayor parte de las baterías de costa pasaron al control de los mandos de la 206 Brigada. Concretamente, al Batallón 821 mandado por el comandante Joaquín González Regalado ocupó la batería La Parajola en la tarde del día 5 de marzo. Esta batería fue la que hundió el día 7 el barco «Castillo de Olite», que siguió navegando a pesar de los dos disparos de advertencia que se le habían hecho. Las víctimas del «Castillo de Olite» habría de achacarlas a la mala información y a los errores del mando franquista. Por cierto, este barco transportaba, junto a tropas de infantería y artillería, un tribunal militar; me figuro que con la intención de iniciar los juicios sumarísimos.

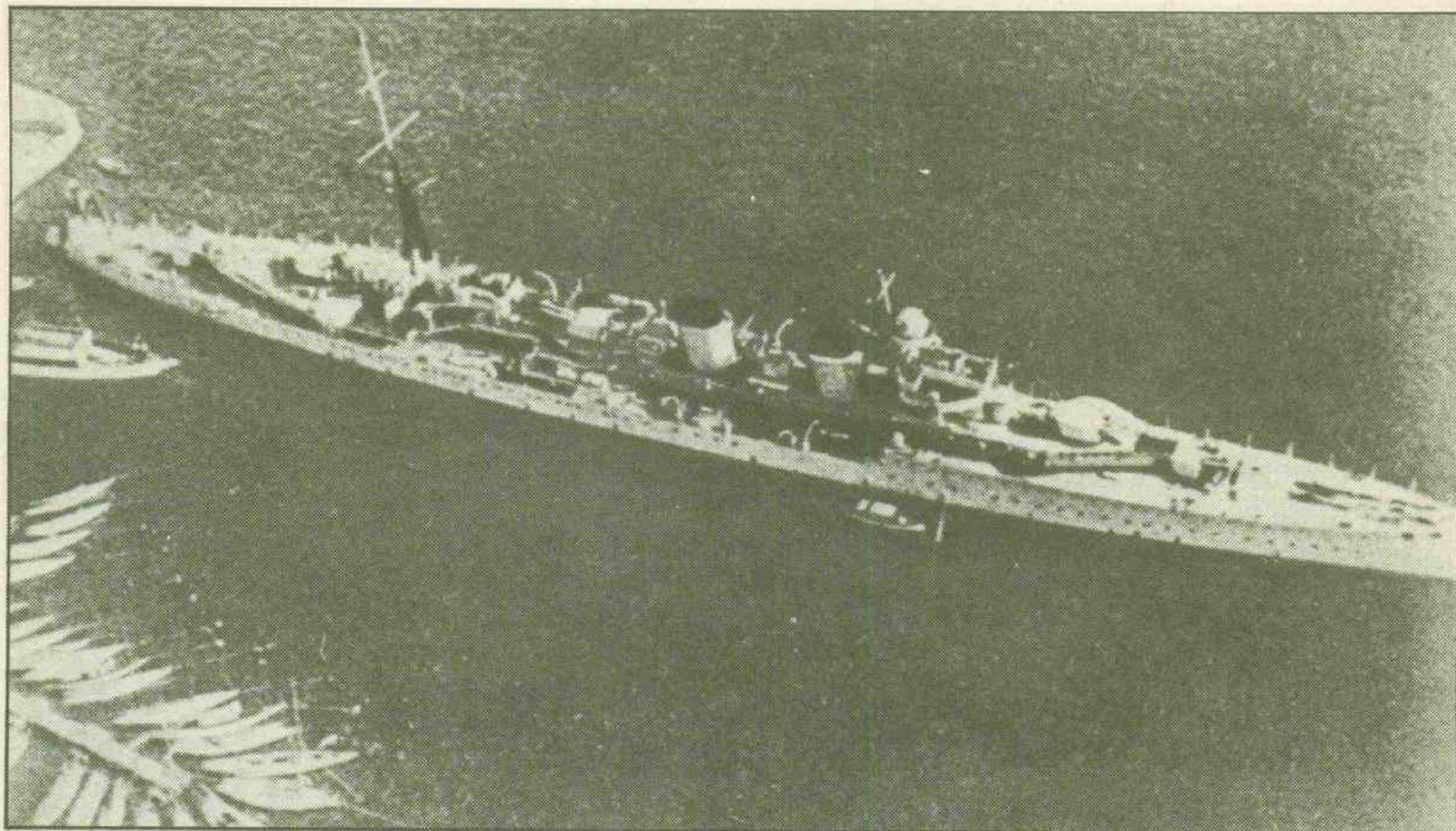
—¿Fue la de Cartagena una sublevación casadista, falangista o franquista?

—Según mi información, los mandos republicanos atraídos por la quimera casadista de negociar con Franco «una paz honrosa y digna», y los elementos de la «quinta columna» conspiraron separada. pero simultáneamente. En un principio la sublevación aparece como casadistas, pero los franquistas van ganando posiciones, y cuando en la mañana del 5 de marzo la flota abandona Cartagena, los sublevados acatan el mando del general retirado Barrionuevo, que lo primero que hace es comunicar por radio su total adhesión al general Franco.

—¿Qué juicio te merece la actuación del coronel Galán?

—Francisco Galán era un militar de valor y capacidad probados en muchos combates. Era un jefe con carisma. Pero en Cartagena creo que sobreestimó su capacidad negociadora, que debía ser grande. Quizá no estuviera bien informado de lo avanzada que estaba la conspiración. En aquellas circunstancias sólo se podía negociar con el respaldo de una fuerza militar. Como dije antes, creo que fue imprudente, temeraria, su decisión de meterse él, y meternos al Comisario de la Brigada y a mí, en la base naval (prácticamente sublevada) antes de que la 206 Brigada llegase a Cartagena. Mi encuentro casual con él en Murcia en la tarde del día 4 de marzo le dio la oportunidad para adoptar una decisión más realista. En este encuentro me ordenó presentarme en la base naval al anochecer del mismo día.

—¿Fue el nombramiento de Galán como



Crucero «Libertad», gemelo del «Cervantes» y uno de los mejores navíos de guerra republicanos.

jefe de la base naval el motivo de la sublevación?

—Creo que no. Los casadistas llevaban más de un mes conspirando. Durante el mes de febrero hubo ya intentos de huida en la flota. El nombramiento de Galán sólo pudo adelantar unas horas la sublevación. La versión de que las sublevaciones de Casado y de Cartagena se proponían abortar un golpe de estado comunista la considero falsa. El PCE actuó dentro de la legalidad republicana representada por el gobierno Negrín. Por el contrario, estimo que si algo puede reprocharse a la dirección del PCE en aquellas circunstancias críticas, es un exceso de legalismo.

—¿Qué impresión sacaste de tu entrevista con el general Bernal?

—El anciano general Bernal había mostrado claramente desde el comienzo de la guerra su lealtad a la República. Ignoro si estaba o no comprometido en la sublevación, pero tuve la impresión de que el mando real de la base naval no lo ejercía él, sino el jefe de Estado Mayor Mixto Vicente Ramírez, que fue uno de los principales cómplices de Casado. Probablemente, el general Bernal se alegrara de su sustitución por Galán, para poder así alejarse de unos acontecimientos en los que no deseaba participar.

—¿Qué opinas de la actuación del almirante Buiza?

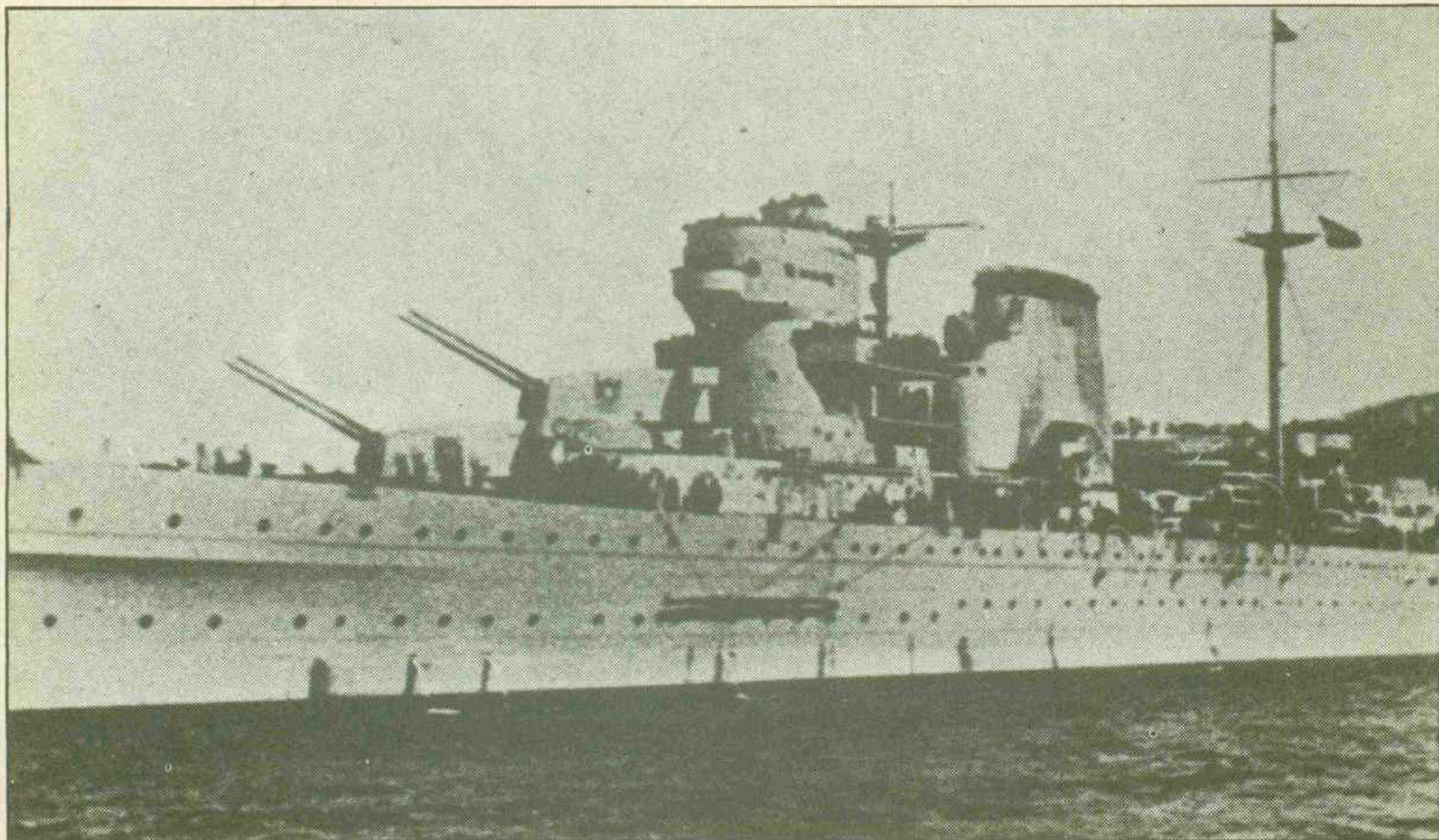
—De, entonces jefe de la flota sólo sé lo que he leído. No tuve ningún contacto con él.

—¿Qué puedes decirme sobre la conversación que sostuvistes con Fernando Claudín?

—Claudín llegó al puesto de mando de la 206 Brigada poco después de iniciados los combates. De él recibí la primera información global de la grave situación creada de la zona republicana, que conocía por ser miembro de la Ejecutiva de la Juventud Socialista Unificada y del Comité Central del PCE. Sus orientaciones fueron para mí de gran utilidad en aquellos momentos de tanta confusión. Deberíamos, según él, forzar al máximo nuestro avance, tratando de evitar la salida de la flota, y apoderarnos del puerto de Cartagena y de los puertos y aeródromos circundantes, ya que se preveía que Cartagena fuera la plataforma más importante de una posible evacuación. Claudín estuvo con nosotros hasta el anochecer del día 5 de marzo, recorriendo, con gran riesgo, las primeras líneas de combate. A los pocos días llegaron a Cartagena los miembros de la dirección del PCE que aún permanecían en España: Pedro Checa, Jesús Hernández, Palau, Sebastián Zapiraín, Isidoro Diéguez y también Palmiro Togliatti (Ercoli), que actuaba como consejero de la Komintern.

—¿Cómo salieron estos dirigentes de España?

—Este es un episodio inédito. Luis Romero lo intuyó en su libro «El final de la guerra», pero no pudo precisar lo que no sabía con certeza. Siguiendo instrucciones de la dirección del PCE, transmitidas por Pedro Checa, un grupo de unos treinta hombres selecciona-



Crucero «Canarias», gemelo del «Baleares» (hundido por los republicanos anteriormente), que no se atrevió a desafiar las baterías de costa, una vez en poder de los hombres de la 206 Brigada.

dos de la 206 Brigada nos apoderamos en la madrugada del 24 de marzo del aeródromo de la escuela de pilotos de Totana, donde había tres aviones tipo Dragón. En dos de ellos, pilotado uno por el jefe de la escuela, comandante Ramos, y otro por el profesor de vuelo capitán Domínguez, salieron los citados dirigentes del PCE, Togliatti y Virgilio Llanos. En el tercero, tripulado por dos alumnos que nunca habían volado solos, y tras un accidentado despegue, salimos el comisario de la Brigada, Victoriano Sánchez, el médico de la escuela y yo. Los dos primeros aparatos aterrizaron en el aeropuerto de Orán, y el nuestro, debido a la inexperiencia de los pilotos, en un trigal cerca de la ciudad argelina de Sidi-Bel Abbés.

—Supongo que habrás leído los libros publicados sobre las luchas de Cartagena, ¿qué opinión te merecen?

—Que yo sepa se han publicado dos monografías sobre el tema, uno de Manuel Martínez Pastor titulado «Cinco de marzo de 1939», y otro del novelista Luis Romero, «Desastre en Cartagena». El primero de ellos está escrito con escasa y difícil información. Su mayor interés reside en los datos que aporta sobre la participación de algunos falangistas en la génesis y desarrollo de la sublevación. En cuanto a la obra de Luis Romero, la considero una valiosísima aportación al esclarecimiento de lo que ocurrió en Cartagena. Contiene algunas imprecisiones inevitables, pero creo que el arduo trabajo del autor logró su principal objetivo: recomponer el intrincado rompecabezas cartagenero. Yo mismo no me enteré de lo que ocurrió en el bando contrario, e incluso de algunas cosas del lado republicano, hasta que leí este libro. Por lo que se refiere a los diálogos que Romero reproduce o imagina, aunque sea una forma heterodoxa de escribir la historia, son muy verosímiles, y ayudan a penetrar en el dramatismo y el carácter contradictorio de los hechos y de sus protagonistas.

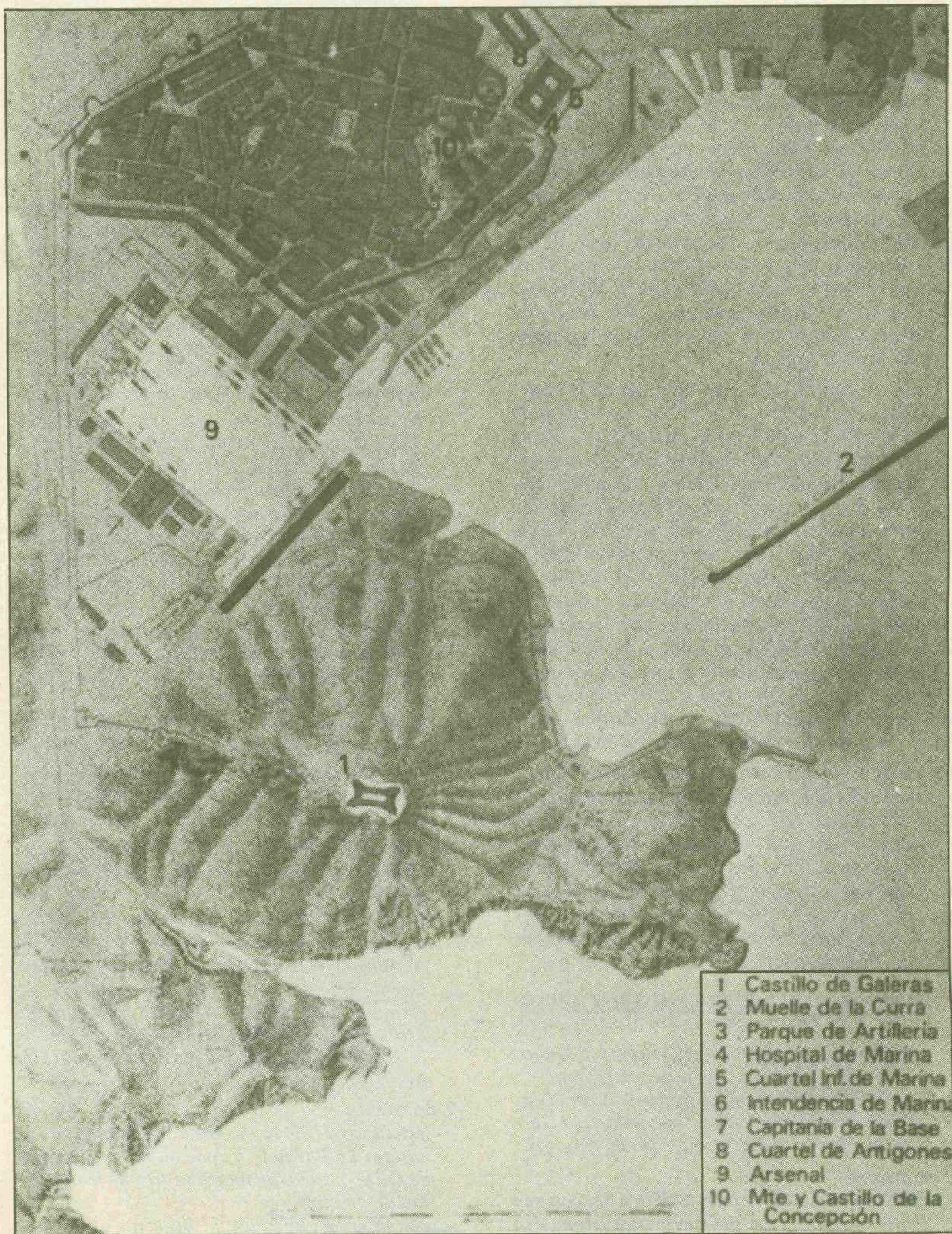
También dedica gran espacio Luis Romero a este asunto en su libro «El final de la guerra», que junto por su primer trabajo histórico «Tres días de julio», forman una trilogía de valor inestimable. Hay que subrayar que «Tres días de julio» apareció en 1967, en plena dictadura, siendo el primer trabajo publicado en España que con gran valor, rigor y amenidad, desbarata la versión oficial sobre el «Glorioso Alzamiento Nacional». A pesar de ser novelista, o precisamente por ello, Luis Romero muestra una perspicacia extraordinaria como historiador, perspicacia acompañada de una amplia labor de documentación y entrevistas con supervivientes de los dos bandos.

Salvo rara excepción, los libros publicados sobre la guerra civil dan de los sucesos de Cartagena una versión incompleta y equivocada. Por ejemplo, sobre este episodio la obra de Hugh Thomas, por lo menos la edición de Ruedo Ibérico, contiene errores evidentes.

DATOS BIOGRAFICOS

Artemio Precioso Ugarte, hijo del escritor del mismo nombre, nace en Hellín (Albacete) en 1917. Los estudios de enseñanza media los realiza en Madrid, París, San Sebastián, Hellín y Toledo.

Cuando comienza la guerra civil trabajaba en Madrid como empleado y estudiaba el tercer



Plano de Cartagena, base naval prácticamente inexpugnable.

curso de la carrera de Derecho. Desde 1936 militó en la Juventud Socialista Unificada y en el Partido Comunista. El primer día de la guerra se incorpora voluntario a las milicias ferroviarias, después al Batallón Aida Lafuente, de la Columna Mangada (frentes de Navalperal de Pinares y de Talavera), que a finales de 1936 se integra en la 34 Brigada Mixta (frente de El Escorial). Siendo capitán pasa como jefe de operaciones, y después como jefe de Estado Mayor, a la 3.ª División que mandaba Manuel Tagueña (frente de El Escorial). A mediados de 1937 es trasladado a la 30 Brigada Mixta, como jefe del Batallón 119 (frente de Guadarrama), y a comienzos de 1938, con el grado de mayor, es nombrado jefe de la 206 Brigada Mixta, de nueva creación. Al mando de esta unidad participa en los frentes de Levante y Extremadura, y en marzo de 1939 en los combates que sofocaron la sublevación de Cartagena.

Desde un campo de concentración de la Argelia francesa emigra a la URSS en mayo de 1939. Cursa estudios en la Academia Militar Frunze de Moscú, formando parte del grupo de militares españoles que durante los años de la segunda guerra mundial fueron profesores de dicha academia. En 1946 se traslada a Yugoslavia, donde con otros militares comunistas españoles actúa como consejero del ejército de este país, alcanzando el grado de coronel. A finales de 1948 pasa a residir a Checoslovaquia. Aquí termina los estudios universitarios iniciados en España, se doctora en Ciencias Económicas, y desde 1956 a 1960 es catedrático de Planificación Macroeconómica en la Escuela Superior de Economía de Praga.

Regresa legalmente a España, y en 1961 es detenido en dos ocasiones por la policía acusado de actividades comunistas. Trabajó en un principio en una empresa de importación - exportación, y después como agente comercial. Ha fundado y dirigido varias empresas de comercio exterior. Actualmente, no está afiliado a ningún partido político. Colabora en la revista «Zona Abierta».

CRONOLOGIA DE LOS HECHOS

3 de marzo

— *Nombramiento del coronel Francisco Galán como jefe de la base naval de Cartagena.*

— *La 206 Brigada Mixta, situada en Buñol (Valencia), recibe la orden de trasladarse a Cartagena a las órdenes del jefe de la base naval.*

4 de marzo

— *Hacia las 3 de la tarde, encuentro del coronel Galán y del mayor Precioso en Murcia. En este encuentro, Galán ordena al jefe y al comisario de la 206 Brigada reunirse con él al anochecer de este mismo día en la base naval.*

— *Hacia las 9 de la noche el coronel Galán toma posesión, sin resistencia aparente, de su nuevo cargo. Pocas horas después es detenido por los sublevados.*

— *Hacia las once de la noche, una patrulla de la guarnición sublevada en Cartagena, detiene a la salida de la base naval al jefe y al comisario de la 206 Brigada. Cuando los conducían al cuartelillo de Los Dolores, el jefe de esta unidad logra escapar.*

5 de marzo

— *Hacia las 8 de la mañana el jefe de la 206 Brigada toma contacto con sus fuerzas, que han llegado en camiones desde Buñol y que han sido tiroteadas por los insurrectos de Cartagena.*

— *A media mañana la flota republicana abandona el puerto de Cartagena, llevando en uno de sus barcos al coronel Galán. La flota sale a alta mar, y después toma rumbo a Bizerta.*

— *Hacia las 10 de la mañana, las unidades de la 206 Brigada, con ayuda de los tanques llegados de la escuela de Archena, inician su ataque contra los sublevados.*

— *Hacia las 4 de la tarde, el Batallón 821, mandado por el comandante González Regalado, toma el castillo de Galeras y las alturas al Sur de Cartagena, donde está emplazada la batería de costa La Parajola.*

— *Al final de la jornada, toda la ciudad, excepto la base naval, el castillo de la Concepción, el parque de artillería y el arsenal, están en poder de las fuerzas atacantes.*

— *A las 12 de la noche, el coronel Casado anuncia por radio Madrid su sublevación contra el gobierno Negrín y la constitución para sustituirlo de un Consejo Nacional de Defensa.*

6 de marzo

— *A media mañana, Negrín y sus ministros abandonan España desde el aeródromo de Monóvar.*

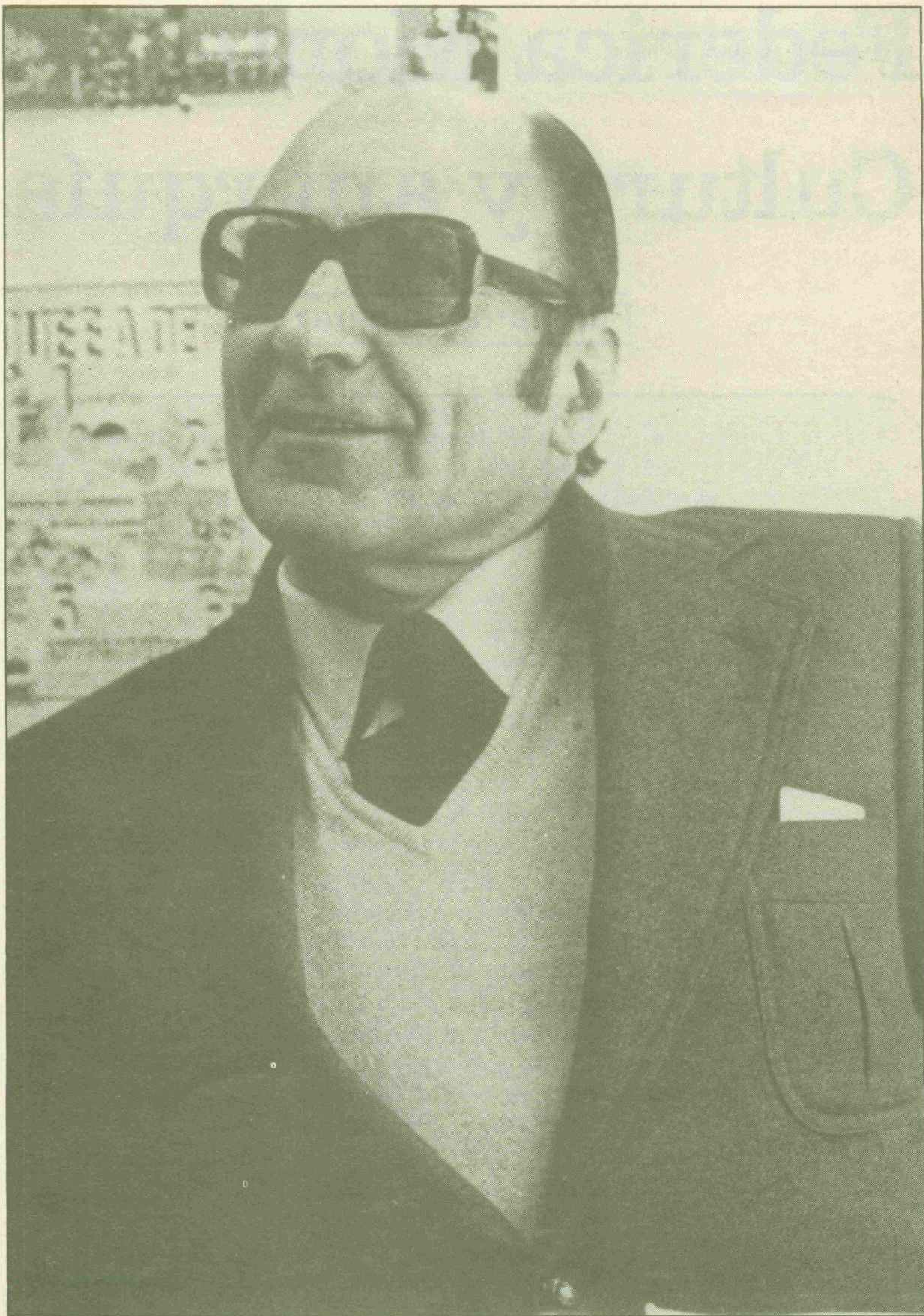
— *Durante el día son dominadas las alturas donde están instaladas las baterías de costa Aguilones, Cabo Tiñoso, La Chapa y Cenizas. Cae también el castillo de San Julián.*

— *Primero, el arsenal, y después, el parque de artillería, son asaltados por los batallones de la 206 Brigada, apoyados por los tanques de Archena.*

7 de marzo

— *Hacia las 11 de la mañana, un disparo de la batería La Parajola hunde al barco «Castillo de Olite», que transportaba tropas franquistas de desembarco.*

— *Por la tarde, se rinde la base naval, último reducto de los sublevados.* ■ **P. C. M.**



Artemio Precioso, en la actualidad. (Foto de Ramón Rodríguez).

Federica Montseny: Cultura y anarquía

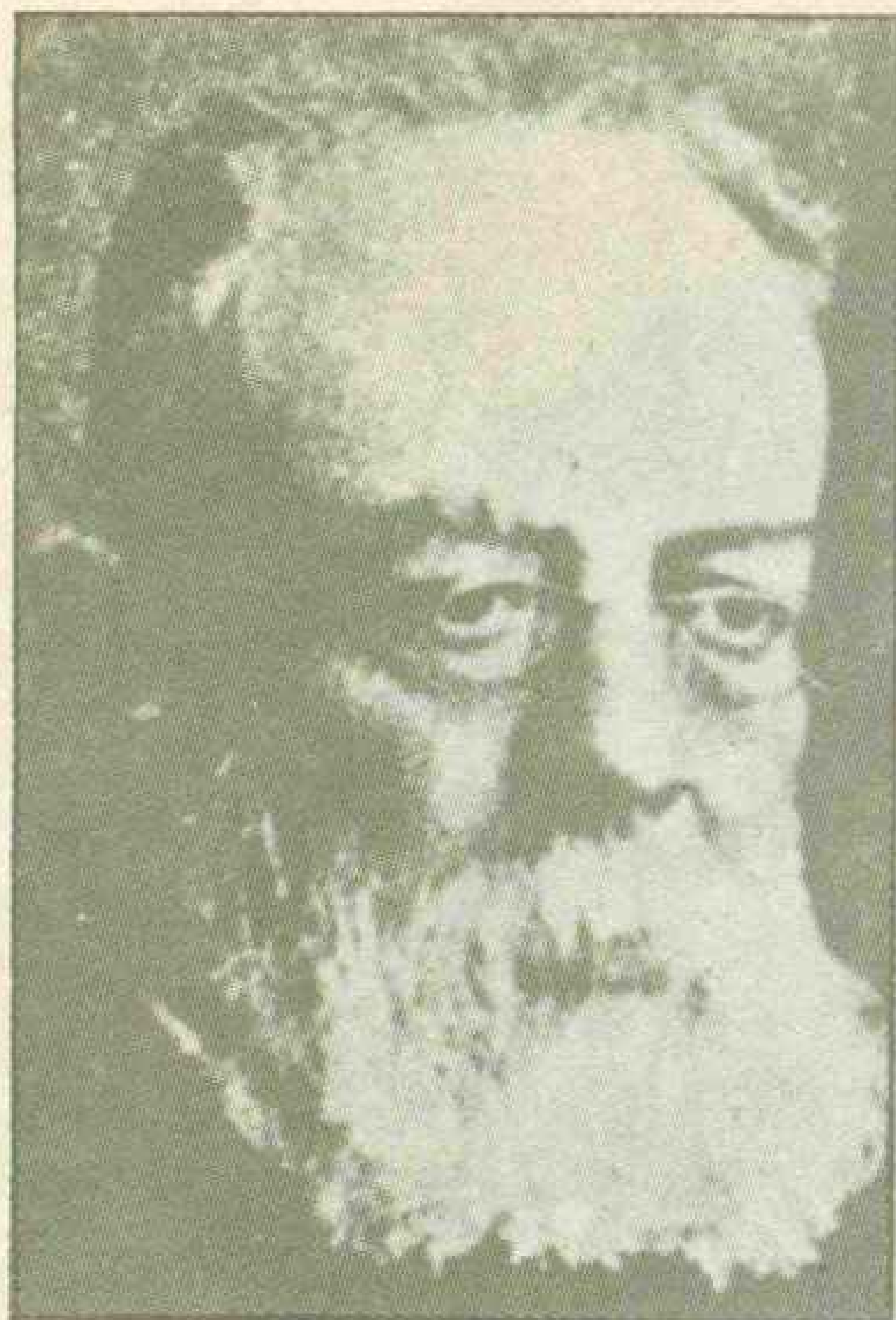
Por María Ruipérez

Parece inútil presentar a una figura como Federica Montseny, de sobra conocida por los lectores de **Tiempo de Historia,** *muchos de los cuales recordarán una entrevista publicada hace año y medio en estas mismas páginas*. En ella, la veterana dirigente de la CNT recordaba la trayectoria histórica del movimiento libertario español durante el siglo XX, y los aspectos más significativos de su propia actividad sindical y política. Pero hay una faceta mucho menos conocida de su personalidad, a la que hemos querido dar la debida importancia en esta conversación. Federica no es sólo la única mujer que ha desempeñado un cargo ministerial en nuestro país, o la figura clave de la CNT en el exilio; también, y sobre todo, es la heredera de una familia de intelectuales anarquistas (la familia Urales) que durante el primer tercio de nuestro siglo dedicó ingentes esfuerzos a la difusión de la ideología libertaria y a la creación de una auténtica cultura anarquista. Con una vitalidad desbordante, que sorprende a sus 73 años, Federica habla del pasado y el presente del movimiento libertario, dando pruebas de una frescura y lucidez intelectuales que asombrarán a muchos lectores.*

* «Federica Montseny. Una entrevista con la Historia» (colectivo Febrero), **Tiempo de Historia**, n.º 31, junio de 1977.



(Foto: Ramón Rodríguez).



Lorenzo, excelente teórico sobre todo en el tema del sindicalismo, tenía una manera de escribir un poco lenta y pesada. (En la foto, Anselmo Lorenzo).

—TIEMPO DE HISTORIA.—Un aspecto de la trayectoria anarquista en el que quizá no se ha insistido hasta ahora debidamente es el de su actividad ideológica y cultural, complementaria de la estricta lucha reivindicativa o revolucionaria. Aunque algún autor ha hablado de la «revolución cultural» anarquista, la mayoría de los libros de historia del movimiento obrero han olvidado o dejado de lado este aspecto. Por ello, desearíamos insistir en él en esta entrevista con Federica Montseny. Usted nació en una familia de intelectuales anarquistas, y trabajó durante buena parte de su vida en la prensa y en las publicaciones de esta corriente. ¿Qué importancia cree que tuvo la difusión cultural en el conjunto del movimiento libertario?

—Federica Montseny.—Creo que su importancia fue fundamental, no ya para el conjunto del movimiento libertario, sino también para mucha gente que no nos conocía, que muchas veces estaba influenciada contra nosotros, y que a fuerza de leer nuestras cosas nos iba conociendo e iba concibiendo una imagen diferente del anarquismo. En este aspecto es donde considero que fue muy importante la obra de mis padres. **La Revista Blanca,** publicada en Madrid desde 1898, fue en cierto modo el crisol del cual fueron saliendo los que después serían los intelectuales del 98. En **La Revista Blanca** colaboraron Ramiro de Maeztu, Julio Camba, Giner de los Ríos y una serie de escritores, de filósofos y de pensadores, que en un momento de verdadero vacío intelectual en España, encontraron en ella cabida y manera de manifestar sus inquietudes.

INTELECTUALES Y ANARQUISTAS

—T. de H.—Pese a ello, el número de intelectuales que se sumaron al movimiento libertario fue muy reducido. En muchos casos, la CNT o la FAI aparecían como organizaciones exclusivamente obreras. ¿A qué se debió este divorcio entre intelectuales y anarquismo?

ANSELMO LORENZO

Via libre

El trabajador. — Su ideal emancipador. — Desviaciones políticas y económicas.

Con prólogo de J. MIR Y MIR

y prefacio de TARRIDA DEL MARMOL



BARCELONA — F. GRANADA Y C.ª, Editores — Calle de la Paja, 13 y 15

BUENOS-AIRES — SERAFIN PONZINIBBIO, Editor — B. Mitre, 1100

1905

Dar a cada uno el producto íntegro de su trabajo representaba ya un principio de desigualdad, porque el que fuera robusto y fuerte produciría más, y el que fuera débil, o enfermo, o viejo, produciría menos. (Portada de «VIA LIBRE», por Anselmo Lorenzo, Barcelona, 1905).

—F. M.—No hubo divorcio. Lo que pasó fue lo siguiente: la mayor parte de los intelectuales en España se fueron adaptando al sistema. La propia generación del 98 poco a poco fue aceptando las reglas del juego. Actuar en el movimiento anarquista era muy peligroso, porque no es de ahora que se nos ha perseguido, que se nos ha silenciado y que ha habido verdaderos complots de silencio contra nosotros. Esto explica que la mayor parte de los intelectuales comenzaron siendo anarquistas —como Martínez Barrios, que perteneció a un grupo anarquista en Sevilla— y acabaron luego incrustándose en el sistema. Pero no hubo divorcio, hubo ausencia.

—T. de H.—Entonces, ¿la culpa fue de los intelectuales, y no de la CNT-FAI?

—F. M.—Sí, evidentemente. Desde luego, hay que hacer justicia, y reconocer que el obrero anarcosindicalista miraba con cierta desconfianza al intelectual, porque consideraba —y los hechos le daban la razón— que la mayor parte de los jóvenes intelectuales que se acercaron a nosotros, que empezaron a ser conocidos a través de nuestra prensa y de nuestras publicaciones, por libros o folletos que se les editaban, poco a poco se alejaban del proletariado. Y eso creó un clima en el que a unos no les interesaba llamarse anarquistas, y los obreros anarquistas no querían ser instrumento o servir de escabel a los que, basándose en nuestro movimiento, lo utilizaban y luego lo abandonaban. Es una cosa un poco recíproca. Algunas veces, es probable que nosotros fuéramos injustos cuando mirábamos con cierto recelo, con cierta suspicacia a los jóvenes escritores, periodistas, intelectuales o abogados que se acercaban a nosotros, y que encontraban ante todo una mirada de recelo antes de encontrar una acogida fraternal y amistosa.



En la época de mi madre, la palabra feminismo estaba casi relegada al movimiento sufragista, cuya bandera de combate era proclamar el voto femenino, que a nosotros, como anarquistas, no nos interesaba. (Sufragista inglesa de principios de siglo, detenida en una manifestación).

LA OBRA DE FEDERICO URALES

—T. de H.—A veces se ha criticado a su familia —como recoge, por ejemplo, Max Nettlau— de ser una familia de intelectuales snob, **y aún hoy en día se desconoce la importancia de las aportaciones de Federico Urales en el pensamiento libertario, mientras se exalta a otras figuras como Ricardo Mella o Anselmo Lorenzo. Por eso, quisiera preguntarle: ¿qué papel desempeñó Urales en la evolución ideológica del anarquismo? ¿A qué se deben las críticas**

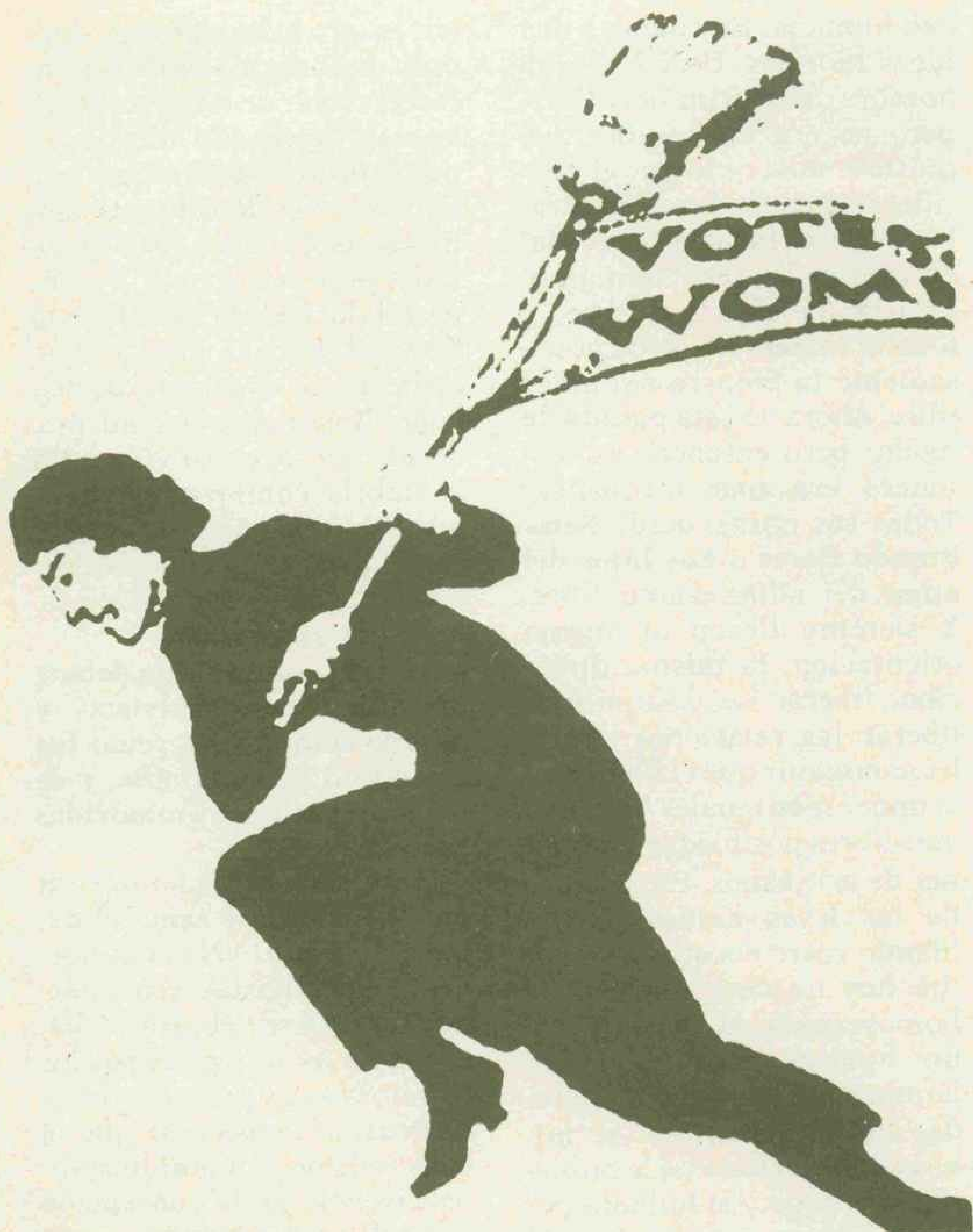
que recibió y el desconocimiento actual de su figura?

—F. M.—Esta es una pregunta que exigirá una cierta explicación. Mi padre fue el hombre más leído de España. Lorenzo, excelente teórico sobre todo en el tema del sindicalismo, tenía una manera de escribir un poco lenta y pesada; la gente no le leía. En cuanto a Mella, era el filósofo, el pensador, pero no produjo mucho. El más leído fue mi padre. Pero mi padre tenía un carácter muy especial. Era un polemista encarnizado, y además era un hombre que cuando veía una cosa con la que no estaba de acuerdo, lo decía. Esta manera de ser le ganó muchos enemigos, muchos; tuvo amigos entrañables, entre los que estaban precisamente Lorenzo y otros muchísimos compañeros que se hubieran hecho pedazos por él, y que fueron verdaderos hermanos suyos. Pero, sobre todo, por parte de los que podemos llamar elementos más destacados, como él los criticaba en muchas ocasiones, se convirtieron en enemigos. Y estos enemigos, como no le podían ver, utilizaron todos los procedimientos para anularle. Desde decir que era mi madre quien escribía sus artículos, hasta negarle el valor intelectual y decir que era un analfabeto.

Mi padre no era un intelectual **snob;** mi padre era tonelero de profesión, y fue un hombre que trabajando cursó la carrera de maestro, y que entregó toda su vida a la causa y a la propaganda del anarquismo. Es evidente que llegó un momento en que el volumen editorial era tan grande que no tuvo más remedio que dedicarse a su trabajo intelectual. Pero no fue jamás un intelectual **snob,** fue siempre un hombre de organización, un espíritu combativo, y, sobre todo, un pensador anarquista. Su papel fue importante en un período en que hubo luchas encarnizadas en España —aquí todas las luchas siempre se encarnizan y se envenenan— entre los comunistas y los colectivistas, es decir, entre los que decían que cada uno debía recibir el producto íntegro de su trabajo, y los anarcocomunistas, cuya teoría fue propagada por Kropotkin y Malatesta, y que afirmaban que cada uno debía aportar según sus fuerzas y recibir según sus necesidades.



Había que conseguir que la mujer saliese de su casa, que fuese al trabajo, al despacho, que tuviese una profesión, que aprendiera a trabajar de mecanógrafa, de secretaria, de contable, de lo que fuese. (Manifestante, detenida por la policía londinense, hacia 1900).



Y éste es el combate que llevaron estas mujeres obreras o intelectuales, que se daban cuenta de que la primera cosa a obtener para la mujer no era el voto, era el derecho a disponer de sí misma, a no depender económicamente del hombre. (Caricatura del «PUNCH», sobre el voto femenino).

Para terminar con estas polémicas, mi padre lanzó la fórmula de «anarquistas a secas»; y esto lo aceptaron todos, hasta los que se peleaban, que terminaron por dar la razón a Urales. Y a partir de aquel momento, nos hemos llamado anarquistas a secas. El papel que desempeñó mi padre en el pensamiento anarquista correspondió a su sentido de la amplitud y la tolerancia, y además de lo que podemos llamar permanencia ideológica. El se opuso a todos los circunstancialismos; él se enfrentó con el posibilismo libertario; él se enfrentó con todas las desviaciones, pero no con criterio sectario y limitado, sino precisamente con un criterio de afirmación del anarquismo en lo que el anarquismo tiene de más profundo, de más fundamental, de más amplio. Y la importancia de ese papel jugado por mi padre se reconoce **ahora.** Escribió esa obra que se llama **La evolución de la Filosofía en España,** que es una obra, a mi entender, fundamental, en la que explica cómo el anarquismo, viniendo de los filósofos griegos, y pasando a través de los pensadores españoles de la Edad Media hasta nuestros días, tiene una especie de filiación, tiene un hilo conductor, que lleva desde el pensamiento liberal español hasta el anarquismo. Esto lo hizo él, no lo ha hecho nadie más; quizá porque otros se han ocupado de aspectos que podemos llamar especializados de los problemas anarquistas, como por ejemplo Mella con la coacción moral, que abordó con lucidez y de una forma brillante. Pero establecer esa especie de filiación del espíritu español enraizado que aboca al anarquismo, no lo ha hecho nadie más que él. Esa es, para mí, la aportación más importante de mi padre: demostrar de qué manera es-



La mujer ha sido libre cuando ha podido decirle al hombre: No te necesito para nada. Si vengo a acostarme contigo, es porque nos ponemos de acuerdo para satisfacer un gusto, un deseo, o porque nos queremos; pero no necesito casarme contigo para vivir. Esa fue la primera conquista del feminismo. (Caricatura del «PUNCH», sobre los derechos de la mujer).

tamos literalmente incrustados en la conciencia española, y cómo a través de todos los avatares, de los sinsabores, de las persecuciones, de los momentos en que hemos tenido que actuar clandestina o subterráneamente, renace ese espíritu. Y bien, estamos viendo ahora cómo el anarquismo ha renacido después de 40 años de franquismo, porque es algo que viene de lo más profundo de la historia.

—T. de H.—¿Cuáles fueron las concepciones ideológicas y morales de Federico Urales?

—F. M.—En este aspecto, la respuesta también es un poco complicada. Mi padre fue un anarquista, pero fue uno de los anarquistas que consideró indispensable la organización obrera, que luchó en ella desde niño.

En el aspecto ideológico, él era un hombre que consideraba que había que ir hacia la anarquía; que la anarquía era un ideal ilimitado, que cada día se enriquecía y se ampliaba con todos los aportes de la ciencia, con los descubrimientos que el hombre iba haciendo. No tenía una concepción anarquista inmovilista, sino por el contrario una concepción anarquista que avanza en el progreso. Pero manteniendo lo que podemos llamar una constante, una línea fundamental, que va dirigida sobre todo al respeto y a la exaltación de la personalidad humana. En cuanto a sus ideas morales, Urales era un hombre de espíritu muy libre, pero no era un hombre que quisiese salir de lo que él consideraba como leyes naturales; es decir, la manera normal de vivir de los seres humanos, Propagaba el amor libre, y toda la **Novela Ideal** fue precisamente la pionera del amor libre. Ahora ya está pasada de moda; pero entonces no, entonces era una revolución. Todas sus obras, desde **Sembrando flores** o **Los hijos del amor**, defendían el amor libre. Y siempre tienen la misma orientación, la misma dirección: liberar las costumbres, liberar las relaciones sexuales, conseguir que el hombre y la mujer sean iguales, y sean lo más libres posible para disponer de sí mismos. Pero dentro de las leyes naturales. Hablando entre nosotros, mi padre hoy no comprendería la homosexualidad, porque era un hombre muy viril, un hombre al que le gustaban todas las mujeres, que se hubiera ido con todas si le hubieran aceptado y si hubiera podido; pero no comprendería lo que podemos llamar ahora los intersexuales. Es decir, no lo hubiera comprendido, porque él era un hombre físicamente muy fuerte, y con una concepción absolutamente dentro de los que podíamos llamar las normas naturales de la constitución del hombre y de la mujer; lo otro lo hubiera considerado una anormalidad. Ahora, con el correr de los tiempos, lo habría aceptado desde el punto de vista del respeto que tenía a la libertad de cada uno. En ese aspecto lo habría aceptado, pero no lo habría comprendido. Habría respetado la libertad de cada uno, porque cada uno tiene derecho de disponer libremente de sí mismo, de su cuerpo, de su vida... No lo habría comprendido, porque le habría parecido antinatural. Esto yo que había conversado con él muchas veces, lo sé por experiencia.

—T. de H.—En el gran debate entre anarco-colectivistas y anarco-comunistas, ¿cuál fue la actitud de su familia, y de las publicaciones promovidas por ellos?

—F. M.—Ya he dicho que mi padre fue el que zanjó el debate diciendo: «Ni comunistas ni colectivistas, sólo anarquistas». Desde el primer día, él tuvo más simpatías por los comunistas que por los colectivistas, al considerar que el colectivismo era aún una supervivencia de la concepción capitalista del hombre y, sobre todo, el trabajo humano. Dar a cada uno el producto íntegro de su trabajo representaba ya un principio de desigualdad, porque el que fuera robusto y fuerte produciría más, y el que fuera débil, o enfermo, o viejo, produciría menos, y habría un principio de desigualdad, que el colectivismo trataba de zanjar con el principio de la solidaridad. Pero él se inclinó desde el comienzo por el anarco-comunismo, sin declararse comunista libertario. Pero fue uno de los primeros comunistas libertarios que hubo en España.

—T. de H.—¿Y usted siguió las líneas de su padre?

—F. M.—Sí. Pero yo tuve un período —todo el mundo tiene

Año I. Madrid 15 de Setiembre de 1851. N 2

ELLAS,

ÓRGANO OFICIAL

DEL SEXO FEMENINO.

Yo he mirado siempre con mucha simpatía el movimiento de «Mujeres Libres», sobre todo España, porque me he dado cuenta de que había que luchar contra el machismo que exis de forma permanente, incluso en las propias organizaciones obreras y en el mismo mo miento libertario.



En cuanto a Mella, era el filósofo, el pensador, pero no produjo mucho... Se ocupó de aspectos que podemos llamar especializados de los problemas anarquistas, como por ejemplo el de la coacción moral, que abordó con lucidez y de una forma brillante. (En la fotografía, Ricardo Mella)..,

un período difícil en su vida— en el que ante todo fui individualista. Para mí la exaltación del hombre como entidad, como centro y origen de todo, la libertad individual y los derechos del hombre como individuo pasaban por encima de todo. Después fui dándome cuenta de que el hombre es fuerte cuando se asocia libremente con los demás hombres, y se pone de acuerdo con ellos para realizar alguna cosa. Y entré entonces dentro de la orientación del anarquismo comunitario y de cooperación, de apoyo mutuo, de relaciones humanas lo más amplias posibles.

LA REVISTA BLANCA Y LA FORMACION ANARQUISTA

—T. de H.—¿Qué era y qué significó La Revista Blanca, **tanto en su primera etapa, a fines del siglo XIX, como en su segunda etapa, durante la Dictadura y la República?**

—F. M.—La Revista Blanca en cierto modo fue también una forma de crisol donde se formaron muchos jóvenes. En el período de 1923 hasta 1936, los chicos y las chicas comenzaban leyendo la **Novela Ideal,** y poco después, poco a poco, seguían con los folletos —la cantidad de folletos que editamos en las colecciones que se crearon es incalculable—, continuaban leyendo la prensa confederal y libertaria, y cuando querían profundizar más las ideas, entonces compraban **La Revista Blanca.** También se publicaba **Estudio,** que era una revista crítica muy buena, que abordaba los temas sexuales que siempre han apasionado a la juventud. Pero cuando querían profundizar más en la ideología anarquista, leían **La Revista Blanca.** No porque fuese mi padre quien la publicara, sino porque en ella colaboraban asiduamente Nettlau, Enrique Nido, que era un excelente escritor, Malatesta, Camilo Berneri, y había un artículo de

LA REVISTA BLANCA

LUMEN VERITAS

El hombre ha de distinguirse de los demás animales más por la grandeza de su amor que por la de su razón

CIENCIA, SOCIOLOGIA Y ARTE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Lector: Sea cual fuere tu condición y sexo, no dejes de leer esta Revista

SUMARIO

Las fuerzas progresivas de América antes y después de la guerra: Max Nettlau. — *El problema del siglo*: Federica Montseny. — *La vida en París*: Charles Malato. — *Literatura y periodismo*: Han Ryner (trad. de Elizalde). — *Max Stirner; su vida y su obra*: E. Armand. — *Alma estructural*: Adrián del Valle. — *Efemérides del pueblo*: Soledad Gustavo. — *Gérmenes de un gran descubrimiento (El sistema nervioso de las plantas)*: Eduardo Mongel Herzen. — *Las encrucijadas de la política internacional burguesa*: Rudolf Sbarfenstein. — «*El aventurero de amelo*». — «*Náufragos*». — *El Caballero de La Barre*, novela histórica (continuación): Miguel Zevaco (trad. de S. Gustavo).

SUPLEMENTO: «*La Novela Ideal*». — *Por nuestros proyectos*. — *Luz, más luz, que no veo claro*: Antonio Estévez. — *Rivalidades lingüísticas, ¡no! Progreso y evolución, ¡eso sí!*: Elizalde. — *A los polemistas*. — *La ronda y el infinito*: Julio Pi. — «*La Tierra*», *por Emilio Zola*. — *Noticias interesantes de Inglaterra*: V. García. — *Comentarios*: «*Baturrillo*». — *Una cuestión moral periodística*. — *Una observación*. — «*Las ruinas de Palmira*». — *Libros*: F. M. — *Suscripción pro-presos*. — *El Almanaque de «La Novela Ideal»*. — *Notas administrativas*.

Lo que aquí veas contrario a tus opiniones, aquí mismo puedes refutarlo

En mi Ministerio conseguí legalizar el aborto, antes que en ningún país del mundo. Se hizo mediante un Decreto-Ley de febrero de 1937, autorizando la interrupción artificial del embarazo, pero sin tantos requisitos como ahora se exigen en Francia, sino simplemente a partir de la voluntad de la mujer, considerando que la mujer era la que tenía que disponer de su cuerpo. (Portada de «La Revista Blanca», del 15 de septiembre de 1926).

mi padre casi cada quince días. Es decir, leían **La Revista Blanca** porque les permitía conocer el anarquismo y profundizarlo a través de sus grandes pensadores y teóricos, que hoy por desgracia no existen.

EL FEMINISMO ANARQUISTA

—T. de H.—Se ha considerado a su madre, Soledad Gustavo, como una de las precursoras del feminismo anarquista. ¿Cuáles eran sus concepciones en este campo?

—F. M.—Hagamos una pequeña aclaración. En la época de mi madre, la palabra feminismo estaba casi relegada al movimiento sufragista, cuya bandera de combate era reclamar el voto femenino, que a nosotros, como anarquistas, no nos interesaba. Pero en el sentido de exaltar los derechos de la mujer, sobre todo en un país como España, donde hay que imaginar lo que era el machismo a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, la labor realizada no sólo por mi madre, sino por varias mujeres, cuyos nombres nadie cita ni recoge, fue muy importante, porque tuvieron que chocar con multitud de prejuicios. No se habla nunca de Teresa Claramunt, y yo diré que si mi madre tuvo mucha influencia en mí, Teresa tuvo tanta como mi madre. Además, Teresa era una militante obrera, era una mujer de fábrica, que se hizo sola una cultura, que estuvo presa en Montjuich, que estuvo desterrada en Inglaterra, que pasó la mitad de su vida en cárceles y presidios, y que es un ejemplo vivo de lo que puede una voluntad femenina proyectándose a su alrededor y superándose a sí misma constantemente.

En el plano ya más intelectual, una mujer de la que tampoco se habla, y que es quizá la primera feminista que hubo en España, es Belén Sárraga. Todas esas mujeres fueron contemporáneas de mi madre, que tomó parte en giras de conferencias con Belén Sárraga, con Amalia Domingo Soler, que era una teósofa, con Teresa Claramunt, y con una serie de mujeres que eran casi únicas en la vida española. Pero para mi madre el problema de la mujer estaba unido al problema del hombre. Ella quería liberar a la especie de tabúes sexuales y religiosos, y de la presión económica; consideraba que la mujer tenía que procurar bastarse a sí misma para poder ser libre. Este es otro aspecto que se descuida, del que no se habla ahora. Mi madre, y yo después de ella, hemos sido de las que hemos considerado que la mujer debía tener un medio de vida independiente, que no podría ser libre mientras no fuese económicamente capaz de bastarse a sí misma. Por eso, queríamos que cada mujer tuviese un trabajo y un oficio. Era el período en el que las niñas de familia bien no trabajaban porque consideraban que era un deshonor para la familia, y esas niñas se quedaban en su casa bordando o haciendo ganchillo y muriéndose de hambre. Era el tiempo en que se decía: «En nuestra casa no comemos mucho, pero nos reímos muchísimo». No se comía porque no había de qué. Había que romper con todo eso, había que conseguir que la mujer saliese de su casa, que fuese al trabajo, al despacho, que tuviese una profesión, que aprendiera a trabajar de mecanógrafa, de secretaria, de contable, de lo que fuese. Y ese fue el combate de los primeros años de este siglo. Y este es el combate que llevaron estas mujeres, obreras o intelectuales, que se daban cuenta de que la primera cosa a obtener para la mujer no era el voto, era el derecho a disponer de sí misma, a no depender económicamente del hombre. Esa es la primera y más importante obra feminista, pero sin decirlo, porque ellas no hablaban de feminismo, pero de hecho sentaron los verdaderos jalones de la libertad de la mujer.

La mujer ha sido libre cuando ha podido decirle al hombre: No te necesito para nada. Si vengo a acostarme contigo, es porque nos ponemos de acuerdo para satisfacer un gusto, un deseo, o porque nos queremos; pero no necesito casarme contigo para vivir. Esta fue la primera conquista del feminismo, que no se llamó así, sino que tuvo otros nombres: se llamó socialismo, a través de Virginia González y de las mujeres socialistas de la época; se llamó anarquismo, con Teresa Claramunt, o con mi madre; o fue republicano con Belén Sárraga. Pero era un feminismo activo y práctico, de capacitación de la mujer para liberarse y para ser libre.

—T. de H.—¿Qué influencia tuvieron estas primeras feministas en el desarrollo de grupos como Mujeres Libres?

—F. M.—En el colectivo de **Mujeres Libres** hemos influido todas, aunque no hayamos pertenecido a él de una manera directa. Porque el problema que se plantea, y este es un aspecto que yo he tratado muchas veces en mítines o en conferencias, es por qué ha habido tan pocas mujeres en cargos sindicales, por qué en los Comités Regionales era raro el caso de una mujer que ocupara un puesto, pese a que ha habido algunas mujeres, como Rosario Durcé o Lola Ferré, que eran tan capaces como un hombre para ocupar un cargo. Y es porque



Foto: RAMON RODRIGUEZ

A la fuerza había que presentar los conflictos entre el capital y el trabajo tal como se presentaban, dando siempre la razón al oprimido y al explotado. (Federica Montseny).

hasta dentro del propio movimiento obrero existía una concepción machista. A mí me aceptaron; yo nunca he tenido problemas. Me aceptaron no sé por qué, quizá porque me consideraban ya como un hombre; si no, no me habrían aceptado. A Teresa Claramunt la aceptaron también por la misma razón que a mí. Y en cuanto a mi madre, como era una maestra, como era un personaje colocado intelectualmente un poco por encima de ellos, la aceptaron también. Mi madre fue la primera mujer que hizo giras de conferencias por España con Tarrida del Mármol, con Pedro Estévez, con Anselmo Lorenzo; pero el escándalo de que una chica joven, maestra, todavía soltera, que hacía giras de conferencias con hombres era mayúsculo; y eso lo hizo mi madre. Por eso fue la pionera, no ya en la propagación del feminismo, sino en la práctica de la libertad de la mujer, y en el sentido de responsabilidad de la mujer.

—T. de H.—Pese a ello, Federica, en algunos sectores anarcosindicalistas se la acusa de ser poco feminista. ¿Podría explicar por qué se tiene esta impresión?

—F. M.—Es que yo no soy feminista en el sentido estrecho de la palabra. Yo he escrito la primera novela, que fue como una piedra en un charco, que se llamó **La Victoria**, en la que hay tal afirmación de la libertad de la mujer que escandalizó a los hombres, incluso a los de nuestro propio movimiento. Pero yo no me he encerrado en un combate exclusivamente femenino; porque yo considero que el problema de la mujer está íntimamente ligado al problema del hombre. A mí no me estorba el movimiento de liberación de la mujer; yo he mirado siempre con mucha simpatía el movimiento de **Mujeres Libres**, sobre todo en España, porque me he dado cuenta de que había que luchar contra el machismo que existía de forma permanente, incluso en las propias organizaciones obreras y en el mismo movimiento

libertario. Pero no me he podido circunscribir a esa lucha, porque yo me he encontrado, sin comerlo ni beberlo, situada por encima de todo eso. Para mí eso ya no era un problema; pero no he sido hostil a ello, incluso lo he alentado. Cuando **Mujeres Libres** en 1937 o 1938 me pedía una colaboración, yo la daba; ha aparecido mi nombre en el libro que ha publicado Lola Iturbe, y su testimonio de mi simpatía por ese movimiento; pero no he podido reducirme sólo a eso: porque en realidad la mujer no es libre, hay que liberarla, pero es que el hombre tampoco es libre, y también hay que liberarlo.

—T. de H.—En relación con este tema, ¿qué actividades culturales o feministas organizó o impulsó la CNT, y en concreto usted, durante su período de permanencia en el Gobierno?

—F. M.—Desde el Gobierno, ¿qué actividades podía alentar en aquellos momentos? En primer lugar, los Ministerios que se dieron a la CNT fueron el de Justicia, el de Economía e Industria, el de Comercio, y a mí el de Sanidad y Asistencia Social. No había posibilidad de desarrollar en ellos actividades culturales. En mi Ministerio, conseguí legalizar el aborto, antes que en ningún país del mundo. Se hizo mediante un Decreto ley de febrero de 1937 autorizando la interrupción artificial del embarazo, pero sin tantos requisitos como ahora se exigen en Francia, sino simplemente a partir de la voluntad de la mujer, considerando que la mujer era la que tenía que disponer de su cuerpo, y la que decidía tener hijos cuando quisiera ella, no cuando quisiera el hombre o cuando quisiera la sociedad o la religión. Luego hicimos los liberatorios de prostitución para procurar que las mujeres que se habían entregado a la prostitución, muchas veces por causas sociales, tuviesen el derecho de liberarse o de continuar ejerciendo su oficio, pero sin ser consideradas mujeres de categoría inferior. En otras palabras, conseguimos dignificarlas, considerando que la práctica de la sexualidad no había de ser un delito ni algo infamante retribuido por el hombre.

LITERATURA ANARQUISTA

—T. de H.—Tanto sus padres como usted publicaron durante la República dos series de novelas: «La Novela Ideal», semanal, y «La Novela Libre», mensual. ¿Por qué emplearon este género literario para la exposición de su ideología? ¿Cuáles eran los temas centrales de estas novelas, y a qué público iban dirigidas?

—F. M.—Las escribimos precisamente porque había un público, que era el juvenil y sobre todo las mujeres, que

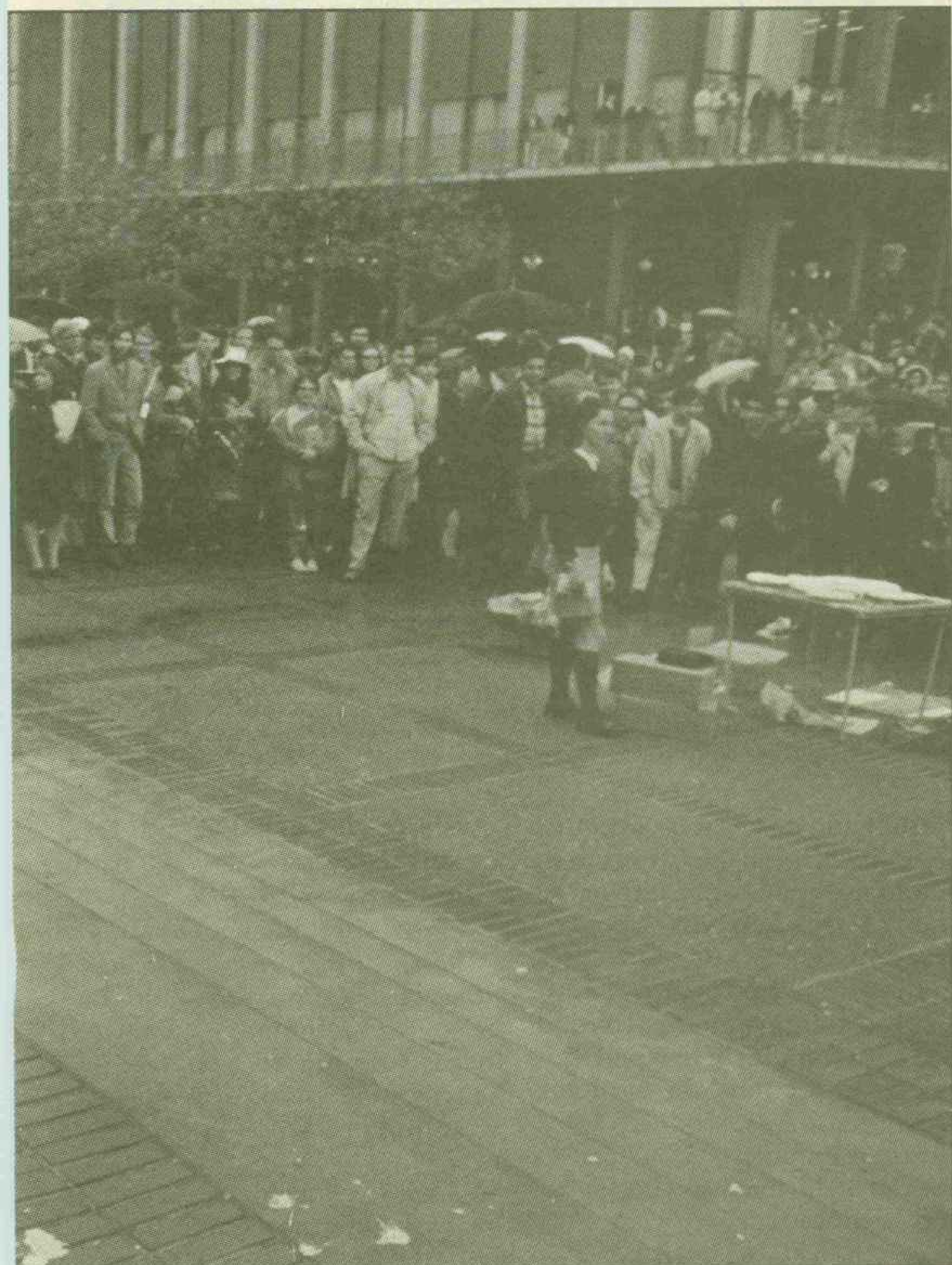


Los anarquistas eran los que tenían la audiencia y el crédito de la juventud. En Estados Unidos se volvió a descubrir a Thoreau, volvieron a resucitar los slógans de las antiguas propagandas individualistas de la desobediencia civil... (Un mitin en la Universidad de Berkeley, en 1966).

podían captarlo a través de una narración novelesca; pero no era posible poner en sus manos un folleto de Malatesta o de Kropotkin, de Seguí o de Pestaña. Eran, ante todo, una especie de anzuelo que se les tiraba, picaban, y poco a poco iban llegando más arriba en las lecturas. En aquella época, **La Novela Ideal** tiraba 50.000 ejemplares, y **La Novela Libre,** de 15.000 a 20.000. Imagínese lo que esto representa, porque cada lector o lectora lo pasaba a sus amigos. El franquismo ha acusado a la familia Urales de haber pervertido a dos generaciones de españoles, y en cierto modo tenía un poco de razón; tan grande fue nuestra influencia a través de esas dos ínfimas publicaciones, por la irradiación que tenían. La lucha contra la dictadura de la religión, contra los tabúes sexuales, la propagación del amor libre, de la liberación de la mujer, todo se hacía a través de una trama novelesca, y la gente lo asimilaba perfectamente, en especial los jóvenes.

—T. de H.—Pero, ¿no se cayó en un cierto didactismo simplista, al estilo del «realismo socialista»: el buen obrero, el mal patrón, la virtud ofendida de las trabajadoras, etcétera?

—F. M.—Evidentemente, porque no había manera de presentar las cosas de otra forma. No se podía decir que había un buen patrón y que había un mal obrero. Por regla general nosotros defendíamos la causa del oprimido y del explotado, que era el obrero. Y así no había razón para explicar la abnegación de un patrón, que se sacrificara por sus obreros, porque era un caso que no existía. A la fuerza había que presentar los conflictos entre el capital y el trabajo tal como se presentaban, dando siempre la razón al oprimido y al explotado. Por ejemplo, en el aspecto religioso, es evidente que ha habido curas más o menos buenos o generosos, que han concebido el cristianismo como una ideología igualitaria, tal como la concibió Jesucristo; sobre eso hemos tenido también nuestros escritos. Yo recuerdo que publiqué una novela, me parece que se titulaba **Resurrección,** en la que había un joven sacerdote que al final colgaba los hábitos, porque se declaraba incompatible con la práctica de la religión tal y como la concebía la Iglesia. Era una manera de hacer propaganda, pero no contra la Iglesia ni contra el cristianismo, sino mostrando la contradicción flagrante entre el Evangelio y la política de la Iglesia.



La semejanza entre el realismo socialista y nuestras novelas reside en que los socialistas llegaron a las mismas conclusiones que nosotros, sin que hubiese concomitancia entre ambos. Simplemente, son verdades, cosas esenciales, en las que se puede coincidir, porque no hay dos maneras de interpretar la realidad, no hay más que una.

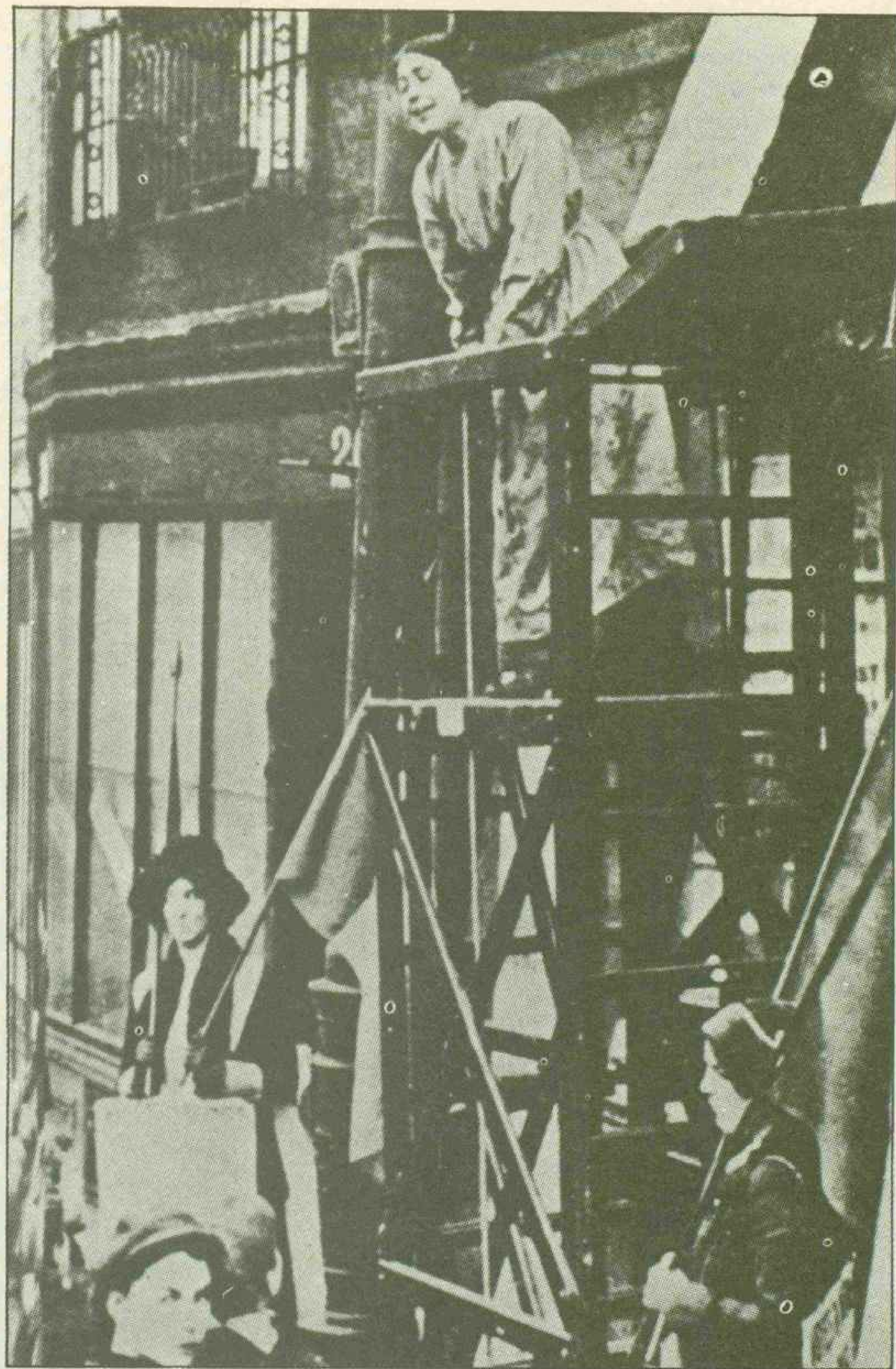
—T. de H.—¿Cuáles son las novelas más importantes escritas por usted?

—F. M.—Las más importantes fueron: **La Victoria, El hijo**

de Clara, La Indomable; y luego la serie de **Novelas Libres** que publiqué, entre las que están: **Sinfonía apasionada, Heroínas, Una vida, Vampiresa...** Escribí tantas que no puedo acordarme de todas; porque de **Novelas Ideales** quizá he escrito cien o ciento cincuenta, y de **Novelas Libres,** veinticinco o treinta como mínimo.

—T. de H.—Por sus títulos, veo que se refieren sobre todo al tema de la mujer. ¿Por qué?

—F. M.—Porque no hay escritor que no sea un poco subjetivo, y yo estaba forzada a trasladar a la novela aquello que yo vivía o que había visto vivir a otras mujeres. La diferencia entre mi padre y yo es que mi padre hacía novelas simples, fáciles, que planteaban siempre temas amorosos, mientras yo planteaba muchas veces problemas de la lucha entre los sexos, de los prejuicios, de la lucha contra los prejuicios anclados en el sexo masculino. Y por eso mis novelas eran más intelectualizadas, iban más lejos en el planteamiento de los temas y en la lucha por la libertad de la mujer. En ese sentido, yo he hecho obra feminista.



Luego hicimos liberatorios de prostitución para procurar que las mujeres que se habían entregado a la prostitución, muchas veces por causas sociales, tuviesen el derecho de liberarse o de continuar ejerciendo su oficio, pero sin ser consideradas mujeres de categoría inferior. (Un mitin sufragista en el Londres Victoriano).

CULTURA Y EMIGRACION

—T. de H.—En la emigración, ¿se siguió desarrollando esta actividad cultural, o los debates en el seno de la organización lo impidieron?

—F. M.—No, no. Algún día se conocerá todo lo que el exilio ha editado, todo lo que ha hecho, integrándose muchas veces en las propias actividades de los países en los que nos encontrábamos. Hemos enriquecido la cultura mejicana, la venezolana, la argentina antes de que viniera Videla, la francesa; por todas partes se ha ido marcando la impronta de los refugiados, en especial la de los libertarios. Hemos publicado periódicos, folletos, hemos editado libros; se han dado miles de conferencias; se han establecido cursos por correspondencia; se ha enseñado el esperanto. Se ha mantenido siempre una actividad de carácter cultural y pedagógico; y además, de carácter revolucionario, con los ojos fijos en España, y procurando acelerar lo más posible el fin de la dictadura.

—T. de H.—Permítame que insista; ¿los debates en la organización no impidieron el desarrollo cultural?

—F. M.—Debate no ha habido más que uno, y aun ese debate nos le trajeron de fuera. La CNT y el movimiento libertario se reunió en Congreso el Primero de Mayo de 1945 —el día que murió Hitler— en París. Y en ese Congreso se canceló todo el período de colaboración gubernamental; se dijo que la CNT y el movimiento

libertario volvían a su línea clásica anti-política, anti-parlamentaria, de acción directa, de abolición del Estado y sustitución del mismo por un régimen socialista libertario. Actuamos en la Junta española de liberación, constituida por todas las fuerzas políticas y sindicales, excepto los comunistas. Y un buen día, don Indalecio Prieto en México, y unos cuantos señores en París, decidieron que había que disolver la Junta española de liberación, y que había que constituir un Gobierno de la República en el exilio. Y el señor Giral constituyó ese Gobierno; y el que era entonces Comité Nacional de la CNT en España —aquí, en Madrid— decidió que la CNT tenía que participar en ese Gobierno en el exilio. Y entonces vino la división; una parte, la mayoritaria en la CNT, se mantuvo fiel a los acuerdos del Congreso de París; pero otros decidieron que como en España se había decidido intervenir en el Gobierno, ellos seguirían esa directriz. Y es de aquí de donde viene la escisión; están de acuerdo con la entrada de dos ministros, uno Leiva y otro Horacio Martínez Prieto. Pero la división se cancela en el Congreso de Limoges de 1960, donde se restablece la unidad de la CNT.

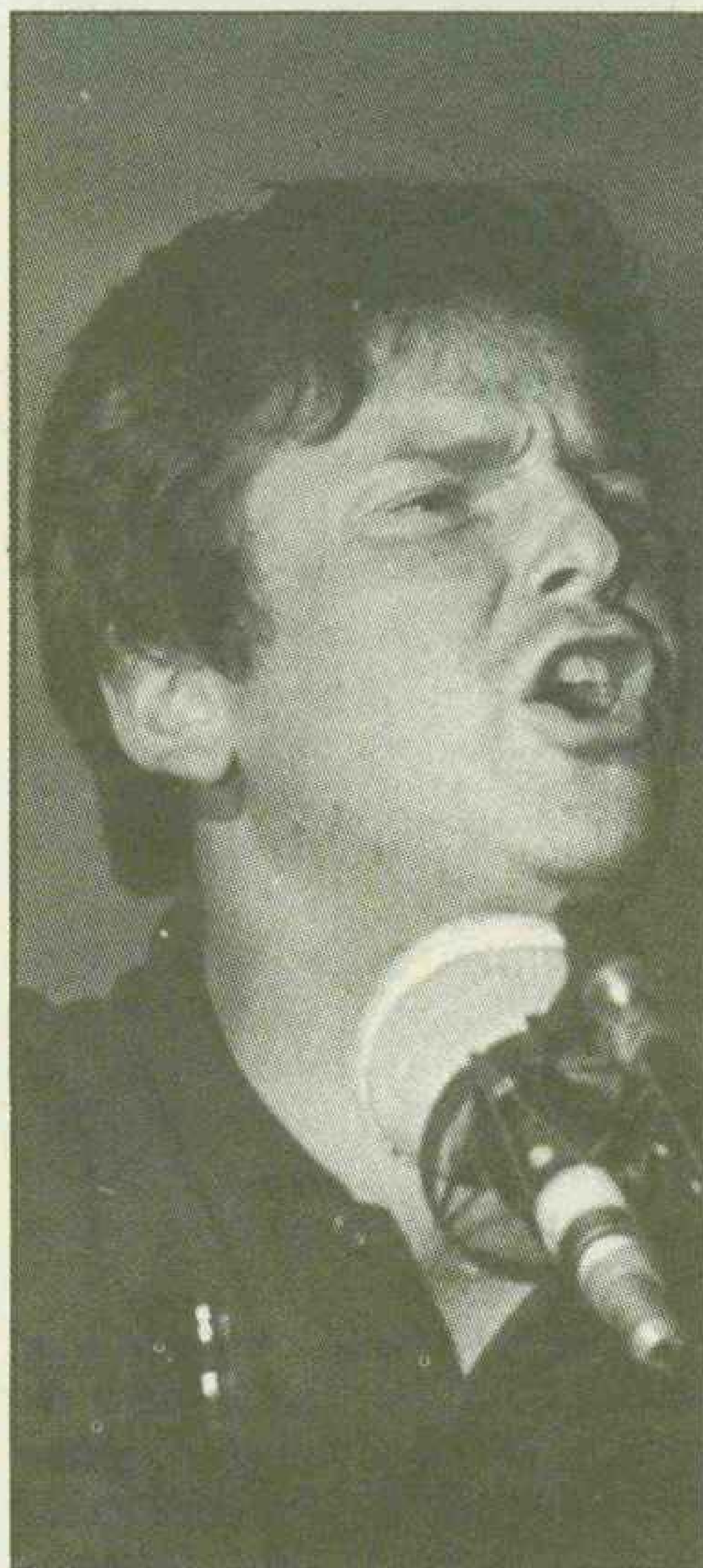
—T. de H.—Entonces, ¿no ha habido desde 1960 ninguna discusión entre el interior y el exterior?

—F. M.—No. Ha habido pequeñas diferencias en el aspecto práctico, en la manera de encarar los problemas, pero no han existido diferencias de tipo ideológico. No hay ni ha habido discrepancias entre nosotros.

EL PENSAMIENTO ANARQUISTA HOY

—T. de H.—Hoy día, ¿puede volver a surgir una cultura libertaria?

—F. M.—Está surgiendo ya. Existe ya esa cultura libertaria. Por ejemplo, empieza a salir nuestra prensa; numerosos Sindicatos tienen boletines; se están reorganizando por todas partes los Ateneos Libertarios. Hay ya en marcha una cultura libertaria. Lo que pasa es que, obsesionados por los problemas del momento, por el combate que hay que librar para afianzar a la CNT, para difundir las ideas anarquistas, toda la labor cultural queda, a la fuerza, relegada a un segundo término. Pero se está trabajando. Jamás se habían editado tantos libros anarquistas, incluso por editoriales burguesas, como se están editando ahora. Se han hecho varias ediciones de **El apoyo mutuo**, de Kropotkin; por todas partes están apareciendo libros refiriéndose a la obra constructiva de la revolución española, a todo lo que hemos dejado como jalón práctico en la vida social de nuestro país. Hay ya una cultura libertaria. No tenemos más que continuar lo que se empezó, lo que ha quedado interrumpido, pero que está latente y vivo. Además, hoy hay una multitud de jóvenes intelectuales, de estudiantes, y tenemos lo que teníamos entonces: una minoría bien preparada de técnicos, de intelectuales, de abogados, de médicos...



Y en mayo de 1968 el símbolo tuvo que ser Cohn Bendit como anarquista; pero él no estaba solo, junto a él y muchas veces superándolo había multitud de jóvenes estudiantes inspirados por el anarquismo. (En la foto, Daniel Cohn Bendit).

—T. de H.—¿Es posible, entonces, un nuevo florecimiento de la ideología anarquista, basada en ideas como la autogestión, que lleve a un desarrollo teórico como el que se conoció con Bakunin y Kropotkin, y en España con Mella y Urales?

—F. M.—Evidentemente. Además, la cosa que a mí muchas veces me irrita es que se silencie lo que se ha hecho en el terreno práctico. Se habla de la autogestión como algo teórico, y la autogestión es ya una realidad social y económica. Hay que tener en cuenta que en España, en especial en Cataluña, en Levante, en parte de Aragón, un poco en Castilla y un poco en Extremadura, se ha vivido ya la autogestión. Han funcionado las colectividades agrícolas, las colectividades industriales, **sin ser ningún fracaso.** Las han destruido, no han muerto porque fuesen incapaces los obreros de organizar la producción y la distribución. Esto ya no forma parte de la ideología; ya son aspectos prácticos, que serán enriquecidos y perfeccionados, porque hay que ver en qué condiciones tuvieron que practicarse; y no obstante, fueron el producto de la espontaneidad popular. Fue la gente, el obrero de base, en la fábrica, en el lugar de trabajo,



La última alternativa que queda es la nuestra. Una organización de la sociedad en la que desaparezca el capitalismo y en la que no se creen nuevas castas dirigentes. (Federica Montseny, en su época de Ministro de Sanidad y Asistencia Social, noviembre de 1936).

en el campo, etc., el que se puso de acuerdo con los demás obreros para poner en marcha la fábrica o para reunir todas las tierras en una explotación colectiva. Todo esto ya no es Historia, ya es hecho práctico, real. Lo que pasa es que hasta de esto se está apoderando el enemigo. Como han desvirtuado y están desvirtuando la palabra autonomía, desvirtúan la palabra autogestión, la quieren incorporar al capitalismo, cuando la autogestión no podrá realizarse si no es partiendo de la base de una transformación de estructuras y de una destrucción del capitalismo y del Estado. Es así como podrá practicarse la verdadera, la auténtica autogestión.

—T. de H.—Pese a todo lo que acaba de decir, la mayoría de los estudiosos del movimiento anarcosindicalista piensan que no ha habido un desarrollo teórico del anarquismo en los últimos cuarenta años. ¿A qué se debe este declive?

—F. M.—Faltan teóricos porque se han muerto, se han ido muriendo todos; pero como la especie humana no ha terminado y el pensamiento humano sigue existiendo y progresando, esos teóricos que no existen irán surgiendo. Porque no se consigue una influencia, como puedo tener yo, en unos días, tiene que ir surgiendo. Yo lo que puedo decirle es que hoy día existen en nuestro movimiento jóvenes con conocimientos teóricos y facilidad para expresarlos, que aparecen a través de los manifiestos y de los propios órganos del movimiento libertario y de la CNT. Lo que pasa es que esos jóvenes tienen que hacerse un nombre para ser reconocidos como teóricos del anarquismo; pero se crean, se hacen. No estamos huérfanos de teóricos; están huérfanos de conocimiento de su existencia los historiadores superficiales, para los que la Historia parece que se ha parado, y no conocen más que aquello que encuentran en los libros.

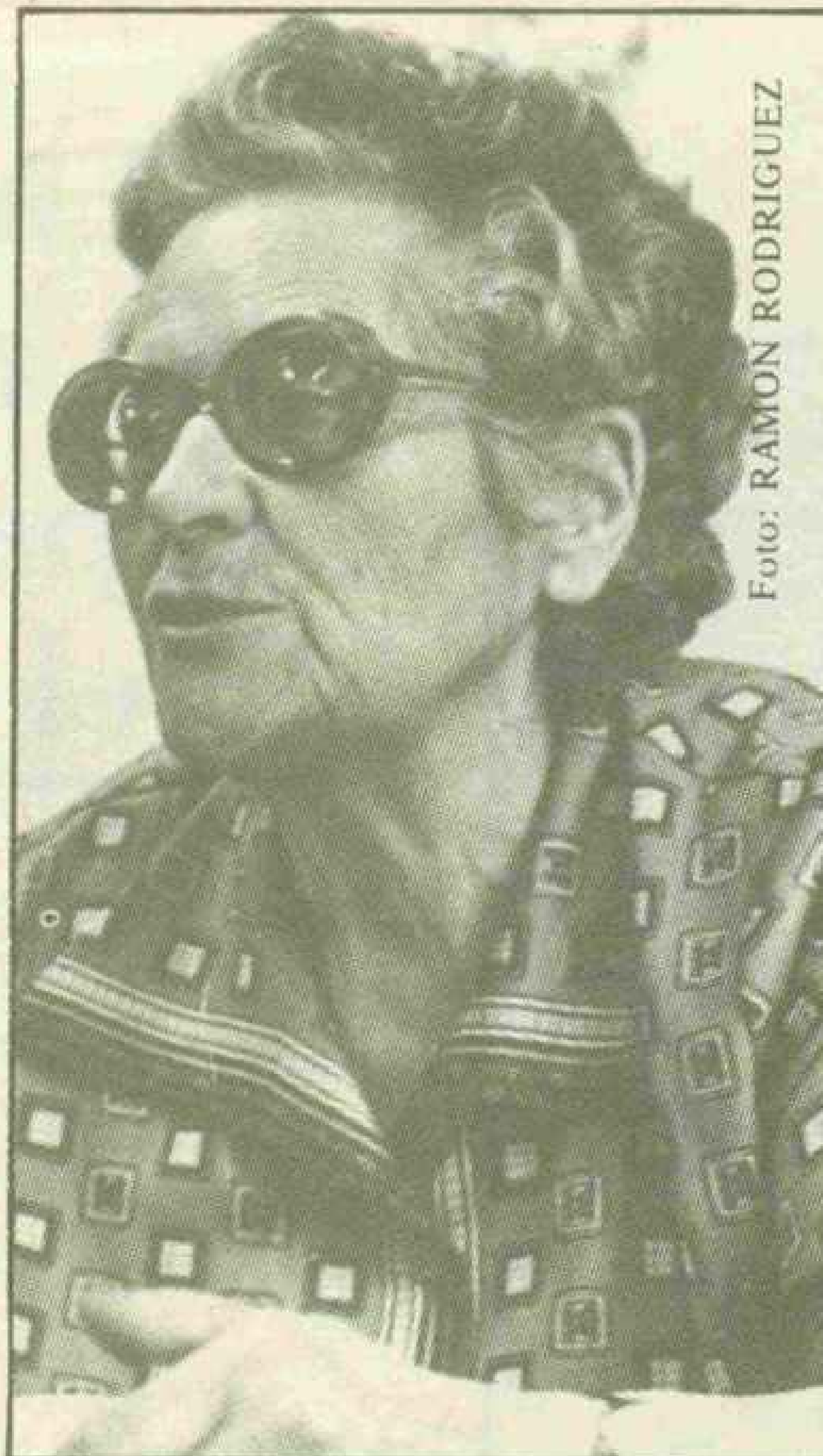
MUERTE Y RESURRECCION DEL ANARQUISMO EUROPEO

—T. de H.—Para acabar, me gustaría que nos explicara su visión de la situación actual del anarquismo fuera de España. ¿A qué se debe el declive del anarquismo en Europa, desde finales de la Primera Guerra Mundial? ¿Es posible un resurgimiento?

—F. M.—Para explicarlo necesitaría mucho tiempo. Las causas son ante todo las catástrofes de tipo social que se han producido en los pueblos, ha sido la sangría que se ha efectuado a través de las dictaduras, que poco a poco se han ido instalando en todo el mundo, lo mismo en América Latina que en Europa. Ha sido el fas-

cismo que ha pasado como una apisonadora por encima de todos los movimientos anarquistas, en especial el italiano, cuyos militantes fueron desterrados o fusilados, o tuvieron que exilarse a América. Todo eso ha sido la causa de una especie de corte aparente en la línea que siempre ha existido, y que poco a poco reflorece. Sin embargo, ¿quién habría de pensar que cuando se produjo el famoso Mayo del 68 en Francia, y la explosión estudiantil en los Estados Unidos, las líneas directrices fueran anarquistas? Los anarquistas eran los que tenían la audiencia y el crédito de la juventud. En Estados Unidos se volvió a descubrir a Thoreau, volvieron a resucitar los slogans de las antiguas propagandas individualistas de la desobediencia civil... Y en mayo de 1968 el símbolo tuvo que ser Cohn Bendit como anarquista; pero él no estaba solo, junto a él y muchas veces superándolo había multitud de jóvenes estudiantes inspirados por el anarquismo. Baste decir que de un libro de Daniel Guerin titulado **L'Anarchisme**, en cosa de un mes se agotaron tres ediciones.

El anarquismo no estaba muerto en 1968 ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en ningún sitio. Puede tener eclipses, momentos en que faltan grandes figuras que lo encarnen o simbolicen, pero el anarquismo está ahí presente y estará siempre presente. Porque además somos la última alternativa histórica que se ofrece para la libertad en el mundo. La gran inteligencia del capitalismo —y esta es una causa fundamental que explica todo lo anterior— ha sido la adaptación del obrero al sistema, crear intereses para que el obrero que tiene que pagar la letra del televisor o del piso no se embarque en

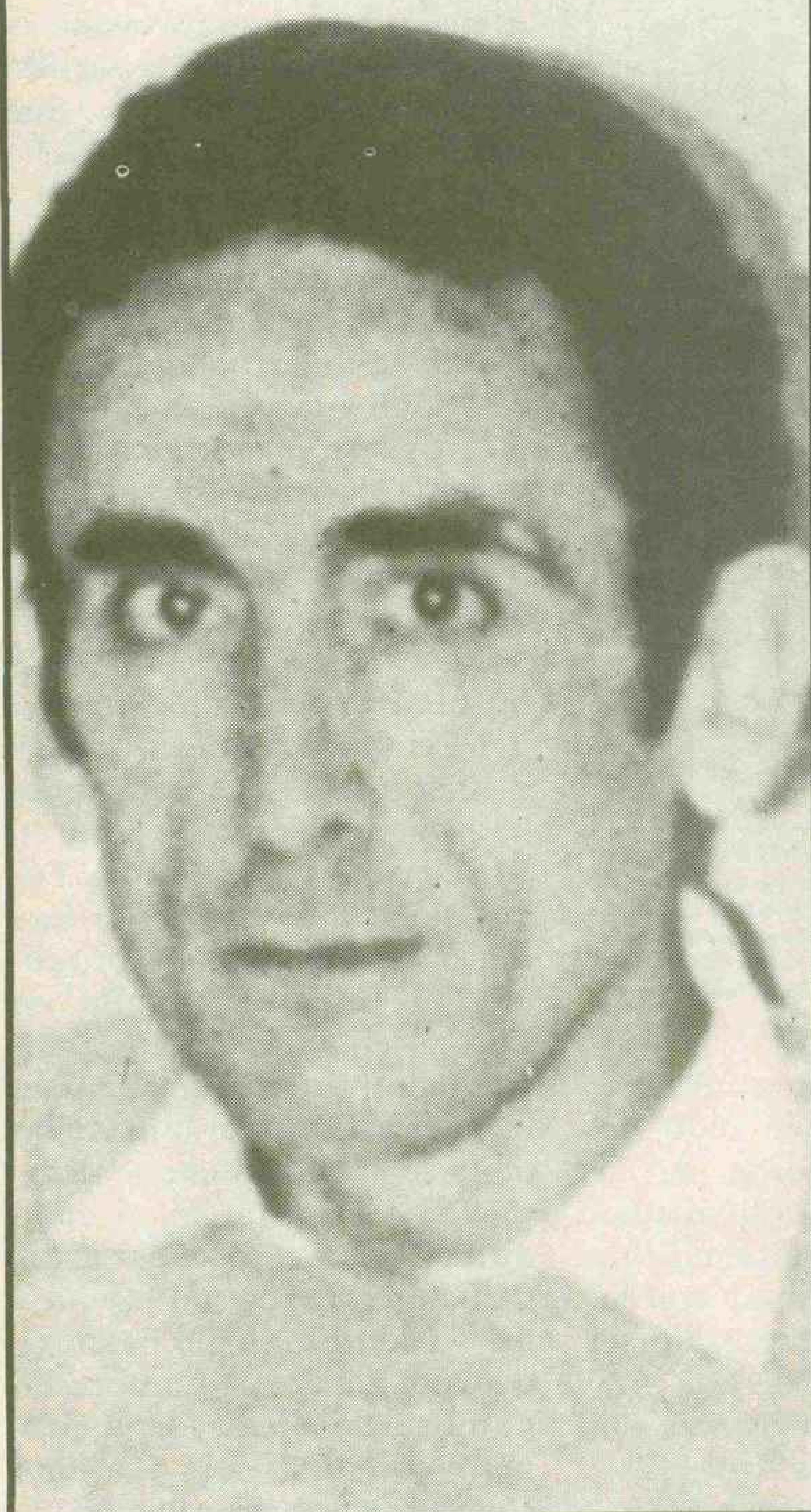


La única alternativa que queda a la humanidad es nuestro socialismo integral, porque muchas veces olvidamos que hay socialistas autoritarios y socialistas libertarios; y nosotros somos los socialistas libertarios. (Federica Montseny en la actualidad).

aventuras revolucionarias. Esa ha sido, sobre todo, la causa de la pérdida de la influencia del sindicalismo revolucionario. Pero no ha servido para terminar con la teoría anarquista, porque se da el caso curioso de que hoy son anarquistas en Francia, en Italia, en Estados Unidos o aquí, muchos jóvenes que vienen de la clase burguesa, que están en ruptura con la sociedad, y que abrazan el anarquismo precisamente porque reaccionan contra el medio materialista en que ha querido encerrárseles. Es el mismo fenómeno que se produce en Alemania con la izquierda extra-parlamentaria, a la que están exterminando con el pretexto de que son terroristas, cuando es una calumnia y una mentira horrible. Todo eso forma parte de un combate que no ha terminado, que cambia de nombres y de características, pero que histórica y socialmente es el mismo.

—T. de H.—De todas formas, la mayoría de los historiadores y teóricos de la política piensan que el anarquismo es una pura utopía, y que por ello no tiene ningún futuro. ¿Qué opina usted de esta crítica?

—F. M.—No sólo es falso, sino que ya hemos dado pruebas de lo contrario. Además, nosotros, y ya lo he dicho otras veces, somos la última alternativa que se ofrece a la clase obrera. Ha fracasado el marxismo como ideología de transformación de la sociedad, cayendo de nuevo en la dictadura, y sobre todo en la burocracia, en la ocupación del Estado por nuevas castas dirigentes. Y este fenómeno se ha producido no solamente en Rusia, sino en la propia Yugoslavia, que es donde hay más libertad; y se ha producido en Cuba, en Argelia, en China y en todas partes. La última alternativa que queda es la nuestra. Una organización de la sociedad en la que desaparezca el capitalismo y en la que no se creen nuevas castas dirigentes, ni se produzca una nueva ocupación del Estado y del poder, con otro nombre, en nombre de otras ideologías, pero con una sola realidad concreta: la perpetuación de la explotación y la opresión del hombre por el hombre, no en nombre del burgués, pero sí en el del Estado, que explota y que es peor patrón que el patrón capitalista. La única alternativa que queda a la humanidad es nuestro socialismo integral, porque muchas veces olvidamos que hay socialistas autoritarios y socialistas libertarios; y nosotros somos los socialistas libertarios, los que creemos en la posibilidad de instaurar un mundo en libertad, un socialismo en libertad; pero no podrá haber socialismo con libertad si hay socialismo con Estado.



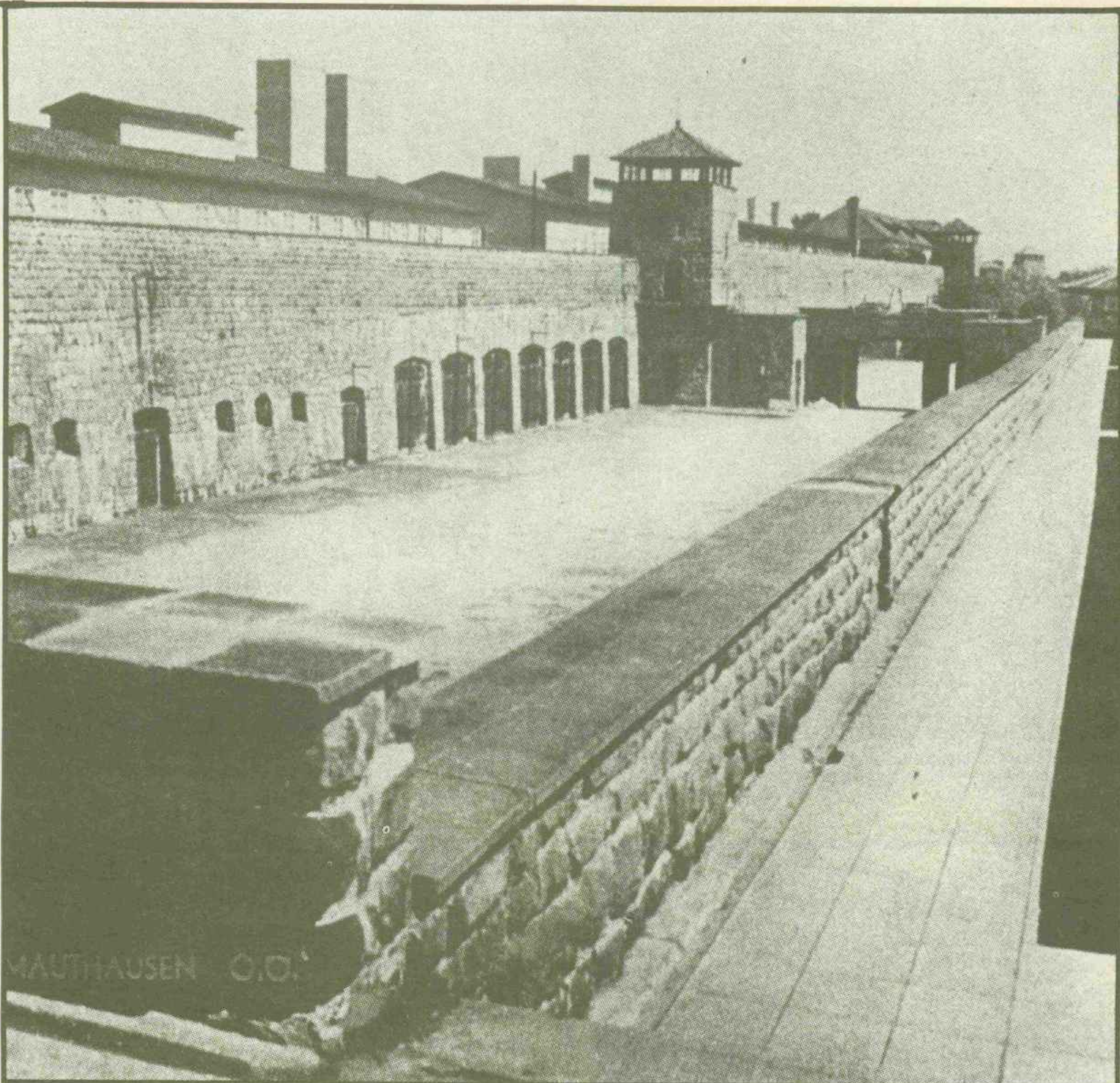
Eduardo Pons Prades

La tragedia de millares de españoles bajo el nazismo:

"Los cerdos del comandante"

E. de Guzmán

LA facilidad de olvidar tiene tanto de venturosa para el individuo aislado como de arriesgada para la colectividad. Si al primero le permite seguir viviendo sin el tormento de recordar constantemente a los seres amados desaparecidos, constituye para la segunda una angustiosa amenaza de tener que repetir —sin saberlo— la parte más dolorosa y lamentable de su pasado como pueblo. En este momento concreto y en la España actual a todos nos beneficia olvidar individualmente las tragedias, sufrimientos e injusticias de la guerra civil, pero nada sería más desastroso para la nación que un olvido generalizado de la catástrofe de 1936 nos hiciera caer, inconscientes y suicidas, en la misma imperdonable torpeza de hace cuarenta y tres años.



Los relatos referentes al campo de Mauthausen —en la foto— son más numerosos y amplios no sólo por permanecer internado en él uno de los autores del libro, sino por ser aquel en que hubieron de padecer pasión y muerte más compatriotas nuestros.

Y lo que a nosotros nos sucede con la fratricida contienda pasada le acontece al resto de la Humanidad con la segunda guerra mundial y sus terribles secuelas del bombardeo atómico de ciudades japonesas y de los campos de exterminio nazis. Aquí también resulta tan consolador el olvido individual como suicida el colectivo. Especialmente si tenemos en cuenta que ya a comienzos del siglo XVIII un pensador francés señalaba que «la facilidad de comenzarlo todo de nuevo —característica del pueblo alemán— está basada fundamentalmente en su increíble facultad para el olvido». Los países que, voluntaria o involuntariamente, olviden las terribles matanzas de Treblinka, Dachau, Buehenwald o Mauthausen pueden caer fácilmente en la tentación de construir en el futuro otros infiernos de parecido horror e inhumana bestialidad.

En uno de sus mejores poemas León Felipe habla con trenos apocalípticos de una de esas fábricas de muerte —Auschwitz— cuya monstruosa crueldad no pudieron ni siquiera imaginar los imaginativos poetas que en sueños descendieron a los infiernos. Ni Dante, ni Virgilio, ni Blake, ni Rimbaud descubrieron en el curso de sus alucinantes pesadillas nada tan espantoso. Si la realidad supera muchas veces a la ficción, en este caso concreto todos los horrores soñados palidecen frente a la verdad de una barbarie sin precedentes en la larga historia de las barbaries inmoladas a la mayor gloria de Adolfo Hitler y su Tercer Reich Milenario.

Es una galería de horrores interminables en que los prisioneros son humillados, vejados, torturados, violados, robados, ahorcados, «operados» y gaseados. Pero en que brilla, en contraste con la crueldad sin límites de los guardianes, la solidaridad, el sacrificio voluntario y consciente por los compañeros... (Prisioneros del campo de Mauthausen).



En ocasiones, la monstruosidad alcanza límites difícilmente imaginables, como en el caso del prisionero que se ahorca cuando sus guardianes le hacen creer entre burlas y palos que en la comida que acaban de servirle está la carne de su propio hijo, asesinado horas antes...

Aunque durante decenios se procuró tenerle perfectamente desinformado, el pueblo español ha sabido algo de estos horrores. Pero siempre ha pensado en ellos como algo ajeno y lejano, que poca o ninguna relación guardaba con él o con los suyos. Si los genocidas eran nazis —una secta cruel y sanguinaria nacida en Alemania, que ningún parentesco guardaba con los fascismos italiano o español— las víctimas eran siempre judíos —el pueblo deicida—, rusos comunistas, ingleses pérfidos explotadores del resto del mundo y franceses insubordinados contra el gobierno patriótico y paternal del seráfico mariscal Petain. Gentes, en definitiva, que tenían bien merecida la suerte sufrida, aunque los miembros de las famosas SS, defensoras de los valores espirituales de la civilización occidental, se hubiesen excedido un poco en sus persuasivos procedimientos.

«Los cerdos del comandante» es un libro veraz, sincero, documentado y atroz que nos ofrece una visión espantosa y certera de la gran tragedia en que decenas de millones de personas perecen asesinadas en las cámaras de gas, en los experimentos médicos, los patíbulos colectivos, los ametrallamientos en masa, los trabajos forzados llevados más allá de toda posible resistencia o simple y sencilla-

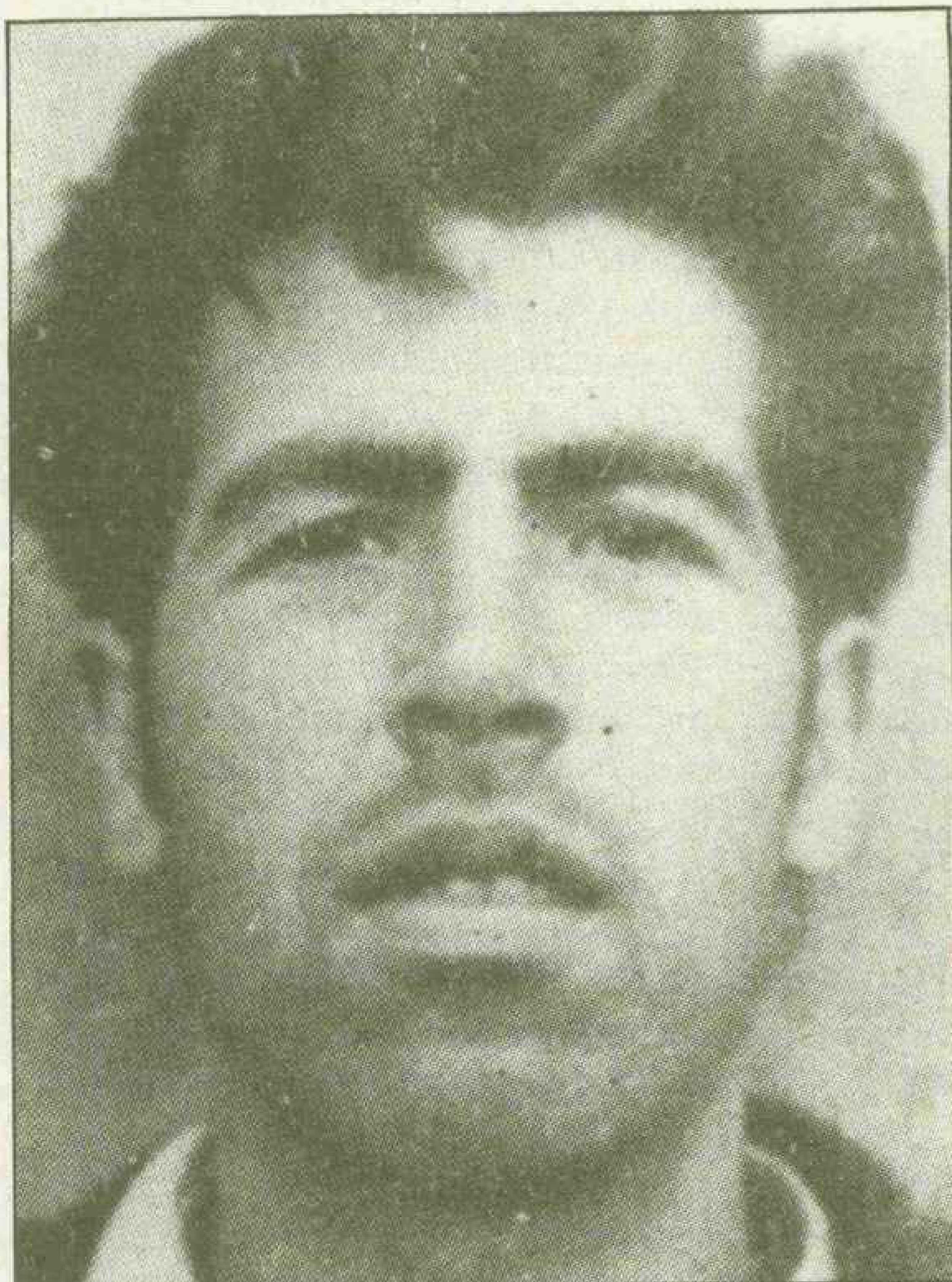
mente la privación de toda alimentación hasta producir la muerte por inanición de millares y millares de seres humanos. Sus autores, Eduardo Pons Prades y Mariano Constante, conocen perfectamente el tema por haberlo sufrido en sus propias carnes, el primero luchando en la resistencia francesa y el segundo internado durante varios años en el campo de exterminio de Mauthausen. Pero no cuentan sólo sus experiencias personales, sino que con paciencia y tenacidad han ido buscando a los supervivientes de los campos y recogiendo fielmente sus relatos de lo que fue la vida y sobre todo la muerte en las infinitas ergástulas creadas por el nazismo tanto en Alemania como en el resto de los países ocupados, con vista a la llamada «solución final» consistente en la supresión sistemática de todas las consideradas razas inferiores.

El libro, impresionante y angustioso, editado recientemente por Argos-Vergara, lleva un subtítulo expresivo y significativo: «Españoles en los campos de exterminio nazis». La obra es, en efecto, la historia no contada hasta este momento del sacrificio de muchos millares de compatriotas nuestros. Su contenido puede ser resumido en los siguientes términos: Los veinte mil españoles (combatientes en la Legión Extranjera y en los llamados Batallones de Marcha) hechos prisioneros por los alemanes en Francia en la primavera de 1940, fueron abandonados a su suerte por el gobierno del mariscal Petain, pese a haberse batido bajo bandera francesa. Contra todo lo que dispone la Convención de Ginebra, los prisioneros de guerra españoles no fueron internados en campos de prisioneros, sino en campos de exterminio. Al ser preguntados por ellos en septiembre de 1940 el señor Serrano Súñer respondió despectivo: «Mi gobierno no considera españoles a esos sujetos. Son mercenarios al servicio de los franceses. Hagan con ellos lo que consideren más conveniente». Los alemanes lo hacen de tal manera que en 1945 sólo viven una sexta parte; los dieciséis mil restantes han muerto asesinados. Y con ellos, junto a ellos, lo mismo que ellos, otros varios millares de compatriotas nuestros que han luchado en la resistencia francesa, belga u holandesa.

«Los cerdos del comandante» es, en fin de cuentas, un relato descarnado e impresionante de la vida y la muerte de todos ellos entre 1940 y 1945. Los escasos supervivientes cuentan sencillamente, sin adornos literarios, pero con acento de rabiosa sinceridad, la suerte de los españoles internados en Buchenwald, Bergen-Belsen, Dachau, Flossenburg, Peenemunde, Ravenbruck, Mauthau-



Fotografía del autor realizada a su entrada en el campo de Mauthausen.



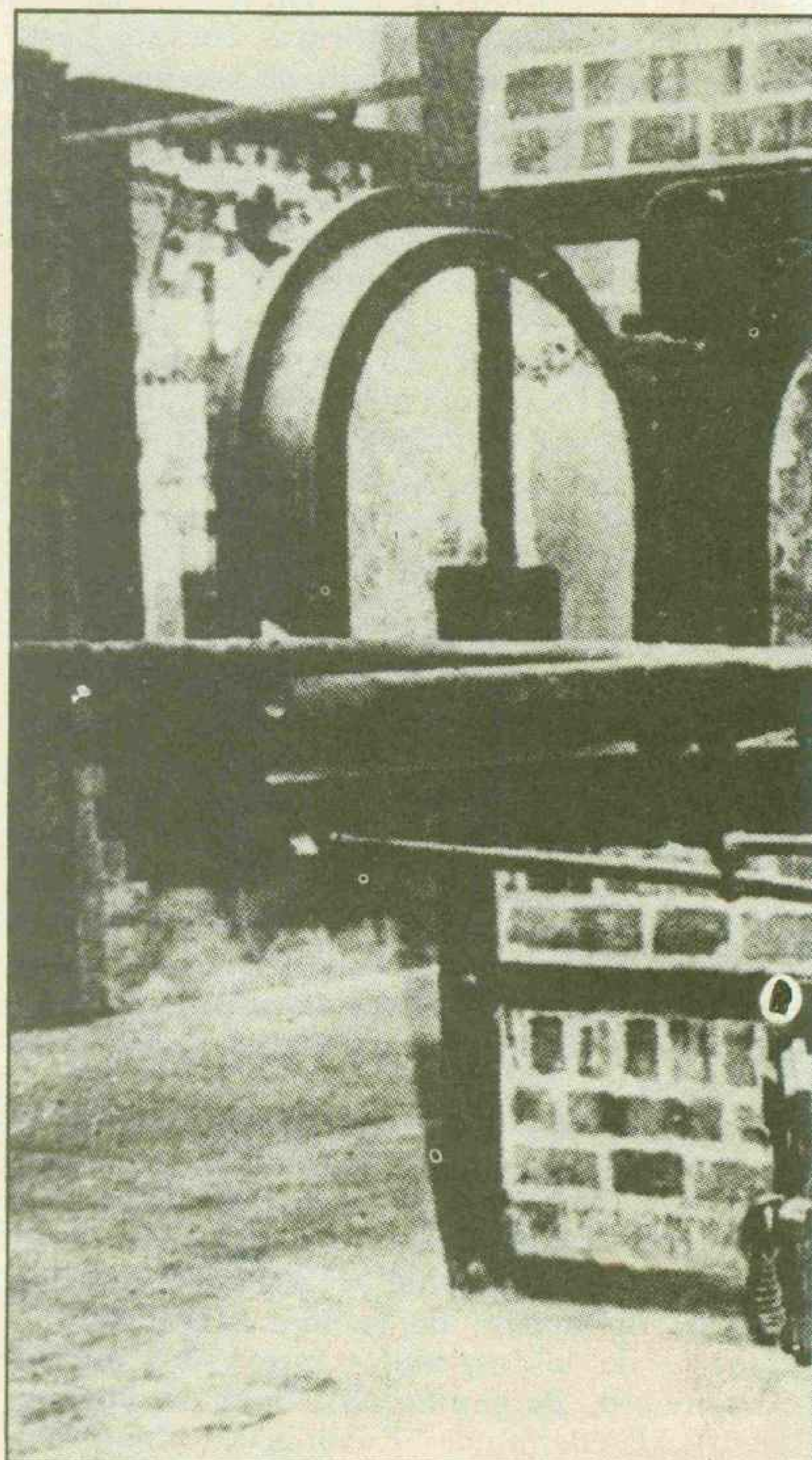
Los jefes de las SS que comandan los campos de Rawa-Ruska y Mauthausen llamaban «mis cerdos» a los españoles sometidos a sus vesanías. Pero esos llamados cerdos saben morir con impresionante dignidad o rebelarse contra sus verdugos para hacer inmediata justicia con ellos. (Arriba, Mariano Constante, coautor del libro con Pons Prades, en la foto realizada a su entrada en el campo de Mauthausen; abajo, otro superviviente de Mauthausen, Joan Pagés.)



Son tantos los desaparecidos en las cámaras, las hambres o los experimentos médicos, que todos los supervivientes lo son por una serie de asombrosas coincidencias favorables que no pocas veces lindan con lo milagroso. (En mayo de 1965 se inauguró en Mauthausen un monumento a la memoria de los inmolados españoles. De izquierda a derecha: Joan Pagés, José Perlado, Joan Tarragó, Steban Balogh, Manuel Razola y Mariano Constante.)

sen, Natzweller, Rieucros, Birkenau, Sttuthof y Treblinka. Es una galería de horrores interminables en que los prisioneros son humillados, vejados, torturados, violados, robados, ahorcados, **operados** y gaseados. Pero en que brilla, en contraste con la crueldad sin límites de los guardianes, la solidaridad, el sacrificio voluntario y consciente por los compañeros, la entereza y decisión de centenares de héroes anónimos, cuyos nombres no recogerá nunca la historia. Los jefes de la SS que mandan los campos de Rawa-Ruska y Mauthausen llamaban «mis cerdos» a los españoles sometidos a sus vesanías. Pero esos llamados cerdos saben morir con impresionante dignidad o rebelarse contra sus verdugos para hacer inmediata justicia con ellos.

Abundan en la obra los episodios de refinada crueldad entremezclados con otros de silencioso heroísmo. Los relatos referentes al campo de Mauthausen son más numerosos y amplios, no sólo por permanecer internado en él uno de los autores del libro, sino por ser aquel en que hubieron de padecer pasión y muerte más compatriotas nuestros. También el centro donde mejor se organiza la resistencia y con mayor eficacia se defienden los pri-



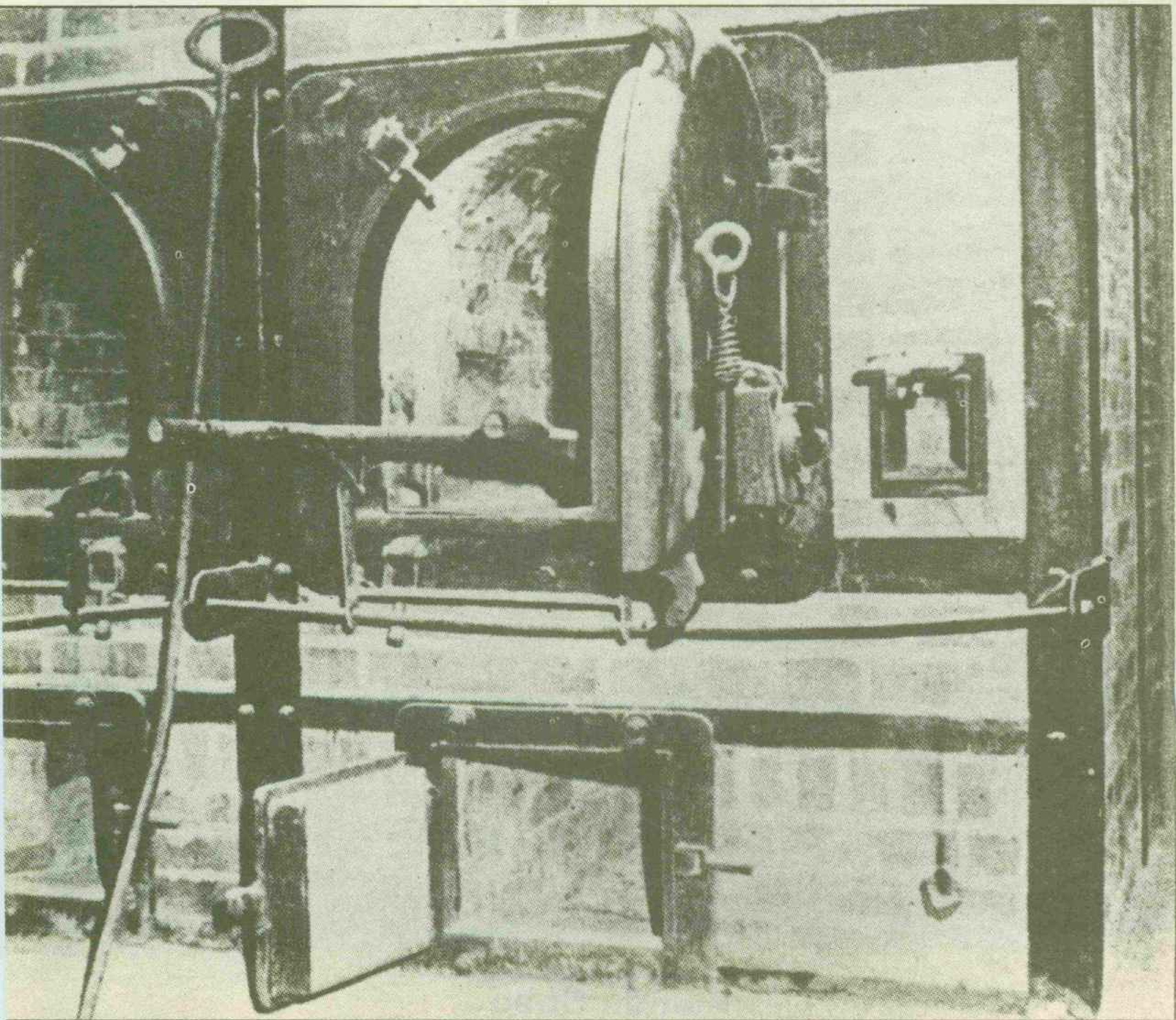
Es una terrible lección que ningún pueblo debería olvidar. Aunque sólo fuera para que ese horror indescriptible no tengan que conocerlo también nuestros hijos o nuestros nietos. (Hornos crematorios de Mauthausen).

sioneros en los últimos días hasta conseguir apoderarse de las instalaciones antes de que las fuerzas aliadas lleguen a liberarlos.

En ocasiones, la monstruosidad alcanza límites difícilmente imaginables como en el caso del prisionero que se ahorca cuando sus guardianes le hacen creer entre burlas y palos que en la comida que acaban de servirle está la carne de su propio hijo, asesinado horas antes. O el del harén de niños de doce y catorce años que sirven de instrumentos forzados de placer a los homosexuales de las SS antes de ser conducidos a las cámaras de gas. En el extremo opuesto se hallan quienes prefieren morir en la tortura antes que traicionar a sus camaradas y la del catalán fugado del campo de Treblinka en Polonia, que cruza media Europa dominada por el nazismo hasta llegar junto a sus compañeros en el mediodía francés.

Son tantos los desaparecidos en las cámaras, las hambres o los experimentos médicos que todos los supervivientes lo son por una serie de asombrosas coincidencias favorables que no pocas veces lindan con lo milagroso. Pero harto sabido es que los milagros no abundan en nuestro tiempo y en todos los campos y circunstancias los muertos están siempre en una abrumadora mayoría. Pero acaso convenga subrayar, como hacen los autores, que siendo tan brutales los procedimientos nazis de interrogatorios, traslados, internamiento y ejecuciones, tuvieron un precedente directo en nuestra dolorida España. Aunque en escala más reducida, Nanclares de la Oca, el Campo de los Almendros y Albatera anuncian ya lo que pocos meses después serán Dachau, Bergen-Belse, Buchemwald o Mauthausen.

«Los cerdos del comandante» relatan la terrible odisea de millares de españoles en los campos nazis de exterminio. Es una terrible lección que ningún pueblo debería olvidar. Aunque sólo fuera para que ese horror indescriptible no tengan que conocerlo también nuestros hijos o nuestros nietos. ■ **E. de G.**



Jean Cassou



Toda una vida con una España a cuestas

Ramón Chao



«Puedo decir que mi más viejo y entrañable amigo es Jorge Guillén. En los albores de nuestras juventudes nos leímos el uno al otro nuestros poemas, y cambiamos nuestras primeras impresiones literarias. En fin, que con mi querido Jorge Guillén he conservado una amistad verdaderamente fraternal». (Jorge Guillén).

POETA, crítico de arte, autor de quince novelas, creador del Museo de Arte moderno de París, miembro de la Real Academia de Bélgica, Gran Premio Nacional de Letras en Francia, **Jean Cassou** es, ante todo, hispanista, por sentimiento y por nacimiento.

«Mi abuelo había emigrado a México, y allí se casó con una mexicana, de modo que una de mis abuelas es mexicana, y su hijo, mi padre, nació en Guanajuato. Vino muy joven a Francia. Se hizo ingeniero, y uno de sus primeros puestos fue en los astilleros de Cádiz. Se casó allí con una andaluza, que sería mi madre. A mi padre lo destinaron luego a otros astilleros, en Deusto, cerca de Bilbao, donde yo nací por casualidad».

La familia de Cassou regresa pronto a Francia, pero no abandona ni la lengua ni la literatura española. Jean Cassou se licencia en español, y más tarde entra a formar parte, como secretario de redacción, de la prestigiosa revista literaria «Mercure de France». Su labor allí será importantísima para las letras españolas. En el «Mercure de France» se encargaba de la crítica y de la divulgación de autores españoles.

«Eso me permitió hacerme amigo de todos los escritores españoles de mi tiempo, de Unamuno, de Antonio Machado y de muchos otros; también me permitió viajar a España, y conocer a ese país, con el que siempre había soñado, y del que sólo tenía un conocimiento místico y de enamorado.

Mis primeros amigos fueron Pedro Salinas, a quien conocí cuando era lector en la Sorbona, y Jorge Guillén, que le sucedió en ese puesto. Puedo decir que mi más viejo y entrañable amigo es Jorge Guillén. En los albores de nuestras juventudes nos leímos el uno al otro nuestros poemas, y cambiamos nuestras primeras impresiones literarias. En fin, que con mi querido Jorge Guillén he conservado una amistad verdaderamente fraternal. Recuerdo que la última vez que



«Estaba viejo, desdentado, en las puertas de la muerte. Salí de allí muy triste, sin poder decir nada, y el amigo argentino que me acompañaba comprendió mi tristeza, y respetó mi silencio. Al cabo de un rato, ya en el metro, le pregunté: «¿Pero de qué se muere Ramón?». Y me contestó, «de tristeza». Se murió de automoribundia Ramón». (Ramón Gómez de la Serna, última foto).

le vi aquí en París, me dijo: «¿Conoces tú a algún poeta más viejo que yo?». Me puse a pensar y le contesté: «Bueno, Saint John Perse, a quien no he visto desde hace tiempo, creo que tiene algunos años más que tú». «Sí, pero no le has visto desde hace tiempo, mientras que a mí me estás viendo». Entonces yo acepté esa evidencia, y Jorge Guillén se quedó muy contento de ser el poeta más viejo que yo pudiese conocer.

A Unamuno le conocí primero por correspondencia. Y luego, cuando le desterró Primo de Rivera, publiqué varios artículos en «Les Nouvelles Litteraries», que era el gran periódico literario de entonces.

Inicié una campaña en favor suyo, y hombres tan distintos como D'Annunzio y Romain Rolland protestaron con la misma energía contra la medida que le había desterrado a Fuerteventura. La campaña se extendió a todo el mundo, prácticamente. Usted ya sabe que luego él se fugó de Fuerteventura, y que vino a París. Yo fui compañero de su exilio. Al final se instaló en Hendaya, pàra estar en su País Vasco, y escribía libros que yo traducía a medida que iban saliendo las cuartillas. Así escribió «La agonía del cristianismo», y ese texto tan importante que se titula «Cómo se hace una novela».

Jean Cassou es, sin duda, el más político de todos los hispanistas, el más intransigente defensor de la libertad y de la democracia. Y en él recayó la misión de informar a Europa del advenimiento de la II República española, en 1931.

No había ningún periodista extranjero en España durante la noche del trece al catorce de abril. Yo era como una especie de testigo único. Recuerdo que estaba en las calles de Madrid con mis amigos Salinas, Alvarez del Vayo y muchos otros, todos maravillados ante la realización de lo que tanto habían anhelado, el advenimiento de la República. Y después de esa noche en que yo asistí a los últimos tiros de la Guardia Civil sobre la muchedumbre, el rey se había marchado. Todo el pueblo estaba por las calles gritando

su alegría y cantando con esa especie de inspiración que tiene el pueblo, que siempre encuentra las palabras que hay que pronunciar, decía: «¡que no se ha marchao, que lo hemos echao...!». Y empezó una especie de fiesta, de verbena, que no se puede imaginar.
Aquella noche vi a Ortega y Gasset en La Granja del Henar, donde tenía su peña. Y recuerdo que le dijo a uno de los contertulios —creo que fue a Ramón Gómez de la Serna—, «ya ve cómo hay que tener confianza en mí. Porque todo lo que está sucediendo ya lo había previsto yo, ya dije que llegaríamos a tener una República».
Ramón Gómez de la Serna, durante esa noche de la llegada de la República, estaba un poco molesto, un poco inquieto. Era un hombre miedoso, y por eso se marchó, al fin. No le gustaba nada aquello que estaba viendo, las manifestaciones, el entusiasmo republicano. Sin embargo, tuvo un momento de entusiasmo republicano. Yo estaba con él un día de los comienzos de la República, por la calle, y de repente oímos un grito que decía: «¡Viva Ramón Gómez de la Serna!» Dijo que si la República fuese siempre así, si iba por ese camino, que él sería el más ardiente republicano. Pero ya sabe usted que se fue por miedo. La última vez que le vi fue en Buenos Aires, un poco antes de su muerte, y guardo un recuerdo horrible de esa entrevista. Porque usted no puede imaginarse lo que era la risa de Ramón, la alegría de su mirada, la vida que desbordaba de todo su cuerpo. Pues yo le vi en Buenos Aires, moribundo, casi sin poder hablar. Le había ocurrido algo tremendo. Había vuelto a España durante el franquismo creyendo que le iban a recibir con un arco de triunfo, o algo así. Pero, ¿qué le importa a Franco Ramón? ¡Nada! De modo que regresó a Buenos Aires y todo el mundo le volvió la espalda, y, cosa curiosa, más aún que los exiliados, los argentinos. Cuando él supo que yo estaba en Buenos Aires, quiso que fuera a verle, y lo hice en compañía de un amigo argentino. Me abrazó, y trató de decir algunos de aquellos disparates tan suyos. Pero no le salían ya. Estaba viejo, desdentado, en las puertas de la muerte. Salí de allí muy triste, sin poder decir nada, y el amigo argentino que me acompañaba comprendió mi tristeza, y respetó mi silencio. Al cabo de un rato, ya en el metro, le pregunté: «¿Pero de qué se muere Ramón?» Y me contestó, «de tristeza». Se murió de automoribundia Ramón.
Recuerdo que durante aquella noche del trece al catorce de abril de 1931 vi a Alvarez del Vayo en medio de la muchedumbre. Todavía no se sabía muy bien lo que pasaba. Entonces tomamos un taxi Salinas y yo, y el taxista, entusiasmado, nos



«Alvarez del Vayo se subió en el techo de un coche, y desde aquella altura informó a la muchedumbre, diciendo que había disensiones en torno al rey, que unos le aconsejaban que se marchase y que otros pensaban que debía resistir. De modo que Alvarez del Vayo arengó a la gente para que siguiera reclamando la marcha del rey». (Jean Cassou, a la izquierda, con Alvarez del Vayo, fotografía de Durán).



«Estaba Azaña temblando de furor, como herido en lo más vivo, y añadió: «¿Comprendéis lo que está pasando?». Y nos llevó hasta la ventana. Desde allí se veía la sierra, y nos dijo: «Vean ustedes: ese es el frente». Y, en efecto, se veía el fuego de los cañones, el humo; se oían los disparos. «Ese es vuestro frente», nos gritó. Y así fue. Su profecía resultó completamente luminosa y exacta. Allí empezaba el frente de una guerra que iba a ser mundial». (Manuel Azaña).

dijo: «Hoy no se paga», y añadió, con una melodía improvisada: «Gutiérrez se marcha» (Gutiérrez era Alfonso XIII, así lo llamaban)... Gutiérrez se marcha, es la noche más dichosa de mi vida...» Y nos incorporamos a una manifestación que iba a la casa de Alcalá Zamora, a saludarle. Allí fue donde vimos a Alvarez del Vayo que acababa de estar con Marañón, médico de la familia real. Marañón era muy amigo nuestro, y republicano, y por Marañón supo Alvarez del Vayo lo que sucedía en palacio. Alvarez del Vayo se subió en el techo de un coche, y desde aquella altura informó a la muchedumbre, diciendo que había disensiones en torno al rey, que unos le aconsejaban que se marchase y que otros pensaban que debía resistir. De modo que Alvarez del Vayo arengó a la gente para que siguiera reclamando la marcha del rey.

Después del triunfo de los republicanos, Jean Cassou regresa a Francia, con el fin de informar sobre lo que estaba sucediendo en España.

Yo tenía mucho interés en hacer comprender a los franceses que un español podía ser republicano, que un español podía ser algo diferente del duque de Alba o de Torquemada; que a un español le podían gustar los toros y las procesiones de Semana Santa, pero también era otra cosa, y esa otra cosa la había encontrado en la noche del trece al catorce de julio de 1931.

En ese momento de euforia y de entusiasmo generales, los amigos españoles pidieron a los amigos franceses que enviaran a Madrid a tres escritores del Frente Popular francés para celebrar juntos esa doble victoria de las izquierdas de ambos países. Yo fui uno de esos tres escritores; otro era André Malraux. Mantuvimos una conversación bastante larga con Azaña. Azaña nos ofreció un té y charlamos de todo. Pero dos momentos de esa conversación han quedado grabados de forma trágica en mi memoria. Yo ya conocía a Azaña desde hacía muchos años; le conocía como escritor, y él a mí también. Malraux estaba muy interesado y subyugado por Azaña, pues para él era la culminación de su ideal. ¿Usted se imagina un escritor que se hallaba al frente de un pueblo en estado completamente revolucionario? Eso hacía soñar a mi amigo y compañero.

Entonces le preguntamos a Azaña: «¿Está usted completamente seguro del Ejército? Ya sabe usted lo que se dice sobre una posible rebelión». Azaña nos contestó con una risa irónica, y luego añadió: «Ya veo que han oído ustedes los bulos que corren por los cafés». Todavía me estremece esa palabra absurda, sobre todo en boca de Azaña. Porque, ¿qué había hecho Azaña durante toda su vida sino hablar de política en los cafés de Madrid? Azaña había sido presidente del Ateneo, y era una de las personas más destacadas de todas las que acudían a las tertulias político-literarias, a esos célebres cafés del siglo XIX donde se habían preparado todos los cambios de la vida política española. Todo lo que acaeció de nuevo, todo el proceso revolucionario en España nació en esas tertulias con gente del tipo de Azaña. De modo que me sorprendió desagradablemente el desprecio que mostró en esa frase.

Otro momento que conservo con sabor trágico es cuando saltó a la conversación la fórmula «experiencias históricas». Era una frase que le encantaba a Malraux, que estaba soñando con experiencias históricas. Hablamos pues de ese modo experimental y empírico de vivir la historia, y sobre todo de cómo había que aceptar las responsabilidades ante la historia. Hubo un momento de silencio, y Azaña nos dijo: «Todo eso está muy bien, pero hay experiencias históricas que cuestan caras». Usted sabe el carácter muy castellano de Azaña; era muy pesimista, muy fatalista, y burlesco y trágico a la par. Esa frase era premonitoria, y él parecía saber que esa experiencia histórica iba a costarle muy cara. Todavía en mi oído conservo el sonido, la entonación de la voz elocuente, melancólica y en el fondo desesperada de Azaña, pronunciando esa palabra fatal.

Estaba Jean Cassou en París cuando se produjo la traición militar. En Francia organizó la ayuda a la República española, tras haber celebrado una trágica entrevista con Azaña.

Algunos días después del golpe de Franco volví a España con otros amigos franceses, entre ellos André Violis, corresponsal del «Petit Parisien», y con Jean Richard Bloch, que conmigo dirigía la revista «Europe» y director también del diario de tendencia comunista «Ce Soir». Fuimos a preguntar a los principales dirigentes republicanos lo que necesitaban para combatir contra los sublevados. Yo vi a Companys, a Indalecio Prieto, a Largo Caballero, etc. En Madrid nos recibió Azaña, que nos manifestó su indignación por la falta de ayuda del gobierno socialista francés. «No lo comprendo —nos dijo—; ¿en qué piensan nuestros amigos del Frente Popular francés? Necesito unos cuantos aviones para aplastar a los rebeldes». Estaba Azaña temblando de furor, como herido en lo más vivo, y añadió: «¿Comprendéis lo que está pasando?» Y nos llevó hasta la ventana. Desde allí se veía la sierra, y nos dijo: «Vean ustedes: ése es el frente». Y, en efecto, se veía el fuego de los cañones, el humo; se oían los disparos. «Ese es **vuestro** *frente», nos gritó. Y así fue. Su profecía resultó completamente luminosa y exacta. Allí empezaba el frente de una guerra que iba a ser mundial.* ■ **Declaraciones recogidas en magnetófono por RAMON CHAO.**

Los salones de las madrileñas en

Paloma Fernández-Quintanilla

UN aspecto de la investigación sobre la Ilustración española que ha sido ciertamente relegado por los especialistas, considerándolo quizás como un capítulo menor, es el estudio de nuestros «salones» madrileños animados por damas de la aristocracia que se adhirieron sin reservas a la Ilustración.

¿Existieron realmente salones en la capital de España comparables a los que había en París o nuestro despotismo ilustrado aliado al atraso de nuestras costumbres, sobre todo en lo que se refería a la libertad del sexo femenino, lo impidió?



La Condesa-Duquesa de Benavente.

“damas ilustradas” el siglo XVIII

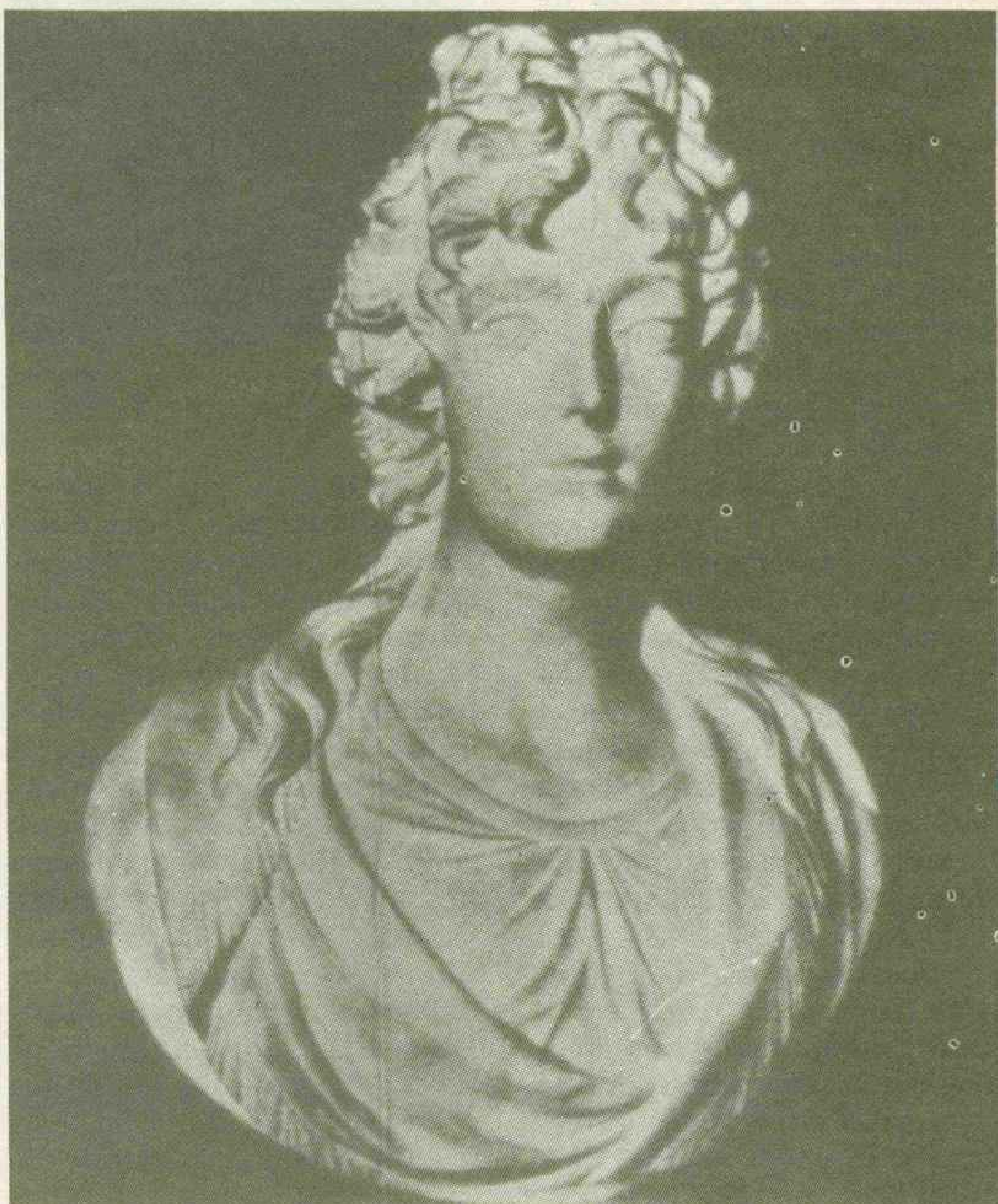
EL PRECEDENTE FRANCES

Los salones animados por damas francesas no se inician realmente en el XVIII sino que se remontan al siglo anterior. Incluso en el XVI eran ya frecuentes en Francia las reuniones de damas y caballeros de la nobleza, como vemos magistralmente retratadas por Margarita de Navarra en su «Heptamerón». Fue la Marquesa de Rambouillet, en el XVII, la primera dama que dio a estas reuniones un carácter literario. Su salón llegó a adquirir tal importancia que tuvo que construir un soberbio palacio, destinado especialmente para recibir a su cenáculo, en el que presidía ella la conversación, sentada en su estrado y asistida por su mimado Malherbe.

Basados sin duda en este modelo se fueron abriendo en el XVIII nuevos salones literarios, entre los que destacó el de Mademoiselle de Scudery, escritora ya ella misma, con el nombre de «Sapho», y al que asistían otras mujeres escritoras. Alguna de la talla de Madame de La Fayette, la inolvidable autora de la «Princesa de Cleves».

La proliferación de estos salones literarios, que llegaron a convertirse en moda, terminó dando lugar a que se empezase a recelar de ellos en la Corte de Versalles. Y no faltaron críticos que trataron de ridiculizar a estas damas, que tenían la osadía de pensar y discutir sobre asuntos «que no eran propios de su sexo». En 1659 se representó en la capital francesa «Las Preciosas Ridículas», de Jean Baptiste Poquelin, que en tan mal lugar deja a las contertulias de estos salones. La obra constituyó un auténtico regocijo, especialmente para el Rey, que tenía pobrísima opinión de estas damas. Trece años más tarde vuelve Moliére a insistir sobre el tema, con sus «Mujeres sabias», en el que crea el personaje de Armanda, prototipo de la pedante de salón, indudablemente tomado de la realidad parisina. Armanda brilla por su absoluta falta de moderación, por sus juicios tajantes y por querer saberlo todo. Haciendo de ella un personaje incómodo y antipático expresaba Moliére las conclusiones a que deseaba llegase su auditorio. Sin embargo, a pesar de sus críticas, él también acudía a un salón femenino, el de Ninón de Lenclos. Donde le gustaba preguntar a las contertulias su opinión sobre sus obras (1).

A medida que va avanzando el



Busto de la Duquesa de Alba.

siglo va evolucionando la orientación de estos salones. De la discusión exclusivamente literaria se pasa a la científica y cultural, de la que tan amantes se muestran los ilustrados. Pero, poco a poco, es la discusión política la que termina por dominar.

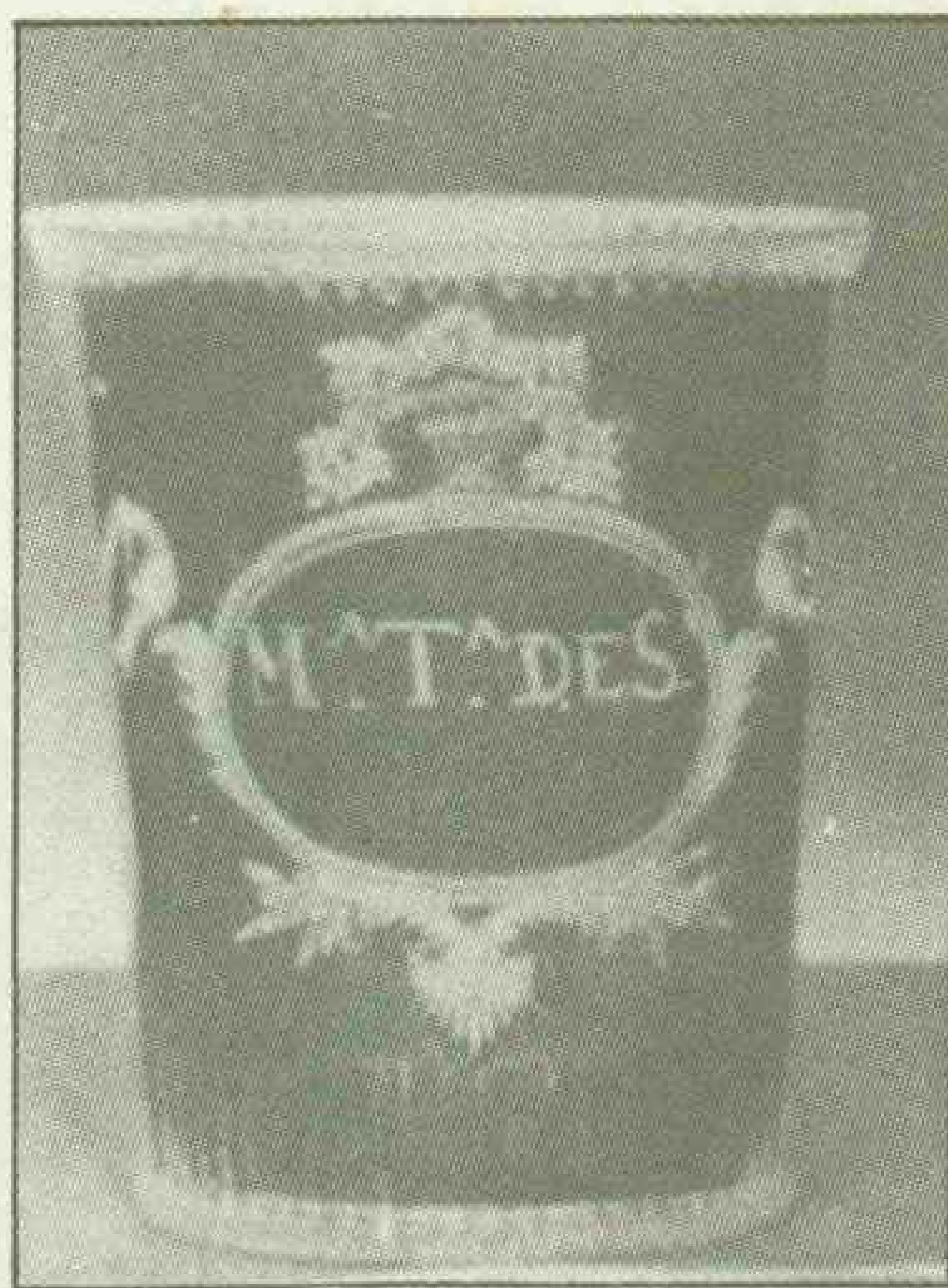
Se empieza cuestionando la estructura de la sociedad francesa y, especialmente, la Monarquía absolutista, que detenta el poder. Y algunos comienzan a introducir en la reunión la necesidad de tomar conciencia desde las clases elevadas de la presencia de nuevos grupos sociales, que no son los tradicionales y que vienen empujando.

Esto aumentó aún más los recelos de la Corte contra los salones, temerosa no ya de que su atractivo la robase clientela, sino de la perniciosa influencia que ejercían, que pudiera llegar a trascender hasta la calle.

Las reuniones de Madame de Lambert son sin duda el modelo del salón enciclopedista. Su influencia llega a conseguir abrir las puertas de la Academia a más de veinte de sus protegidos. Entre ellos, al propio Montesquieu. Madame Geoffrin —que nos ha dejado Chardin en un expresivo retrato— convirtió su salón, según nos cuentan los hermanos Goncourt, en «un centro de inteligencia, en un tribunal del buen gusto, al que Europa iba a tomar consignas y del que el mundo entero recibió la moda de las letras francesas» (2). El de Madame Du Deffand, más literario que intelectual, proclamando que el teatro debía ser fiel reflejo de la vida, abre las puertas al teatro revolucionario.

En todos estos salones se acogía a literatos, pensadores y científicos sin ningún tipo de discriminación social. Por primera vez se valora a la persona, la importancia o brillantez de su pensamiento y no su estatus social o su condición de nobleza. Esto representó una auténtica subversión en el sistema de valores tradicionales, estableciendo el propio del despotismo ilustrado.

La pasión científica mordió también en las damas, a través de los salones. Asistían a las conferencias de físicos y astrónomos, seguían de cerca las nuevas teorías matemáticas recién venidas de Inglaterra, no pocas tenían, como cualquier ilustrado que se preciase, su propio «cabinet



Vaso de cristal, de [illegible] y de campo, que perteneció a la Duq[illegible]a de Alba.

des curieaux», en los que se acumulaban junto a las especies zoológicas raras, minerales, corales y pájaros, en abigarrado conjunto. Y alguna llegó a disponer de su laboratorio de Física, como la Marquesa de Châtelet, en el que se entregaba con Voltaire a experimentos más o menos inocentes. Otras se apasionaron por la Medicina. Y Madame de Genlís tenía conocimientos tan diversos que lo mismo daba una conferencia sobre Geografía, que sangraba gentilmente a sus amistades o tocaba el arpa. Aunque su ocupación favorita, al decir de estas amistades, era escribir novelas infames (3).

Un grupo con entidad propia dentro de los salones parisinos lo constituían aquellos presididos por una escritora de fama. El ejemplo más notable, aunque tardío, es posiblemente el de Madame de Staël, a caballo ya con el nuevo siglo, cuya actividad política dio lugar a los múltiples exilios de su anfitriona, que se trasladaba entonces con toda su corte de admiradores y contertulios a su residencia de Coppet, en las orillas del lago de Ginebra. Viviendo todos a sus expensas, como es natural.

No pocas de estas actividades femeninas fueron, como no podía menos de suceder, superficiales e impulsadas tan sólo por el prurito de seguir las corrientes de la moda. Pero hubo también mujeres cuya capacidad intelectual las hizo destacar, convirtiéndose en vanguardias de su época. Algunas publicaron sus ideas y no son infrecuentes aquellas que comienzan preguntándose sobre la propia condición femenina. Es el momento en que aparecen los primeros estudios que hoy llamaríamos feministas, planteando el tema de la necesidad de una revisión del papel marginal que la vieja sociedad tradicional había asignado a la mujer. Y que la realidad imperante en el París de la Ilustración estaba demostrando que era totalmente injusto.

Madame Gaucon Dufour publica por entonces su memoria «Pour le sexe feminin, contre le sexe masculin». Madame de Coincy lo hace a su vez con «Les Femmes, comme il convient de les voir». Y el Cercle Social edita sus «Motions en faveur du sexe», en las que denuncia la alienación de la vida de la mujer francesa del estado llano. Y así encontramos otros muchos ejemplos dentro de esta misma línea.

Realmente la mujer de condición —que a estas alturas es ya sinónimo de nobleza de origen— estaba en todas partes y puede decirse que, en cierto modo, lo manejaba todo. Era amiga de los políticos, de los militares, de los nobles y se movía en los salones, en los despachos, en las antesalas de palacio, en las propias habitaciones del Rey. Montesquieu, exagerando sin duda esta situación, denunciaba en sus «Lettres persannes» lo que él consideraba como una verdadera masonería femenina. «No hay nadie que desempeñe algún cargo en la Corte, en París o en provincias, que no tenga una mujer por las manos de la cual pasan todas las gracias que pueda conceder y también, a veces, las injusticias que pueda cometer. Todas esas mujeres sostienen relaciones entre sí y llegan a formar una especie de república, cuyos miembros, siempre activos, se prestan ayuda y se favorecen mutuamente. Viene a ser como un nuevo estado dentro del Estado. Quien esté en la Corte, en París o en provincias y ve actuar a ministros, magistrados o prelados y no conoce a las mujeres que los dominan, se asemeja a un hombre que viese cómo funciona una máquina a la perfección, pero ignora todos sus resortes» (4).

La masonería francesa —dicho sea de paso—, en su vertiente femenina, existió en realidad, aunque no tenía nada que ver con las preocupaciones de Montesquieu, ni contó nunca con numerosas adeptas. En 1774 el Gran Oriente francés creó en efecto un nuevo rito, que se llamó de «adopción o masonería de damas» y que permitió la integración de éstas a la secta. Un año más tarde vemos ya varias «logias de adopción» funcionando, de las que la más famosa fue la de «Candeur», en la que militaba la propia prima del Rey, que llegó a ser Gran Maestra. No conocemos las ideas que estas logias pudieron tener sobre la condición de la mujer y su emancipación. Sí sabemos, por el contrario, que en España estas logias de adopción no aparecieron hasta bien entrado el siglo XIX y que, en consecuencia, muestras ilustradas no tuvieron opción a ellas.

Otro aspecto de las ilustradas francesas que tampoco tuvo reflejo en España, fue su contribución a la Revolución,



puesto que tampoco nuestro país vivió este proceso histórico. Algunas fueron tan famosas como Madame Rolland, Theroigne de Mericourt y, sobre todo, Olympie de Gouges, que murió en la guillotina por sostener que había que conceder también a las mujeres la Igualdad que la Revolución reclamaba para los hombres. «Le Moniteur» del 19 de noviembre de 1793 decía de ella: «Quiso ser un hombre de Estado y parece ser que la Ley haya castigado a esta conspiradora por haber olvidado las virtudes propias de su sexo» (5).

Madame Rolland no llegó a ser tan avanzada en sus ideas. En 1791 escribía: «No creo que nuestras costumbres actuales nos permitan todavía ocupar puestos públicos. Nuestra misión es, pues, la de propalar el bien y alimentar y avivar todos los sentimientos útiles a la Patria, pero en forma alguna debemos parecer participar en el quehacer político» (6).

Pero si España no vivió la Revolución sí aportó a la francesa una figura singular, que aún nos asombra por su originalidad: Teresa Cabarrús. Hija de nuestro ministro ilustrado, casada con un noble francés, desde el primer momento vivió con extraordinaria intensidad la fiebre revolucionaria. Llegó a publicar con su nombre un «Discurso sobre la Educación» que, evidentemente, no fue escrito por ella. Su bondad en la ayuda de los perseguidos por la Revolución la hizo acreedora al sobrenombre de «Nuestra Señora de Thermidor», con el que ha pasado a la Historia.

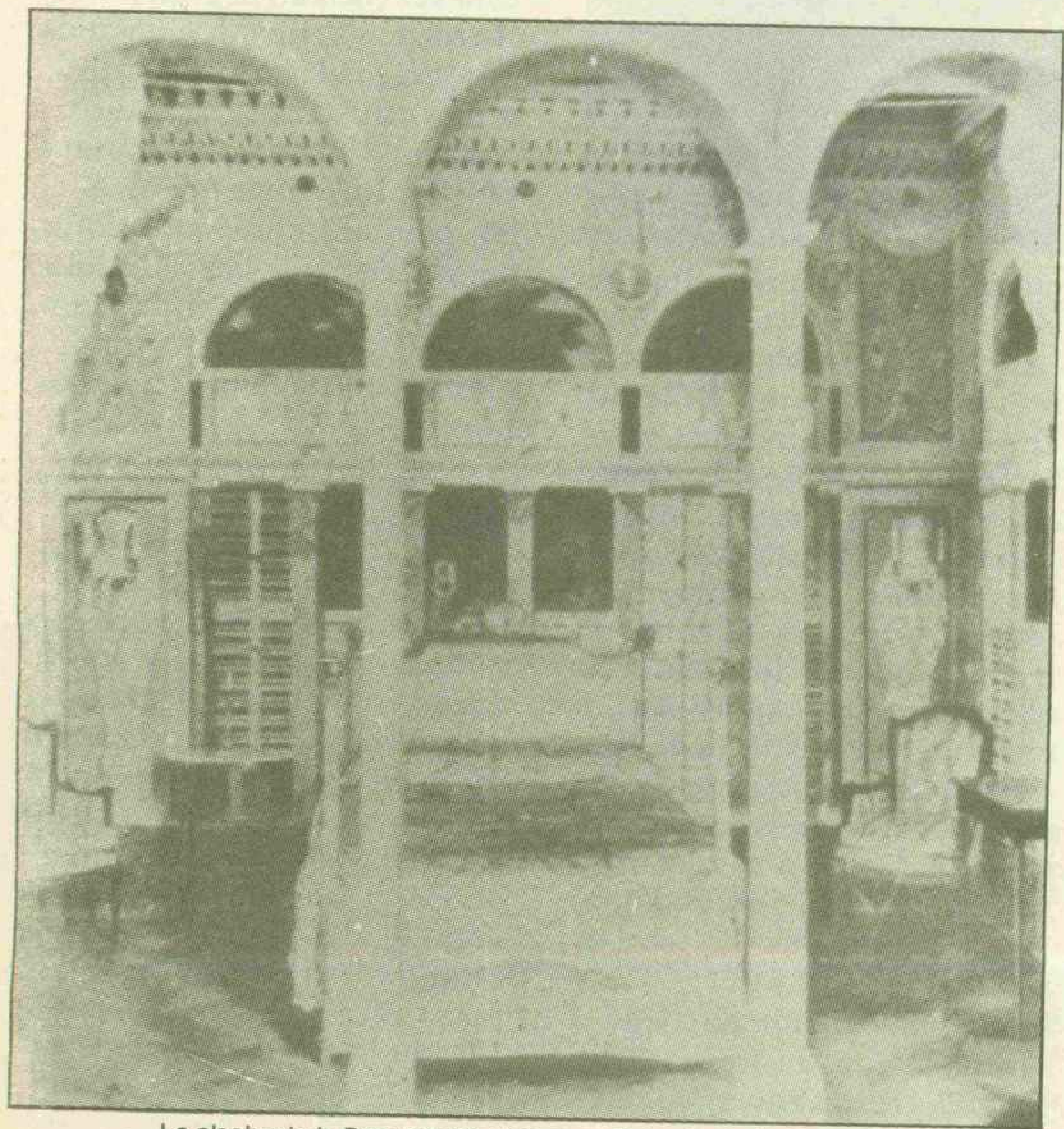
Una vez pasada la gran borrachera de la Revolución todo este fuego de artificios de la mujer ilustrada se deshizo como una tormenta de arena. Con la Restauración una de las primeras preocupaciones del Poder fue volver a reducir a la mujer a su primitiva condición de esposa y madre, «que nunca debió abandonar».

LOS SALONES MADRILEÑOS DE LA ILUSTRACION

Es, esta pintura de los salones y de la mujer francesa de la época, antesala obligada para comprender nuestro propio escenario nacional. En España, por desgracia, la investigación histórica del fenómeno de las «ilustradas» no ha llegado a alcanzar aún la profundidad que nos ofrece el país vecino.

En Madrid hubo también salones presididos por damas, como en París. Pero los salo-

nes de las damas madrileñas no *tenían, en absoluto,* los mismos fines que los de las francesas. Eran, en general, ocasiones de esparcimiento y recreo, más que antesalas del cambio histórico, como ocurrió en París.
Nuestras aristócratas carecieron, sin duda alguna, y a pesar de su condición de ilustradas, del deseo de transformación política. Su reformismo no pasó del meramente cultural e incluso, a veces, esa actividad se nos ofrece dudosa, sin coherencia seria y sí, en ocasiones, con los caracteres de una diversión superficial.
Para Carmen Martín Gaitè «se quedaban en mera forma, sin contenido, puro signo exterior de prestigio, igual que los amigos que pudieron frecuentarla, pretexto para el propio lucimiento» (7).
Bien es verdad que si nuestras damas no gestaron en sus salones ninguna revolución histórica, tampoco se estaba gestando ésta fuera de los mismos. Sí se estaba realizando un programa de reformas, paulatinas y moderadas, pero nada tan profundo como lo que vivió nuestro país vecino. Y a estas prudentes reformas sí se adhirieron nuestras damas.
Al hacer la trasposición a España de lo que hemos visto en los salones franceses se nos ofrece, inmediatamente, lo que pudiéramos llamar «un problema de escala». No era lo mismo, sin duda, proteger a don Ramón de la Cruz que a Diderot o a D'Alembert, dicho sea sin menoscabo de don Ramón. No pasaba éste de un escritor costumbrista, más bien conservador, mientras que los otros eran dos monstruos, portavoces del pensamiento que estaba gestando toda la Edad Contemporánea. Tampoco debió ser igualmente enriquecedora la conversación con Montesquieu o con *Voltaire, que* con Moratín o Jovellanos, por mucho que sea el respeto que nos inspiren éstos.
Nuestros salones fueron, pues, un fiel reflejo de lo que era nuestra propia sociedad española en el siglo XVIII. En nuestro país la Ilustración no dio grandes figuras, sino más bien un grupo estimable de medianos literatos y pensadores, «que no daban más de sí». Y que, para colmo, se desbandaron y se amedrentaron cuando la Revolución francesa mostró descarnadamente lo que pudiera ser también en España el «final de trayecto».
A pesar de estas limitaciones es indudable que también existieron salones ilustrados femeninos entre nosotros y que tuvieron una considerable influencia en nuestra sociedad. Salones, algunos, promovidos por nuestras aristócratas más destacadas y en los que la mujer, si no llegó a alcanzar el papel que tuvo en la Corte francesa, tuvo un peso como hasta entonces no había tenido nunca en la vida social española.
En nuestro Madrid dieciochesco todas las tertulias eruditas cuajan, por así decirlo, en cuatro salones de una cierta importancia, presididos todos ellos por damas; el de la Condesa-Duquesa de Benavente, el de la Condesa de Montijo, el de la Marquesa de Lemos y, por último, el de la Duquesa de Alba.
Hubo, naturalmente, otros —no muchos— presididos por hombres, como el del Duque de Villahermosa y el del Marqués de Manca, que por su propia naturaleza se salen del marco de nuestra atención.


La alcoba de la Duquesa de Alba en el Palacete de la Moncloa.

EL SALON DE LA CONDESA-DUQUESA DE BENAVENTE

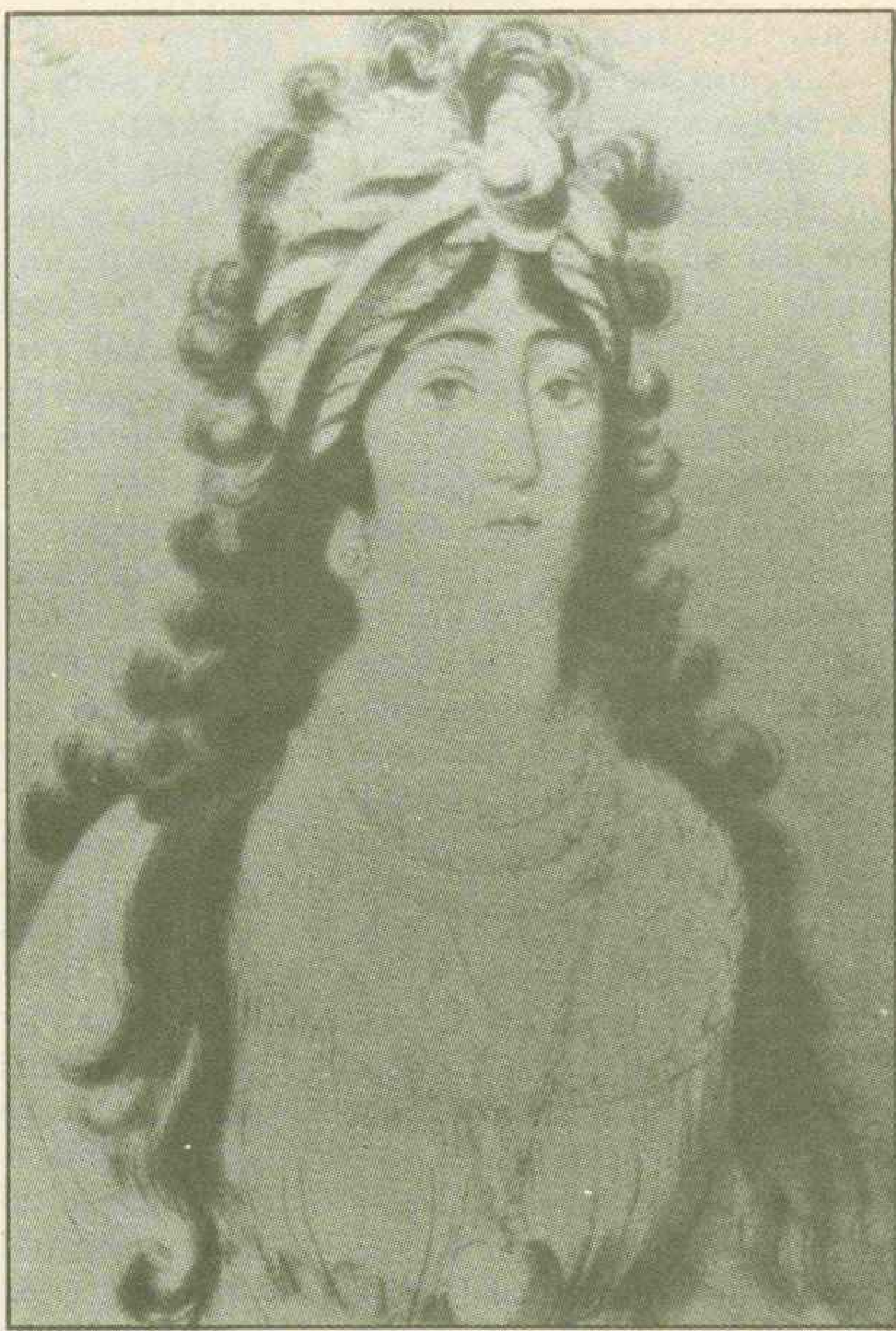
Fue éste sin duda el más importante de Madrid y, hoy día,

uno de los más conocidos. Tenían lugar las reuniones en la finca «El Capricho», próxima a Madrid, en el magnífico palacio allí levantado por los Duques.

Habían vivido éstos anteriormente, como lo hiciera gran parte de nuestra nobleza, en lo que hoy llamamos el Madrid de los Austrias, en los alrededores de Palacio. Los Benaventes tenían el suyo en la Cuesta de la Vega. Allí vivieron también, en la calle de Don Pedro, los Duques del Infantado. Y no muy lejos, en la calle del Duque de Alba, se hallaba el palacio de esta gran casa.

Pero la llegada de las costumbres francesas, con su moda de vivir en el campo, dio al traste con la española de agruparse en torno al Rey. Todos los nobles dieron la espantada y se apresuraron a construir sus nuevas mansiones en los alrededores de Madrid. La de Alba levantó su palacete en la Moncloa. Infantado fue a parar a sus extensas posesiones del Castillo de Viñuelas. Y los de Benavente compraron en 1783 los terrenos de la Alameda de Osuna, próxima al pueblo de Barajas, donde encargaron a los arquitectos Machuca y Medina una «folie» al más depurado estilo francés, con sus templetes, estanques y fuentes, como mandan los clásicos. En el siglo XIX, Antonio López Aguado modificó la traza original, para dar cabida al salón de baile.

La inmensa fortuna de los Benavente les permitió traer estatuas y plantas, muebles, telas y adornos de Francia, así como los vinos y comidas para abastecer despensas y bodegas. Imaginemos lo que debió representar en aquel tiempo, dadas las dificultades de nuestros caminos del siglo XVIII, mantener todo este tren de casa.



La Duquesa de Alba.

A estos atractivos añadieron la magnífica biblioteca reunida por el Duque de Osuna, quien disfrutaba de un privilegio especial para importar libros prohibidos.

La decoración fue encargada a Goya, amigo de la casa y uno de los primeros colaboradores de la Duquesa en su catequesis ilustradora, quien ejecutó para ella la serie de «La Pradera de San Isidro», «La gallina ciega», etc., tan bien conocida.

Tenían, pues, los Duques un lugar excelente para reunir a sus ilustrados y contaban con ellos, además, con la formación cultural precisa para actuar como núcleo aglomerante de una selecta corte literaria.

En su salón recibían a don Ramón de la Cruz, a Jovellanos, al Marqués de Manca, a Moratín, a Tomás de Iriarte, quien decía de la Duquesa...

«En la Puerta de la Vega,
está la segunda casa
adonde voy con frecuencia.
Con esto conoceréis
que ya la ilustre viajera
(pues los viajeros ilustres
son en España las hembras),
vino a fijar su morada en
aquella casa regia,
donde a todos trata bien
y a vos con ansia os espera.»

Don Ramón de la Cruz y don Manuel de la Peña se enfrascaban en interminables discusiones sobre filosofía, el torero en boga, la tonadilla del momento o la comedia de moda (8). También acudía el abate don Pedro Gil, a quien Iriarte le dedicó la siguiente poesía:

«El amigo Pedro Gil
a todos nos causa gozo,
aunque no es gallardo mozo
sino visto de perfil».

El ambiente era de discusión animada y de diversión, alter-

nando las veladas literarias con las musicales. El gusto de los Duques por la música era extraordinario, hasta el punto de tener su propia orquesta, dirigida por Lindón. La Duquesa hizo copiar obras de Bocherini, Marmoy, Mozart y Rossini, Bocherini había venido a España para cultivar musicalmente a los Infantes, pero posteriormente abandonó este trabajo y le contrataron los Duques de Osuna, en 1786, por mil reales mensuales (9). Fue la relación establecida en el salón de la Duquesa la que permitió que el compositor italiano pusiese música a «Clementina», de don Ramón de la Cruz, que se representó en El Capricho.

La biblioteca musical de los Osuna adquirió fama, pidiéndole obras prestadas desde diversos puntos del país.

En 1785 escribían los Duques a su representante en Viena, intentando contratar a Haydn para su servicio. Compuso el escritor austriaco las «Siete sonatas con introducción y al final un terremoto, sobre las siete palabras de nuestro Redentor en la Cruz», para la Semana Santa de Cádiz, hoy quizás si no perdidas, sí olvidadas. Por desgracia, desbordado el compositor no pudo satisfacer los deseos de los Duques.

Estas veladas literarias y musicales se completaban con las teatrales. La afición de los Duques a las artes de Talía venía de largo. Ya la madre de la Duquesa amparó en su día a los hijos de la famosa cómica María Ladvenant, recogiéndolos en su casa. Y la propia Duquesa protegió a Pepa Figueras. En El Capricho construyeron, pues, su propio teatro y en él se representaron gran cantidad de obras, trayendo incluso cómicos de fuera para representarlas.

Tomás de Iriarte escribió para la dueña de la casa «El don de gentes» y «Donde menos se piensa, salta la liebre». «El día de campo», de don Ramón de la Cruz, fue a su vez un regalo de la Duquesa a su yerno con ocasión de un cumpleaños.

La propia Duquesa actuó más de una vez, representando con sus amigas «El extranjero», en la que no intervienen más que mujeres.

No es preciso advertir que todas estas inquietudes y actividades se traducían entre bastidores en ayuda económica a los artistas amigos de la casa que la precisaban. Mecenazgo público y ayuda privada que no pueden menos de recordarnos, salvadas las distancias, a las de los Médicis en Carreggi. Don Ramón recibió durante cierto tiempo casa y comida, amén de todo aquello que necesitara, gracias a la generosidad de la Duquesa. Gesto parecido al de Madame de Tencin, cuando vestía a los asistentes a su salón parisino que no disponían de ropa adecuada.

El salón de la Benavente fue, en suma, el más típicamente ilustrado de la sociedad española, tanto por sus invitados como por los temas que se tocaban y el aire general de renovación de ideas que entre ellos se respiraba. Desde luego fue el más famoso de su tiempo.

Lady Holland, cuya correspondencia con Jovellanos constituye un verdadero reportaje de la época, decía a éste en una de sus cartas: «...es sin duda la más inteligente e informada de su siglo...» (10).

EL SALON DE LA CONDESA DE MONTIJO

Doña María Francisca de Sales y Portocarrero casó con don Felipe Antonio de Palafox, Marqués de Ariza. Detentaba, por herencia, el título de Teba y pertenecía a una de las grandes casas del país. Por su formación familiar dio a su vida una vertiente mucho más religiosa que literaria. Y por su posición social llegó a reunir uno de los salones más importantes de su tiempo (11).

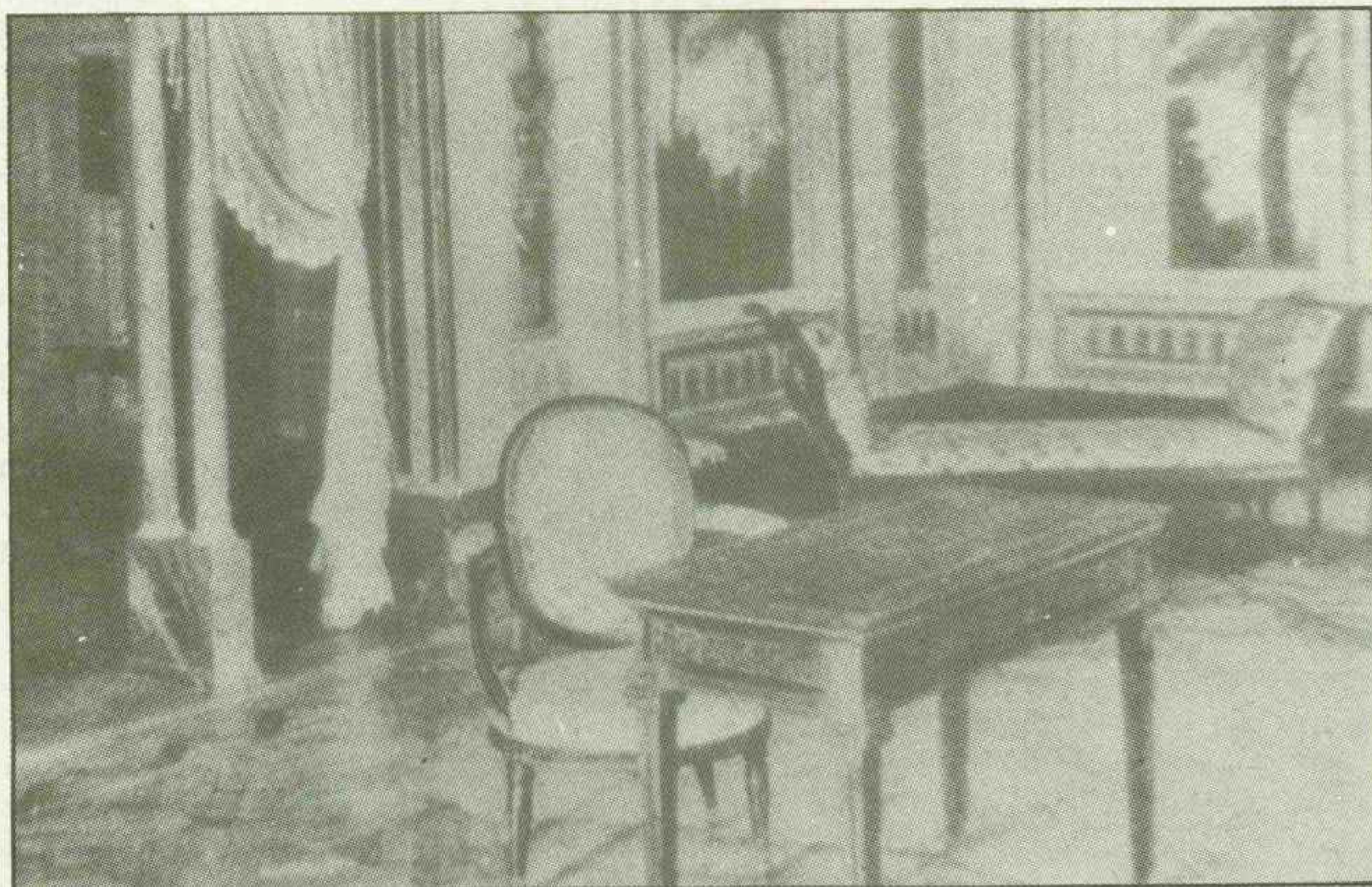
Se reunían en su casa principalmente personajes eclesiásticos, como don Baltasar Calvo, canónigo de Madrid, el dominico Fray Antonio Guerrero, el Obispo de Cuenca, don Antonio de Palafox —cuñado de la condesa— y el de Salamanca, Tavira. Asistieron también don José Yeregui, preceptor de los Infantes, y don Joaquín de Ibarra y don Antonio Posada, canónigos ambos de la Colegiata de San Isidro.

Pero decir religiosa no quiere decir en este caso que la reunión fuese reaccionaria. Por el contrario, el salón de la Montijo fue siempre considerado por la Inquisición como claramente jansenista. En su «Historia crítica de la Inquisición» dice Llorente que esta opinión respondía, en el sentir del vulgo, a que existía realmente una marcada corriente progresista dentro de esta tertulia (12).

No podemos olvidar, al juzgarla con la visión de nuestro tiempo, que los jesuitas habían vuelto a España en 1789, por Real Orden de Carlos IV, y venían acostumbrados a sus intrigas ante el Rey de Francia —que dieron lugar, en su día, a toda esa monstruosa fantasía de la Abadía de Port-Royal des Champs— y vieron sin duda en este salón un efectivo «grupo de poder» de signo antagónico.

El hecho cierto es que en él no se discutía de música ni de comedias, como en el de la Benavente, sino de temas de mucha más enjundia. La Condesa era tan ilustrada como pudiera serlo aquélla, pero profundamente religiosa y dotada de un exaltado temperamento estaba animada de un vivo deseo de transformar

la «religiosidad», fanática y sentimental, del pueblo español en un verdadero pensamiento cristiano.
Quién sabe si no se adelantó en ello dos siglos a su época. Tradujo del francés las «Instrucciones sobre el matrimonio», de Nicolás de Letourneaux, obra que ya los jesuitas se habían apresurado a incluir en su Indice o Biblioteca Jansenista.
Esta obra sirvió a la Condesa para introducir en nuestro país el conjunto de ideas religiosas con el que ella se identificaba. Iba precedida por un prólogo-carta a la Condesa de Montijo del Obispo Climent, donde exhortaba a ella y a su marido a que repartieran entre ambos la pesada carga de dar a sus hijos la más «racional» y cristiana educación en una sociedad oscurantista. La carta iba cargada de espíritu supuestamente jansenista y de prevenciones contra los jesuitas.
Al malestar que producía en la Corte la existencia de este salón anticonformista vino a añadirse el incidente de su hijo, el Conde de Teba, con Godoy. Había escrito el Conde su «Discurso sobre la autoridad de los ricoshombres y cómo la fueron perdiendo, hasta llegar al punto de opresión en que se hallan hoy», con ánimo de leerlo en sesión pública en la Academia de la Historia. Y no se le ocurrió cosa mejor que enviar un ejemplar del discurso, acompañado de una carta anónima, al Príncipe de la Paz. La orden de destierro fue, naturalmente, fulminante y tuvo la Condesa que interponer toda su influencia ante el valido para impedir que se cumpliese. La opinión pública atribuyó el escrito a la mano de la Condesa, aun cuando en verdad ésta nada sabía de él.
Con estos antecedentes y tan «mala prensa», no tardó en hacerse incómoda la propia Condesa y de allí a poco fue ella la que recibió la orden de destierro, obligándola a trasladarse a Logroño. Con lo que su salón desapareció por liquidación.
La Condesa murió en el destierro, en 1808, pero su figura y actividades fueron tan importantes desde el punto de vista del cambio de nuestro modelo tradicional de sociedad que bien justifican por sí solas un estudio más detallado.


Dormitorio de la Duquesa de Alba, en el Palacete de la Moncloa.

EL SALON DE LA CONDESA DE LEMOS O LA «ACADEMIA DEL BUEN GUSTO»

La Marquesa de Lemos tuvo uno de los salones más originales del siglo, que se denominó la «Academia del Buen Gusto» y que, a juzgar por su nombre, podríamos relacionarlo con el parisino de Madame de Geoffrin.
Estaba situada la Academia en su casa, en la calle del Turco, y copiaba sin rebozo al salón de Madame de Rambouillet. Se agrupaban en ella nobles y literatos a la moda, como Luzán, Nasarre, el Conde de Torrepalma, el de Medinasidonia, el Duque de Béjar, etc., quienes, siguiendo una costumbre muy de la época, se llamaban con apodos entre sí. Y así vemos entre ellos al «Sátiro Marsias», al «Justo Desconocido», al «Difícil», etcétera.

Villaroel nos ha dejado una descripción rápida de este salón en una de sus cartas:

«Aquí estoy en Madrid, que no [en la Alcarria,
y en la casa también de la de [Sarria.

Marquesa hermosa, dulce pre-
[sidenta,
que no sólo preside, mas sus-
[tenta
con dulce chocolate
al caballero, al clérigo, al abate,
que traen papelillos tan bizarros
que fuera mejor gastarlos en ci-
[garros».

Doña Josefa de Zúñiga y Castro, Condesa de Lemos y posteriormente de Sarria, por su segundo matrimonio, abrió su salón al enviudar, todavía muy joven, en enero de 1749, manteniéndolo hasta septiembre de 1751.

Poco sabemos del mismo y de las actividades que allí se desarrollaban. Tan sólo que la Marquesa era quien presidía y dominaba la tertulia. Apenas los nombres de sus invitados. Por el breve verso de Villaroel no parece que valiera gran cosa la vida literaria de los mismos. Al menos el poeta entendía que hubiera sido mejor gastar en hacer cigarros «aquellos papelillos tan bizarros».

Moratín nos lo confirma con su indudable desprecio por estos contertulios, al contraponer su «Academia del mal gusto» o de los «Alcalófilos» a esta del «Buen Gusto».

EL SALON DE LA DUQUESA DE ALBA

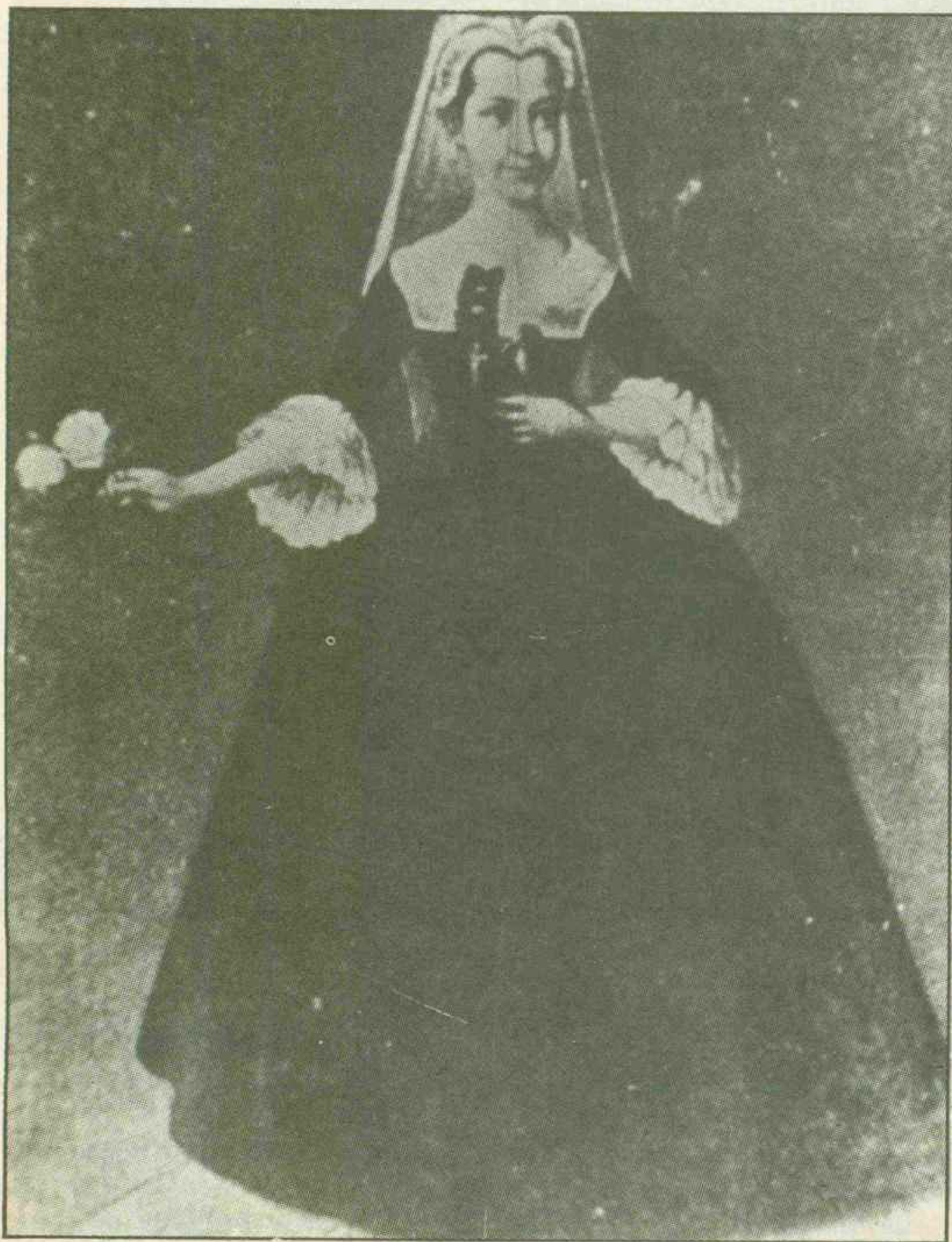
Si las Condesas de Lemos y de Benavente representan entre nosotros la Ilustración, en su faceta literaria y cultural y la de Montijo nos ofrece un punto de vista más trascendente, el salón de la Duquesa de Alba fue la diversión y el amor al majismo y a lo popular, sin mayores honduras.

Si la vida de la Duquesa es de todos conocida, no ocurre lo mismo con su salón, desgraciadamente tan poco estudiado como los anteriores.

Sabemos, sí, que a la Duquesa no le interesó nunca demasiado el proyecto de nueva sociedad española que tenían los ilustrados. Ni era afrancesada, como lo fueron otras aristócratas. Ni hizo intención alguna de contribuir, junto a las Damas de Honor y Mérito de la Sociedad Económica Matritense, a cambiar la ignorancia y la miseria en el país. Con estos antecedentes cabe fácilmente imaginar por qué su salón gozó fama de ser el más ameno y divertido de la ciudad.

Y a él vemos acudir a los mismos que ya hemos visto anteriormente —a don Ramón, a don Tomás, a don Francisco el sordo...— cuando, cansados de discutir sobre las nuevas corrientes filosóficas o literarias en otros salones, pretendían tan sólo entretenerse escuchando la última comidilla salida de los mentideros de la villa y corte, al regreso de los Caños del Peral o de la plaza de la Puerta de Hernani, adonde habían ido acompañando a la Duquesa para aplaudir y jalear al torero de moda o a la cómica de turno.

En los salones de Alba la gravedad de unos y otros se tornaba en genio festivo. Y así, don Tomás se entretenía componiendo él mismo tonadillas para la Duquesa, como aquella llamada «El Misántropo», que se hizo célebre por su oda a Celmira, en la que la Duquesa hacía de pastora. Y don Francisco olvidaba sus males haciendo acuatintas, con gran



La Condesa de Montijo, niña, en Las Salesas.

regocijo de la anfitriona (13). Pero no sería correcto dar tan sólo esta imagen frívola de nuestra Duquesa. A su manera fue ésta un gran mecenas de su época. Lo fue al construir su palacete en la Moncloa y más tarde cuando, desde sus casas de la calle del Barquillo, inició las obras de su gran palacio de Buenavista, que nunca llegaría a ver. Buena prueba de su interés por el arte, por el gran arte, nos la da la lucha que entablaron a su muerte Godoy y la Reina, dos finos conocedores, para repartirse sus tesoros artísticos. Algunos de los cuales constituyen hoy las más valiosas preseas de nuestro Museo del Prado. Entre ellos las dos majas. Y obligada es aquí la referencia a su amistad con Goya, en cuya obra influyó indudablemente y mucho la gran admiración que sentía por la Duquesa.

Lástima grande fue —dicho sea incidentalmente— la gran pérdida documental que sufrió España en vida de la Duquesa con ocasión del incendio de los importantísimos restos de la biblioteca del Conde-Duque de Olivares, vinculada a la Casa de Alba, y entre los cuales se encontraban gran cantidad de manuscritos de un valor histórico incalculable, que ardieron conjuntamente con los edificios de la calle del Barquillo (14). Sin entrar en su vida, que aquí no nos interesa, cabe decir, en suma, que, moviéndose en un entorno artístico muy elevado, su salón fue más dado a gozar de lo popular que a estudiar y tratar de resolver los problemas del pueblo.

Y, sin embargo, andando el tiempo —inconsecuencias del destino— fue María Teresa Cayetana, de todas las aristócratas cuyos salones hemos rápidamente repasado, la que mayor proyección tuvo sin duda sobre nuestro acervo cultural ■ P. F.-Q.



La Condesa de Montijo rodeada de sus hijas.

BIBLIOGRAFIA

(1) POQUELIN, Jean Baptiste: **Moliere**, *Madrid, 1971, Ed. Prensa Española, pág. 15.*

(2) GONCOURT, E. y J.: **La mujer en el siglo XVIII**, *Madrid, s. f., Ed. La España Moderna, pág. 240.*

(3) GONCOURT, E. y J.: **Op. cit.**, *pág. 227.*

(4) GONCOURT, E. y J.: **Op. cit.**, *pág. 197.*

(5) DUHET, Paul Marie: **Las mujeres y la revolución 1789-1794**, *Barcelona, 1971, Ed. bolsillo, pág. 82.*

(6) DUHET, Paul Marie: **Op. cit.**, *pág. 72.*

(7) MARTIN GAITE, Carmen: **Usos amorosos del XVIII en España**, *Madrid, 1972, Ed. Siglo XXI, pág. 200.*

(8) YEBES, Condesa de: **La Condesa de Benavente. Una vida en unas cartas**, *Madrid, 1955, Ed. Espasa Calpe, pág. 71.*

(9) YEBES, Condesa de: **Op. cit.**, *pág. 87.*

(10) JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: **Obras completas**, *Madrid, 1956, Ed. Biblioteca de Autores Españoles, tomo IV, pág. 407.*

(11) SERRANO Y SANZ, M.: **Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas, desde 1401 al 1833**, *Madrid, 1903, tomo II, pág. 80, sobre la Condesa de Montijo.*

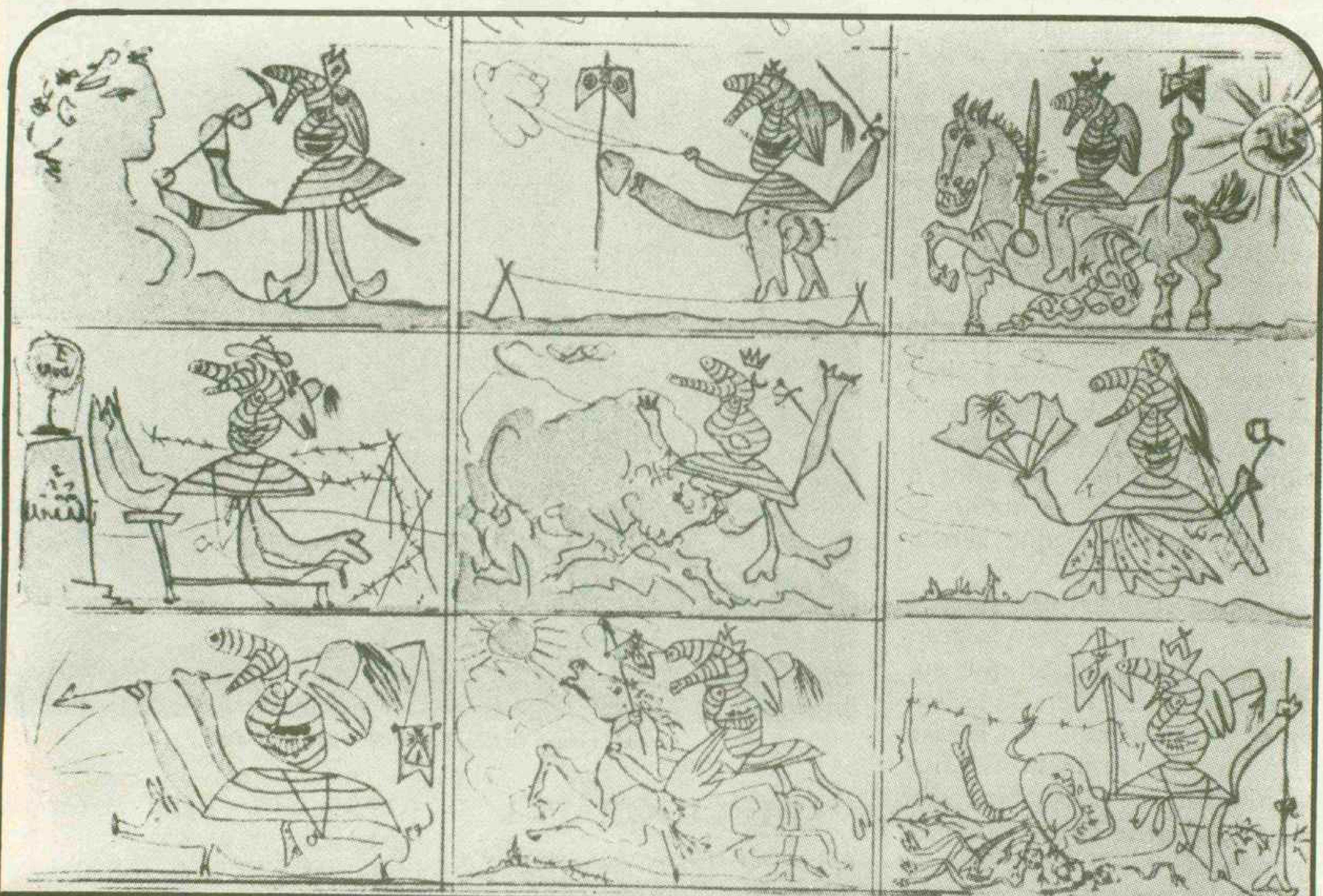
(12) TOMSICH, Maria Giovanna: **El Jansenismo en España**, *Madrid, 1972, Ed. Siglo XXI, pág. 26.*

(13) EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín: **La Duquesa de Alba y Goya**, *Madrid, 1959, Ed. Aguilar, pág. 166.*

(14) EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín: **Op. cit.**, *pág. 137.*

Poesía en guerra, y

Eduardo Haro Ibars



A lo largo de la Historia, el arte —obra colectiva de pueblos antes que de individuos aislados— ha ido siendo arrancado a sus creadores, a sus verdaderos dueños: la arquitectura, la escultura, la música y la poesía, por no citar más que unas cuantas formas de expresión, se han convertido en «Bellas Artes», encerradas en museos o convertidas en monumentos. Las élites poderosas han guardado celosamente en sus vitrinas aquello que les parecía más interesante —matándolo así, en un proceso de desnaturalización que tendría su colofón más estúpido en la teoría orteguiana de la «deshumanización del arte»— y han condenado a todo lo demás a quedar encasillado bajo el apelativo de «artesanía»; es decir, de algo distinto y menor que la expresión artística.

guerras de la poesía

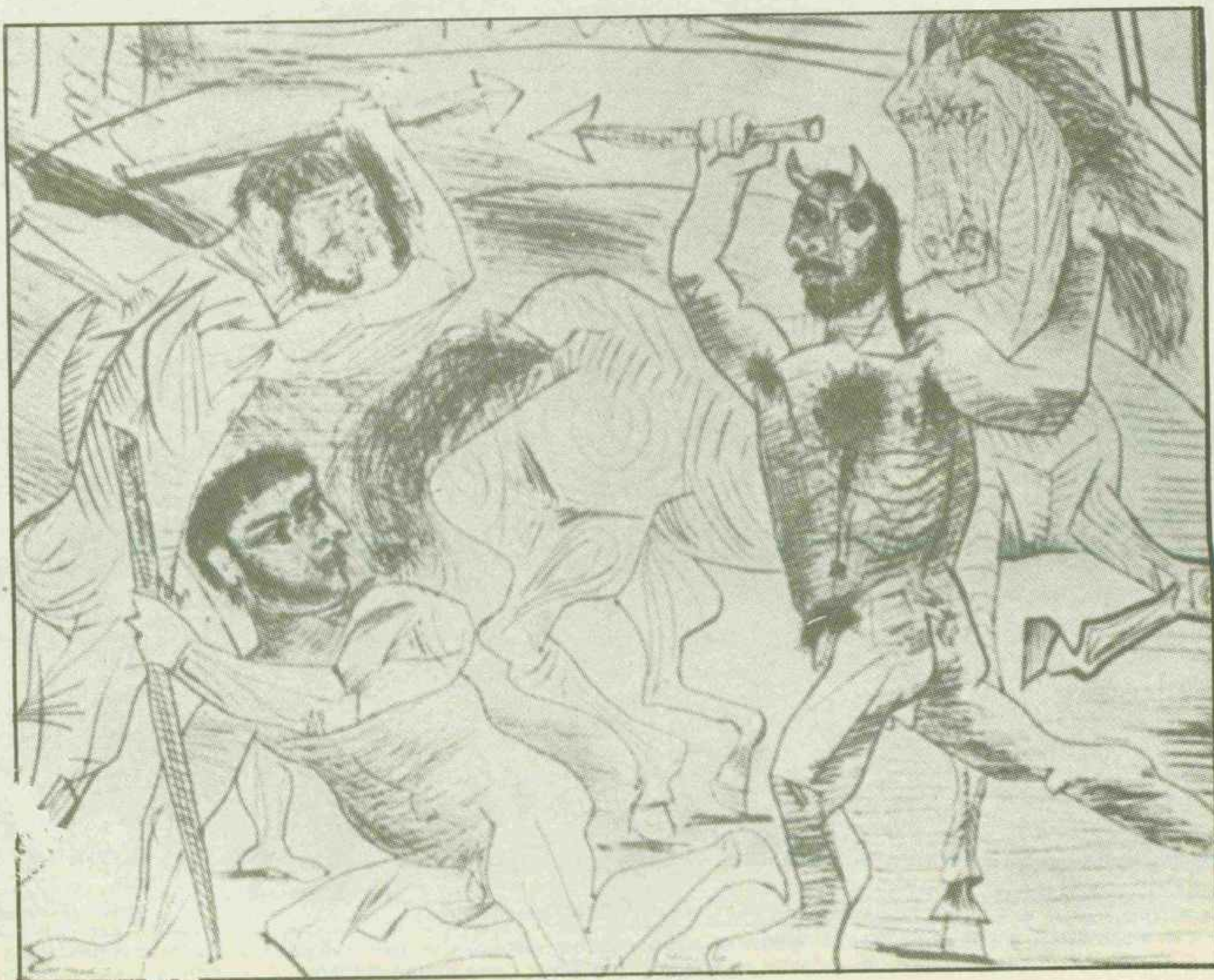
ESTE divorcio entre lo «popular» y lo «culto» tiene un paralelismo evidente en el mundo de la ciencia, en el de la política y, en fin, en todos los aspectos del saber humano que permitirían la libre gestión del hombre por sí mismo: todo se va convirtiendo en tesoro de especialistas, de una casta o clase de tecnócratas detentores del saber y de los medios de expresión. Así, la mayoría dominada ignora por completo los mecanismos del mundo real, vive en un mundo que no puede conocer y es, por lo tanto, incapaz de transformarlo en su provecho. Es incapaz incluso de comunicar entre sí, puesto que el lenguaje y su plasmación queda también en manos de otros.

No puede explicarse de otro modo la desaparición, en el terreno de la poesía española, del romance durante el Siglo de Oro: las clases en el poder lo desprecian como forma menor de poesía, y buscan en el soneto y otras formas de expresión italianizantes un medio de expresión propio, privilegio de una casta de señores. El romance, que era medio de comunicación, de expresión del sentir común de un pueblo; el romance, que cumplía la función del periódico cuando éstos no existían, va quedando olvidado, arrumbado. Y esto no debe ser entendido como una crítica a la evolución del lenguaje poético, fenómeno normal y necesario, sino mostrado simplemente como ejemplo del modo que tiene la clase en el poder de canalizar tal lenguaje, de utilizarlo para sus propios intereses, y sobre todo de quitarle su fuerza como medio de comunicación de masas, como arma de combate contra ella. De ser la voz de su pueblo, la expresión de un sentimiento colectivo, el poeta se convierte, a partir del Siglo de Oro, en una especie de «sacerdote del Verbo», y a formar parte de una casta aparte, creada artificialmente al servicio del Poder, como lo es también —más adelante— la casta burocrática.

Desde luego, la clase popular no calla: se expresa en coplillas (1), en graffiti, en canciones.

---

(1) Ver, a este respecto, la «Antología de Poesía Popular Obscena», recogida e introducida por Amelia Dié y Jos Martín, y que, con prólogo de J. M. Caballero Bonald, publica Ediciones de la Torre. Ahí se pueden ver manifestaciones del ingenio popular durante el franquismo, si bien se limita al sector —muy rico y variado, sin embargo— de lo obsceno y lo escatológico.



El arte, la cultura —creaciones colectivas de los pueblos— han sido, a lo largo de la Historia, desvirtuados y convertidos en juegos de mandarines. Pero la expresión popular sigue existiendo, manifestándose como en esta «Tauromaquia», debida a Picasso.



Alberti, poeta militante, hombre comprometido con la causa del pueblo, fue uno de los primeros en preconizar un abandono del cultismo cerrado para comunicar más estrechamente con el pueblo en armas.

Renace con fuerza en el corrido mexicano para expresar la gesta de su Revolución (2), adoptando incluso la forma arromanzada que tan bien había servido en España; se mueve en el mundo francés de los chansonniers del siglo pasado; y en los tangos argentinos que son expresión de una realidad urbana. Los ejemplos de utilización de ciertas formas de poesía por parte del pueblo son innumerables, y van casi siempre unidos a la expresión musical. Incluso la moderna canción popular, del blues al rock, han servido para expresar la desazón y los problemas de los oprimidos, sean éstos negros o blancos. Pero, eso sí, tales formas de expresión quedan siempre reducidas a modos menores, deleznables; tonterías que —nos dicen los críticos, pertenecientes también a la casta sacerdotal— pueden tener cierto interés como fenómeno sociológico, pero que no pueden considerarse como arte.

Cuando el romance popular, la expresión poética de un pueblo en conflicto, renace con mayor fuerza es, sin duda, en tiempos de la guerra civil y de la revolución española de 1936-39. Ahí, en esos tres años terribles de tragedia y de

(2) Se puede consultar «El Corrido Mexicano», de Alvaro Custodio, publicado por Ediciones Júcar, colección «Los Juglares».

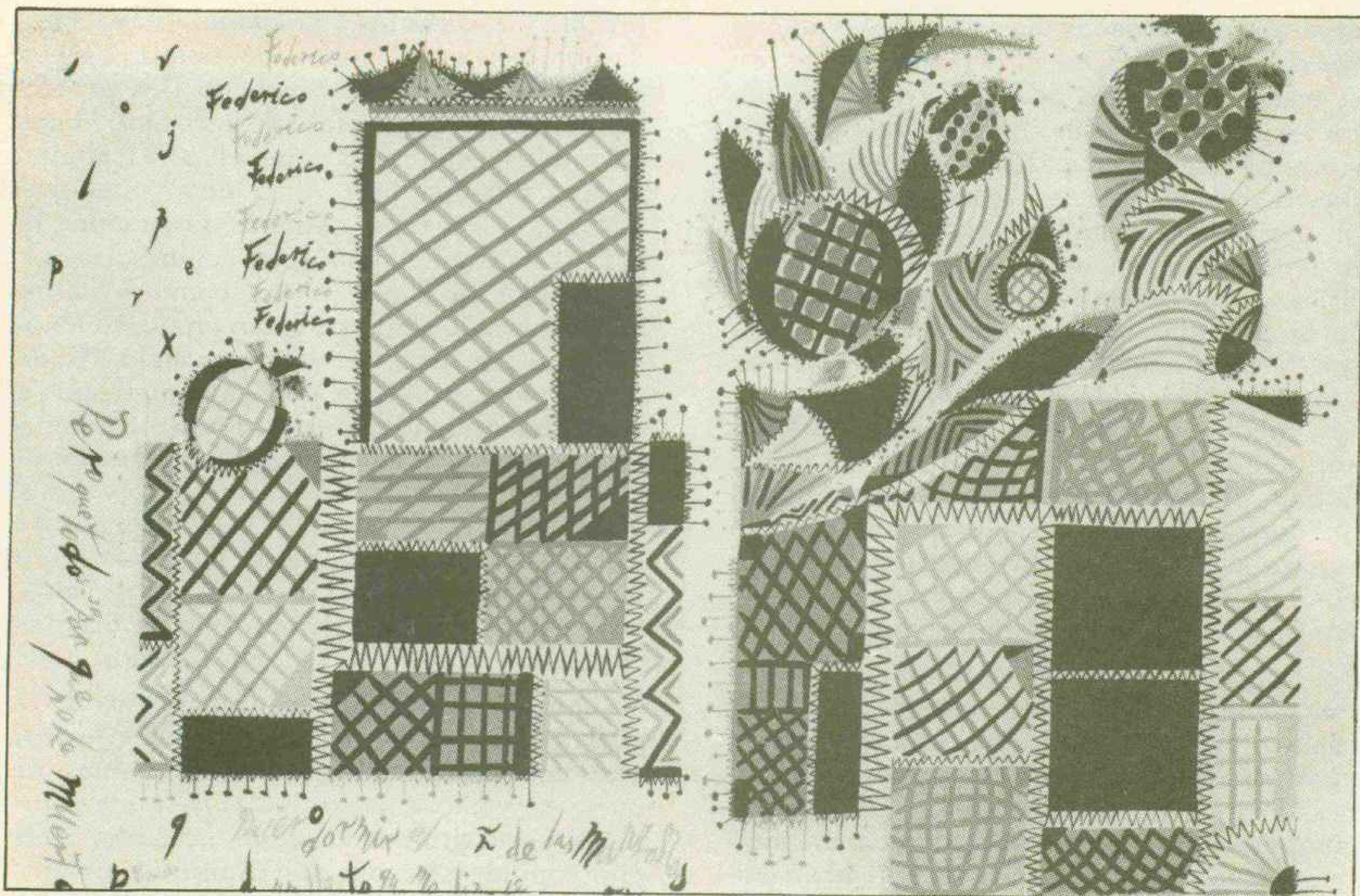
«Los sueños y las mentiras de Franco» —que no debía ensoñar mucho, sino más bien padecer dantescas pesadillas de sangre— han sido interpretados por Picasso en una serie de dibujos que tienen mucho que ver con la estética del comic.

esperanzas truncadas día a día, de revoluciones rotas y de batallas ganadas o perdidas; en el tráfago y el caos de la guerra, el pueblo español confisca, como muchas otras, una de sus herramientas: la palabra. Y la emplea con fuerza contundente, como arma y medio de propaganda, pero también para darse ánimos, de burlarse del enemigo; también, en su vena lírica —pues no todo ha de ser epopeya y heroísmo: es el conjunto de todos los romances lo que forma la épica, pero los hay también de gran lirismo— como expresión de sentimientos, medio de comunicación entre distintos sectores del pueblo: los hombres del frente hablan a la retaguardia, y desde ella reciben animosa respuesta; los soldados escriben en verso a sus mujeres, a sus madres, a sus amigos... La palabra vuelve a sus verdaderos dueños, que son quienes la han hecho.

Por su parte, los Poetas —y ahora me refiero a los poetas «oficiales», pertenecientes a la casta intelectual— que hasta el momento de la guerra habían cultivado, en muchas ocasiones, formas de «poesía pura», alejada por completo del sentir popular, abandonan, aunque sólo sea de manera circunstancial su lenguaje alambicado, y adoptan el romance sencillo y sin sorpresas que muchos habían despreciado. Los Poetas de España —hay, claro, deshonrosas excepciones (los nombres están en boca de todos)— se dan cuenta de que también pertenecen a la clase de los trabajadores oprimidos, explotados como ellos, y trabajan para la misma causa. Abandonan sus hopalandas sacerdotales, cambian la lira por la guitarra, visten el mono azul del miliciano. Y así, unidos pueblo y poetas, como debieran haberlo estado siempre, crean un nuevo fenómeno: el renacimiento, en pleno siglo XX, de una forma de expresión poética que parecía ya perdida y olvidada. Pero su romance adopta formas nuevas, condicionados por lo que están contando: cabe hablar de tanques, de fusiles y de aviones; y los hallazgos vanguardistas de Alberti, de Lorca, de Cernuda, encuentran eco en los más ingenuos obreros y campesinos, convertidos al mismo tiempo y por las mismas circunstancias en poetas y en soldados.

Se han recopilado muchos romanceros de la guerra civil; se han recogido muchos textos, obra del pueblo en armas y de sus poetas. El que aquí y ahora nos ocupa es bastante completo, y está titulado «El Romancero del Ejército Popular». Recoge una muestra muy amplia de la poesía de entonces, que se hacía en las trincheras y en la retaguardia, entresacada

Los poetas que hasta la guerra habían cultivado formas de «poesía pura», alejada del sentir popular, abandonan circunstancialmente su lenguaje alambicado.



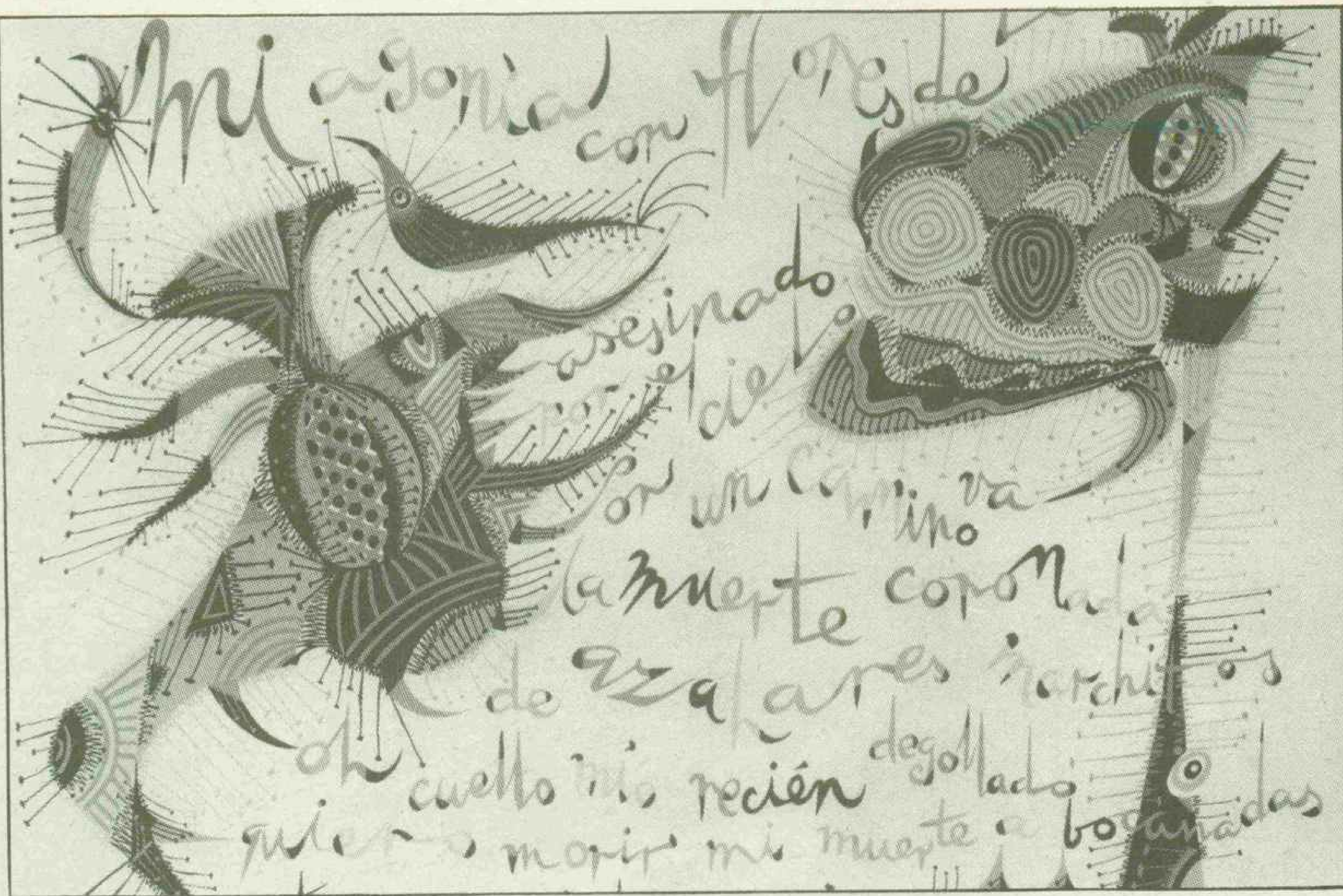
Resulta tan imposible como inútil el tratar de hacer una crítica literaria formal de los textos que componen el rico romancero de la Guerra Civil. No se trata aquí precisamente de arte, sino de expresión de un pueblo en lucha.

de más de doscientas publicaciones de entonces: organismos de distintos batallones, de partidos políticos; hojas volantes de determinadas corporaciones profesionales, de Ateneos Libertarios o de agrupaciones sindicales, donde la poesía y la cultura en general eran consideradas como armas de combate en la guerra social. El antólogo Antonio Ramos Gascón no ha cometido el error de pretender separar en grupos distintos la poesía del pueblo propiamente dicho, de las voces famosas de aquel tiempo. Así, podemos encontrar romances por completo anónimos, junto a textos de, por ejemplo, Antonio Machado. Tras una interesante, enjundiosa y rica introducción histórico-literaria, que aclara muchos puntos oscuros sobre el tema, y que es debida a su constante labor de investigación, Ramos-Gascón nos ofrece el libro dividido en temas: «Romances sobre la aviación negra», «Héroes del Pueblo», «Canto a la defensa de Madrid», etc.; así ordenado, el libro presenta un panorama de los temas que más preocupaban a los soldados y milicianos —al pueblo, en una palabra— durante la guerra. Y esta labor, en sí muy bien realizada, se ve completada por una abundante sección de notas muy necesarias; notas que explican quiénes eran los personajes allí citados, populares entonces y ahora desconocidos; o bien desvela la personalidad de algún poeta, como Antonio Agraz, por ejemplo, que se ha perdido en la sombra de la postguerra; o nos da la clave del pequeño acontecimiento del batallar diario que inspiró tal o cual composición. Se trata de un libro muy necesario para la comprensión de nuestra poesía y de nuestra historia.

Resulta imposible e inútil tratar de hacer una crítica literaria de los textos en él recogidos: tendríamos que revisar todos nuestros conceptos sobre qué es la poesía, para qué sirve y a quién va dirigida. Casi tendríamos que inventarnos una nueva estética, una nueva visión de la literatura toda. Nos queda, eso sí, la emoción: todos y cada uno de estos poemas están henchidos de ella, y la transmiten. Y muchos de ellos son **buenos**, incluso en el sentido convencional de tal palabra.

Otro tanto nos ocurre con el «Homenaje de Despedida a las Brigadas Internacionales», recuperado por Editorial Hispamérica, de Madrid. Aquí, el tono es distinto: los poemas pertenecen a autores todos de renombre: Alberti, Altolaguirre, Garfias, Gil-Albert, Hernández, Herrera Peterre, Neruda, Paredes, Pérez Infante, Prados, Serrano Plaja, Lorenzo Varela, introducidos por unas palabras de Antonio Machado: No se trata, pues, de un libro

(3) Editorial Nuestra Cultura.



Las «Liricografías» de Alberti son ilustración y clarín de una empresa —la última hasta el día de hoy— a la vez lírica y batalladora.

popular en el sentido estricto; y, sin embargo, como poesía circunstancial que es, posee el mismo valor que el que reseño más arriba. Un valor emotivo, tenso; los poetas citados despiden a sus compañeros de las Brigadas Internacionales, que abandonan España movidos por razones de «alta política»; ven la derrota un paso más cerca, y agradecen a quienes han tratado con ellos de impedirla, su esfuerzo generoso. Si dejamos de lado el valor formal de algunas de las composiciones aquí recogidas, nos queda algo mucho más importante: la emoción.

El libro tiene además otro valor: su impecable edición, que hace de él una verdadera joya bibliográfica. Es casi un folleto, un cuaderno donde está recogido el testimonio de una época que nos es muy próxima.

Con la recuperación de todo el material bibliográfico y poético que da fe de nuestra guerra, se nos devuelve una cultura y un pensamiento, vivos todavía a pesar de los cuarenta años que han pasado en las catacumbas. Se nos demuestra también, por fin, que el pueblo español no es esa manada de borregos que desprecian a la cultura, como nos lo había enseñado el torpe pensamiento franquista; antes bien, se ve que el pueblo tiene un respeto inmenso por la cultura y por el arte, y se da cuenta que es un instrumento válido para su liberación final; y que la poesía no es una manera de expresión reservada a unos pocos exquisitos que se alimentan de pétalos de rosa, sino que forma parte de un patrimonio intelectual común a todos.

La guerra civil terminó en 1939, pero la guerra entre poesía palaciega y poesía de la calle no ha terminado todavía, como no ha terminado la lucha social de la que es expresión. Hoy, solamente algunas publicaciones marginales, o ciertos periódicos de ateneos libertarios, de vida efímera y precaria, dan voz a la poesía del pueblo, a la poesía de combate. Esperemos que el ejemplo cunda, y que la literatura deje de ser privilegio de unos cuantos para convertirse en obra y patrimonio de todos nosotros.

■ **E. H. I.**

NOTA EDITORIAL: Las ilustraciones del presente trabajo, números 4, 5 y 6, forman parte de la obra gráfica de Rafael Alberti. Y la que acompaña a la entradilla es un trabajo de Picasso, inspirado en los horrores de la Guerra Civil. Dada la abundancia y reiteración de material fotográfico que existe sobre nuestra guerra, hemos preferido ilustrar este trabajo con expresiones artísticas de la época, que son igualmente testimoniales.

Borges:



Entre tigres y rosas

Ricardo Lorenzo Sanz

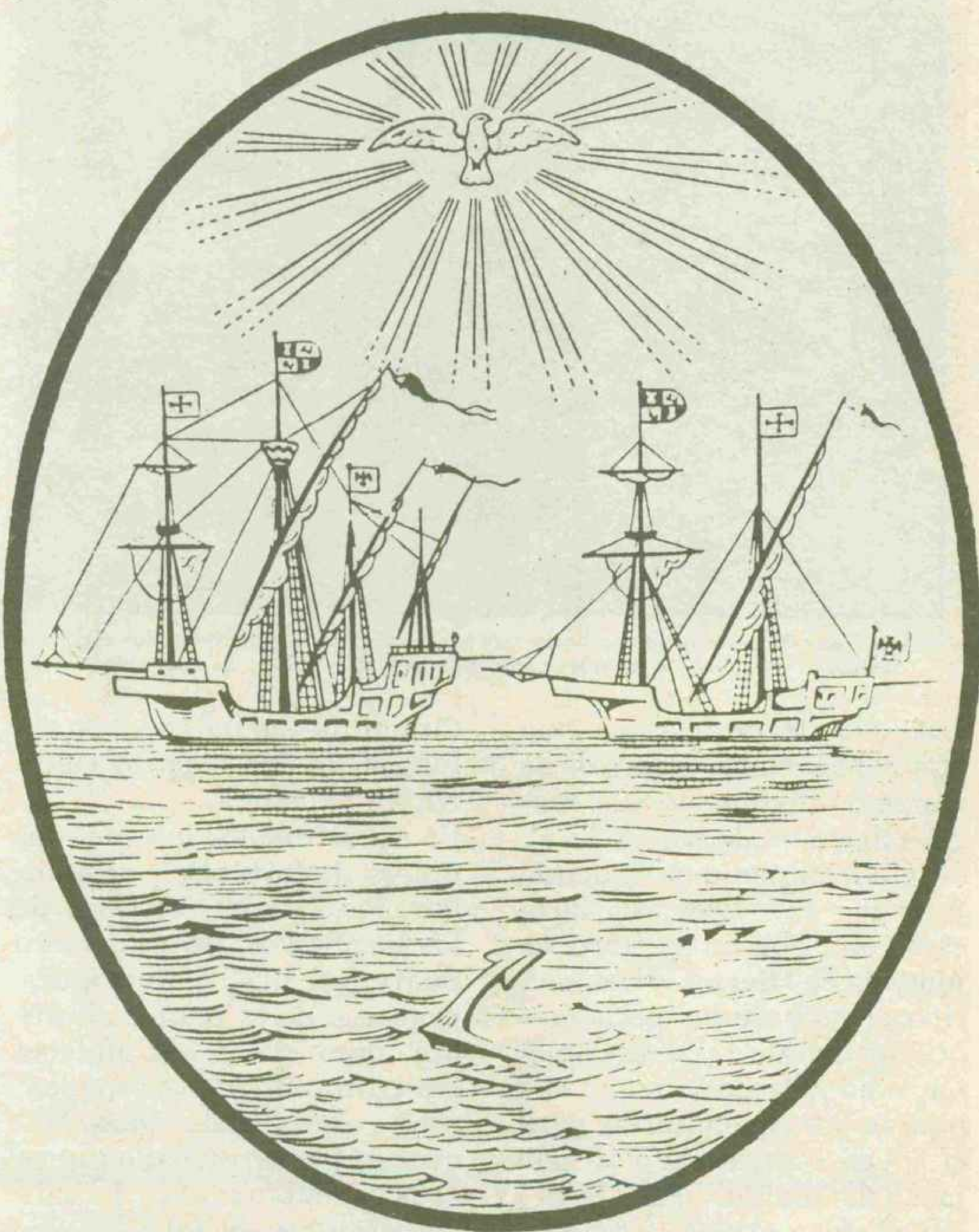
BUENOS Aires fue fundada dos veces —los argentinos muchas más, pero ésa es otra historia—; primero por Pedro de Mendoza en 1536 y luego, definitivamente, por Juan Garay en 1580. La ciudad, un aglomerado de trémulos ranchos de adobe y paja, se levantó junto al Riachuelo, aunque Borges lo niegue, y diga que esos «son embelecos tramados en La Boca. Fue una manzana entera y en mi barrio en Palermo». A Borges se le hace cuento que empezó Buenos Aires. La juzga «tan eterna como el agua y el aire». Sin embargo, ante la obligación de elegur un lugar como cuna, elige a Palermo.

El Palermo de principios de siglo era casi la frontera, con sus esquinas con almacén, rosadas «como revés de naipe» y sus hombres amigos de la caña fuerte y la daga nerviosa. Palermo era el coraje, la muerte porque sí, el tango.

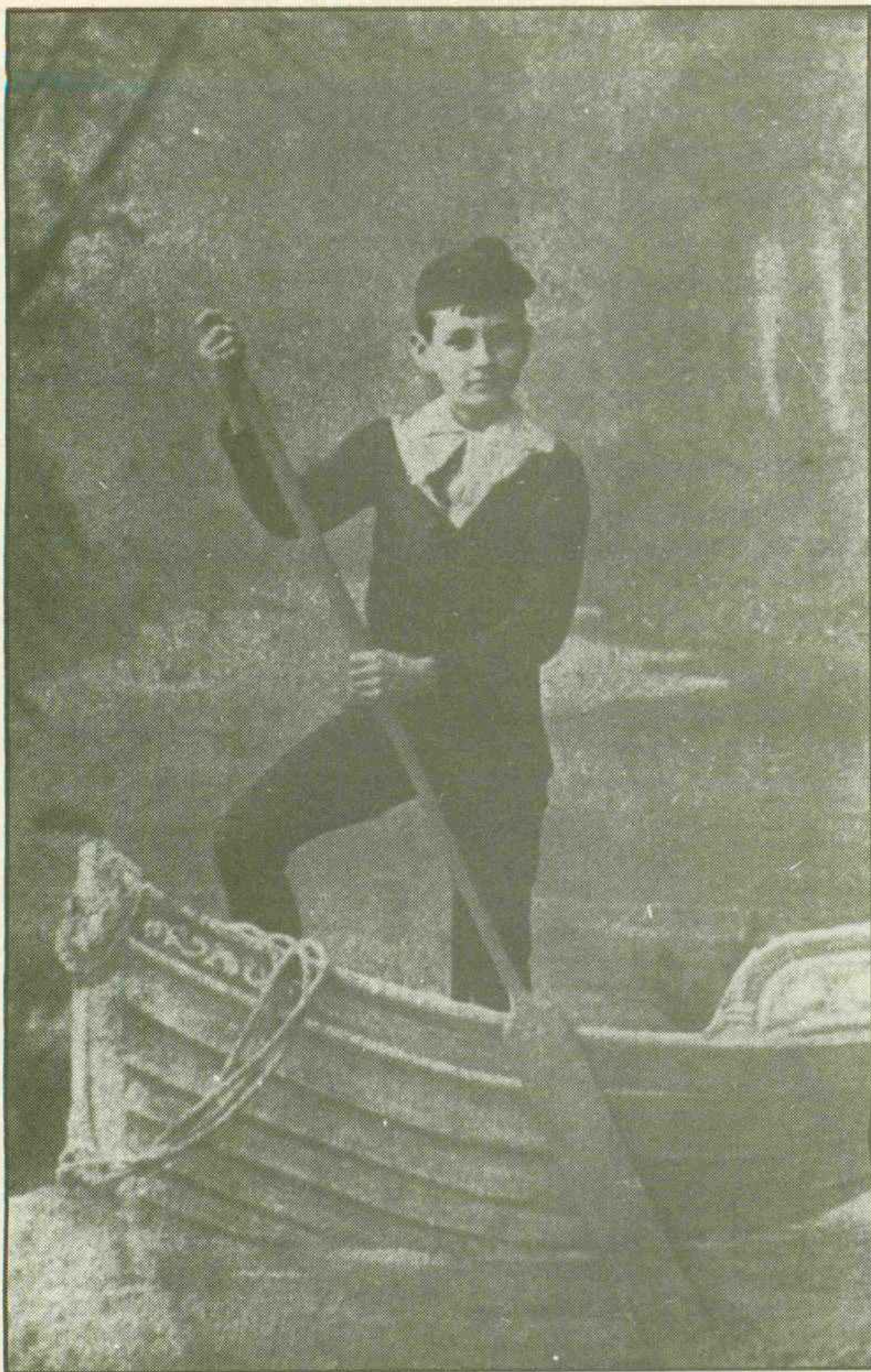
LA infancia de Jorge Luis Borges transcurrió en este barrio, mejor dicho, en una casa de este barrio: «Yo creí durante muchos años haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventurales y de ocasos visibles —La Pampa en ese entonces aún era una presencia—. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas». En esa casa, en esa biblioteca, habitaban también sus fantasmas, los mismos que aún hoy lo acompañan en su departamento de la calle Maipú: los tigres, los espejos, los antepasados heroicos, las rosas, los laberintos...

EL PEOR DE LOS PECADOS

Manuel Mújica Lainez, el autor de Bomarzo, ha dicho: «Para Borges, familia y patria son una sola y misma realidad» y es que la historia de los Borges es la historia misma del país y como en toda familia que se precie, los odios y amores son irracionales. Odios y amores que se entrelazan con las pasiones de las luchas fraticidas del siglo XIX y las guerras de la Independencia de América del Sur. Antepasados ecuestres, polvaredas de montoneros, degüellos y fusilamientos.



Para Borges, Buenos Aires nació en Palermo, en su barrio. Pero duda que sea cierto. La juzga «tan eterna como el agua y el aire».



«Para mí —dice la madre de Borges—, siempre fue extraordinario. A los siete años escribió un cuento, La visera fatal... **A los nueve años tradujo** El príncipe feliz, **de Oscar Wilde».**

Los que llegaron antes han sido el parámetro de la vida de Borges, ninguno de sus muchos éxitos pudo borrar en él, el remordimiento de la deuda impaga. En 1976 escribirá esta confesión en su libro **La moneda de Hierro:** «He cometido el peor de los pecados / que un hombre puede cometer, / no he sido feliz... / Mis padres me engendraron para el juego / arriesgado y hermoso de la vida. / Para la tierra, el agua, el aire, el fuego. / Los defraudé. No fui feliz. Cumplida / no fue su joven voluntad. / ...Me legaron valor. No fui valiente».

Un valor inculcado desde los muros de la biblioteca familiar, los antiguos retratos de los bisabuelos. Aquel Isidoro Suárez de origen portugués, vencedor de la batalla de Junín, para quien «la audacia era costumbre de su espada», primo del odiado Juan Manuel de Rosas, exiliado por su causa en Montevideo. Y Francisco Borges, oficial en el sitio de Montevideo y la Guerra del Paraguay, muerto en batalla a los 39 años.

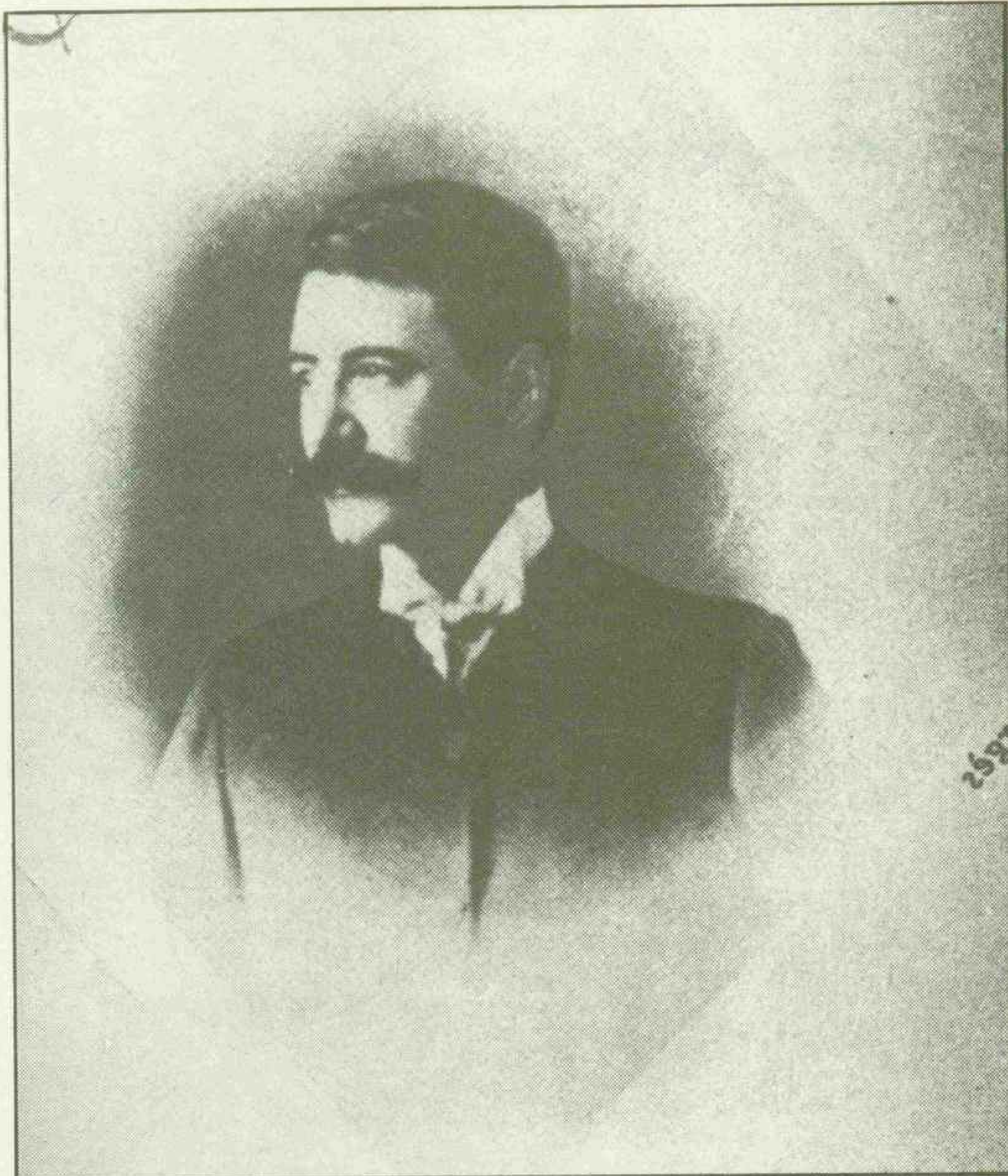
Su bisabuela Fanny Haslam, de credo protestante, aportaría a la familia su vertiente sajona y los intereses intelectuales.

Recordando a su padre, heredero de este linaje, Jorge Luis Borges dirá: «Mi padre murió en 1938, la mitad de su sangre era inglesa y, sin embargo, le gustaba hacer chistes sobre los ingleses... Escribió una novela histórica, **El Caudillo;** se volvió ciego bastante pronto. Siempre quiso ser hombre de letras... como mi padre quería ser escritor, se suponía que yo cumpliera era destino. Era anarquista, lector de Spencer. Cuando era chico me recomendaba que mirara bien las carnicerías, las iglesias, los curas, los militares y la bandera argentina, porque todo eso iba a desaparecer y más tarde yo podría contar que había visto una carnicería, un cura, un desfile militar...».

Leonor Acevedo de Borges, su madre, ha sido posiblemente la figura que más influencia ha tenido en la vida del escritor, transformándose en su colaboradora más eficaz y también en su memoria. María Angélica Bosco, una de las más prestigiosas biógrafas de Borges, recogió de ellas estas declaraciones: «Para mí —dice refiriéndose a su hijo—, siempre fue extraordinario. A los 7 años escribió un cuento, **La visera fatal. El Quijote** fue su primer libro de lectura. A los 9 años tradujo **El príncipe feliz,** de Oscar Wilde, que Alvaro Melián Lafinur publicó en el **País.** Todos creyeron que el traductor era mi marido, porque él había sido el primer traductor de las **Rubaiyat,** de Omar Kayham».

La muerte de Leonor Acevedo, ocurrida poco adespués de la publicación por Emece en 1974 de las obras completas

de su hijo, dejó a éste en una dolorosa soledad. En la dedicatoria del libro que recoje su obra dirá en homenaje a su madre: A Leonor Acevedo de Borges: «Quiero dejar escrita una confesión, que a un tiempo será íntima y general, ya que las cosas que le ocurren a un hombre les ocurren a todos. Estoy hablando de algo ya remoto y perdido, los días de mi santo, los más antiguos. Yo recibía los regalos y yo pensaba que no era más que un chico y que no había hecho nada, absolutamente nada, para merecerlos. Por supuesto, nunca lo dije; la niñez es tímida. Desde entonces me has dado tantas cosas y son tantos los años y los recuerdos. Padre, Norah, los abuelos, tu memoria y en ella la memoria de los mayores —los patios, los esclavos, el aguatero, la carga de los húsares del Perú y el opropio de Rosas—, tu prisión valerosa, cuando tantos hombres callábamos, las mañanas del Paso del Molino, de Ginebra y de Austin, las compartidas claridades y sombras, tu fresca ancianidad, tu amor a Dickens y a Eca de Queiroz, Madre, vos misma. Aquí estamos hablando los dos, el tout le reste est litterature, como escribió, con excelente literatura, Verlaine».



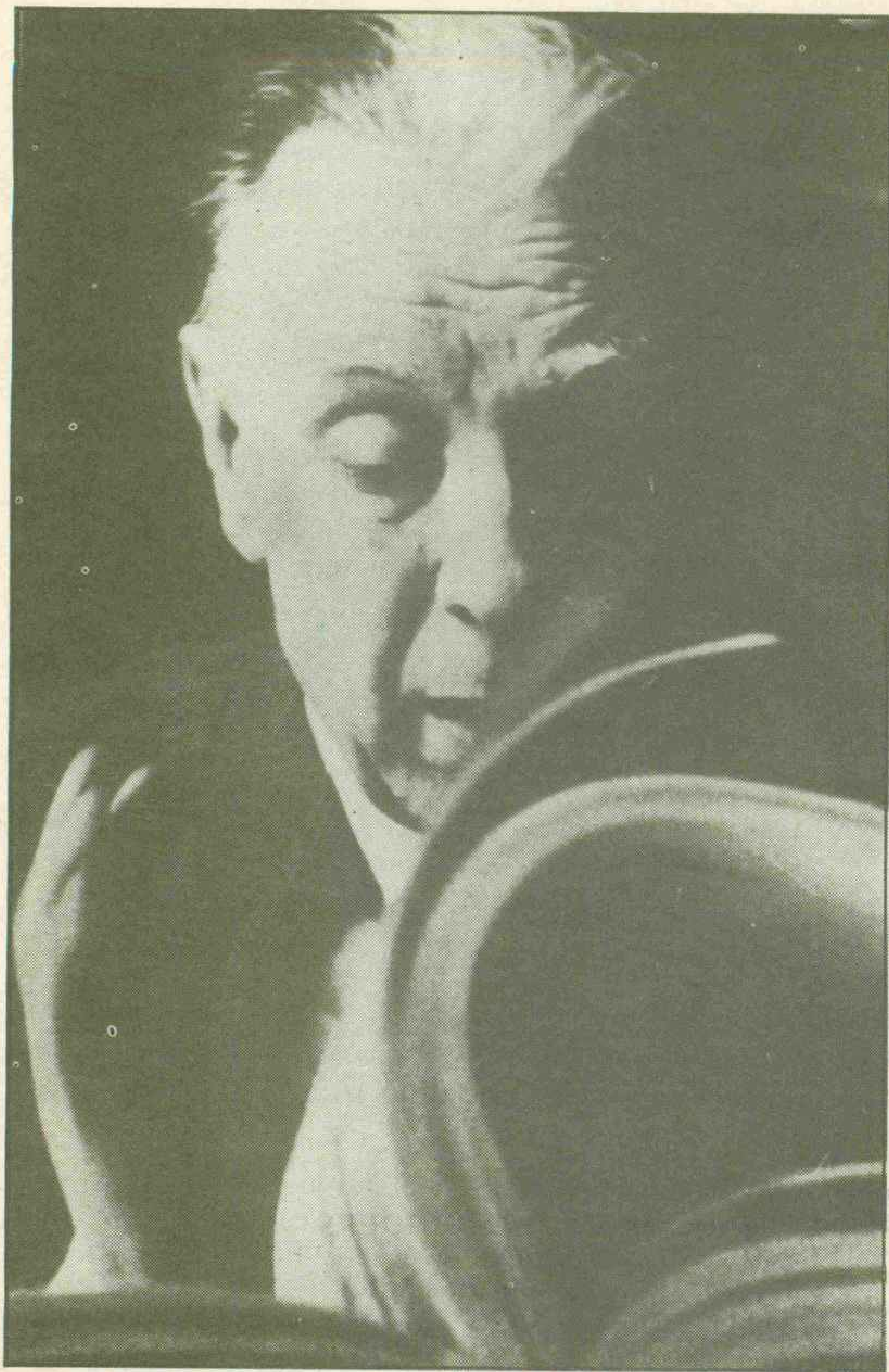
«Mi padre murió en 1938, la mitad de su sangre era inglesa y, sin embargo, le gustaba hacer chistes sobre los ingleses... Siempre quiso ser hombre de letras... como mi padre quería ser escritor, se suponía que yo cumpliera ese destino. Era anarquista...». (En la fotografía, Luis Borges).

EL OTRO

De la amplia biblioteca familiar, Borges pasó, sin transición, a los establecimientos educativos de Europa. En 1914 la familia abandona Buenos Aires, de la cual permanecerá ausente hasta el año 1921. Durante este lapso de tiempo, Borges estudia en Ginebra, y en 1918 se radica en España, donde toma contacto con el movimiento ultraísta del café Colonial de Madrid y especialmente con Rafael Cansinos Assens, el injustamente olvidado autor de **El Candelabro de los Siete Brazos, El divino fracaso** e innumerables traducciones.

El Borges de aquellos años era un joven apasionado que adhería con entusiasmo al triunfo de la Revolución Rusa, la cual le inspiró algunos poemas de su posteriormente destruido libro **Salmos Rojos.**

En 1969 Borges escribe un cuento, **El Otro** (incluido en 1975 en el **Libro de Arena**), donde nos presenta un imaginario encuentro del anciano ciego y el joven estudiante Jorge Luis. La confrontación de ambos Borges hecha por él mismo es de gran utilidad para entender el personaje. Cedamos la palabra a los dos Borges: «En lo que se refiere a la historia... (dice Borges viejo al joven Borges), hubo otra guerra, casi entre los mismos antagonistas. Francia no tardó en capitular; Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler la cíclica batalla de Waterloo. Buenos Aires, hacia mil novecientos cuarenta y seis, engendró otro Rosas (se refiere a Juan Perón), bastante parecido a nuestro pariente. El cincuenta y cinco, la provincia de Córdoba nos salvó (allí comenzó el levantamiento militar). Ahora las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio. Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído,



La vida de Borges no se entiende sin la presencia de los libros, de las bibliotecas. En su casa había importante biblioteca familiar. Años más tarde trabajaría en algunas de ellas. Borges usa de los libros como de instrumentos con los cuales conocer la vida, vivir la vida misma.

como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la de guaraní. Noté que apenas me prestaba atención. El miedo elemental de lo imposible y, sin embargo, cierto lo amilanaba. Yo, que no he sido padre, sentí por ese pobre muchacho una oleada de amor. Vi que apretaba entre las manos un libro. Le pregunté qué era. **Los poseídos** o, según creo, **Los Demonios**, de Fyodor Dostoievski, me replicó no sin vanidad. Se me ha desdibujado. ¿Qué tal es? El maestro ruso —dictaminó— ha penetrado más que nadie en los laberintos del alma eslava. Le pregunté qué estaba escribiendo y me dijo que preparaba un libro de versos que se titularía **Los himnos rojos.** También había pensado en **Los Ritmos Rojos.** ¿Por qué no? —le dije—. Podéis alegar buenos antecedentes. El verso azul de Darío y la canción gris de Verlaine. Sin hacerme caso, me aclaró que su libro cantaría a la fraternidad de todos los hombres. El poeta de nuestro tiempo no puede dar la espalda a su época. Me quedé pensando y le pregunté si verdaderamente se sentía hermano de todos. Por ejemplo, de todos los empresarios de pompas fúnebres, de todos los carteros, de todos los buzos, de todos los que viven en la acera de los números pares, de todos los afónicos, etc. Me dijo que su libro se refería a la gran masa de los oprimidos y parias. Tu masa de oprimidos y de parias —le contesté— no es más que una abstracción. Sólo los individuos existen, si es que existe alguien. El hombre de ayer no es el hombre de hoy, sentenció algún griego. Nosotros dos, en este banco de Cambridge o de Ginebra, somos tal vez la prueba».

El Otro es una verdadera curiosidad dentro de toda la producción borgiana, ya que en él aparecen sus ideas políticas, sus controvertidas y contradictorias ideas políticas, a las cuales Borjes jamás permitió que interfirieran en su obra literaria.

ALLA POR LOS AÑOS VEINTE

En el año 1921 Borges regresa a Buenos Aires y la sume como suya: «Esta ciudad que yo creí mi pasado / es mi porvenir, mi presente; / los años que he vivido en Europa son ilusorios; / yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires». Y en su barrio, en Palermo, ha de comenzar el aprendizaje, la recreación del paisaje y el tiempo, la falsificación que gracias a su arte se trocará en realidad.

En el poema **Mil novecientos veintitantos,** Borges reconstruirá esta etapa del pensa-

miento argentino: «La rueda de los astros no es infinita / y el tigre es una de las formas que vuelven, / pero nosotros, lejos del azar y la aventura, / nos creíamos desterrados a un tiempo exhausto / el tiempo en que nada puede ocurrir. / El universo, el trágico universo, no estaba aquí / y fuerza era buscarlo en otros lugares. / Yo tramaba una mitología de tapias y cuchillos / y Ricardo pensaba en sus reseros» (se refiere a Ricardo Guiraldes, el autor de **Don Segundo Sombra).**

Quienes atacan a Borges tildándolo de falsificador de realidades, parecen ignorar o pretenden ignorar esta confesión en forma de poema.

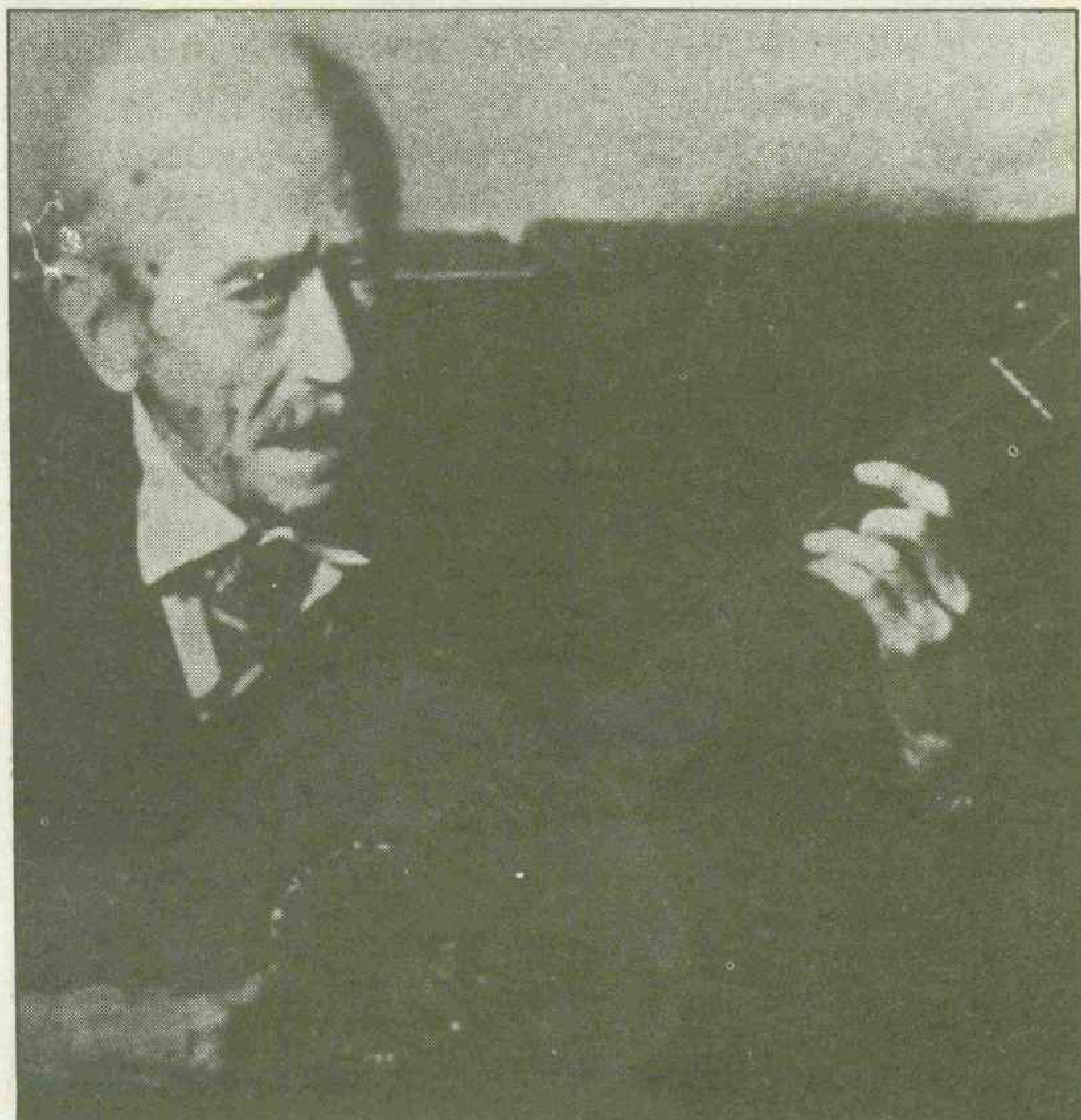
A su llegada a Buenos Aires se incorpora al grupo de intelectuales que más tarde han de fundar el periódico **Martín Fierro,** que dará el nombre a toda una corriente literaria.

En 1921 los asombrados porteños pudieron contemplar en los muros de las calles céntricas un cartel realzado por un dibujo de Norah Borges, la hermana del escritor. «El pequeño cartel era, en realidad, una revista. La primera y única revista mural de carácter literario que se halla producido entre nosotros. Se llamaba **Prisma**» (Córdoba Iturburu). El intento era dirigido por Eduardo González Lanuza, Jorge Luis Borges, Francisco Piñero y Guillermo Juan; apareció en sólo dos oportunidades, pero dio lugar a la posterior PROA, en la que intervinieron Macedonio Fernández, Norah Lange, Guillermo de Torre, Salvador Reyes, Leopoldo Marechal.

En 1923 Borges publica **Fervor de Buenos Aires,** a los que siguen **Luna de enfrente** (1925) y **Cuaderno San Martín** (1929). Estos tres libros de poemas constituirán su aporte al movimiento intelectual de la década del veinte, bajo la influencia predominante del ultraísmo en boga y la reacción contra el modernismo representado por Leopoldo Lugones.

En 1969 en el prólogo a la nueva edición de **Fervor de Buenos Aires,** Borges escribe: «Los jóvenes de 1923 eran tímidos. Temerosos de una íntima pobreza, trataban como ahora, de escamotearla bajo inocentes novedades ruinosas. Yo, por ejemplo, me propuse demasiados fines: remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno, ser un escritor español del siglo XVII, ser Macedonio Fernández, descubrir las metáforas que Lugones ya había descubierto, cantar un Buenos Aires de casas bajas y, hacia el poniente o hacia el sur, de quintas con verjas».

Esos jóvenes tímidos, a los que alude Borges, se nuclearon junto a las figuras señeras de Macedonio Fernández y Ricardo Guiraldes en el movimiento **martinfierrista,** que nació en 1924 y desapareció en 1928. Durante esos cuatro años el grupo intentó dar respuesta, prestar su voz, a las ansias de cambio que rechazaban los estrechos límites de la herencia de Rubén Darío: El Modernismo. Este anhelo es el mismo que sustentan en Francia los creacionistas y fantasistas, en España los ultraístas y en Alemania los expresionistas. Y es que el momento es propicio, un momento en el cual están presentes la movilidad y la esperanza. Se cree en la Sociedad de las Naciones y la paz perdurable. «La dura contienda había sido un exceso de realidad y, como una prolongación del aturdimiento de las trincheras, el mundo se aturde conforme a las reglas del buen de-



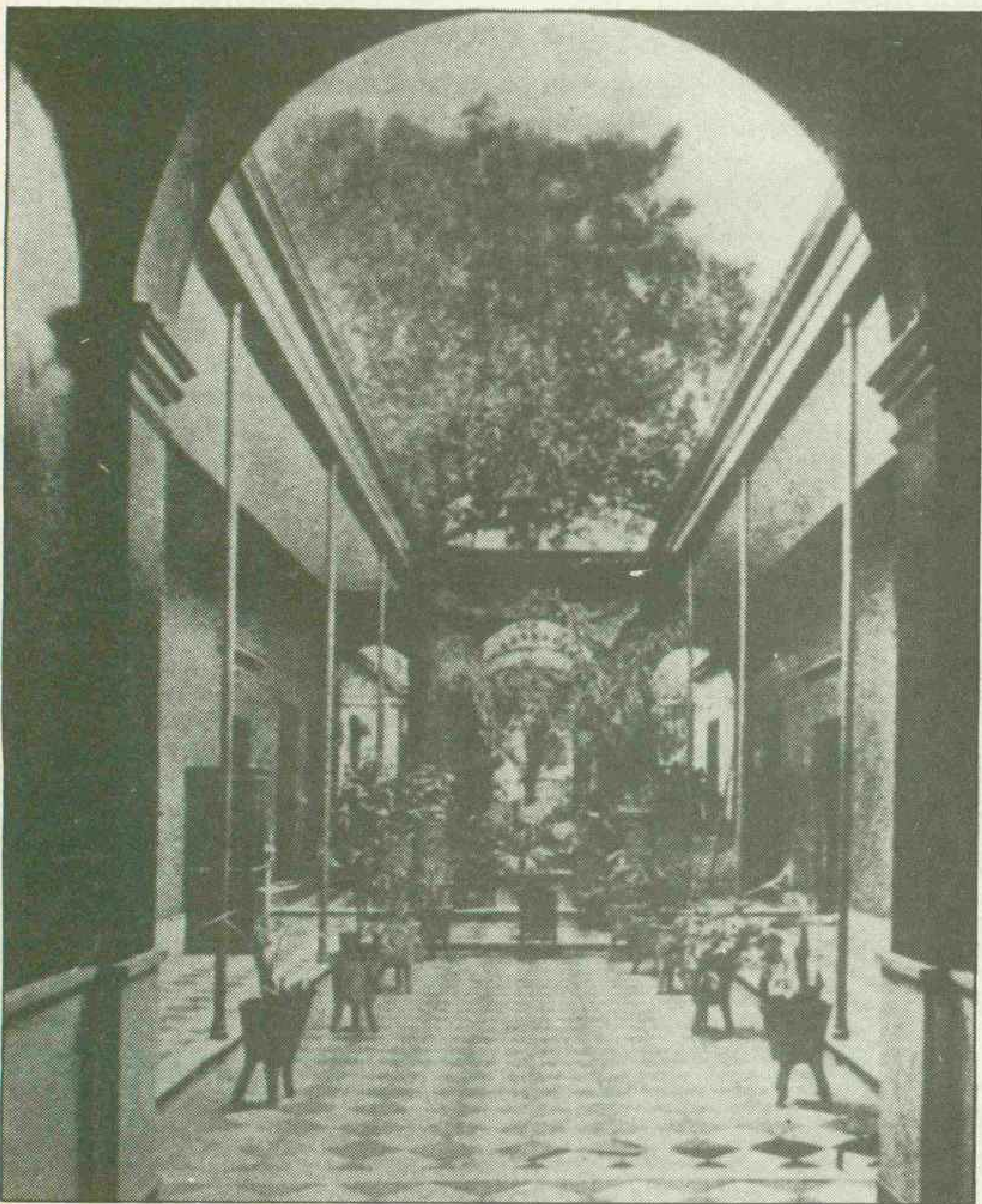
El afecto de Borges por Macedonio Fernández lo encontramos en uno de sus prólogos, escrito en 1969: «...Me propuse demasiados fines: remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno, ser un escritor español del siglo XVII, ser Macedonio Fernández...».

porte y del veloz turismo. Regidos por un sentido afirmativo de la vida, en numerosos pueblos es dable advertir, un estado de espíritu más atento al porvenir que el pasado» (Carlos Mastronardi).

Es en esta época que Borges se impone **ser** argentino, huyendo de los moldes europeos a los que lo han ceñido su familia y su educación. Es así que adhiere al Partido Radical y a su carismático jefe Hipólito Yrigoyen (a quien repudiará años más tarde); recorre como un poseso las calles de los arrabales, desentrañando la geografía urbana, intenta aprender el lenguaje local. En 1927, junto a Raúl González Tuñón, Ulises Petit de Murat y Leopoldo Marechal, intenta el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes.

«Olvidadizo de que ya lo era, quise también ser argentino. Incurrí en la arriesgada adquisición de uno o dos diccionarios de argentinismos, que me suministraron palabras que hoy apenas puedo descifrar: madrejón, espadaña, estaca pampa...». Sin embargo, su preocupación por el lenguaje sería la causante de su acercamiento a Victoria Ocampo, la casi mítica y controvertida directora de **Sur**, la revista que marcó un hito en la historia de la literatura hispanoamericana.

En 1928 Borges logra el segundo premio en el concurso organizado por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, con su ensayo **El idioma de los argentinos.** Victoria Ocampo, impresionada por la obra, le envía una carta en la que le dice: «Usted ha sabido decir lo que siempre pensé de la lengua española y que no he podido decir. Quiero hablar con usted». Esta carta marca el inicio de una estrecha colaboración entre la directora de **Sur** y el joven y «titubeante» escritor.



«Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses».

En 1930 aparece **Evaristo Carriego,** la biografía del poeta de los bajos fondos porteños será la escusa que servirá a Borges en la búsqueda de respuestas a los interrogantes de su infancia. La recreación de este «Magro poeta de ojitos hurgadores, siempre trajeado de negro, que vivía en el arrabal» (Giusti). Le permitirá indagar, «¿qué destinos vernáculos y violentos fueron cumpliéndose a unos pasos de mí, en el turbio almacén o en el azaroso baldío? ¿Cómo fue aquel Palermo o cómo hubiera sido hermoso que fuera?». En esta obra surge el narrador —sin desplazar al poeta— y ya están presentes los temas que acometerá más tarde desde múltiples ángulos. Conjuntamente con la aparición de Carriego, Argentina presencia el ingreso de los militares en la vida política, se produce el derrocamiento de Yrigoyen y se instaura el gobierno de inspiración nazi-fascista de José Félix Uriburu.

HUIDA Y FICCION

Los años treinta —Wall Street mediante— fueron el período de incubación del huevo de la serpiente, el nazi-fascismo. Los años treinta en la Argentina pasarían a la historia bajo el nombre sombrío de la Década Infame. Será también la década del crimen y el suicidio político.

En 1935, en pleno recinto del Congreso Nacional, el dipu-

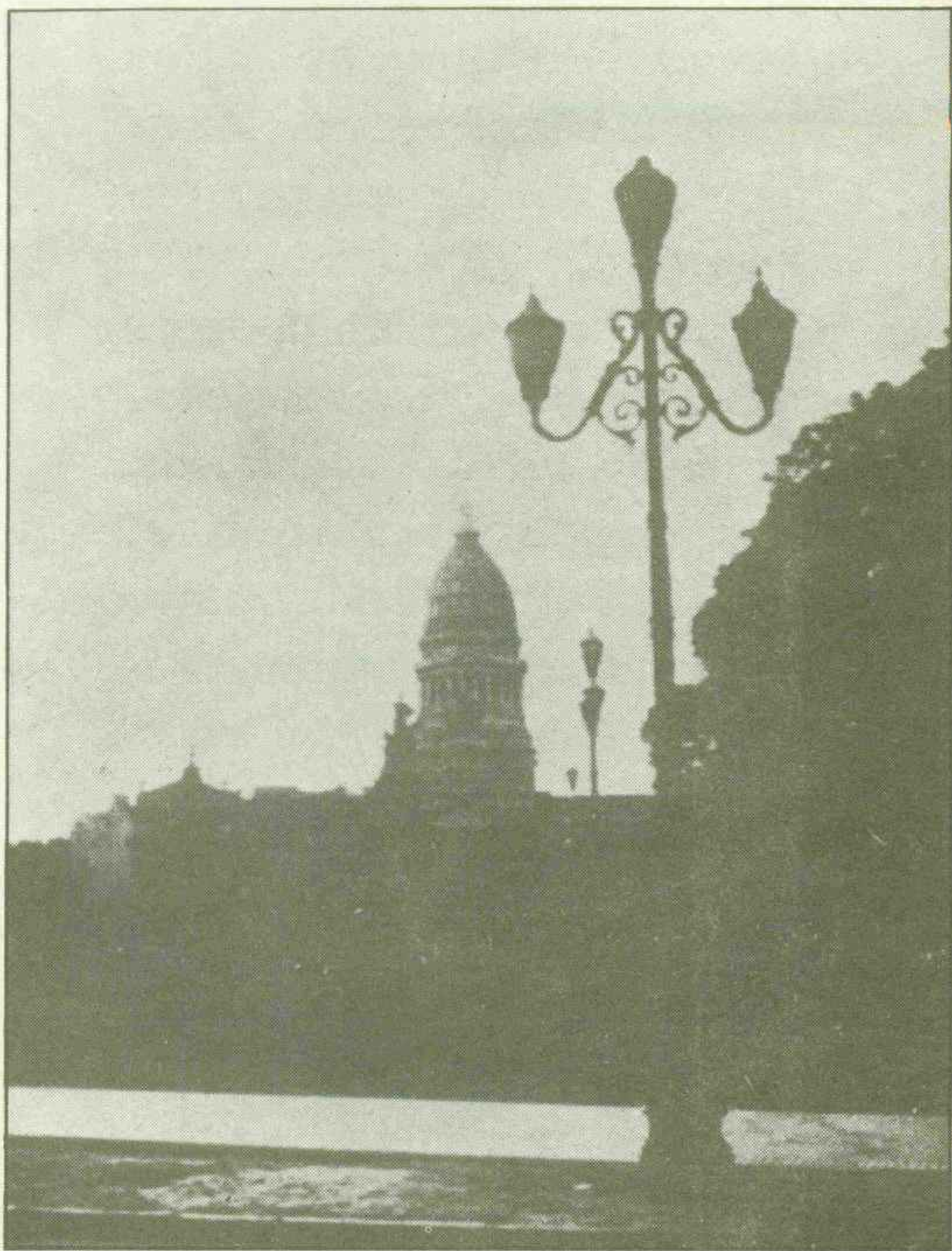
tado Enzo Bordabehere recibía en su cuerpo las balas dirigidas a Lisandro de la Torre, el tribuno popular jefe del Partido Demócrata Progresista que denunciaba las maniobras de los frigoríficos ingleses. Los balazos asesinos resonaron en todo el país, el tambaleante andarivel liberal comenzaba a desmoronarse.

Otras muertes, otras víctimas, otros suicidas: Alfonsina Storni, Horacio Quiroga, Florencio Parravichini, Leopoldo Lugones y el propio Lisandro de La Torre corrieron dramáticamente el telón de una época en la que Argentina creyó ser democrática. Fueron respuestas individuales, gritos en el desierto, en definitiva: un gesto ante la demencia.

Otros intelectuales como Roberto Arlt, González Tuñón, Leopoldo Marechal, Elías Castelnuevo, se enrolarían en las corrientes sociales y practicarían la lucha contra el régimen.

Borges, sin vocación de suicida ni de beligerante, inaugura un camino inédito, la construcción de un universo personal, de un cosmos regido por leyes y códigos propios. Esta fuga de la realidad, esta huida del tiempo inmediato, lo llevará a la magia, transformándolo en descubridor y adelantado. Por eso no debe molestarnos cuando con su habitual ironía dice: «A mí se me combatió por mágico, y ahora ellos, los realistas, quieren hacerse los mágicos. Creo que ahora voy a tener que escribir cuentos sociales».

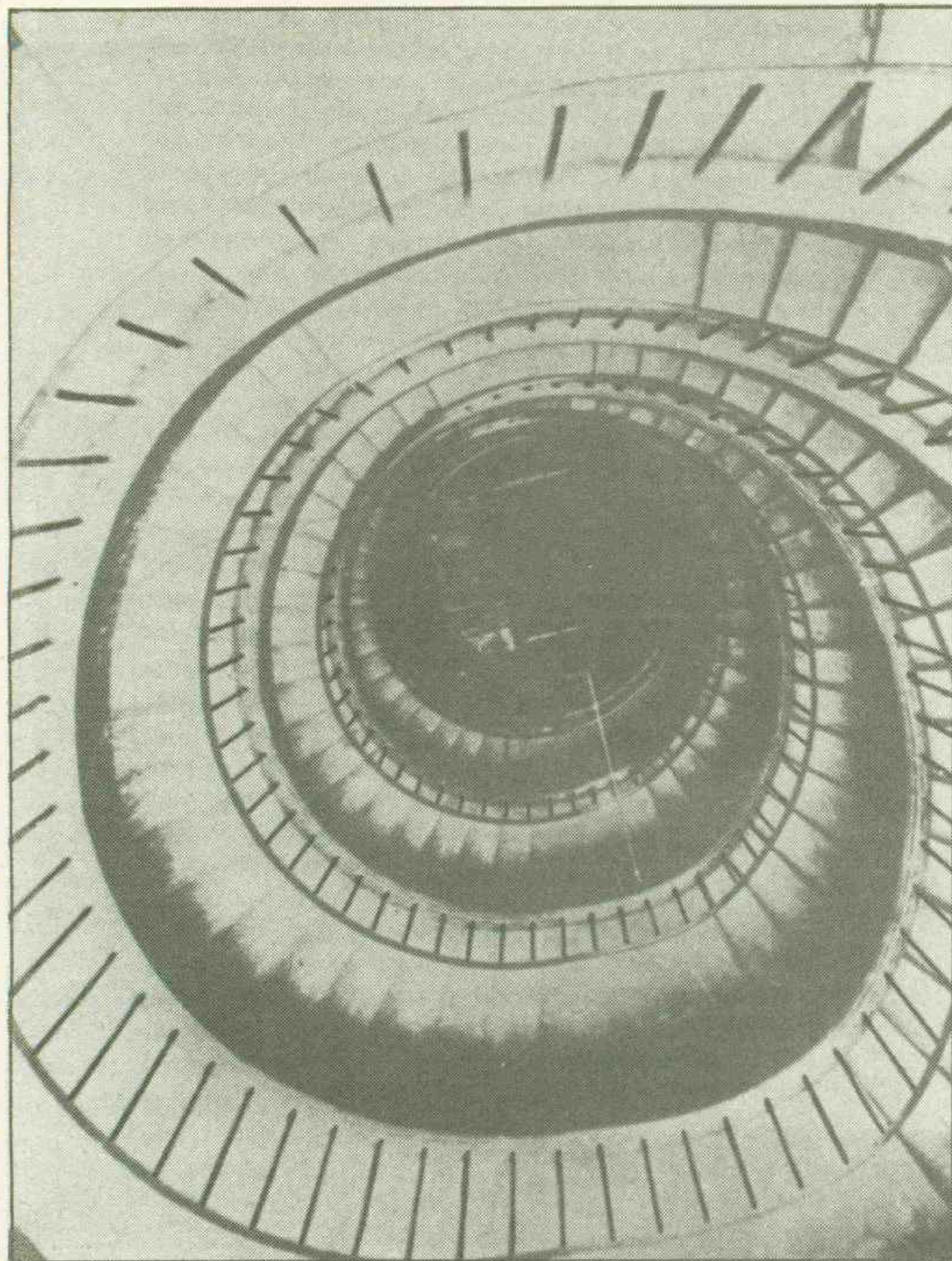
Durante el período comprendido entre el gobierno de Uriburu (1930) y el gobierno peronista (1946), publica una serie de libros fundamentales: **Discusión** (1932), **Historia Universal de la Infamia** (1935), **Historia de la Eternidad** (1936), **Ficciones** (1944), **Artificios** (1944).



«Esta ciudad que yo creí mi pasado, es mi porvenir, mi presente. Los años que he vivido en Europa son ilusorios, yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires» (Borges).

Cada título es un escalón ascendente, Borges pule su herramienta en orgullosa soledad, las sombras de la ceguera lo van cercando poco a poco, su universo se reduce cada vez más entre los laberintos de las altas estanterías de la Biblioteca Nacional, donde trabaja como bibliotecario.

Hemos mencionado a la fuga de Borges, a la huida de Borges como camino inédito e inaugural de escritor no beligerante, no obstante esa fuga, esa huida jamás es total. En el prólogo a **Discusión,** Borges declara: «Vida y muerte le han faltado a mi vida. De esa indigencia, mi laborioso amor por estas minucias». Vida y muerte que para Borges son sinónimo de heroísmo y actitud ética. No es un escritor beligerante, sin embargo, aunque parezca paradójico, es un escritor comprometido, y contesta a quienes lo tildan de antiargentino en un capítulo de **Discusión,** llamado **El escritor argentino y la tradición,** diciendo: «Tomemos el caso de Kipling: Kipling dedicó su vida a escribir en función de determinados ideales políticos (actitud opuesta a la de Borges), quiso hacer de su obra un instrumento de propaganda y, sin embargo, al fin de su vida hubo de confesar que la verdadera esencia de la obra de un escritor suele ser



Borges cree que siempre se libra la misma batalla, por eso habla de la «cíclica» batalla de Waterloo, las fuerzas del mal contra las del bien, la cultura contra la barbarie.

ignorada por éste; y recordó el caso de Swift que al escribir **Los viajes de Gulliver,** quiso levantar un testimonio contra la humanidad y dejó, sin embargo, un libro para niños... Por eso, repito, que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad y en este caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara».

En 1935 nace el cuentista al incluir entre los relatos de **Historia Universal de la Infamia,** el cuento **Hombre de la esquina rosada,** «que ha logrado un éxito singular y un poco misterioso». El éxito de este cuento, como el éxito de muchos de los cuentos de Borges del mismo estilo, reafirmarían la opinión de Kipling y su ejemplo de Swift y Gulliver. **Hombre de la esquina rosada** transforma lo que pretendió ser la fría descripción de un asesino cuchillero en una mirada nostálgica y cómplice. En el epílogo de sus obras completas, Borges urde su propia biografía y así nos dice refiriéndose a sí mismo: «Pensaba que el valor es una de las pocas virtudes de que son capaces los hombres, pero su culto lo *llevó*, como a tantos otros, a la veneración atolondrada de los hombres del hampa. Así, el más leído de sus cuentos fue **Hombre de la esquina rosada,** cuyo narrador es un asesino. Compuso letras de milonga, que conmemoran a homicidas congéneres... Su secreto y acaso inconsciente afán fue tramar la mitología de un Buenos Aires que jamás existió. Así, a lo largo de los años, contribuyó sin saberlo y sin sospecharlo, a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas».

EL SUR

El culto involuntario del gaucho y sus normas de honor son algo más profundo que el simple intento literario de fabricar una mitología del pasado. Así lo prueba el cuento **El Sur** (curiosamente el preferido por Borges), incluido en su libro **Artificios.** Este cuento es profundamente antobiográfico. En diciembre de 1938 sufre un accidente, que durante semanas lo pone al borde de la muerte, las alucinaciones, producto de la fiebre, le han de dictar las páginas en las cuales el protagonista, un bibliotecario (el propio Borges), convaleciente de una grave enfermedad, en una pulpería bonaerense, acepta el duelo a cuchillo con un compadre y sabe que ésa es la elección más importanye de su vida, la elección de su propia muerte. «Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado. Da-

hlmann (Borges) empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura». En la ficción alucinada de la fiebre, Borges pone fin a la huida y actúa como sus bisabuelos o como aquellos gauchos que sirvieron a su odiado pariente don Juan Manuel de Rosas.

CIVILIZACION O BARBARIE

Borges cree que siempre se libra la misma batalla, por eso habla de la «cíclica» batalla de Waterloo, las fuerzas del mal contra las del bien, la cultura contra la barbarie. Adhiere incondicional a la antinomia enunciada por Sarmiento, **Civilización o Barbarie,** y en base a esos principios analiza los fenómenos políticos del país y del mundo. En aras de la ilustración repudia a la democracia, justifica la esclavitud, condena a las mayorías. El fenómeno peronista, complejo y condicionado por la nueva correlación de fuerzas producto de la Segunda Guerra Mundial, será vivido por él como la repetición exacta de las luchas del siglo XIX, que dividieron a los argentinos en unitarios y federales, sectores irreconciliables que levantaron banderas opuestas. Las de Rosas, por un lado, las de su primo Lavalle, por otro.

Perón es Rosas y en esta simplificación tiene su origen su oposición al régimen instaurado en 1946. No olvidemos que en la década del veinte Borges formó parte de un comité de intelectuales que apoyaban a Yrigoyen, que encabezaba un movimiento populista, y el peronismo vendría a ser el otro movimiento populista de la historia contemporánea argentina. ¿Cómo explicar entonces esta contradicción? James E. Irby, en su Encuentro con **Jorge Luis Borges,** la analiza afirmando que Borges ve en el populismo de los años veinte un medio de liberarse del medio familiar, y de reafirmar su identidad, su empeño de **ser argentino.** Irby recuerda: «Borges se separa notablemente del criterio aristocrático de su madre. Con certeza comparte su espíritu de casta distinguida, su horror a la vulgaridad, pero también adora e idealiza las imágenes populares de coraje ilícito que repugnan a doña Leonor: el gaucho, el compadre de 1900, el gángster norteamericano de la belle époque. Con voz temblona y detonante una tarde me cantó varios tangos y una milonga **para fastidiar a Madre».** Pero el Borges de 1946 no es el mismo del año 27, la rebeldía juvenil ante el marco familiar se ha transformado en aceptación total del mismo. Borges ha comprendido que se puede **ser** argentino siendo europeo, un europeísmo a contramarcha propio de principio del siglo XIX. En conversaciones con Napoleón Murat (J. L. Borges L. Herne) explica su oposición al gobierno de Perón: «Creo que aquí no era cuestión de políti-

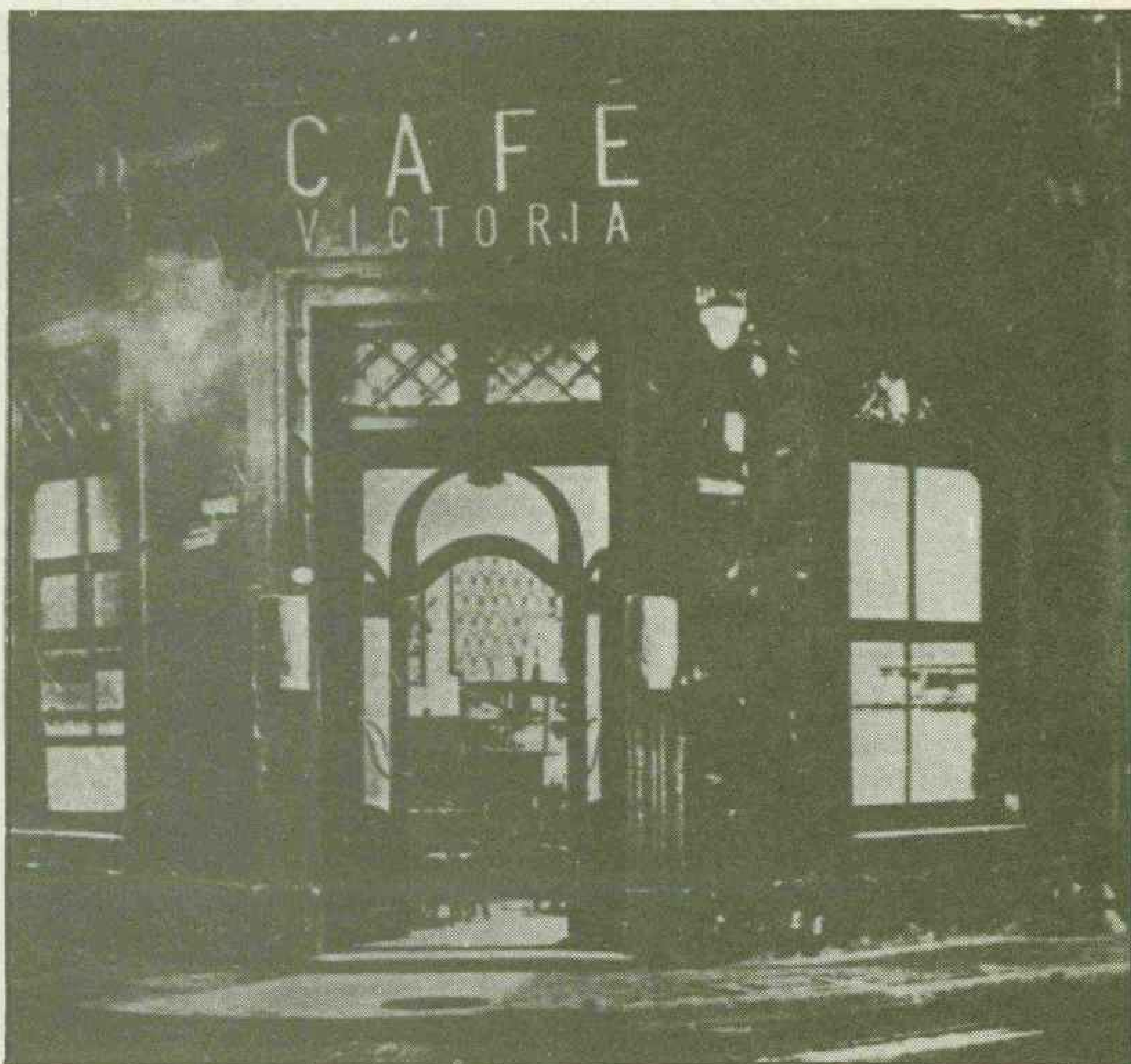


Su madre, Leonor Acevedo, ocupa un lugar excepcional en la vida del escritor. Le agradece «tu prisión valerosa, cuando tantos hombres callábamos... las compartidas claridades y sombras, tu fresca ancianidad, tu amor a Dickens y a Eça de Queiroz, Madre, vos misma...».

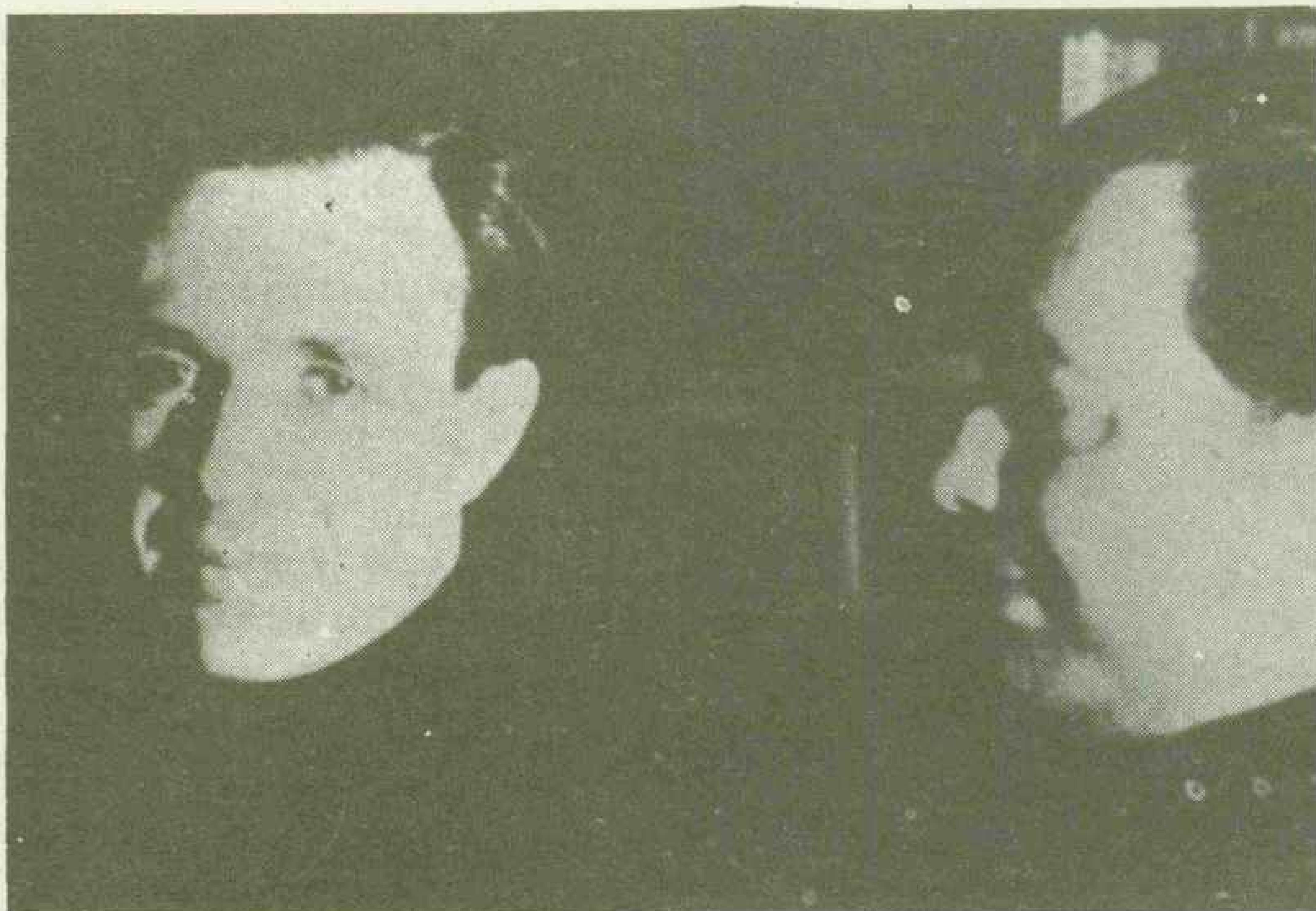


Para Borges, Perón es otro Rosas. El golpe de Estado de septiembre de 1955, lo considera como un hecho que salvó a la patria de la dictadura y de la ignominia.

ca. El gobierno de Perón era tan canalla que se trataba de una cuestión de honestidad». Borges entiende lo canalla en el mismo sentido que el Larousse: «Populacho vil, gente baja y ruín». Sin embargo, su postura en esta etapa histórica tampoco ha de ser beligerante y solamente renuncia a su cargo público de bibliotecario cuando el gobierno lo retira de su función y lo traslada al departamento de inspección de aves y huevos en el Mercado de Abasto de Buenos Aires. «En la época de Perón hice lo que pude a mi manera, nunca estuve en la cárcel, mi madre, mi hermana y mi sobrino, sí».
Durante el período peronista han de aparecer **El Aleph** (1949) y **Otras inquisiciones** (1952). Con estos dos libros, el prestigio de Borges adquiere resonancias internacionales y sus cuentos comienzan a ser estudiados en las universidades inglesas, francesas y norteamericanas como el producto más novedoso junto a Lovecraft de literatura fantástica del siglo XX. **El Aleph** será el primer libro que alcanzará un éxito masivo, éxito que sorprenderá al propio autor.
En 1955 se produce el triunfo de la autodenominada «Revolución Libertadora», que termina con el segundo gobierno de Perón. Borges apoya públicamente el golpe militar y es nombrado por las nuevas autoridades profesor de la cátedra de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Años más tarde debió renunciar a ella por haber sobrepasado el límite de la edad establecido por los reglamentos, pero cuando se produce el golpe militar de Onganía, en 1966, y se destruye la reforma universitaria practicada durante el gobierno de Frondizi



En estos viejos cafés, los escritores de Buenos Aires se reunían. Borges participa del grupo de intelectuales que más tarde han de fundar el periódico *Martín Fierro*.



Bioy Casares, con quien Borges escribiera varias obras.

Las sombras que le rondaron desde joven se han apoderado de él definitivamente. Sólo percibe el amarillo, el color de sus tigres, «no el tigre overo de los camalotes del Paraná y de la confusión amazónica, sino el tigre rayado, asiático y real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra sobre un castillo, encima de un elefante». Ya es un anciano vacilante el que en 1961 se hace acreedor, junto a Samuel Beckett, del Prix International des Editeurs.

Por estos años se produce su afiliación al Partido Conser-

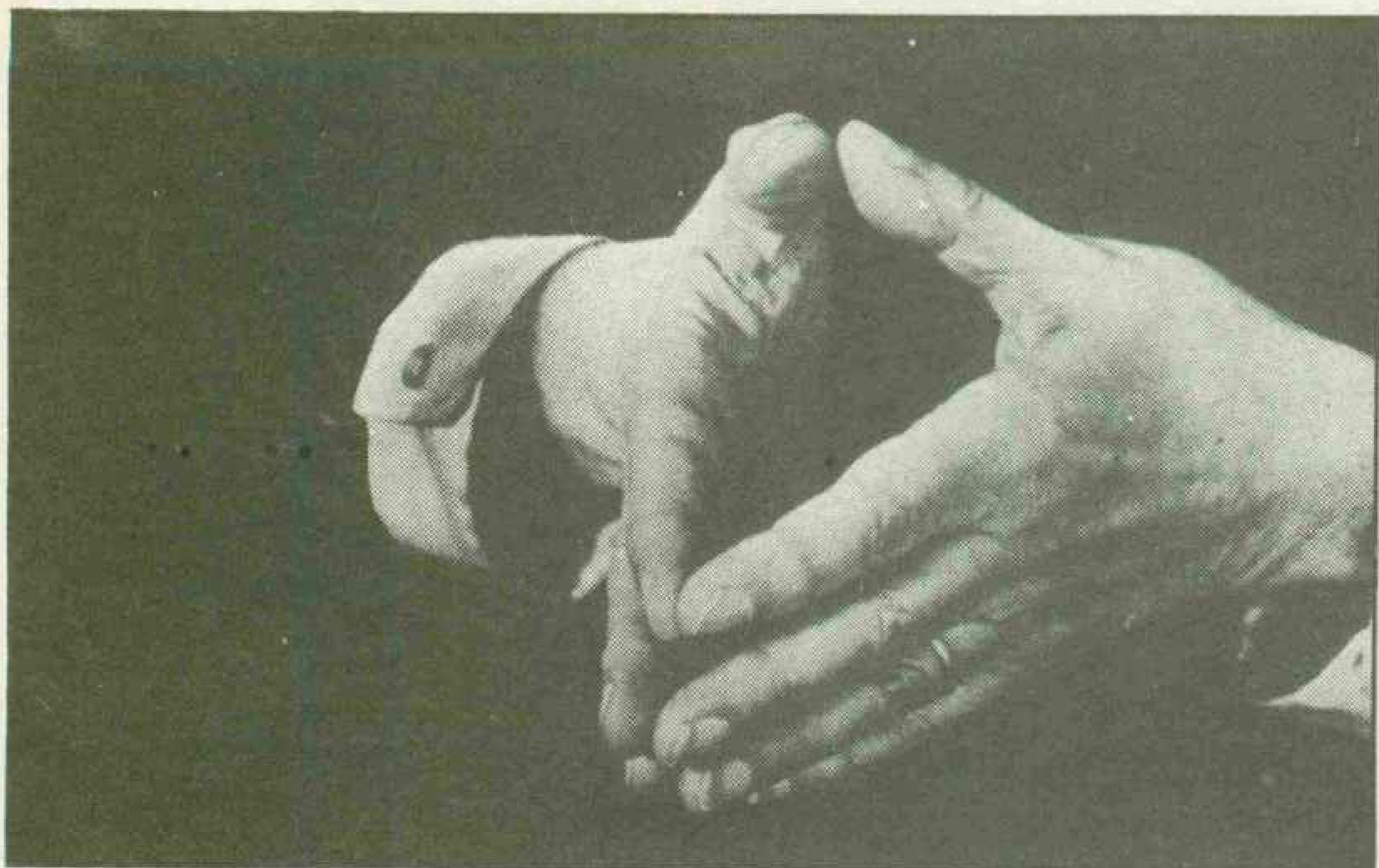
(con la consiguiente expulsión de los profesores democráticos y progresistas), solicita su reincorporación a la cátedra, solicitud que le es concedida.

La actividad de Borges como profesor merecería un capítulo aparte. El mismo no cree en las universidades ni en las cátedras magistrales. Jamás pregunta fechas, porque es incapaz de recordarlas; cuando examina, permite al alumno abordar un tema y no le interrumpe. La escritora Alicia Jurado, que fuera su discípula, ha dicho que sus clases son «tiempo perdido para los jóvenes debutantes... Para apreciarlas es necesario ser adulto, tener edad y lecturas suficientes, preferir la lógica a la retórica, el deslumbramiento a la pedagogía, porque sólo así se comprenderá que la voz monótona de confuso ritmo construye paso a paso una obra de arte de sorprendente contenido».

EL HACEDOR

En 1960, cuando aparece **El hacedor**, Borges ya es ciego.

«He cometido el peor de los pecados, que un hombre puede cometer, no he sido feliz... Me legaron valor. No fui valiente».



Borges rechazó la autodestrucción y la militancia, apelando a la construcción de un universo personal, de un cosmos regido por leyes y códigos propios. Esta fuga de la realidad, lo llevará a la magia, transformándose en un descubridor y adelantado en el mundo de la literatura.

vador argentino (el que tantas veces ha tenido que desautorizar sus declaraciones), porque «es indudablemente el único incapaz de suscitar fanatismos». Sin embargo, como una paradoja borgiana será él quien empieza a ser objeto de fanatismo. Cada declaración suya desata la polémica, desde distintos ángulos y se lo ataca y alaba con idéntico ímpetu.

En 1964 aparece **El otro, el mismo**, y en 1965 **Para las seis cuerdas.** Borges siempre sorprende. Cuando parecía definitivamente ganado para la magia, para los juegos brillantes de la cábala, renace en él en este último título su fervor por Buenos Aires y su arquetipo, el compadre. Borges-payador dice en el prólogo de **Para las seis cuerdas:** «En el modesto caso de mis milongas, el lector debe suplir la música ausente por la imagen de un hombre que canturrea, en el umbral de su zaguán o en un almacén, acompañándose con la guitarra. La mano se demora en las cuerdas y la palabra cuenta menos que los acordes».

Luego vendrían **Elogio de la sombra** (1969), **El informe de Brodie** (1970), **El oro de los tigres** (1972). En el lapso de aparición de estos libros sucedieron muchos hechos en la vida de Borges y del país. Su sorpresivo casamiento, su presumible divorcio (ambos sucesos fueron cubiertos con gran despliegue por la prensa), su nombramiento como Doctor Honoris Causa en las universidades de Cuyo y Oxford, sus clases en Harvard y Texas, su anual postulación como candidato al Nobel. El país, mientras tanto, presenciaba el paso continuado de tres militares por el Sillón de Rivadavia. Onganía, Levingstón y Lanusse, que preparó el terreno hacia la salida electo-



Plaza de Mayo de Buenos Aires. En su centro, la Pirámide de la República de esa república del siglo XIX que Borges considera insuperable.

ral y el tercer gobierno peronista.

L'ANCIEN TERRIBLE

En 1973 Héctor J. Cámpora, candidato del Frente Justicialista de Liberación, obtiene el triunfo en las elecciones (logra el 50 por 100 de los votos emitidos). Su posterior renuncia permite el acceso de Perón a la presidencia de la nación. Borges decide abandonar su cargo de director de la Biblioteca Nacional y acogerse a los beneficios de la jubilación y declara no tener miedo a las represalias: «Quizá ahora lo más peligroso en Buenos Aires sea ser peronista, porque los otros peronistas lo matan o tratan de matarlo». La masacre de Ezeiza, el 20 de junio de 1973, en ocasión de la recepción tributada por el pueblo a la llegada de Perón y la **caza** de montoneros organizada desde el Ministerio de Bienestar Social por José López Rega, confirmarían las palabras del escritor.

El primero de julio de 1975 se produce la muerte de Perón y asume la presidencia su esposa, Isabel Martínez. Una inflación galopante incontenible y el enfrentamiento de las distintas tendencias insertas en el movimiento peronista auguran el golpe militar del 24 de marzo de 1976. En este período de 1975 aparece **El libro de arena,** donde se incluye el cuento **El otro** (un fragmento del cual hemos utilizado al comienzo de este trabajo), en donde hay claras alusiones a la ideología pasada y presente del autor.

Cuando se produce el golpe de la Junta Militar, encabezada por Jorge Rafael Videla, Borges *se halla en Washington.* Desde allí declara su adhesión y su agradecimiento a «esos caballeros que nos han salvado de la ignominia». A su regreso a Buenos Aires participará, junto a Sábato y otros pocos escritores, de un almuerzo servido en los salones de la Casa Rosada, a invitación de Videla.

Luego vendrían sus públicas felicitaciones a Pinochet, la condecoración ofrecida por éste, la aparición de **La moneda de hierro** (1976) y **Cosmogonias** (1976, **Rosa y azul** (1977) y la firme determinación de la Academia Sueca de negarle el Premio Nobel. Y es que en realidad Borges es el menos interesado en recibirlo. Sus inconcebibles declaraciones revelan la política de un hombre al que jamás interesó la política. Tal vez el rechazo que logra cada vez que emite un juicio le permita seguir habitando en ese universo personal que tan laboriosamente se ha creado. Ni siquiera permite el reconocimiento de sus aliados de clase. En ocasión del conflicto de Beagle, que estuvo a punto de desencadenar el enfrentamiento armado entre Argentina y Chile, Borges se pronunció a favor de la población chilena. El diario **La Razón,** de Buenos Aires (órgano periodístico al servicio del gobierno militar), le acusó de traidor a la patria, recordando su pasado marxista y sus **Salmos Rojos.**

Cada día más solo entre sus laberintos, Borges se apresta a cumplir ochenta años y espera con ansiedad la disolución total: «Yo espero morir eternamente, y creo que si me dijeran que tengo que morir esta noche, fuera de las circunstancias físicas de la muerte, que pueden ser dolorosas, creo que no me importaría nada. Pero posiblemente me equivoque, posiblemente me pusiera a temblar y a llorar, porque como nadie se conoce... Yo estaría preocupado pensando en las erratas de una próxima edición, por ejemplo, y en las personas que quiero, como es natural..., y en la Patria también». ■ **R. L. S.**



«Yo espero morir eternamente...» (Borges).

LAS PROVINCIAS

DIARIO GRÁFICO

REDACCION: JOSE PINAZO, NUM. 17. — TELEFONOS 12.807 Y 10.650 | NUMERO SUELTO: **50 CENTIMOS** | PRECIOS DE SUSCRIPCION: VALENCIA: 12 PTAS AL MES — RESTO DE ESPAÑA, 38 PTAS TRIMESTRE

ADMINISTRACION: Mar, 28. — APARTADO CORREOS 129 - TEL. 11.339



(«Las Provincias», de Valencia, 19-III-1949)

EN DEFENSA DE LA REVOLUCION

Por Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA

EL término Revolución está gastado y manido —en español, como en cualquier otro idioma culto— y no tanto por las revoluciones hechas cuanto por lo mucho que se ha hablado de hacerlas. Hoy casi todos los partidos políticos del mundo las proyectan, y son ya demasiados los adolescentes que juegan a revolucionarios. Este abuso del vocablo se acentuó especialmente en Europa al aparecer esos mitos políticos —comunismo, fascismo y nazismo— que postulaban la revolución como procedimiento instaurador y realizador por excelencia. Desde entonces, la revolución se tornó vulgar y cotidiana, bajó a la plazuela y, al andar en boca de todos dispuesta a designar las más dispares cosas, aceleró su desgaste y su desvitalización.

Pero la revolución no sólo está formalmente gastada, como todas las voces de las que se abusa, sino que está esencialmente corrompida, como todos los vocablos que se apartan de su verdadera significación. Efectivamente, en su auténtico sentido, una revolución es, como dice Ortega, una rebelión «no contra los abusos, sino contra los usos». Se trata, pues, de una reacción frente a lo establecido y consuetudinario. Pero cuando las revoluciones, como está aconteciendo en la Unión Soviética, se prolongan durante decenios, entonces se convierten en conservadoras de sus propios usos, en mantenedoras del «statu quo», en tradicionalistas y, por tanto, en contrarrevolucionarias. La longevidad, que es el ideal de cualquier política conservadora, es, en cambio, el más grave peligro de toda política revolucionaria, puesto que, o demuestra su impotencia para concluirse, o la con-

En las Escuelas de Hogar de la Sección Femenina se enseña a la mujer a ser verdadera ama de su casa, buena madre de sus hijos y perfecta compañera de su marido.



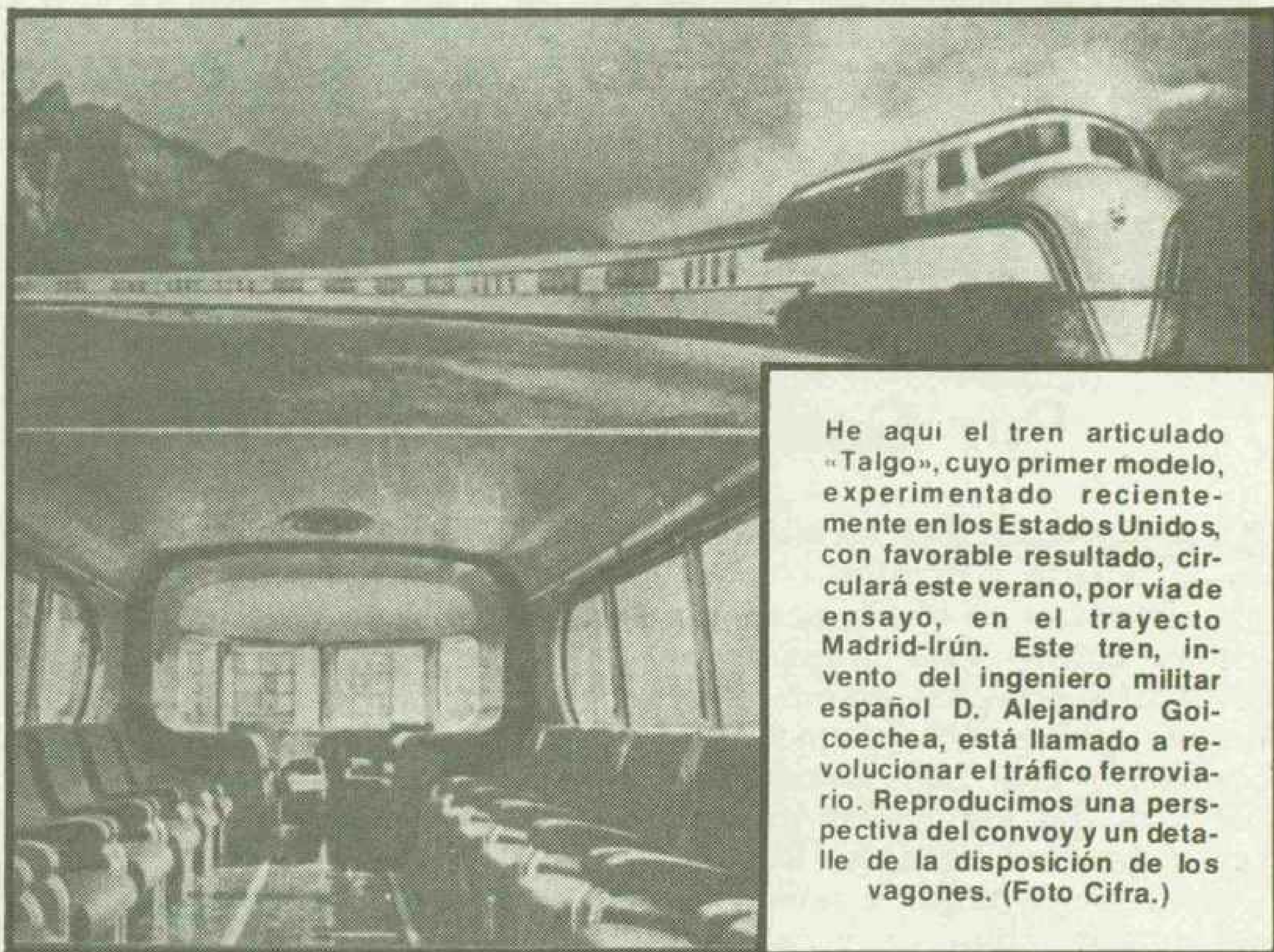
EL PACTO DEL ATLANTICO, por R. Criado
—Me parece que no hay modo de hacerlo bailar sin la cuerda...

(«ABC», 25-III-1949)

duce al absurdo de negarse a sí misma.

Resulta, pues, que una revolución de la que se abusa es una revolución que se desgasta, y una revolución que se perpetúa es una revolución que fracasa o se suicida. Ello acaba de esclarecer suficientemente la situación actual, que es, sin género de duda, realmente extraña. Contra todo precedente histórico, en nuestros días ya no se puede asustar a los burgueses, ni llamar la atención, ni siquiera jugar al «enfant terrible», haciendo revoluciones. Antes al contrario, lo más revolucionario e insólito que hoy cabe es decirse conservador, porque equivale, nada menos, que a rebelarse contra la permanente estabilidad de las revoluciones. De donde se deduce la extravagante, pero indiscutible paradoja de que hoy la mayor y más inesperada revolución es no hacerla.

Desgastada y corrompida, la revolución se ha convertido en algo casi ridículo, que ya no sirve nada más que para hacer fácil demagogia o para experimentar la ingenua y narcisista satisfacción de sentirse innovador y peligroso.



He aquí el tren articulado «Talgo», cuyo primer modelo, experimentado recientemente en los Estados Unidos, con favorable resultado, circulará este verano, por vía de ensayo, en el trayecto Madrid-Irún. Este tren, invento del ingeniero militar español D. Alejandro Goicoechea, está llamado a revolucionar el tráfico ferroviario. Reproducimos una perspectiva del convoy y un detalle de la disposición de los vagones. (Foto Cifra.)

(Agencia «Cifra», 24-III-1949)

Por eso, si se quiere reajustar la revolución y volver a darle su grave, excepcional y drástico significado, habrá que dejarla dormir y convalecer durante unos años para que recupere sus incisivos perfiles. Y así, cuando llegue la hora de echar mano de la revolución, ésta será, por lo menos, algo serio que no hará sonreír al hombre moderno, ya de vuelta de tantas cosas.

(«ABC», 13-III-1949)



MADRID.—Ayer a mediodía se celebró el banquete organizado por la Asociación de la Prensa madrileña en homenaje al corresponsal de ABC en Roma, D. Julián Cortés Cavanillas (×), por la enérgica réplica dada por él y por otros corresponsales españoles a las afirmaciones calumniosas hechas en la capital italiana en el curso de una conferencia de Prensa, por Alvaro de Albornoz. (Foto Sanz Bermejo.)

(«ABC», 25-III-1949)

TERRORISTAS APOSTADOS EN UNA VIA BARCELONESA AMETRALLAN UN COCHE OFICIAL Y MATAN A DOS OCUPANTES

Barcelona. La Jefatura Superior de Policía ha facilitado a la Prensa la siguiente nota:

«A primeras horas de la tarde de hoy, en la calle de Marina, entre Mallorca y Provenza, un coche del Parque Móvil de los Ministerios Civiles en el que viajaban D. Juan Manuel Piñol Ballester, secretario del Frente de Juventudes de este distrito universitario, y D. José Tella Baroy, jefe de deportes de dicha Organización, conducido por el chófer de dicho Parque, Antonio Norte, que se dirigía al campo de deportes del Frente de Juventudes, sito en la barriada de Guinardó, fue objeto de una bárbara agresión perpetrada desde una camioneta que se hallaba apostada en dicho lugar. Los criminales que ocupaban el vehículo dispararon con pistola-ametralladora, ocasionando la muerte de Juan Manuel Piñol y del conductor, Antonio Norte, e hiriendo levemente a José Tella».

(Agencia «Cifra», 2-III-1949)

AGENTE DE POLICIA ASESINADO AL INTENTAR DETENER A DOS ATRACADORES EN BARCELONA

Barcelona.—La Jefatura Superior de Policía ha facilitado la siguiente nota:

«Tras laboriosas gestiones, la Brigada de Servicios Especiales consiguió la identificación de dos atracadores, y sabiendo que el pasado sábado, a las siete y media de la tarde, habían de tomar contacto con otros elementos, en las proximidades de los cines «América» y «Condal», de la Avenida del Marqués del Duero, se dispuso el oportuno servicio.

El agente don Osvaldo Blanco Gregorio, llevado de su arrojo y valentía, se lanzó sobre uno de ellos, encañonándole, pero el otro atracador le disparó un tiro a la cabeza, que produjo su muerte instantáneamente.

Los criminales, valiéndose de la aglomeración de público que se produjo, emprendieron la huida, viéndose la Policía dificultada en el uso de sus armas por el temor de causar víctimas entre las numerosas personas que se encontraban en el lugar del suceso».

SEPELIO DE LA VICTIMA

Esta mañana se ha verificado el sepelio del agente de Policía don Osvaldo Blanco Gregorio, natural de El Ferrol del Caudillo, de veintidós años de edad, muerto en acto de servicio en la noche del sábado cuando la Policía perseguía a una banda de terroristas. Presidió el fúnebre cortejo el gobernador civil, señor Baeza Alegría, en representación del ministro de la Gobernación; el jefe superior de Policía, señor Chinchilla, en represent adión del director general de Seguridad, numerosos compañeros del finado y gran cantidad de público. La comitiva partió de la Comisaría de Policía del distrito de la Universidad sita en la Avenida del Generalísimo, donde se había instalado la capilla ardiente.

(Agencia «Logos», 5-III-1949)



Con gran expectación, ante más de 80.000 espectadores, se celebró el domingo, en el estadio de Chamartín, el XIV partido internacional de fútbol Italia - España, que ganó el equipo extranjero por 3 a 1. En nuestra fotografía, el defensa español Riera intenta cortar el avance de un delantero italiano.

(«ABC», 29-III-1949)

DESCUBRIMIENTO DE UNA BANDA DE TERRORISTAS EN HOSPITALET

● Al efectuar un registro resultó muerto el agente don Antonio Suárez

Barcelona. — A última hora de la tarde se ha facilitado a los informadores, en la Jefatura Superior de Policía, la siguiente nota:

«Cuando verificaba un registro en el vecino pueblo de Hospitalet una patrulla de vigilancia, fue objeto de agresión, resultando muerto el agente del Cuerpo General de Policía don Antonio Juárez Juárez, afecto a la Comisaría de dicha localidad. El servicio, no obstante, dio resultado, practicándose, como consecuencia del mismo, varias detenciones. El viernes se efectuará el entierro del infortunado agente, que partirá de la Comisaría, donde ha sido instalada la capilla ardiente.

DOCUMENTOS COMPROMETEDORES

Durante la noche y madrugada últimas las brigadas especial y policial no han cesado ni un solo momento de realizar pesquisas para proceder a la detención de la banda de terroristas y atracadores que en estos últimos días ha operado en Barcelona. Se sabe que se han efectuado numerosos registros en Hospitalet y que se ha procedido a la detención de seis individuos, dos de los cuales se cree que son miembros activos de la banda y los otros cuatro, enlaces.

Se tienen noticias también de que han sido hallados multitud de documentos, que permitirán que la labor policíaca se lleve a cabo con rapidez, a los efectos deseados de la detención de cuantos forman esta banda de terroristas.

Entre los detenidos en Hospitalet



VALENCIA.—El entierro del secretario político del Frente de Juventudes, don Juan Manuel Piñol Ballester, asesinado en Barcelona por unos pistoleros, ha constituido una manifestación popular de pésame y protesta. Una gran muchedumbre presenció el paso del cortejo, presidido por la familia del finado y las autoridades locales. (Foto Cabrelles Sigüenza).

(«ABC», 8-III-1949.)

figura asimismo el vigilante municipal de la calle del General Sanjurjo, por haberse demostrado que, después del tiroteo en que resultó muerto el agente don Antonio Juárez, facilitó la fuga del otro atracador herido. Este, al huir, fue auxiliado por dicho vigilante, quien le indicó que podría dirigirse a un horno de ladrillos cercano, donde encontraría ropas, pues, como es sabido, iba en paños menores. El vigilante municipal ha declarado que el herido se le presentó diciéndole que era agente de la República, que tenía muchos amigos y que el vigilante lo pasaría mal si no le auxiliaba y no se abstenía de denunciarle. El vigilante, atemorizado, así lo hizo, pero por la mañana, a primera hora, dio cuenta a la Policía de lo ocurrido.

Por su parte, la Policía de San Gervasio, después de realizar algunos registros, se presentó en la calle de la Torre, número 4, domicilio de un destacado elemento de la C.N.T., Miguel Barba Moncayo, que actualmente se hallaba en libertad provisional y a disposición de un Juzgado militar. Al presentarse la Policía, el Barba encañonó a los agentes con una pistola, pero éstos dispararon con más rapidez, hiriéndole gravemente. Fue trasladado el Hospital Clínico, donde falleció a poco de ingresar. En su domicilio fueron encontrados algunos documentos comprometedores, que permitirán aclarar muchos de los hechos ocurridos últimamente en Barcelona. El atracador que resultó gravemente herido en el tiroteo de Hospitalet, José López, seguramente será trasladado hoy desde el hospital de la Cruz Roja, de Collblanch, al Hospital Clínico. Parece ser que ha experimentado una ligera mejoría dentro de su gravedad.

(Agencia «Cifra», 10-III-1949.)

CRONICA DE TRIBUNALES

AYER SE HIZO PUBLICA LA SENTENCIA DICTADA CONTRA LOS MIEMBROS DEL CONSORCIO DE LA PANADERIA

- **Han sido condenados: a seis años de prisión, Blanco Folgueira; a diez, Quintero, González Catalina y Carrera Fernández; a cinco, Blanco Otero y Pérez Pillado; a tres, Cano Recio y Prada, y a dos, Niembro Ayuso**

LA SENTENCIA CONSTA DE CINCO RESULTANDOS Y CATORCE CONSIDERANDOS

A primera hora de la tarde de ayer se hizo pública la sentencia dictada por la Sala Primera de lo Criminal de la Audiencia, en la causa seguida contra los miembros del Consorcio de la Panadería, de Madrid, y dos fabricantes de pan.

Componen dicha Sala don Ricardo Alvarez Martín, presidente, y los magistrados don Antonio Ochoa Olaga y don Germán López Bonilla.

La sentencia, de la que fue ponente el propio presidente, señor Alvarez Martín, consta de cinco resultandos y 14 considerandos. El Tribunal establece en los considerandos que los hechos no constituyen un delito de acaparamiento, si bien hubo desobediencia a las órdenes emanadas de los organismos rectores de abastos e irregularidades que pueden ser constitutivas de un delito de falsedad en documento público.

Por otra parte, se fija la agravante para todos los procesados, excepto para Pérez Pillado, de ostentar cargo público.

El texto del fallo dice así:

«Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado José

María Blanco Folgleira, como autor responsable de un delito contra el régimen legal de abastecimientos, con una circunstancia de agravación, a la pena de seis años de prisión menor; a los procesados Luis Quintero López, Luis González Catalina y Vicente Carrera Fernández, como autores de dos delitos contra el régimen legal de abastecimientos, con la concurrencia también de una circunstancia de agravación, a las penas a cada uno de ellos de seis años de prisión menor por uno de los delitos, y a la de cuatro años, también de igual prisión menor, por el segundo; se condena a Justo Cano Recio, como cómplice de dos delitos, ya expresados, y con igual circunstancia de agravación, a la pena de dos años de igual prisión menor por uno de ellos, y a la de un año de igual prisión menor por el segundo de dichos delitos; se impone igualmente a José Pedro Niembro Ayuso, como responsable en concepto de cómplice en uno, y en el de encubridor en el segundo delito, con la circunstancia de agravación en ambos, la pena de dos años de prisión menor por un delito, y la de dos meses de arresto mayor por otro, del que era encubridor; se condena de igual forma a Manuel Blanco Otero, como autor de un solo delito contra el régimen legal de abastecimientos, con una circunstancia de agravación, a la pena de cinco años de prisión menor; se condena a José Pérez Pillado, como autor de dos delitos ya expresados, y sin circunstancias modificativas, a las penas de tres años de prisión menor y a la de dos años de igual prisión menor por el segundo delito; y, por último, se impone a Marcelino de Prada y Prada, como responsable de un delito de abastecimiento, sin circunstancias, la pena de tres años de prisión menor.



Con las accesorias para todos de suspensión de todo cargo, profesión y oficio y derecho de sufragio durante la condena, y al pago de las costas procesales por iguales partes, a excepción de las que se declaran de oficio.

Se absuelve libremente a Marcelino Prada Prada del delito de acaparamiento que le imputaba el ministerio fiscal, declarándose de oficio una novena parte de costas, hasta la sentencia.

Para el cumplimiento de las penas se les abonan a todos los procesados el tiempo de prisión provisional sufrida por esta causa, en cuya situación de privación de libertad continúan actualmente.

Y, por último, reclámese del Juzgado instructor de esta causa las piezas de responsabilidad de los procesados, que todavía no ha remitido, para acordar, una vez que se reciban, lo que proceda en cuanto a ellos.

Así, por nuestra sentencia, lo pronunciamos, mandamos y firmamos. Ricardo Alvarez, Antonio Ochoa Olaya, Germán L. Bonilla».

Existía anoche la impresión en el Palacio de Justicia de que la sentencia será recurrida ante el Tribunal Supremo.

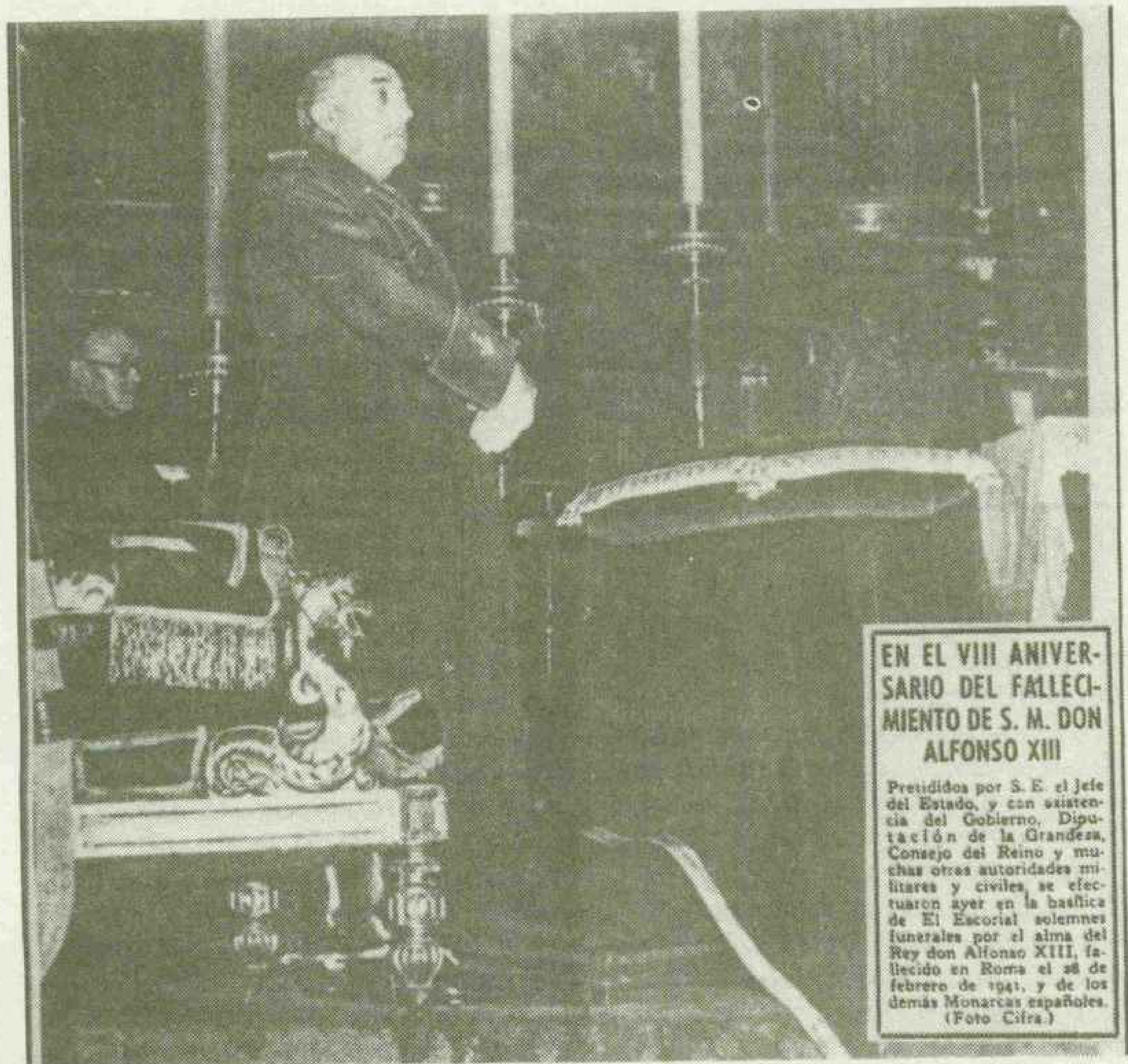
(«ABC», 3-III-1949.)

LA FELICIDAD DE LAS NACIONES sólo medra bajo la protección de Dios y el cuidado del Príncipe

La Cruzada de liberación ha ensamblado la España de los siglos áureos con nuestro tiempo y nuestra oportunidad

Radio Nacional difundió anoche un editorial, exaltando a memoria de los grandes Reyes de la Historia Patria

HOY se han celebrado en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial solemnes funerales en sufragio de los grandes Monarcas de nuestra historia, fervoroso tributo rendido por España a los Príncipes de todo tiempo que laboraron por su grandeza y ensancharon para nuestra andadura de siglos los caminos del orbe. En la efemérides del 28 de febrero se entrega nuestra Patria a este depurado ejercicio de orar por los Reyes —en el aniversario del último de los que cayeron—, cumpliendo un deber de fidelidad hacia los que pilotaron la nave de la nación por los confines vastísimos de la fe y de la gloria. Ningún marco más adecuado y justo. Allí, en el Monasterio de El Escorial, el tiempo presente pide remanso de evocación a las piedras y los mármoles. En aquel quicio de eternidad levantado por la fe de un Monarca,



EN EL VIII ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE S. M. DON ALFONSO XIII

Presididos por S. E. el Jefe del Estado, y con asistencia del Gobierno, Diputación de la Grandeza, Consejo del Reino y muchas otras autoridades militares y civiles, se efectuaron ayer en la basílica de El Escorial solemnes funerales por el alma del Rey don Alfonso XIII, fallecido en Roma el 28 de febrero de 1941, y de los demás Monarcas españoles. (Foto Cifra.)

(Agencia «Cifra», 28-II-1949)

Quince años de historia de España

Conmemoración de una fecha gloriosa

La fusión de Falange con las J.O.N.S.

(Agencia «Cifra», 4-III-1949)

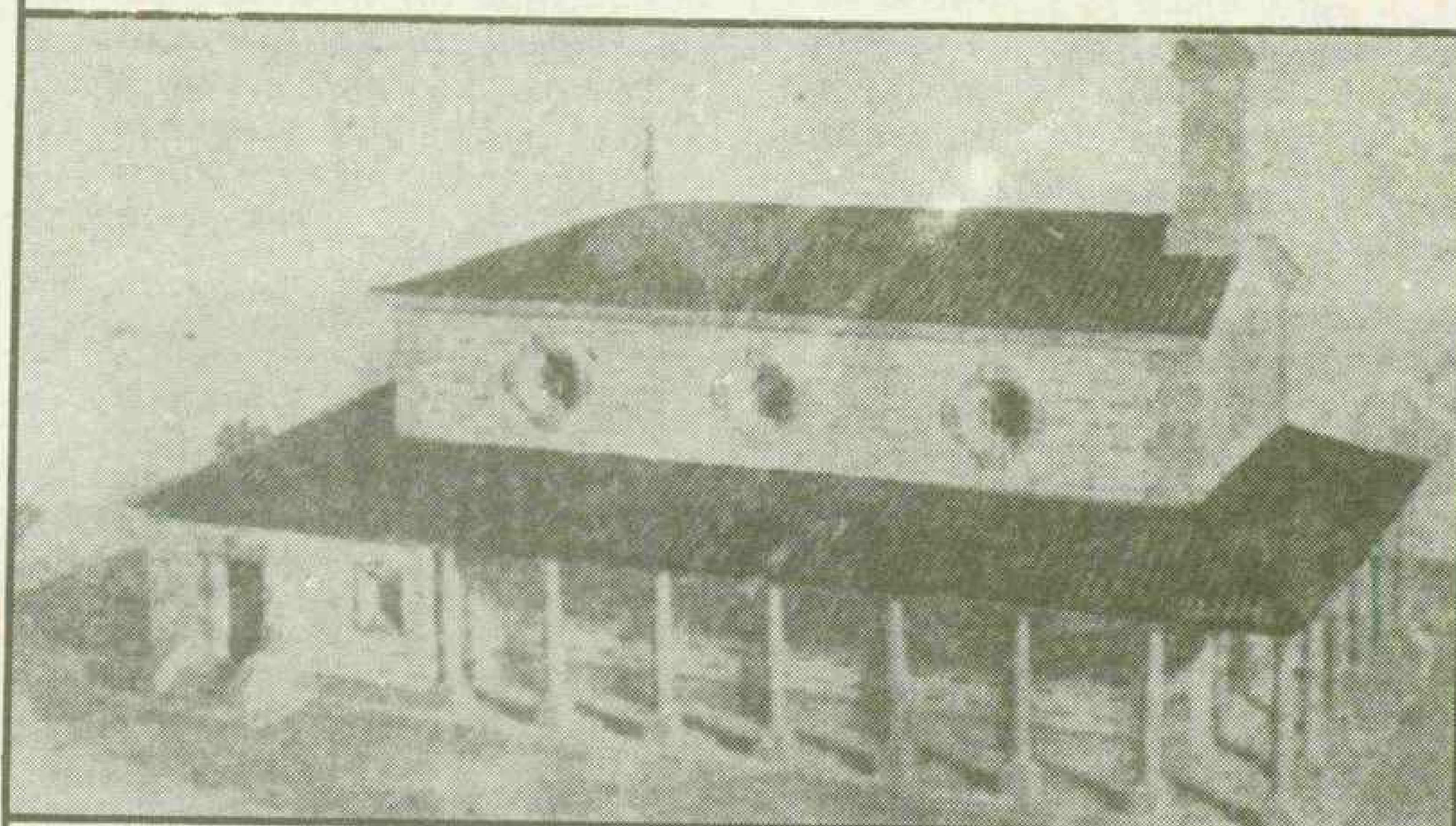
toda nuestra fortuna y ocasión de hoy, se nivela en rasantes de epopeya. Allí vuelve España a palparse como en los siglos en que su dimensión física no era menor que su contextura espiritual. Allí se recrece el impulso de nuestra hora, ennoblecido por la lección de los Monarcas que hicieron posible y cierta la magnitud de lo hispánico. Estamos seguros que, sobre sus panteones, el bronce impasible de dos estatuas orantes—las de Carlos y Felipe—se habrá estremecido ante la presencia, otra vez viva y en flor, de la auténtica España. Recuperada ésta por la espada de un Caudillo providencial, apretadas sus filas en la incansable marcha hacia adelante, congregadas bajo banderas que un mismo viento agita, esta España nuestra, de la dura vigilia y la fértil victoria, habrá merecido hoy de las sombras reales una paternal mirada de reconocimiento.

Es el paradigma exacto del hijo que retorna con el corazón ya limpio a la casa de sus padres. Si el 14 de abril de 1931 el viejo tronco de la Monarquía secular cayó derribado por el ciclón de pasiones brutales y anticristianos designios, otra vez nuestra Patria amorosamente suscita el recuerdo de aquellas excelsas figuras que esparcieron por el mundo la más santa esencia de nuestro espíritu.

No cabe, de ningún modo, ignorar cuánto debe España a los Príncipes que sostuvieron cetro y administraron gloria en los siglos pasados. La institución monárquica se forjó poco a poco en los años oscuros de la dominación visigoda para aclararse repentinamente con el raudal de luz de la conversión de Recaredo, y enraizarse firmemente en el solar de la Patria al compás de las cabalgaduras de hierro de los Reyes Caudillos de la Reconquista, que en el alto medievo clavaron, para un futuro de eternidad, los cimientos de fe y de sangre del ser de España, enterrando la semilla que, a través de mil heroísmos y batallas, florecería, ya para siempre inmarchitable, en el trono florido del tercer Fernando en cuya ungida majestad alcanza la realeza su título más alto: el de la santidad; divina ejecutoria que nimba el supremo ejercicio de amor y de poderío de los Reyes. Con San Fernando la Monarquía hispana perfila ya claramente su vuelo espiritual y su misión política: vincular a los españoles en una empresa genuina de catolicismo militante, de vanguardia esforzada y generosa de la cristiandad. Y si las armas preservan a los pueblos de tormentas y peligros y acrecientan su patrimonio, las letras justifican y defienden el derecho de los reinos. Y así la hermandad, tan española, de armas y letras, es fundada en ejemplo vivo y universal de sabiduría por el Rey Sabio. De tal manera se prepara la Monarquía para su glorioso momento cenital que nos llega, como un señalado e inolvidable mandato de Dios, con el maravilloso mensaje de la unidad definitiva y sagrada entre todas las tierras de la Patria. Isabel y Fernando dan perdurable substancia nacional al

UNA DEUDA PAGADA

La ermita del Generalísimo, expresión del agradecimiento salmantino hacia el CAUDILLO



Maqueta de la ermita del Caudillo. (Foto D. Marcos.)

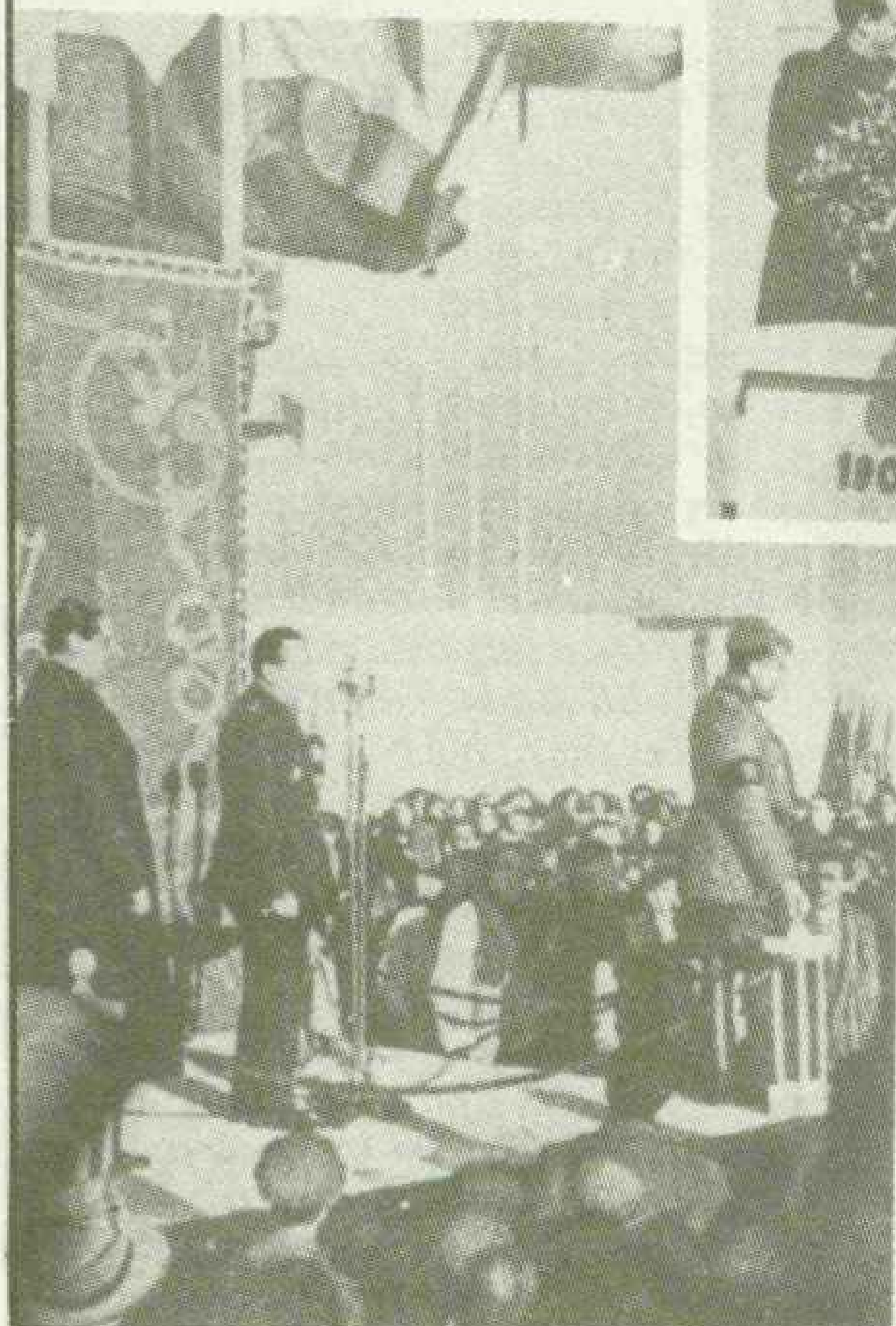
«El Adelanto», de Salamanca, 17-III-1949)



VALLADOLID. Desfile falangista, en el día de ayer, por las calles de Valladolid, en los actos conmemorativos del XV aniversario de la fusion de Falange con las J. O. N. S., hecho que se produjo el 4 de marzo de 1934. (Foto Cifra.)



LABAJOS (Segovia). El ministro de Trabajo, Sr. Girón, deposita una corona de flores en la tumba de Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla, muerto heroicamente en este pueblo. (Foto Cifra.)



LABAJOS (Segovia).—El ministro de Justicia y secretario general del Movimiento, Sr. Fernández-Cuesta, pronunciando su discurso con motivo de la inauguración del monumento a Onésimo Redondo. (Foto Cifra.)

(Agencia «Cifra», 4-III-1949)

reino de castillos y leones y transforman la Monarquía, brazo derecho de Dios, en una empresa popular de justicia que se asoma, plena de contenido, de ejemplo y de ambición, a todos los asombrados meridianos del globo, como un hermoso blasón de la ancha cristiandad. La siembra de los Reyes Católicos fructifica pronto en el sazonado y áureo imperio del César Carlos, que hace español el mundo y presenta batalla a la herejía con las armas, el derecho y la fe de un pueblo, defendiendo ante todo y aunque se pierda todo, la condición divina e inolvidable del alma. Esta trascendental misión es encauzada por Felipe II en una vía auténticamente española, que eleva el Gobierno de la Monarquía católica a su punto más empinado y ejemplar. España ya está hecha y el troquel de nuestra raza impone en el mundo, para una fecha de siglos, su genio, su espíritu y su destino.

Fue así, la inmarcesible solvencia espiritual de la Monarquía, su acento de perennidad sobre el pavés de las cosas terrenas, su permanencia sobre lo efímero, su continuidad sobre lo accidental, lo que compuso el mejor instrumento para que España realizase soberbiamente todos sus fines históricos sin olvidar ninguno. Porque nuestra Monarquía no fue nunca, además, una vaga fórmula, maniobrada arteramente desde el campo de los egoísmos personales, a ejemplo de lo que proclamó Enrique VIII, en su Inglaterra descatolizada, como si los Reyes antes que servir a Dios y a su pueblo, pudieran negar a Aquel de quien el poder dimana y defraudar a los súbditos, sólo por rendir pleitesía a los más bajos instintos. Cuando la inmortal elocuencia de Francisco Suárez compuso su libro en «Defensa de la fe católica contra los errores de la secta anglicana» y deshizo por el vigor de su doctrina los nefastos errores del Rey Jacobo de Inglaterra, abanderado de la apostasía, ya estaba cumplida y en su punto de estructura metafísica de nuestro reino, diferente en matiz y en conjunto a todos los demás, y —por ello mismo— capaz de ser útil para la definición de España.

La fe católica, que acompaña a la Monarquía desde la encrucijada misma de la abjuración del arrianismo, estableció de este modo un equilibrio sorprendente y estable entre los fines terrenos de gobierno y los más altos de la política del espíritu. Y, contenida en los cauces de su dimensión espiritual, consiguió la Realeza para su pueblo, lo que hoy se afanan inútilmente en al-

canzar desorientados maestrillos de todo el mundo, ignorantes de que la felicidad de las naciones sólo medra bajo la protección de Dios y el cuidado paternal del Príncipe.

Cuando el padre Mariana podía decir, refiriéndose a la historia circundante que dentro de España florecía el consejo y, fuera, las armas, estaba dando fe de nuestros destinos y sopesando el cetro de los Reyes. Floreció el consejo en los fastos inigualables de las letras, en la sabiduría de nuestras legislaciones de Indias, en el talante moral de la España engrandecida, en el retablo católico del Concilio de Trento. Florecieron las armas en el singular y heroico escrutinio de sangre que selló para siempre la unidad nacional, en la siembra portentosa del Nuevo Mundo, en la campeadora supremacía sobre el suelo europeo, en las batallas por la Cruz de Cristo, en el victorioso flamear de nuestras banderas peregrinas. Todo esto —hilvanado por la idea imperial de un mundo católico— es lo que la Monarquía representó para España. Nuestras grandezas se deducen de algún gesto real sobre el arnés del caballo o sobre el trono de la justicia. Ninguna gloria hubiera Dios concedido a España sino a través del cetro de sus Reyes.

Pero los vientos desintegradores del liberalismo hicieron tambalearse la nave augusta de la Monarquía. Se atribuye a aquel divertido pedante que fue Montesquieu la más retorcida logomaquia contra la idea tradicional y nuestra de la potestad real. Aquel solemne bizantinismo de la división de poderes, insuflado como un globo por los pulmones de la diosa Razón, se enredó bien pronto como la cizaña, en los miembros hasta entonces robustos, de la Monarquía española. Ocurrió así que la real y verdadera libertad, la que, sin apretar las del cuerpo redime de las mordazas del alma, empezó a ser corroída en nombre de otra libertad ilusoria, ruin bandera de las más bajas servidumbres que, destronando a los Reyes de su ejercicio histórico y de su moderada y paternal capitanía, puso a éste en manos de ambiciosas facciones, desentendidas del destino de la Patria y subyugó aquél a los caprichos de unos cuantos detentadores sin título. Perdió así la Monarquía su augusto valor tradicional de rectora de las esencias nacionales para convertirse en instrumento de frívolas veleidades ideológicas, degenerando su auténtica naturaleza estable en un mero orden sucesorio —frágil hilo amenazado por las crisis de la historia—, y presa fácil para las asechanzas de los enemigos de dentro y de fuera. La patética

Ante el deseo soviético de dominar el mundo hace falta el Pacto del Atlántico

No es posible olvidar la posición de España en el mapa

(Agencia «Efe», 24-III-1949)

TEATRO GRAN VIA
COMPAÑIA TITULAR DEL TEATRO ESPAÑOL
GRAN EXITO DE
Desde los tiempos de Adán
UNA COMEDIA DIVERTIDA E INTELIGENTE
DE
J. B. PRIESTLEY
VERSION ESPAÑOLA DE
CONCHITA MONTES
CON
CONCHITA MONTES - GUILLERMO MARIN
MARIA JESUS VALDES - ADRIANO DOMINGUEZ
PILAR SALA - ALBERTO BOVE

profecía de Donoso Cortés cuando anunció con trémolos de angustia que el mundo caminaba de ese modo hacia la constitución de un asolador y gigantesco despotismo, había de cumplirse en toda su extensión y en la aciaga primavera de 1931 y con caracteres aún más terribles en el frenético período a que otra primavera, la de 1939, puso fin.

La lección de esos ocho años nos da fuerza hoy para proclamar a los cuatro vientos que la Cruzada de Liberación ha ensamblado la España de los siglos grandes con nuestro tiempo y nuestra oportunidad. Superado el liberalismo, con su atomización de los impulsos nacionales y toda su cohorte de traiciones, debilidades y cobardías, el Estado de Franco ha concebido ya en su entraña alegre y juvenil un lozano concepto de la Realeza que nos pone en condiciones de restañar la herida del cercano pasado, e incluso, de volver a los esplendores del mejor tiempo de España.

Nuestra Patria, constituida en Reino, tiene junto a sí el invencible respaldar de la Provindencia divina y una estructura esencial, que previniendo errores pasados, asegurará a la nación la digna continuidad sucesoria en el mando y el disfrute pleno de nuevos horizontes de grandeza. «La perspectiva anchurosa ante la que hoy se detiene la mirada de nuestro pueblo sólo admite una condición», y nada más que una, pero primordial, como lo es siempre todo lo que descansa sobre el sacrificio y la unánime voluntad de los españoles. Para penetrar en los paisajes de esta historia recobrada, tan sólo ha valido la lección de una sangre heroicamente vertida y el nervio puro de la juventud española, con su propio gesto político y su exigente tesón, bien demostrado a lo largo de diez años decisivos. No en balde esta juventud custodia con su fe y con su reiterado sacrificio esta década de plenitud nacional —de comparable categoría histórica a la del más dorado momento de la Monarquía—, que ha forjado la mente y el corazón de Franco; diez años de empecinada defensa de España y de su paz, en los que nuestro pueblo ha vuelto a afirmar sus valores patrióticos y morales ante el mundo; diez años de afanoso y fecundo trabajo en el horizonte de la reconstrucción de la economía y de la cultura para devolver a la nación su entrañable y perdida fisonomía; diez años de arriscada soledad frente al implacable odio del comunismo, apocalíptica amenaza de esta hora de la civilización, que acecha este último reducto de la libertad y la dignidad de Europa. Diez años que, repetimos, han hecho posible, con su generosa e impar recreación de la Patria, que los españoles puedan volver a plantearse la fórmula definitiva del Estado. Por eso el argumento más valioso a favor de la Monarquía es el constituido por la intransferible razón política del Movimiento Nacional, que ha elegido tal forma de gobierno, no sólo porque está en la línea de nuestra grandeza histórica, sino también porque en su contextura pueden desarrollarse, mejor que en ninguna otra, los fines políticos de la Cruzada de Liberación y alcanzar nuestra Patria, en su total plenitud y con irrecusables garantías, los objetivos que Francisco Franco le señaló un 18 de julio, fecha capital e insoslayable de nuestra Historia contemporánea.

La conmemoración de hoy está, pues, centrada sobre la experiencia viva y el afán vigoroso de los españoles, tanto como sobre la savia del viejo tronco hispánico. En la encrucijada de estas dos soberanías —joven la una y añeja la otra— es donde hay que buscar el contenido y la emoción de esta fecha. En memoria de los Reyes de España, hoy han sonado con su acento más grave las campanas de El Escorial. Otra vez la piedra se ha vuelto liturgia para elevarse a Dios, y otra vez nuestro pueblo, como en sus horas de ensimismamiento y plenitud, ha llorado sobre los panteones reales, que dan peso al corazón de España, rezando la plegaria sencilla de su buen amor. Mediten los españoles sobre el alcance de este reencuentro en que se vivifica nuestra Patria, y vean cómo bajo la efigie hoy enlutada de El Escorial se abren gloriosos a la luz del día los pórticos de nuestra grandeza.

(Editorial de Radio Nacional de España, difundido el 28-II-1949).

«HAY QUE HACER UN MADRID GRANDE Y AGRADABLE»

PALABRAS DEL CAUDILLO AL AYUNTAMIENTO



(«ABC», 5-III-1949.)

SANTA MISION EN EL BARRIO DE SALAMANCA

SE CELEBRARA EN LA CONCEPCION, CRISTO DE LA SALUD Y CARMELITAS

Más de 60.000 personas —toda la feligresía de la parroquia de la Concepción— son llamadas estos días a una santa misión extraordinaria, que comenzará a celebrarse mañana miércoles y durará hasta el 10 de abril. El domingo, un automóvil provisto de altavoces, recorrió el barrio de Salamanca anunciando la misión.

Los actos se verificarán simultáneamente en el templo parroquial de la calle de Goya, en sus salones y dependencias y en las iglesias del Santísimo Cristo de la Salud (Ayala, 12) y Carmelitas Maravillas (General Mola, 23). El primer acto de la misión será la llegada de los misioneros, a las cinco de la tarde de mañana, 30, a la iglesia del Cristo de la Salud, desde donde se trasladarán procesionalmente a la parroquia, acompañados de todos los fieles, asociaciones religiosas con banderas y estandartes y colegios de la feligresía.

Todas las tardes, a las ocho, se celebrará el acto principal de la misión. Por la mañana, a las seis y media, Rosario de la Aurora; a las siete, santa misa y predicación del misionero. Uno de los días habrá hora santa sacerdotal y otro un Vía Crucis público.

La misión de los niños terminará el domingo, 3 de abril, con una misa de comunión general en los jardines del Colegio de Loreto (General Mola, 42); las muchachas de servir tendrán un acto especial todas las tardes, a las cuatro y media, a partir del día 31. También habrá actos especiales para jóvenes en general, estudiantes, etc. Durante la misión se celebrarán distintas comuniones generales, para descongestionar la última, el domingo, 10, especialmente de hombres.

Dos misioneros jesuitas actuarán en la parroquia y otros dos en la iglesia del Cristo de la Salud, dirigidos por el P. Eduardo Rodríguez, santo y virtuoso sacerdote que recorre constantemente España dirigiendo misiones.

La parroquia de la Concepción invita a los fieles del barrio de Salamanca y a todos los madrileños a participar en estos actos.

(«ABC», 29-III-1949.)

Se estrenó ayer en el Palacio de la Música la película "La mies es mucha", que exalta la significación y el heroísmo de las Misiones

El guión de esta película —obra de dos escritores jóvenes, Vicente Escrivá y José R. Boeta—, mereció, y ahora comprobamos que muy justamente, el primer premio en el Concurso Nacional del Consejo Superior de Misiones. A lo largo de sus escenas patéticas o de buen humor, se subraya la sencilla epopeya anónima de un misionero castellano perdido en un rincón agreste de la India y empeñado en la empresa de convertir, por la caridad, la predicación y la cura de enfermos, a los hindúes. Luchando, cada día, con dificultades muy varias y venciéndolas con ingenio y tenacidad, la misión española, laureada ya por una línea sucesoria, continua, consigue atraer a la luz de los Evangelios a una turba mísera y supersticiosa. Aparte del interés dramático evidente que sus peripecias imprimen a toda la película, «La mies es mucha» nos revela un mundo oscuro y pagano por donde penetra un



Sarita Montiel, Fernando Fernán Gómez y Enrique Guitart.

modo alegre y optimista de misionar. Es la primera película española que, en este aspecto, tiene un sentido religioso universal (católico), cuya trama de humor, de emoción y de fuerza, sirve, tanto como la concisa elocuencia de las palabras, para transmitir al espectador valores eternos.

José Luis Sáenz de Heredia, que la ha dirigido con pericia artística y ágil movilidad, da en ella una nueva prueba de su talento y experiencia. Ambientes, tipos, cámara e interpretación merecieron anoche elogios y aplausos. Entre los intérpretes, se distinguió en primer término, Fernando Fernán Gómez, en el papel de misionero castellano, P. Santiago. Enrique Guitart, Rafael Romero-Marchent —actor muy notable—, Sara Montiel, Alberto Romea y Antonio Almorós, sobresalieron en el conjunto congregado y dirigido por Sáenz de Heredia. El público aplaudió reiteradamente al final, y rió a carcajadas en diversas ocasiones durante la proyección.—**R.**

(«ABC», 29-III-1949.)

EL CAUDILLO ENTREGA LOS PREMIOS DE NATALIDAD

● Se ha concedido el nacional a un matrimonio que tuvo 19 hijos

Igual que en años anteriores, en la festividad de San José, se efectuó ayer en el Palacio de El Pardo, la entrega por el Jefe del Estado, de los premios nacionales de natalidad y los provinciales, correspondientes a Madrid.

Este año los beneficiarios han sido: premio nacional «hijos habidos», matrimonio de don Robustiano González Fernández y doña Letaria Gómez García, vecinos de Tapia de Casariegos (Oviedo), que han tenido 19 hijos, de los cuales viven actualmente 16, 14 de ellos en el hogar paterno; en el año 1947, este matrimonio obtuvo también el premio nacional de «hijos vivos».

Premio nacional «hijos vivos»: matrimonio de don Domingo Camacho Barrios y doña Concepción Trujillo Jorge, vecinos de Santa Cruz de Tenerife, que han tenido y tienen en la actualidad 16 hijos.

Premio provincial Madrid «hijos habidos»: Matrimonio de don Melchor Díaz Jiménez y doña Rufina Estévez Velasco, que han tenido 16 hijos y premio provincial «hijos vivos», matrimonio de don José Martínez Martínez y doña Francisca Millán Borga, que tienen 13 hijos.

Al acto asistieron, además del jefe de la Casa Civil y ayudante del Caudillo, el presidente del Instituto Nacional de Previsión, marqués de Guad-el-Jelu; vicepresidente, señor Baylos; subsecretario, señor, Rivero; director de la Caja Nacional de Subsidios Familiares, señor Fuentes, y el jefe del Departamento Central, señor Gómez Mesa.

El marqués de Guad-el-Jelu hizo la presentación de los beneficiarios, con los cuales el Caudillo conversó cordialmente, interesándose por sus medios de vida y felicitándoles por el número de hijos dados a la Patria.

EN PROVINCIAS

En las Delegaciones Provinciales del Trabajo y otros organismos oficiales de toda España se han celebrado diversos actos para entrega de los premios de natalidad. En León, el Instituto Nacional de Colonización donó una finca al vecino de Naredo, Rutilio Valbuena, padre de 16 hijos.

(«ABC», 20-III-1949.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN.

La homosexualidad como problema socio-político en el cine español del postfranquismo

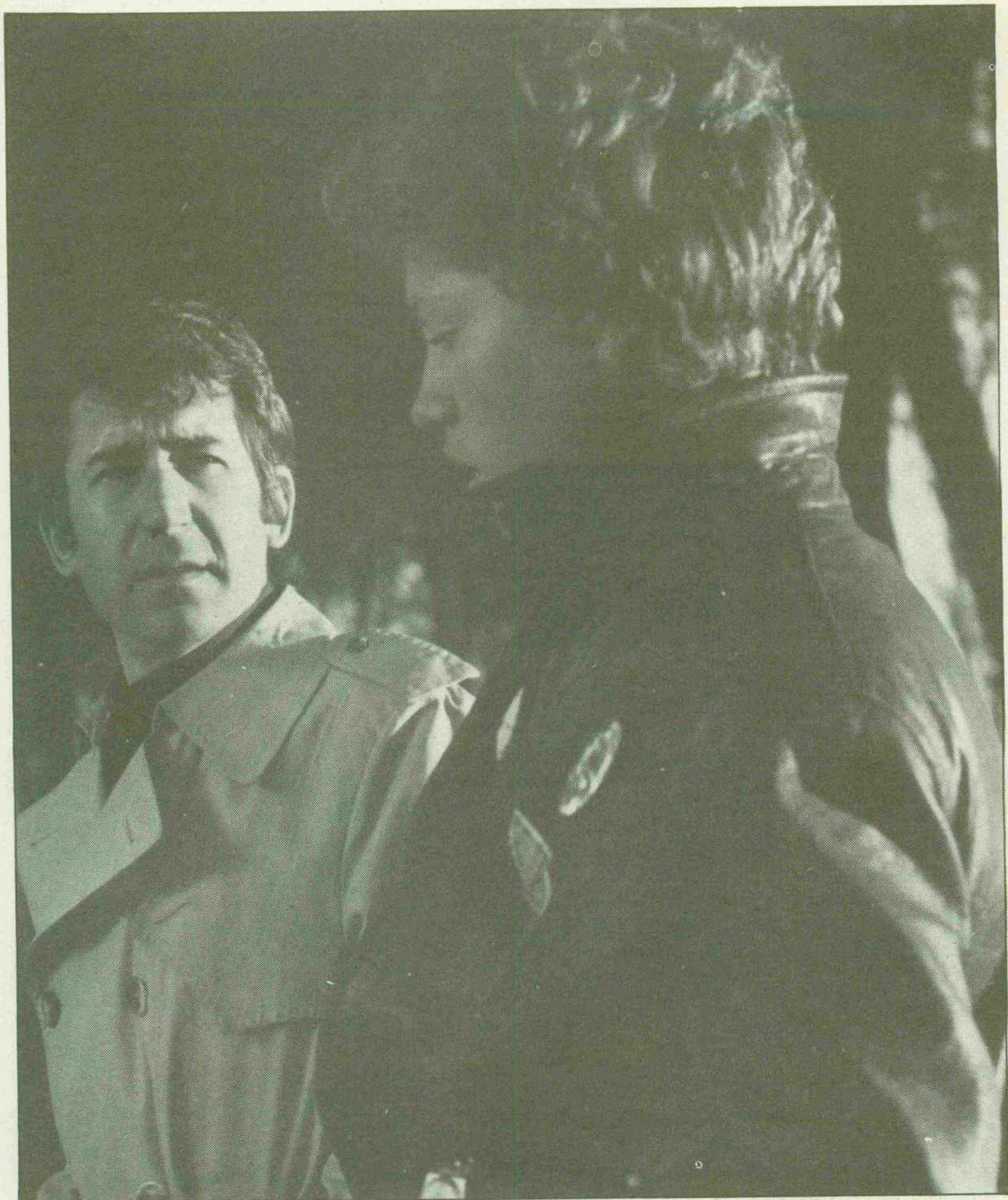
(o como aprendí a dejar atrás toda esperanza al penetrar en un cine)

Eduardo Haro Ibars

...y es que la vida es dura, y la esperanza fútil, y todo aquello que con dificultad se consigue —la libertad de expresión, por ejemplo—, y que era hermoso como sueño, se convierte en fuente de nuevas insatisfacciones, de nuevos dolores y también, cómo no, de nuevas exigencias. Nada sino el desesperanzado Eclesiastés o las pesimistas enseñanzas del Buda podrán explicar mis sentimientos al ver las películas que, como arañitas de techumbre, tejen y pergeñan algunas de las «grandes esperanzas» del franquismo, aquellos que creíamos sujetos solamente por una censura dictatorial, y de quienes lo esperábamos todo a la muerte del tirano garbancero.

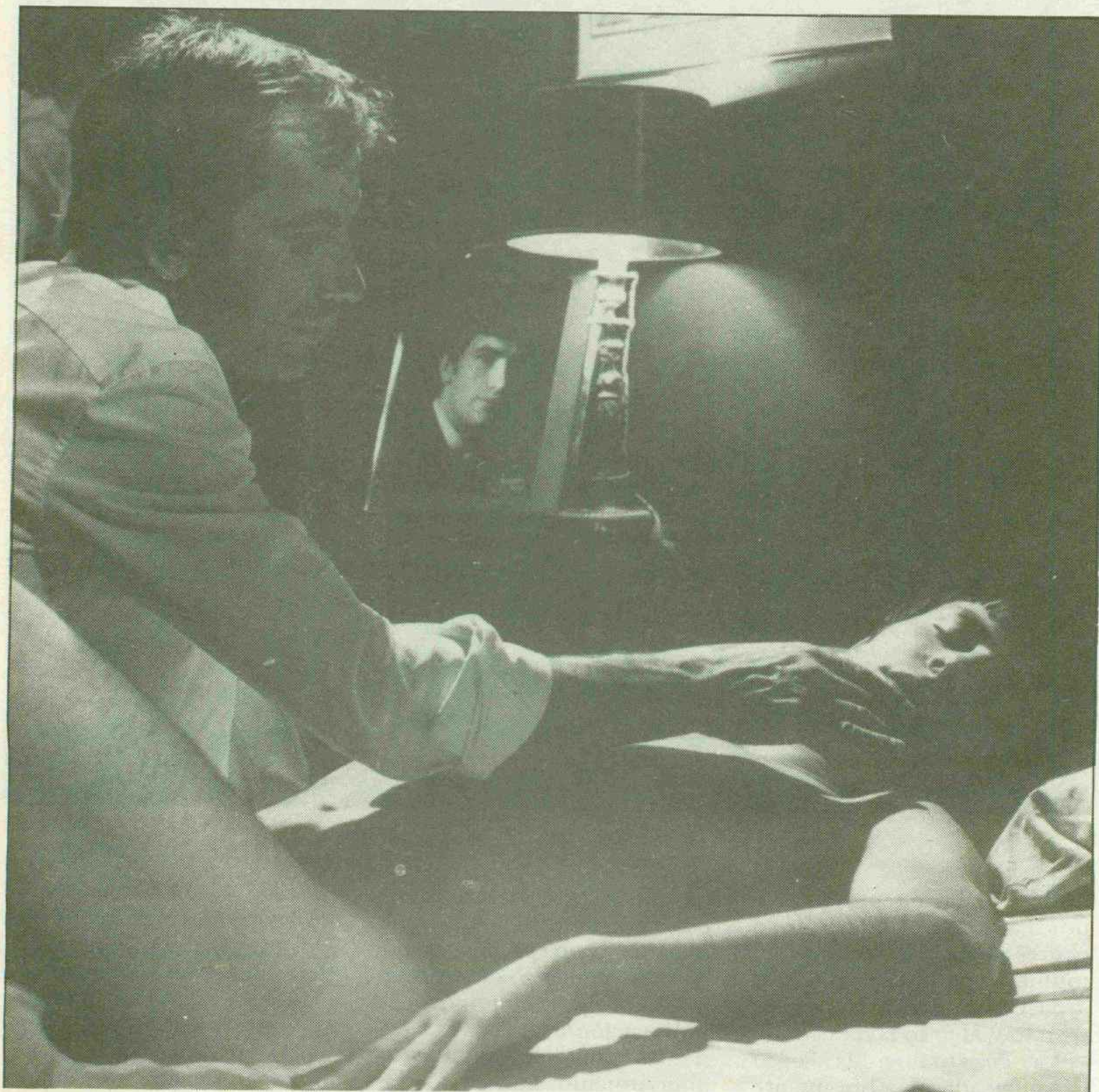
Para ilustrar mi estado de tristeza y de hastío, que me hace —en tardes lúgubres— ver las puertas de los cines como bocas del Infierno frío del aburrimiento absoluto, me voy a limitar a la obra más reciente de dos vascos que tienen, ambos, un punto en común: el haber intentado tratar el problema de la homosexualidad con una gran dosis de honestidad y dentro de un marco socio-político determinado, y que ellos deben considerar realista. Se trata, claro está, de Eloy de la Iglesia y de Pedro Olea. Que conste, ante todo, que no dudo de la pureza de sus intenciones, y no les acuso de oportunismo ni de juego con el escándalo. Sólo de hacerlo mal, de haberme defraudado, de ser en cierto modo —claro, que no son sólo ellos— los culpables de mi actual desencanto. Y descarto deliberadamente del catálogo de horrores que voy a trazar el «Dios desconocido» de Chávarri, película pedante y poetizante, pero digna, y que además responde a otros planteamientos iniciales. Sólo voy a hablar de tres películas, por orden de antigüedad, que no de antigualla: «Los placeres ocultos», «Un hombre llamado Flor de Otoño» y —la última, y tal vez la peor— «El diputado».

La primera, parida con dolor de censuras fantasmagóricas pero eficaces —dificultades administrativas, que dicen ellos—, y mutilada hasta en el título, pertenece a la tristemente extensa filmografía de Eloy de la Iglesia. Este caballero tiene una apreciable ventaja: toca temas muy interesantes, elige historias que podrían ser muy interesantes y, como el niño de la fábula con su arbolito, más tarde las destroza. De la Iglesia es, o era, o se decía, marxista. Yo confieso que fui al estreno de «Los placeres...» esperando ver una película que tocase el tema de la homosexualidad desde tal punto de vista marxista. Esperaba un análisis del porqué de la represión sexual en España, de las relaciones entre clases y su influencia en el comportamiento sexual, etc. Esperaba aburrirme, vamos, pero de una forma digna. Y mi asombro no tuvo límites cuando me encontré con un folletín que ponía en escena a un homosexual maduro y rico (bueno), a un proletario joven y no marica, pero que se deja querer por el otro (y que también es bueno) y a unos lumpen malísimos y muy guapos, que fuman porros en un galpón y viven de la chapa y la sirla. Al fondo, una madre comprensiva que muere callando, que conoce el inconfesable secreto de su hijo y sufre en silencio, castradora y bondadosísima. El film en cuestión se tenía que llamar «La acera de enfrente», y hubiera merecido ese título grotesco, por lo grotesco de su contenido. El folletín se queda en tal,



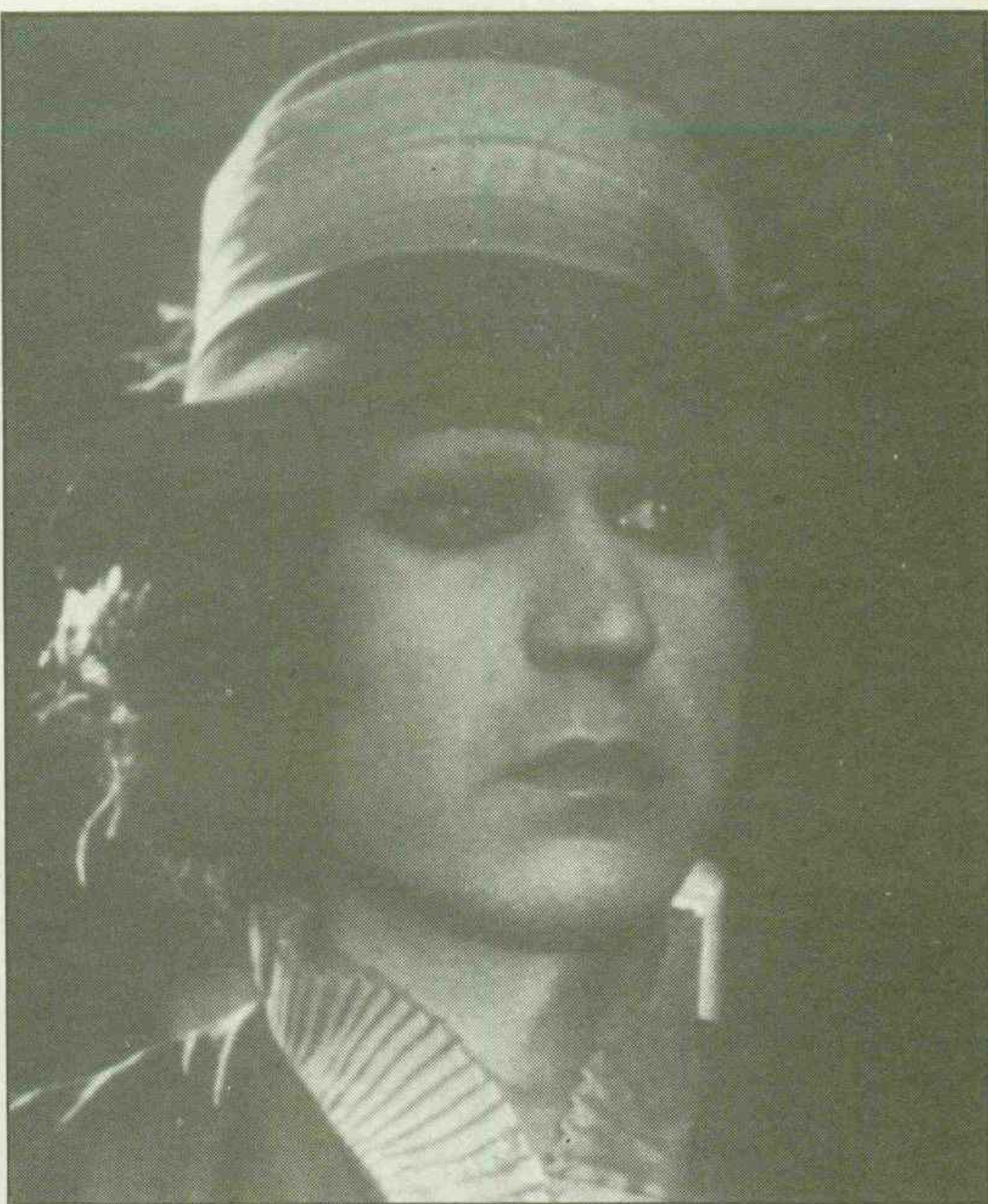
no hay ni un intento de profundización en nada, y todo ocurre por eso, porque el mundo es malo, duro y difícil. Y pasemos a un horror mayor —sí, hay algo todavía peor—: «Flor de Otoño», de Pedro Olea, basado muy libremente en una obra de teatro mala, pero no tanto, de Rodríguez Méndez. He de reconocer que en esa película me divertí más, porque me indigné y la indignación es una droga poderosa que hace olvidar el aburrimiento. La película, al parecer, se basa también en hechos reales: en la azarosa vida de un admirable caballero que es abogado sindicalista, libertario y, además, travestí y chanteuse en el Bataclán de Barcelona, en los años veintitantos. Personaje,

desde luego, interesantísimo en sí, y que hubiera merecido un mayor respeto por el realizador y el guionista de este horror, y que un día decide ponerle una bomba al tren en el que viaja Primo de Rivera a Barcelona, a poner fin a las actividades de los amigos del travestí, a quien se nos hace suponer faiero, y también fallero, por su afición a los petardos y tracas para derrumbar estantiguas y vestiglos. Pues bien: Pedro Olea coge esta historia, y con ella hace... humo. Confieso que salí sin enterarme de nada: ni de la situación de los trabajadores en la Barcelona de los años veinte, ni de la vida de los travestís por esas mismas fechas, ni de por qué el abogado Lluis de Sarracant decide un buen día vestirse de señora, ni de por qué quiere matar a Primo de Rivera, ni de nada. Una paupérrima ambientación ayudaba al desconcierto, y la tan mentada actuación de José Sacristán —un actor, a mi entender, bastante mediocre y pedante— no ayudaba a nada de nada. ¡Ah! También ahí hay una madre, personaje inverosímil —pero ahí todo era inverosímil— que calla y sufre, y sabe que su hijo es hija cuando le ve vestido de señora —muy elegante, por cierto Sacristán con su vestido malva— y que al final enloquece, dando pie a la escena más bochornosamente folletinesca de la película. La gente sale del cine convencida de la verdad de la ecuación terrorista, igual a desviado sexual, igual a loco de remate. Porque nada más se le explica, ni se da ninguna motivación válida para el comportamiento de nadie. Una cosa buena: Sacristán canta cuatro cuplés en plan



Olga Ramos, y yo creo que —con unas pocas más tablas— podría desbancar a esta señora en su papel de reina de las noches madrileñas.

En «El Diputado», del señor de la Iglesia, también hay una madre: el Partido. Un partido de izquierdas, sin determinar, que es absolutamente ciego para las actividades amatorias de su representante en el Senado, y que incluso va a elevarle al cargo de Secretario General sin saber nada de su vida privada. Lo inverosímil es aquí absoluto: el señor Sacristán —sí, también está aquí, y más acartonado que nunca— pasea con su chulo por parques y avenidas como un ciudadano normal, sin vigilancia alguna, expuesto, claro, a lo que le pasa: que la **extrema derecha** —más siniestra que al natural— aproveche sus deslices eróticos para chantajearle y hundirle la vida. «El Diputado» es el mayor conjunto de absurdos y disparates que he podido ver últimamente. Ahora bien, hay algunas escenas —clasificadas «S»— que pueden ser interesantes para quien tenga vocación de voyeur.



Hasta aquí y hasta ahora nadie nos ha contado la vida del homosexual de verdad: del que va a bares gays, frecuentador de guetos; del marica ni rico, ni político, ni travestí, ni terrorista. En fin, del hombre de la calle, con sus problemas, con sus vivencias a veces trágicas y a veces divertidas. Nadie nos ha hablado de por qué es terrible amar a alguien de su propio sexo, de quién es el responsable de la imposibilidad del amor y del deseo en una sociedad que hace poco ha empezado a ser permisiva. Ni Olea, ni de la Iglesia, ni tampoco Chávarri —aunque éste se acerque un poco más— han analizado de verdad, y en profundidad, un tema tan rico y tan trágico. Pero todavía me queda la esperanza de que alguien lo haga, y no sólo con honestidad —repito que no creo a Olea ni a Eloy de la Iglesia deshonestos—, sino con inteligencia. ■ **E. H. I.**

«Harlan country USA»

Diego Galán

Es comprensible el escepticismo que muchos sienten ante la idea de que el cine norteamericano pueda ofrecer una perspectiva sobre la realidad histórica alejada de mixtificaciones, falsedades y trampas ideológicas. Son infinitas las películas norteamericanas que han aprovechado un pasaje histórico para canalizar una reaccionaria visión del mundo. Mucho más que un mínimo interés por la verdad histórica, interesaba en estas películas la propagación de consignas alienadoras. Es decir, el mundo de los valores propuesto —desde un punto de vista político o moral— debía servir a los inmediatos intereses de la política norteamericana, a la defensa de la conservación del orden capitalista. Si se quiere, desde la legendaria «El nacimiento de una nación», de Griffith, hasta «Patton», de Shaffener, pasando



por las idealizaciones espectaculares de Cecil B. de Mille, eso ha sido, salvo extrañas excepciones, el cine norteamericano.

Sin embargo, otro cine vendría durante estos últimos años a discutir las visiones oficiales de Hollywood. Un cine propuesto por cineastas jóvenes, cuya principal característica podría encontrarse en su huída de cualquier melodramatismo, de trucos argumentales o servicios a la comercialización de las estrellas. Un cine que si bien no desterraba del todo al habitual de los grandes estudios (y ahí tenemos el reciente estreno de la supertramposa «FIST», de Norman Jewison, donde el mundo de los sindicatos obreros se distorsiona hasta el punto de llegar a conseguir que el espectador desee su desaparición), iba adquiriendo al menos una fuerza incontrolable por los grandes magnates de Hollywood. El «cine directo», es decir un cine que contara como imprescindible el testimonio real de auténticos participantes en los conflictos que se elegían para ser narrados, que no ofreciera más información que la surgida espontáneamente frente a la cámara. De esa forma, no había manipulación de la realidad (si exceptuamos, como es lógico, las inherentes del proceso cinematográfico, desde la selección de puntos de vista de la cámara hasta la organización final del montaje).

Numerosos son los experimentos de este «cine directo». Se presenta ahora en España un título básico de esta escuela, curiosamente premiado por la reaccionaria Academia de Hollywood con el «oscar» al mejor documental de 1977: «Harlan County USA», de Bárbara Kopple.

En la propia aventura del rodaje se encuentra la lógica del «cine directo»: Bárbara Kopple

decidió trasladarse a Harlan County, poblado minero de Kentucky, para rodar un documental sobre la vida de sus habitantes, sobre las secuelas dejadas en ellos por la feroz represión de 1930 cuando los militantes del Sindicato de Mineros (United Mine of Amerca, UMWA) intentaron legalizar su situación sindical. Curiosamente, en 1973, Bárbara Kopple se encuentra con el conato de una nueva huelga, y el rodaje previsto para unas semanas se prolonga durante casi tres años. El conflicto surgido —similar al de 1930— adquiere con las imágenes de su cámara las características de un acontecimiento histórico que no puede ya silenciarse ni reducirse a una masacre más. Es decir, el cine registra la realidad pero al mismo tiempo interviene en ella, condicionándola, mejorándola. Pocas veces el medio cinematográfico ha encontrado una utilidad más noble y trascendente.

Las secuencias de «Harlan County USA», van recogiendo el proceso de esa huelga, la reacción de la patronal enviando esquiroles y asesinos, la tensión de la espera, las angustias de un pasado que vuelve con la posibilidad de la misma sangre, de la misma violencia. A través de sus imágenes, una parcela de la vida de los Estados Unidos se está desnudando en toda su miseria y en todo su coraje. La cámara registra impasible, con riesgo de la vida de quien la maneja, unos acontecimientos que permanecerán vivos ya no sólo en la memoria de sus protagonistas, sino en la de los espectadores de todo el mundo. La autenticidad ha reemplazado a la manipulación distorsionadora de un cine empeñado hasta entonces en engañar y hacer sonreír a unos consumidores adocenados. «Harlan County USA» es una bofetada a ese conformismo. Después de conocer la película, las escasas líneas de cualquier periódico registrando la noticia de una huelga lejana, tendrán la fuerza enriquecedora de unas imágenes que han vuelto a la información pública los datos precisos de la realidad.

Pero sin necesidad de esa ampliación de su sentido político, el simple (¿simple?) registro de una aventura humana en el mismo momento de su existencia, más allá del reportaje de noticiario, es decir, con una participación viva, estrechamente unida al acontecer de esa realidad, concreta «Harlan County USA» como una película después de la cual las mentiras de la deformación melodramática y malintencionada, no podrá ser ya como antes. Estamos, pues, ante una película sobre la Historia y que a su vez es histórica. ■ **D. G.**

«Deutschland im Herbst»

Una reflexión sobre el terrorismo

G. Goicoechea

Alemania en Otoño se estrenó en el Festival de Berlín del pasado año. Era el mes de marzo y los acontecimientos políticos que conforman la película estaban todabía recientes. Apenas habían transcurrido cuatro meses y la polémica y un cierto ambiente de inquietud continuaban. Se pensó que el estreno suponía una valentía por parte de la dirección del certamen. No faltaron, en este sentido, propuestas desde la prensa derechista de algunas capitales germanas. Después del estreno los que habían hecho la película estaban preocupados porque necesitaban que la crítica fuera positiva, un poco porque siempre se necesita y otro poco para justificar un trabajo que para algunos medios de comunicación, para los políticos (gobierno y oposición) y para un gran sector de la misma sociedad alemana, resultaba casi casi subversivo (delirios totalitarios la encontraban hasta terrorista).

Críticas las ha habido —como siempre— para todos los gustos. Sin embargo, **Alemania en Otoño**, vista hoy en España, resulta un filme más que interesante: Oportuno.

La película es una mezcla de documental e historias de ficción. Hechos reales y hechos irreales —pero no menos verdaderos— se entrecruzan ante el espectador, no formando un discurso de correcta estructura, sino más bien, una serie de reflexiones, de apuntes, acerca del terrorismo; el terrorismo que en esos momentos —septiembre y octubre de 1977— golpeaba al Estado alemán occidental hasta llevarlo a la paranoia represiva y de la reacción de la sociedad, de los ciudadanos de la República Federal, ante los hechos. No hay que olvidar que, mayoritariamente, esa sociedad y esos ciudadanos —sesenta millones de policías que dijo

un poeta— optaron por exigir del Estado (que, por otra parte, con su enorme poder de manipulación les había inducido a ello), cuanta energía fuera necesaria para acabar, no importaban —y no importaron— los medios, con semejante lacra, con semejante pesadilla que les robaba la tranquilidad que con tantos silencios habían conseguido.

A partir de 1972 las acciones del grupo Baader-Meinhoff se intensifican. El 30 de mayo de 1975 caen los principales dirigentes del grupo (Andreas Baader, Ulrike Meinhoff, Gudrun Ensslin, Jan-Carl Raspe y Holger Meius). Al año siguiente aparece **suicidada** en su celda Ulrike Meinhoff. Nunca logró ser explicado suficientemente el suicidio. El 28 de abril de 1977, tras un largo proceso con constantes aplazamientos y suspensiones, se dicta sentencia: Los tres acusados (Holger Meius había muerto en noviembre de 1974 a consecuencia de una huelga de hambre) son condenados a cadena perpetua.

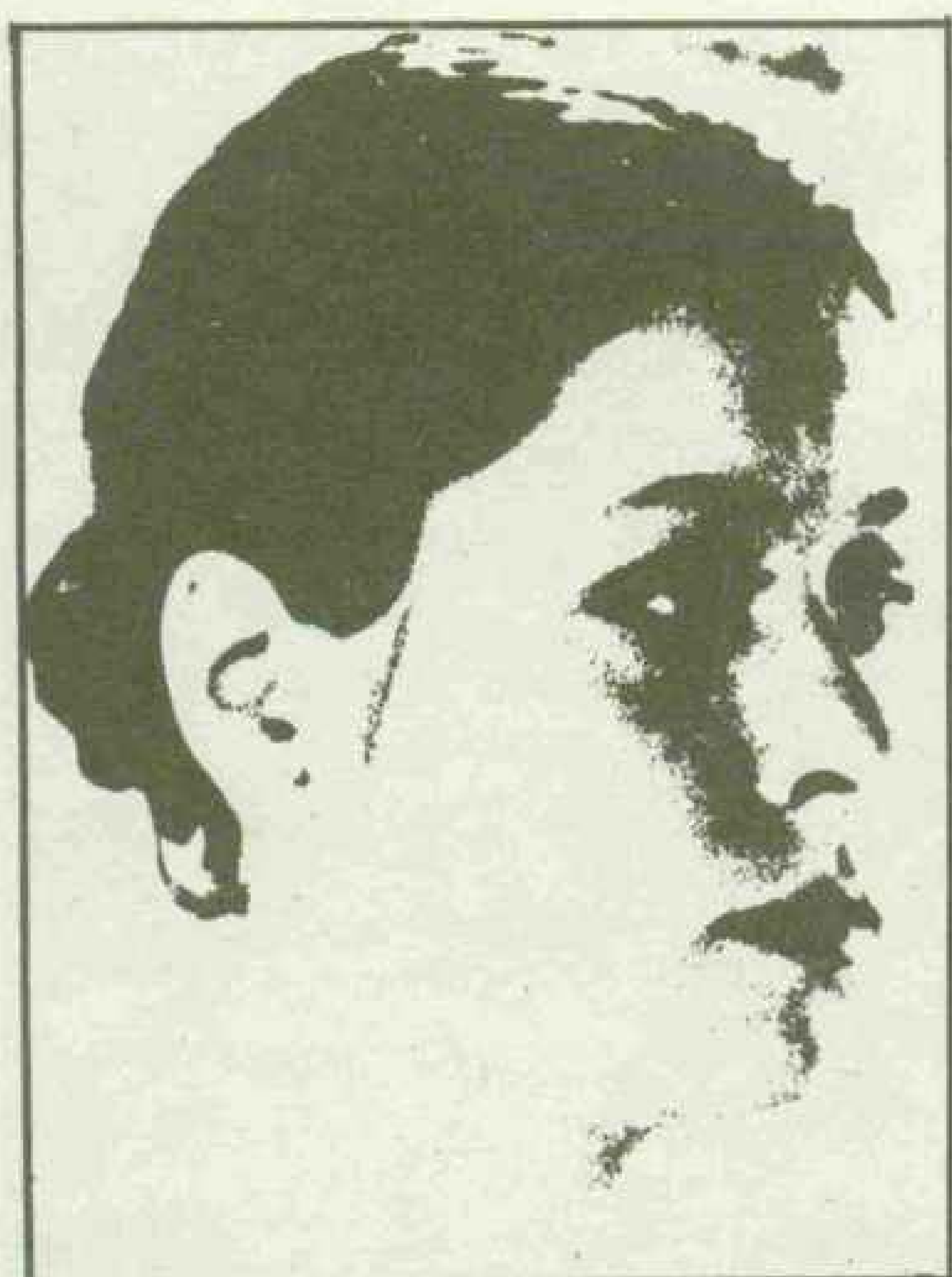
El 5 de septiembre del mismo año es secuestrado el presidente de la patronal y de la Federación de Industria, y alto directivo de la Mercedes, Hans-Martin Schleyer. Los secuestradores piden a cambio de su vida la libertad de diez detenidos.

El 13 de octubre un Boeing 737 de la Lufthansa, en vuelo regular de Palma de Mallorca a Francfurt, es secuestrado y, tras numerosas vicisitudes, aterriza en Mogadiscio. Un grupo de élite del ejército alemán, tipo los que ahora quiere hacer aquí Martín Villa, liberan a los pasajeros —mujeres y niños a los que se había amenazado con matar de uno en uno si no se liberaba a once presos en Alemania— a costa de una masacre en el aeropuerto.

Al día siguiente en la cárcel de Stammhein, cárcel de máxima seguridad con registros diarios y controles insalvables, aparecen **suicidados** en sus propias celdas Baader, Raspe y Ensslin. A los dos días, el 20 de octubre, la policía encuentra en el maletero de un coche el cuerpo sin vida de Hans-Martin Schleyer.

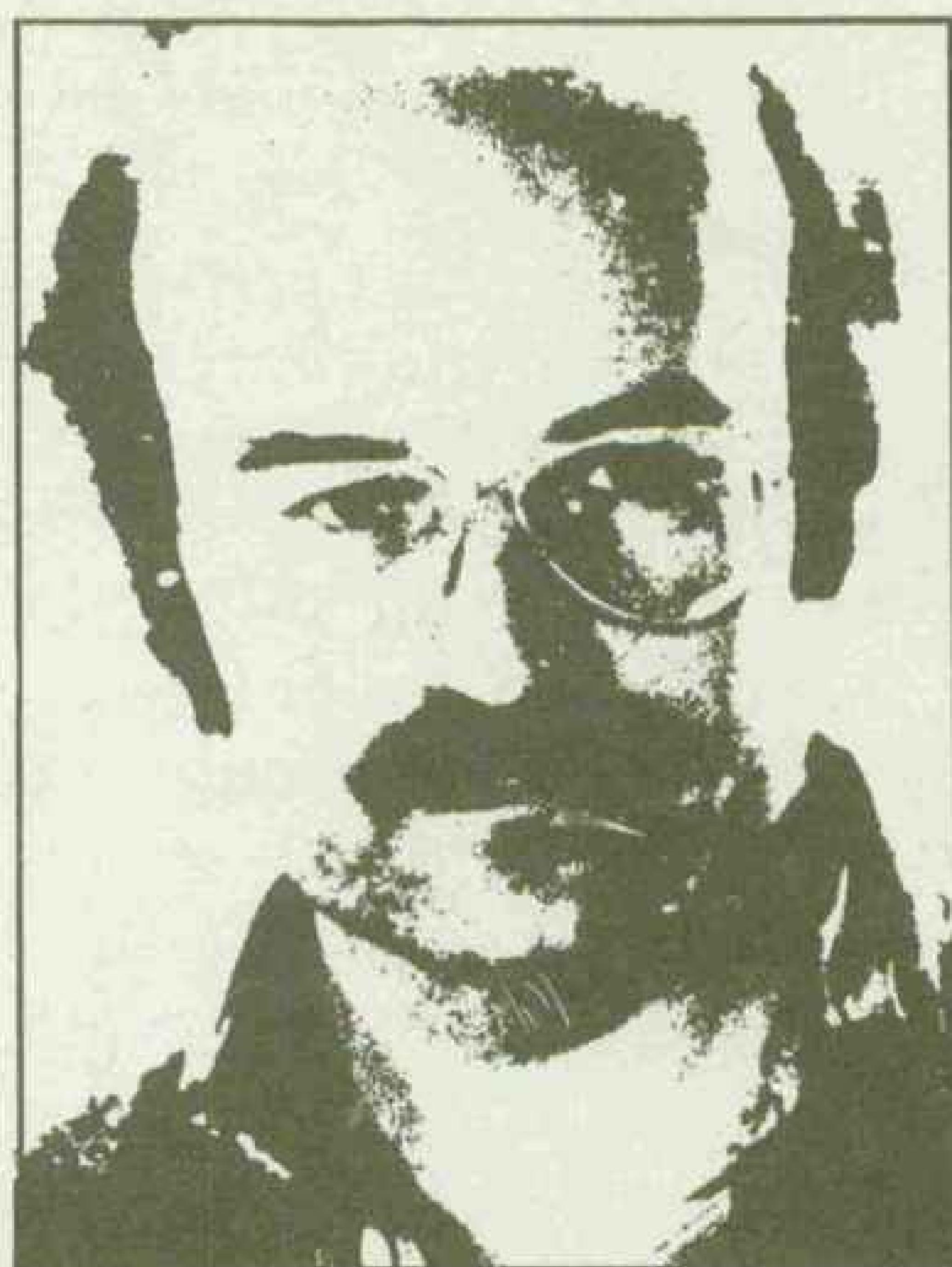
Alemania pasaba por graves momentos. Un peligroso furor antisubversivo y antiterrorista enfebrecía a los ciudadanos germanos y a sus gobernantes. Cualquiera era sospechoso. Todo el mundo podía ser un enemigo. Desde Francia, Jean Genet intentaba comprender —no admitir sus acciones— a los terroristas y el artículo creaba problemas



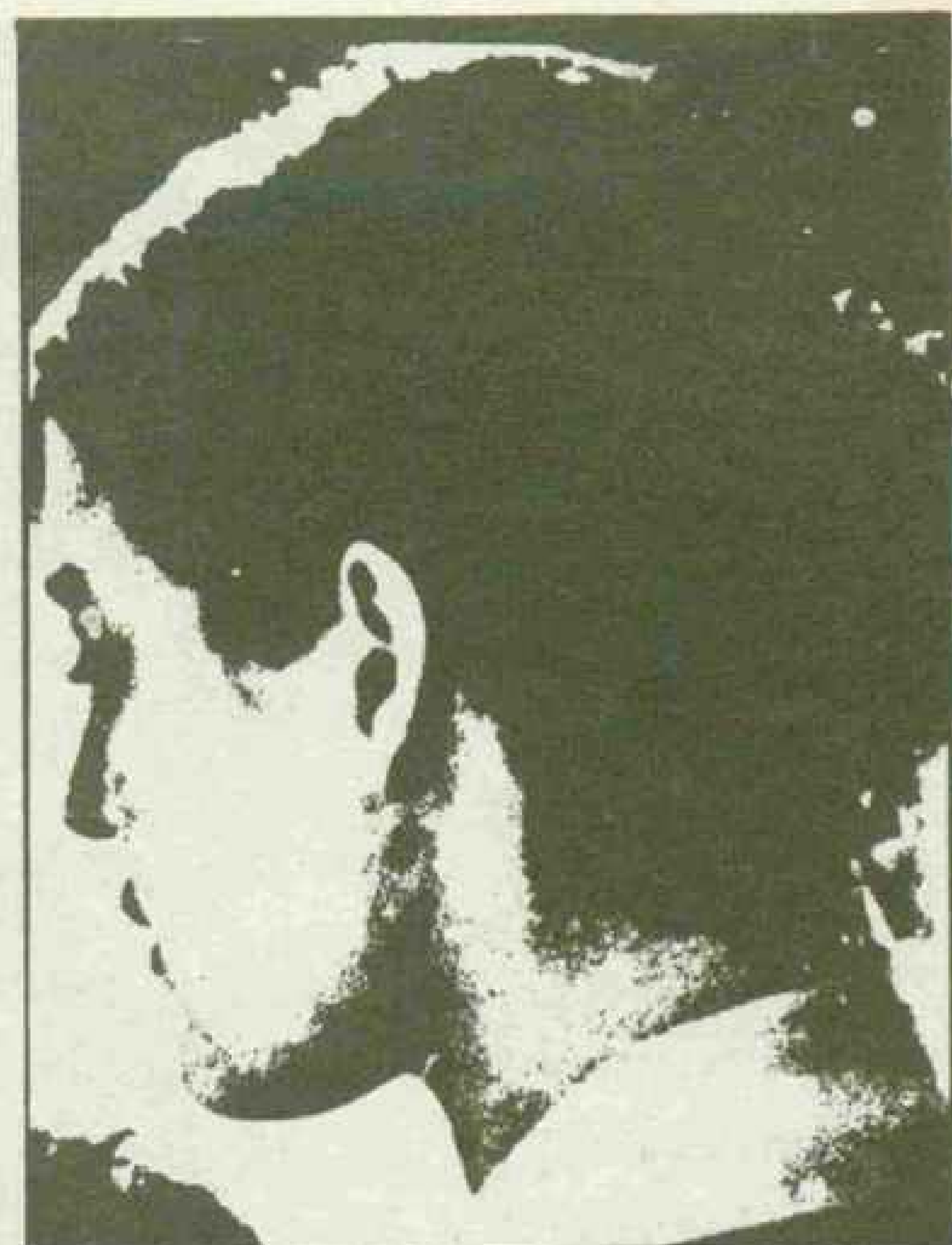


Franziska Walser

hasta al mismísimo «Le Monde» por haberlo publicado. Heinrich Böll era cercado por quienes no soportaban la serenidad cuando sus miedos les hacen perder la razón.
A pesar de todo, seis directores se reúnen y hacen una película nada fácil en los tiempos que corren por su país. Cinematográficamente el resultado es irregular. Ideológicamente se le puede objetar cierta ambigüedad, cierta indefinición ante el tema concreto del terrorismo. Pero, en conjunto, **Alemania en Otoño** es una película valiente, un trabajo que suscita muchas reflexiones. Todo envuelto en la objetividad fría de unas imágenes que se limitan a recoger los hechos ocurridos y otros que, por haber sucedido éstos, podrían haber existido igualmente.
La película comienza con las imágenes del entierro de Schleyer y una voz en off que lee la **cariñosa** carta que el industrial asesinado había enviado, desde el lugar en el que permanece retenido, a su hijo. Después viene una historia dirigida e interpretada por Fassbinder. Es, tal vez, la parte que se hace más larga, acaso por el excesivo **estrellato** del conocido y prolífico director. Un **simpatizante** de los terroristas entra en un proceso de miedo, angustia y paranoia al enterarse de los **suicidios.** Se intercalan discusiones entre Fassbinder y su madre («Me gustaría un dirigente autoritario que fuera bueno, amable y generoso»).
Alexander Kluge, en un estilo muy personal, muestra una profesora buscando los orígenes históricos de Alemania. Sinkel y Brustellin filman una entrevista en la cárcel con Horts Mahler, quien ha cumplido ya siete de los catorce años a los que fue condenado. El discurso de Mahler —que no está de acuerdo con las acciones terroristas— analiza el desarrollo de la oposición al sistema alemán desde los finales de la guerra. Para él la izquierda está en una profunda crisis.
El cantante Wolf Bierman, expulsado de la otra Alemania, lee un poema y es una de las partes más flojas de la película su intervención. Reitz, Katja Rupé y Hans Peter Cloos, en dos escenas diferentes, muestran el miedo a los desconocidos de los ciudadanos o la fragilidad ante la policía del hombre convertido en súbdito.
Tras un montaje de Kluge con material de archivo, llega la, para mí, mejor escena de la película: Unos directivos de la televisión discuten sobre la conveniencia y oportunidad de ofrecer al público Antígona de Sófocles. Deciden no emitirla por las referencias a la sublevación y a la violencia que encuentran en la obra. Finaliza la película con unas bellas y escalofriantes imágenes sobre el entierro de los tres **suicidados.** La policía, que no había puesto impedimento alguno a los escasos centenares de asistentes, tiende, a la vuelta, un control de que resulta imposible escapar. De nada servía que algunos se taparan los rostros por miedo a las fotografías del helicóptero que constantemente sobrevolaba Stuttgart, la única ciudad cuyo alcalde aceptó fueran enterrados los terroristas.

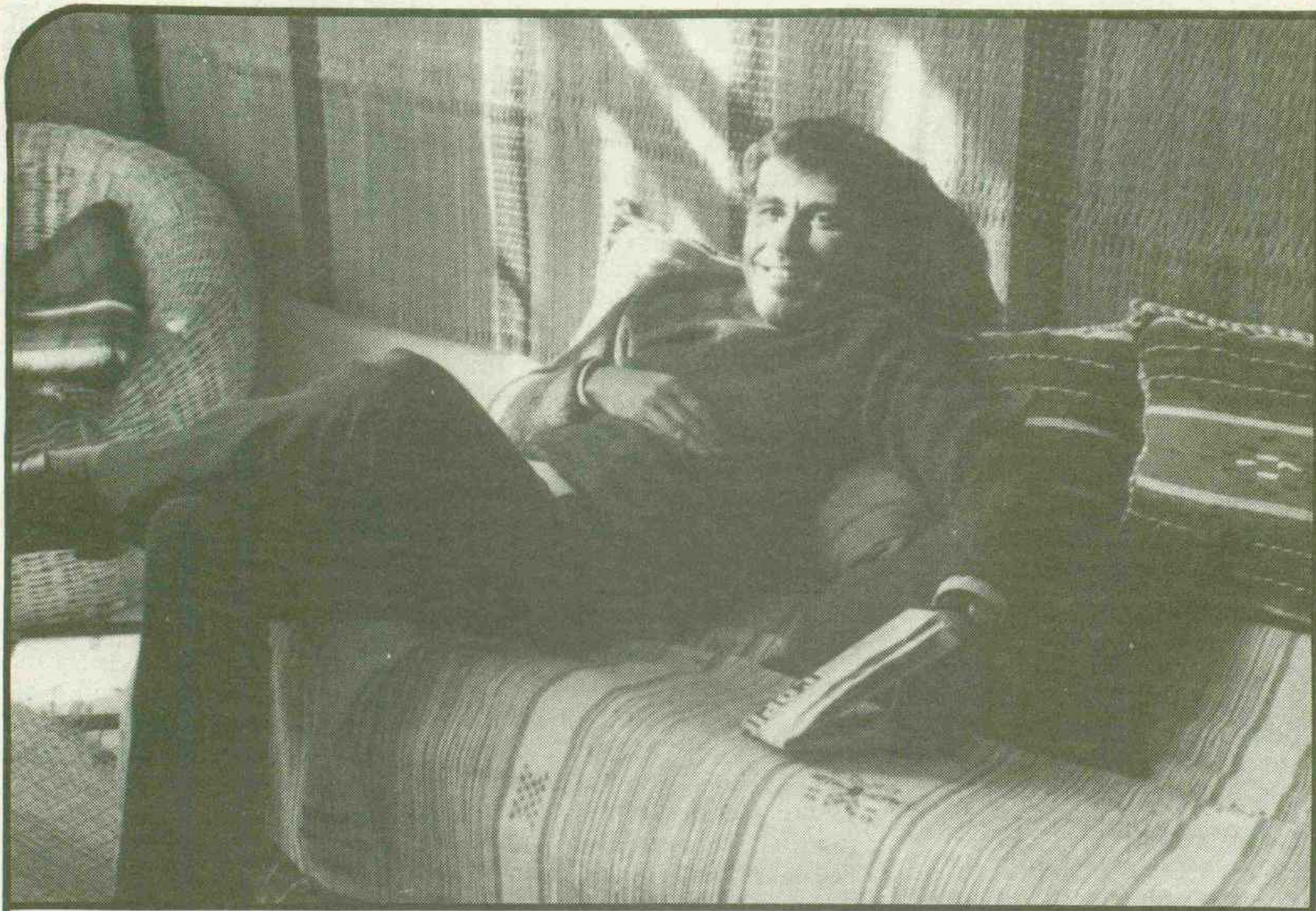


Volker Schlöndorff



Angela Winkler

No hay, por supuesto, una clara toma de postura de los realizadores sobre el terrorismo. Es claro y rotundo, sin embargo, el rechazo al endurecimiento totalitario que se abatía —y se abate— sobre la República Federal Alemana. ¿Serían hoy capaces seis —o siete, o diez, o quince— directores españoles de realizar un trabajo semejante? Mucho me temo que no. ¿Sería hoy capaz la sociedad española —sus dirigentes, sus medios de comunicación— de soportar una película así? Mucho me temo que no. ■ **G. G.**



Entrevista con Fernando Sánchez Drago

EN el principio fue Tartessos. Allí —o así— comenzó España; una historia circular, laberíntica que aún nos va a deparar muchas sorpresas. Pero todo, o casi todo, tiene sus comienzos. Y en los comienzos de España, como de cada pueblo, están arcanos, mitos, leyendas y arquetipos.

Ante ese horizonte a medias conocido y oculto se plantó hace más de cinco años **Fernando Sánchez Dragó**, *con la sana intención de desentrañar algunas de las raíces de los españoles.*

Este hombre —licenciado, profesor, traductor y periodista— investigó durante cerca de seis años, recorriendo España de punta a punta, visitando bibliotecas y aldeas perdidas, consultando legajos y tradiciones orales, hasta concluir esta monumental «GARGORIS Y HABIDIS: UNA HISTORIA MAGICA DE ESPAÑA» (*) que acaba de publicarse y que está obteniendo ya un importante éxito en cuanto a crítica y ventas.

Desde los mitos de las columnas de Hércules o la leyenda del Jardín de las Hespérides, hasta la decadencia de los últimos Austrias o el motín de Esquilache, pasando por el camino de Santiago, Prisciliano o los mozárabes, Fernando Sánchez Dragó analiza, investiga, relaciona, sugiere en una ininterrumpida sucesión de datos, ideas o hipótesis, para configurar finalmente una discutible pero apasionante interpretación del ser y el devenir de los españoles.

(*) Cuatro volúmenes, 1058 págs., Ediciones Hiperión, Madrid, 1978

Una historia mágica de España

Alfonso González-Calero

—¿Cuál es la hipótesis o punto de partida de su investigación?

—Hacia los extremos de Europa, hacia el Mediterráyo soy un jungiano, eso crea o pulsa todo aquello que la razón no comprende, todo lo que es monstruoso, anormal, místico, mágico, todo lo que responde al subconsciente, al terreno de lo irracional. A lo largo de muchos miles de años se va acumulando por aluvión una sedimentación mística, mágica, en los esóteros del Mediterráneo (la península ibérica y Creta). España empieza a funcionar desde la antigüedad como una especie de vertedero del pensamiento ocultista, de todo lo que Europa no entiende. A mi juicio, yo soy un jungiano, eso crea o enriquece lo que es el inconsciente colectivo de los españoles: esa sedimentación irracional sería la que, desde los rincones más ocultos del subconsciente, produce este tipo de peculiaridad que es la psicología española: no sólo el europeo nos ha sentido siempre como diferentes a él, sino que el español se ha sentido a sí mismo diferente al resto de Europa: al margen de slogans turísticos de Fraga, lo cierto es que hay una peculiaridad española que se viene poniendo de manifiesto, incluso en nuestros días.

El libro es la búsqueda de este inconsciente colectivo de los españoles. Lo busco a través de las huellas que han quedado en la posteridad: esas huellas son mitos, leyendas, hechos conservados por tradición oral, y constituyen los síntomas, los arquetipos de ese inconsciente colectivo. Yo parto de la base, profundamente jungiana de que la única forma posible para el ser humano de alcanzar la felicidad es coincidir consigo mismo: que el inconsciente y el consciente sean idénticos: en la medida que esto se consigue el hombre es feliz; y si no, el hombre está inquieto, en conflicto permanente, etc.

Evoco la España antigua que era una España feliz, que coincidía consigo misma. A partir de un momento dado, apetencias extranjeras, que responden por tanto a otra mentalidad, empiezan a intervenir aquí, generalmente, por la fuerza de las armas, o en cualquier caso de forma violenta (con o sin armas). La influencia más notoria es la representada por Francia e Italia (primero como Roma, después como el Vaticano). Esta intervención provoca una desviación respecto a nuestro subconsciente, desviación que se ve continuamente equilibrada por la aportación de elementos orientales (moros, judíos y otros muchos).

—Es decir, que supone que la aportación árabe y judía equilibra la influencia racionalista europea...

—Efectivamente, nos ayuda a encontrarnos con nosotros mismos y lo mejor que damos de nosotros mismos proviene de ese contexto, digamos, oriental. En realidad no es que sea oriental porque había salido de aquí mismo.

Lo que nos aportan moros y judíos luego, ellos ya se lo habían llevado de aquí previamente. Mi tesis es que los judíos no vienen a España sino que vuelven: **Sefarad** en lengua hebrea significa España, y los sefarditas son un tipo específico de judíos —diferentes de los askenazis— que vuelven a España, en la que ya probablemente habían estado tras la diáspora que siguió a la tercera destrucción del Templo. Toledo —coinciden muchos autores— es una ciudad de origen judío, **Toledoth**, y será el centro de atracción de la diáspora sefardita.

Mientras judíos que van a Europa central (los askenazis) se dedican a actividades mercantiles y económicas, de los sefarditas españoles surge, por ejemplo, la Cábala.

Algo parecido sucede con los moros.

En España siempre hubo moros, por una simple razón geográfica: el estrecho de Gibraltar es un lugar de paso, y eso que se llama moros, o mogrebíes, habitantes del norte de

Africa, estuvieron en un trasiego constante pasando a la península y saliendo de ella.

Así se explica el suceso de 711, cuando un estado militarmente organizado, como es el visigodo, cae por una simple escaramuza (como fue la batalla del Barbate) llevada a cabo por rabadanes y pastores rifeños. ¿Por qué se desmorona tan fácilmente? Porque aquí había una «quinta columna» mora poderosísima.

—¿De ahí que en la Reconquista no se registren demasiados combates cruentos entre moros y cristianos?

—Reconquista que no es tal, sino una simple lucha discontinua por una serie de intereses entre los reinos cristianos y moros que ocupan la Península. Pero en ningún caso se tenía al moro por invasor. Lo prueban muchos hechos: el que los reyes cristianos se opongan siempre a las matanzas indiscriminadas de moros, como quieren hacer los reyes extranjeros cuando vienen aquí, o el hecho de que el Cid, cuando abandonó a Alfonso VI, se vaya a Valencia, pero no a luchar contra ellos, sino que se pone a su servicio.

Pero no hay una reconquista de nada, porque el moro no aparece como invasor. En cambio sí se ha sentido siempre como invasor al romano.

España fue el último país pacificado por Roma, y dentro de ella, el País Vasco y Cantabria. Ahí habría que entender la explicación de los problemas que hoy se plantean en Euskadi. Yo pienso que ETA ha existido siempre. Del mismo modo que la polémica actual sobre si Mercado Común sí o no, es la polémica eterna resumida en la frase «Europa empieza en los Pirineos»; frase que —aparte de ser una verdad, por lo menos una verdad a medias— sólo es peyorativa porque la decían los europeos, pero no porque los españoles lo sintiéramos así. Lo que pasa es que a lo largo de todas estas intervenciones europeas se va produciendo el fenómeno de los romanizados, los afrancesados, etc., esto es, una corriente de opinión que niega —en mi criterio— la esencia de lo que es España y que poco a poco va aumentando su influencia en el país.

El origen de nuestras continuas guerras civiles es esta bipolaridad inicial, esta esquizofrenia que nos divide a nosotros mismos en dos seres: nuestro nivel racional y nuestro nivel irracional.

Estas guerras civiles, en mi opinión, seguirán sucediéndose en tanto no hagamos la paz con nosotros mismos y regresemos a nuestros arquetipos, etc.



Ultimo día de Numancia (año 133), cuadro de Vera.



Batalla del Barbate o del Guadalete (año 711), cuadro de Mota.

—¿La España antigua es la España feliz, y es a partir de la llegada de Roma cuando se empieza a producir una adulteración de nuestro ser?

—Sí. La evolución de la España antigua que viene en la cita de Tácito que encabeza el primer tomo es lo que me dio la idea del libro:

Dice Tácito que por el año 83 a. de C. los termistinos, que eran los habitantes de la Celtiberia, sentían ya la conciencia de una decadencia, que los españoles ya no eran lo que habían sido.

—¿En qué medida en esa España antigua había ya una sola raza, un solo pueblo que aglutinara o representara a toda España?

—Naturalmente todo esto es muy elástico. La más antigua referencia histórica que tenemos en este sentido es la de Estrabón, que dice taxativamente que los habitantes de la Península Ibérica adoraban a un solo y mismo dios, tenían una lengua común, se regían todos por leyes con seis mil años de antigüedad y formaban un sólo pueblo que, en las noches de plenilunio, se reunía a bailar delante de sus casas.

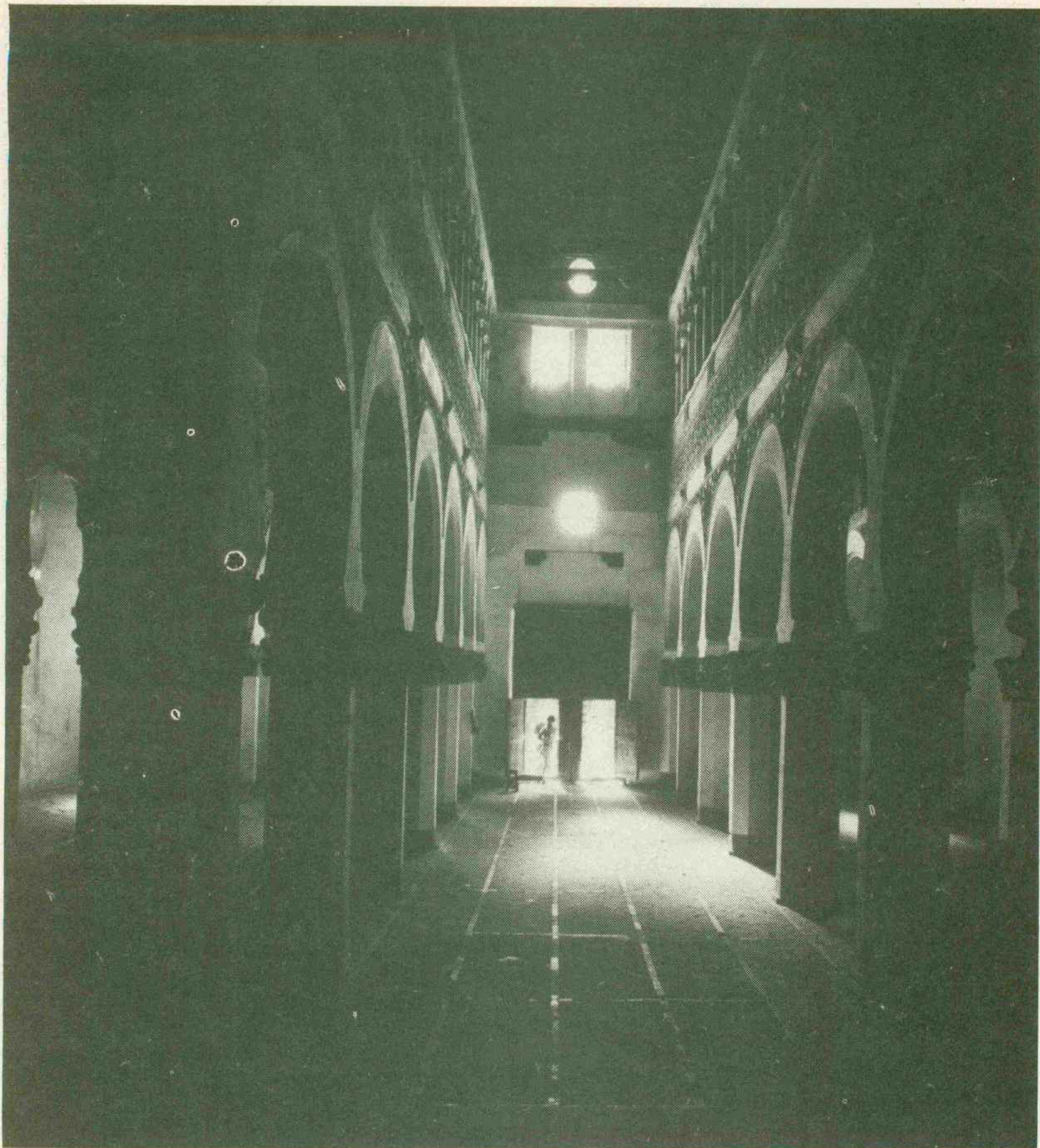
Bailes que seguramente eran de salutación lunar o solar, que son los eternos bailes redondos del Mediterráneo: muñeiras, sardanas, bal o tombo de Cerdeña, jota, etc.

—¿Cree usted que en esa comunidad de pueblos se incluían ya los vascos?

—Bueno, según autores muy conspicuos que han estudiado el tema, lo que llamamos antiguos iberos eran los vascos, y las únicas traducciones que se han hecho de las estelas encontradas en lengua ibera, se han hecho a través del vasco. No veo, por tanto, inconveniente en suponer que existía un solo pueblo.

—Antes decía que muchos historiadores le iban a acusar de saltimbanqui de la Historia. ¿No cree usted también que muchos historiadores, a sí mismos llamados progresistas, le pueden acusar de que el fondo de su teoría (el regreso a nuestras esencias más antiguas) es reaccionario, cuando para ellos, lo que ha traído el progreso a España ha sido, justamente, el contacto con Europa, con el exterior (Renacimiento, Reforma, Revolución francesa, etc.), mientras que han sido los reyes más reaccionarios (Felipe II, Fernando VII) los que se han señalado por cerrar España al influjo europeo?

—Claro, lo que sucede es que para mí estos historiadores son los verdaderos reaccionarios. Por ejemplo, Madariaga declaraba poco antes de morir que el País Vasco, al ha-



Santa María la Blanca de Toledo, antigua sinagoga realizada en estilo almohade en tierra ya cristiana y, por tanto, del círculo mudéjar.

ber sido el último en ser colonizado por los romanos, llevaba esos siglos de retraso respecto al resto de España, colonizada anteriormente. Para mí es justamente lo contrario: yo diría que precisamente por eso, lleva esos siglos de adelanto, de fidelidad a sí mismo. Por eso, a mi modo de ver, en estos momentos es el pueblo que mayor conciencia tiene de sus propios orígenes.

Mi tesis es que, o bien los antecedentes étnicos de este país estaban ya mezclados, desde un principio, y éramos todos judíos, moros y cristianos, por así decirlo, o bien que existía una especie de numen geográfico que impulsaba a esta gente a quedarse aquí, en nuestro suelo, con nuestros modos de pensamiento y de vida. Y por eso surge la Cábala, y por eso también el sufismo y por eso todo el misticismo del Siglo de Oro (cuando España quizá por la aventura americana se encuentra a sí misma) no se entiende sin los antecedentes su-

fitas y cabalísticos. Desde Raimundo Lulio, hasta San Juan o Santa Teresa o Miguel de Molinos, que cierra el ciclo, todas sus fuentes son el sufismo, la cábala y el cristianismo, fuentes coptas y gnósticas, etc. En definitiva, la canción es siempre la misma: gnosticismo.

—¿Qué relaciones pueden establecerse entonces entre la cultura árabe, la sabiduría judía, el esoterismo y la influencia de todos ellos en los autores hispanos del Siglo de Oro?

—Hay un continuo movimiento de vaivén. Los árabes, cuando comienza la Guerra Santa y se precipitan hacia Occidente, al pasar por el Sinaí, se ponen en contacto con lo que era el reino del Preste Juan, donde estaba todo el saber cristiano, el saber auténtico, el saber esotérico, refugiado —como luego se ha descubierto en época ya muy actual, con los manuscritos del Mar Muerto, etc. En esos monasterios coptos, los árabes reciben el antiguo mensaje gnóstico y lo devuelven a España, cuando ya el priscilianismo prácticamente estaba olvidado. Pero es siempre lo mismo, llueve sobre mojado. Entonces, gracias al mantenimiento en España de esta cultura árabe, así como de la judía, se asegura la continuidad con la cultura española autóctona (anterior a la dominación romana) que había sido abatida con la derrota del priscilianismo, como veíamos antes. Ambas culturas, la mudéjar y la sefardita, tras salvar esta continuidad, se vuelven a colar de rondón en el panorama español del Siglo de Oro, en parte a través de los místicos, en parte a través de los grandes escritores del Siglo de Oro, que si luteranos que si no



Recepción de los embajadores vascos por Abderrahmán II (año 823), cuadro de Huertas.



Felipe II recibe en El Escorial a una diputación de los Países Bajos (año 1598), cuadro de Arcos.

luteranos, que si protestantes que si no protestantes, etc., pero que esconden tras un lenguaje críptico, una interpretación heterodoxa de nuestra realidad.

Todos los grandes escritores del Siglo de Oro, Cervantes, Góngora, etc., pueden ser interpretados en claves esotéricas. Lo ha hecho un chileno llamado Moreira. Cualquier lector de los clásicos españoles se da cuenta de que todos sus libros —en especial **El Quijote**—, admiten una segunda lectura en esta clave esotérica, que son «obras abiertas» donde las haya... Donde, aun cuando no sepas, te das cuenta que hay otra lectura.

Es decir, que hay un hilo de continuidad desde los escritores árabes y judíos hasta los grandes del Siglo de Oro. Ese hilo no se quiebra nunca; lo que pasa es que a veces es evidente y a veces clandestino. Y también con esa clandestinidad obligada surgen gurúes y farsantes, como surgen ahora y en todas las épocas. Pero esto se debe ni más ni menos a que el país lo reclama.

—¿La conclusión del libro podría ser, entonces, que la historia de España es un continuo debate entre su propia tradición, autóctona y más bien herética, y los sucesivos intentos de dominación extranjera, procedentes de una Europa con pretensiones de relacionarlo todo?

—Sí. El libro quiere ser una historia completa de España, y arranca desde lo más antiguo que se refiere a nosotros, que es la leyenda de la Atlántida, y llega hasta nuestros días. Lo que sucede es que con Carlos II el Hechizado se produce la gran hecatombe.

Hasta este momento, todos los desastres, todas estas fechas fatídicas, se superaban. Sobre todo, en el Siglo de Oro, se produce una gran explosión en la que los españoles volvemos a encontrarnos con nosotros mismos. Pero entonces llega Europa, el cartesianismo, la razón, etc., llegan los Borbones a hacer una marina moderna, a convertir España en un Estado —España no lo había sido jamás; había sido la imaginación, la locura, el surrealismo en el poder, por bueno o malo que esto le parezca a cada uno—. Llega la tentativa de recortar sombreros y capas, con una simbología muy clara, y se produce el famoso motín de Esquilache, y a partir de todo eso va quedando muy poco de esta historia; lo único que queda, desde entonces, que nos siga uniendo a ese pasado —aparte de nuestro subconsciente, que sigue existiendo, y está ahí, y fenómenos como la anarquía ibérica lo demuestran—, lo único que queda, digo, es el folklore: las fiestas populares, como la de los solsticios: el de invierno, con la Navidad, y las de verano, en San Juan; la trashumancia pastoril y, sobre todo, los toros, que es nuestra peculiaridad evidente, tangible, más llamativa. ■

A. G. C.

EL ESTADO COMO PARASITO

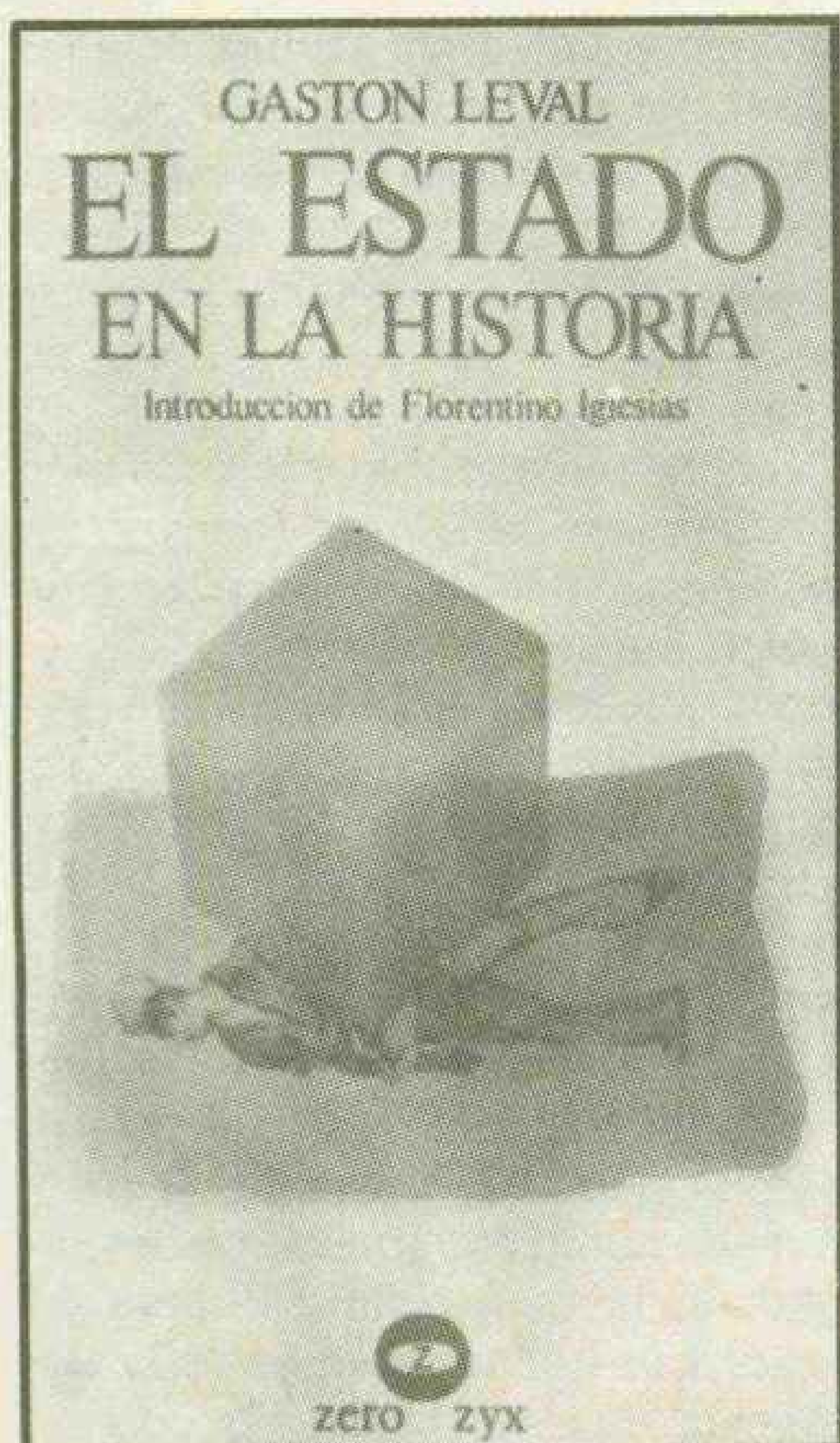
El historiador y periodista Gastón Leval, es —o al menos debería serlo— conocido por todos los lectores de nuestro país, por su labor de participación en la guerra y revolución españolas de 1936. Su libro «Las Colectividades Libertarias» (1), entre otros, da testimonio de los éxitos y fracasos del movimiento libertario en la zona agraria de España, y concretamente en Aragón. Durante toda su vida, hasta su muerte en fecha reciente (2), Leval fue un luchador infatigable, y un defensor por encima de todo de la idea anarquista, a cuya difusión contribuyó por todos los medios a su alcance. Estuvo comprometido en todas las luchas y reivindicaciones obreras de su tiempo: participó en los primeros y más difíciles tiempos de la CNT, y llegó incluso a asistir como delegado de esta central sindical al Congreso Constitutivo de la Internacional Roja, celebrado en Moscú en 1921; sus informes, junto con los de Angel Pestaña, contribuyeron a la separación de la CNT de la III Internacional. Leval fue un hombre preocupado siempre por la cosa española, desde su llegada a este país en 1915 hasta su muerte.

«El Estado en la Historia» (3) es un estudio crítico del papel y la evolución que ha sufrido la idea de Estado a través de los siglos, desde el poder personalista en las primeras sociedades matriarcales hasta el complicado aparato que nos oprime hoy en día. No se trata de un ensayo exhaustivo sobre el tema, ni de un despliegue de erudición como el que podría haber llevado a cabo Max Nettlau; responde más bien a ese espíritu que ha animado a la mayor y mejor parte de los trabajos históricos y teóricos anarquistas: espíritu de información, de formación, destinado al consumo por parte de personas que no tienen mucho tiempo para leer y que desean conocer las bases y los fundamentos de la sociedad en la que se mueven y contra la que luchan.

Leval, como buen anarquista, parte de la contemplación del Estado como ente parasitario. Para él «el Estado es en el fondo siempre igual a sí mismo, 'y se basa en dos características' sin las cuales en lo sustancial no podría haber Estado: predominio de la guerra e imposición ruinosa de los impuestos». Partiendo de este aparato teórico simplicísimo, nos va trazando el desarrollo de este ser opresivo: comienza —y ésta es tal vez la parte más floja del libro, dada su escasa preparación como antropólogo— por una exposición de lo que es el poder personal en sociedades primitivas: atribución de funciones de liderazgo a personas caracterizadas por su saber o sus conocimientos técnicos o guerreros; pasa luego al feudalismo europeo, basado en la rapiña y en la fuerza. A partir de ahí, va haciendo un estudio de las formas cada vez más perfeccionadas, complicadas y astutas que va tomando esta institucionalización del robo y la rapiña, hasta llegar a la concepción del Estado como tal, considerado como «poder emanado de Dios», o como conjunto de fuerzas que mantienen una cohesión social. En sus orígenes, ve Leval la «voluntad de dominio» económico y sexual de un grupo en el poder sobre los demás. Descubre así la falacia de un «Estado necesario eternamente», explicando los mecanismos que han hecho que sus formas sean distintas en distintas épocas y lugares.

No hay, como ya he dicho, profundidades filosóficas excesivas en este trabajo, ni tampoco ha realizado Leval una labor investigadora exhaustiva; en cierto modo, es una lástima. Pero, por otra parte, su libro gana así en eficacia instructiva. Para quien quiera profundizar en el tema, ahí hay trabajos como «Qué es el Estado» (3), de Agustín García Calvo, que puede servir de interesante complemento —y a veces incluso de punto antitético— a la obra de Leval. ■ **E. HARO IBARS.**

(1) *Ed. Aguilera. Colección «Anatema».*
(2) *Ver, en el núm. 46 de TIEMPO DE HISTORIA, «La última entrevista con Gastón Leval», realizada por A. Albiñana y M. Arancibia.*



(3) *Ed. Zero —ZYX. Traducción de Juan Gómez Casas.—Prólogo muy interesante de Florentino Iglesias.*

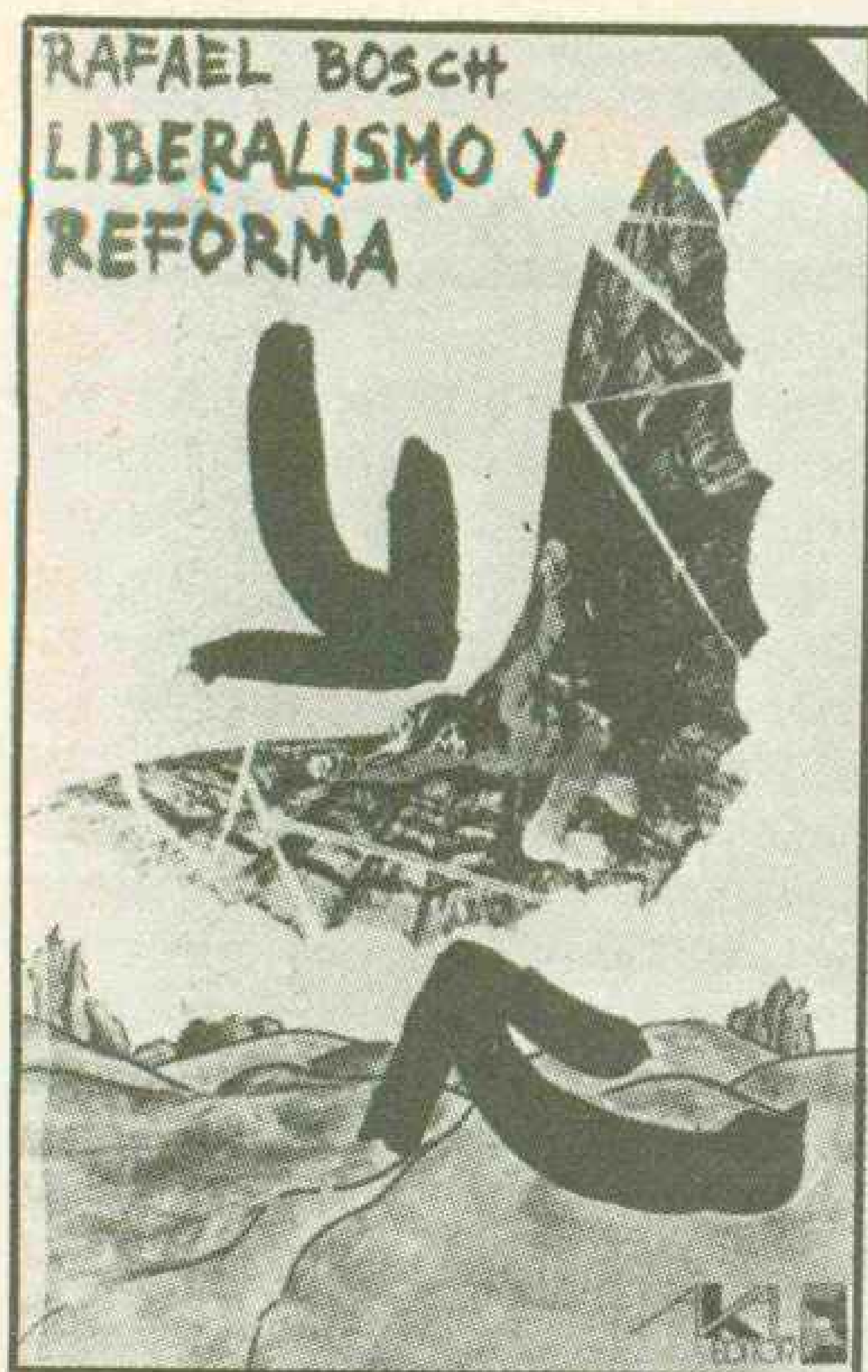
(4) *«La Gaya Ciencia».*

EL LIBERALISMO ESPAÑOL EN LA PICOTA

No es usual encontrar estudios razonados y sistemáticos que analicen el presente concreto de nuestro país buscando su inserción en un contexto general amplio y basándose tanto en su comparación con otras realidades de evolución similar como en la teoría política ya existente al respecto.

Rafael Bosch se lanza a esta tarea con bastante éxito en su libro «Liberalismo y Reforma» (1), cuya finalidad original es analizar el momento histórico-político español actual,

(1) *RAFAEL BOSCH: «Liberalismo y Reforma». Akal Editor. Madrid, 1978.*



buscando los fundamentos teóricos que apoyen sus conclusiones al respecto. Parte de la interrogante sobre si el segundo gobierno de la monarquía de Juan Carlos, encabezado por Adolfo Suárez, responde a las necesidades de un fuerte grupo de presión de ideología liberal, que justificarían las reformas democratizantes por él emprendidas, o si, por el contrario, su apariencia de liberal es sólo una cobertura que enmascara la necesidad de hacer un pequeño lavado de cara al régimen fascista implantado en este país de modo firme durante 40 años, con el objetivo de asegurar su continuidad. Para responder a esta pregunta, sin que sus conclusiones puedan parecer «un acto de propaganda fugaz y ocasional», Bosch considera imprescindible realizar una investigación social e histórico-económica sobre la relación entre liberalismo y reformismo, sobre la posible existencia de tipos de reformismo que no sean liberales, y las implicaciones de tal reformismo. Todo ello sirve, a su vez, de excusa para hacer una detallada historia del liberalismo en su evolución internacional, así como de las clases sociales que sustentan tal ideología, y de los fundamentos económicos del surgimiento y desarrollo de las posiciones reformistas liberales en la sociedad occidental. Para alcanzar este objetivo, el autor hace un repaso minucioso de la teoría marxista que toca el tema del comportamiento de la burguesía liberal y su ascenso como clase (Marx, Engels, Lenin), lo que resulta un aporte muy interesante al conocimiento del tema. Casi podríamos decir que éste es, en realidad, uno de los mayores aportes del libro que nos ocupa: su sistematización de la teoría marxista respecto al tema del liberalismo internacional, y la continua aclaración de los conceptos utilizados, que le enriquecen con una faceta didáctica nada desdeñable. Por otra parte, el claro deseo de Bosch de no caer en el panfleto y de ofrecer una panorámica amplia de la evolución del liberalismo le han llevado a hacer una investigación histórica y económica de esta ideología y, naturalmente, su base de sustentación dentro del concierto de las clases sociales, que llena un vacío en la bibliografía de la teoría política existente hasta la fecha, y que constituye, sin lugar a dudas, su mayor mérito.

Dentro de la intención general amplia de analizar la situación española concreta del momento presente, el autor no sólo considera necesario darnos un panorama del liberalismo, sino también del fascismo, que repasa de modo general. Las referencias al caso español son, claro está, continuas, tanto cuando analiza una postura política como la otra. Definiendo al fascismo como «la dictadura de la burguesía financiera», y concluyendo, tras un repaso de la historia social y política de nuestro país, que en España la burguesía industrial (tradicionalmente portadora de la ideología liberal y opuesta a la burguesía financiera y terrateniente) jamás ha llegado a conquistar ni controlar el poder, lógicamente llega a la conclusión de que no nos encontramos en una etapa de transformaciones liberales, sino de reajuste del fascismo que pasa a una etapa semiautocrática por necesidades de hegemonía de la facción financiero-terrateniente y monopolista de nuestra burguesía.

Aunque alguna de sus afirmaciones con respecto al caso español son un poco más precipitadas de lo que es característica general del libro, y nos puedan parecer demasiado duras, el resultado de la obra como conjunto es satisfactorio, ya que colma un espacio que era necesario rellenar en cuanto a análisis del liberalismo, y nos invita a relfexionar serena y científicamente sobre la evolución de la política española después de 1976. ■ **MARISA RODRIGUEZ MOJON.**

LA «HISTORIA INFORMAL DE ESPAÑA» DE EDITORIAL ALTALENA

Es muy socorrida la expresión «las grandes líneas de la historia». Se supone que se refiere al discurso histórico, que tiene sus líneas grandes y pequeñas. Para los viejos cronistas y para la historia primitiva, las grandes líneas estaban fuertemente personalizadas: eran las dinastías, las testas coronadas que daban nombre a una era, las batallas y los generales victoriosos o derrotados. Lo demás del discurso eran líneas menores, **entrelíneas,** notas al pie, apéndices para que el lector lea o no lea. No la medalla, sino la calderilla. Pero historia tiene el hombre por definición. El hombre, ese animal histórico, con permiso de papá Aristóteles. Todos los hombres. Los que «han pasado a la historia» porque de sus nombres se han acordado los archiveros, los escultores, o los rapsodas o... los historiadores, y también los que «no han pasado». O sí. Tan histórico es el conde de Orgaz, cuyo rostro reconocemos en la tela del Greco, como el anónimo pajecillo que sostiene la cola del hidalgo.
Las grandes líneas, para la historia científica actual —o, mejor: para la arriesgada empresa contemporánea de hacer un discurso histórico conforme a las pautas del discurso científico— ya no son personales. Es posible que Voltaire encontrara por la calle a Luis XIV, pero ¿quién vio nunca una variable demográfica, una curva de precios, la lucha de clases o el complejo de Edipo? Fuera de los gabinetes del riguroso historiador, quiero decir.
Enhorabuena por todo lo que sea trabajar por la cientificidad del discurso histórico. Pero convengamos que, por principio, la ciencia que pretende dar cuenta de cierto nivel de la realidad —lo histórico, pongamos por caso— hace, necesariamente, un esfuerzo más o menos grande de abstracción y considera el objeto estudiado como extraño, como despegado de la razón histórica, como exterior. Los hechos de relevancia histórica y sus significaciones ocurren

fuera de la realidad empírica de la historia, en un espacio que constituye, precisamente, el discurso histórico.
Queda por ver si es posible otro nivel de narración de la historia. Primero: que tenga en cuenta todo el material desdeñado o marginado por la crónica primitiva. Que lea el discurso de la memoria histórica, pero no sobre las «grandes» líneas, sino sobre las pequeñas, sobre la «caja baja» de la tipografía histórica, entrelíneas, poniendo una lupa sobre el hecho menudo y trayéndolo a primer plano. Me permito una figura: en «Las Meninas», Velázquez ha pintado, precisamente, las entrelíneas de la corte austríaca. Los reyes son un reflejo sobre un espejo, al fondo de la composición. En primer plano está un enano jugando con un perro y la absorta y brutal Maribárbola. Lo que está diciendo el genial pintor es que la historia les pasa, les ocurre, les sucede, a la vez, a todos ellos.
Segundo: que no se proponga abstraer, sino concretar. No despegarse del objeto, sino confundirse con él. No narrar «desde fuera», sino «desde dentro del acontecimiento histórico». Desde luego, perdiendo toda la precisión que haga falta, pero ganando toda la vivacidad posible. No reconstruyendo el pasado, porque eso es imposible, ya que no podemos salir de la historia, y ésta es un presente continuo, sino imaginando el pasado como vivo desde el centro de nuestra inquietud presente, que está viva por definición. Reconstruir el pasado no es tarea de historiadores, sino de arqueólogos y, si se profundiza, de geólogos. Historiar es releer, **hoy,** lo que pasó ayer, no superponer el ayer sobre el hoy, en un ejercicio alucinatorio que nos lleva hacia los molinos de viento, nos hace creer que estamos frente a gigantes y nos da de cabezazos contra una mojiganga de gigantes... y cabezudos.
Este planteamiento de partida sirvió para planear la colección que, bajo la dirección de quien esto escribe, llega hoy a las manos del curioso en los primeros cinco títulos de los dieciocho que completarán la serie, entre el español de las cuevas de Altamira y el español que vivió la muerte de Francisco Franco: «El medievo cristiano» de Mario Merlino, «Revolución liberal y restauración borbónica» de Hilda Cabrera, «La España barroca» de Horacio Salas, «La España borbónica» de Héctor Tizón y «La España isabelina» de Mónica Soto.
Contar la historia viva y pequeña, sin mayúsculas, la historia menuda (como diría un clásico del XVII), la historia de nadie, de todos y de cualquiera, la historia menor de los nombres mayores de la Historia. He allí la tarea. Vuelvo al caso. Pensemos en la batalla de Lepanto. Es factible historiarla largamente y analizar la importancia que tiene la victoria de las armas cristianas sobre las musulmanas en ese momento de la historia y en ese punto del mar. Pero, en concreto, el día de Lepanto, la batalla interesó a un puñado de hombres. El resto de los cristianos y los musulmanes cumplieron una jornada muy parecida a la anterior y a la posterior. El estruendo y el humo de la guerra cubrió un espacio muy reducido. A lo largo del mundo, los hombres marchaban a sus tareas, comían y bebían (no todos, claro), se enfermaban, padecían, se curaban, morían de manera más o menos patética, hacían el amor, se resguardaban del frío, construían su casa, cambiaban de lugar de habitación, temían, odiaban y amaban, creían en ciertas cosas, mantenían esperanzas, derogaban ilusiones. Junto a la marcha ruidosa de los corceles enjaezados para la guerra, muchos silenciosos arados roturaban la tierra. Y en todos ellos estaba depositada la calidad de la historia humana.
Esa es la historia que nuestra colección pretende narrar. Pero no para exaltar el hecho mínimo porque es mínimo, sino tratando de leer en él el sentido que lleva todo el tejido del histórico acontecer. Otro ejemplo. Sabemos que en el siglo XV la repostería y la dulcería tienen en España un gran desarrollo. Años después nos lo demostrará Ruperto de Nola en un texto clásico. Los nobles comen alguna fruta verde antes de los alimentos cocidos, dulces después de los platos de resistencia y aún se llevan bandejas con gollerías a sus habitaciones privadas. Sus dientes mascan un exceso de hidratos de carbono, se carean, hieden, caen. En su auxilio, los ingenios de la corte preparan fórmulas de dentífricos y dientes postizos de almástiga y marfil. Lo sabemos por Enrique de Villena, ya en el siglo XIV. Esto narrado sin más, es mera curiosidad. Pero ¿por qué esta dieta, que aún va contra ciertos consejos bíblicos? Los moros han sido desplazados de casi toda la península. El azúcar viene de lejos y es cara. Sólo mucho después se plantarán cañas en Málaga. Comer dulce es prestigioso, por la escasez del producto. En la boca desdentada y, a menudo, sucia, de los hidalgos ricos, se sintetiza toda la guerra contra el infiel y lo primitivo de la agricultura intensiva en la España medieval. Los casos podrían multiplicarse hasta el infinito.
No menos innumerables son las fuentes que tiene ante sí la historia informal. Ninguna es desdeñable. Al contrario, las que están un tanto al margen son preferibles. Las crónicas, en lo que tienen de narración del hecho presenciado. Los libros de viaje, aún con todos los prejuicios, el impresionismo y la ligereza que tienen los viajeros. Los epistolarios y memorias personales. Las correspondencias de los avisadores profesionales, auténticos padres del periodismo: Pedro Mártir de Anglería, Jerónimo Barrionuevo, José Pellicer. Las aleluyas y los pliegos de cordel. Los pasquines. Y qué decir del periodismo, desde el siglo XVIII en adelante. Pero, sobre todo, los márgenes del periodismo de «gran acontecer»: la columna de sucesos, las páginas de moda, los anuncios de publicidad, con los cuales es factible construir toda una microsociología. Y la literatura, lisa y llana.
Esta manera de narrar la historia, aunque no cuenta con una obra de conjunto, tiene antecedentes monográficos en la historiografía española. He allí el brillante estudio de Carmen Martín Gaite sobre el amor en el XVIII, los «Rincones de la historia», aspectos medievales estudiados por Gabriel Maura, los libros de Deleito y Piñuela sobre el tiempo de Felipe IV, el de Sánchez Albornoz sobre la ciudad de León en la Edad Media, ciertos momentos de los tomos sobre Carlos II del mismo Maura, los ensa-



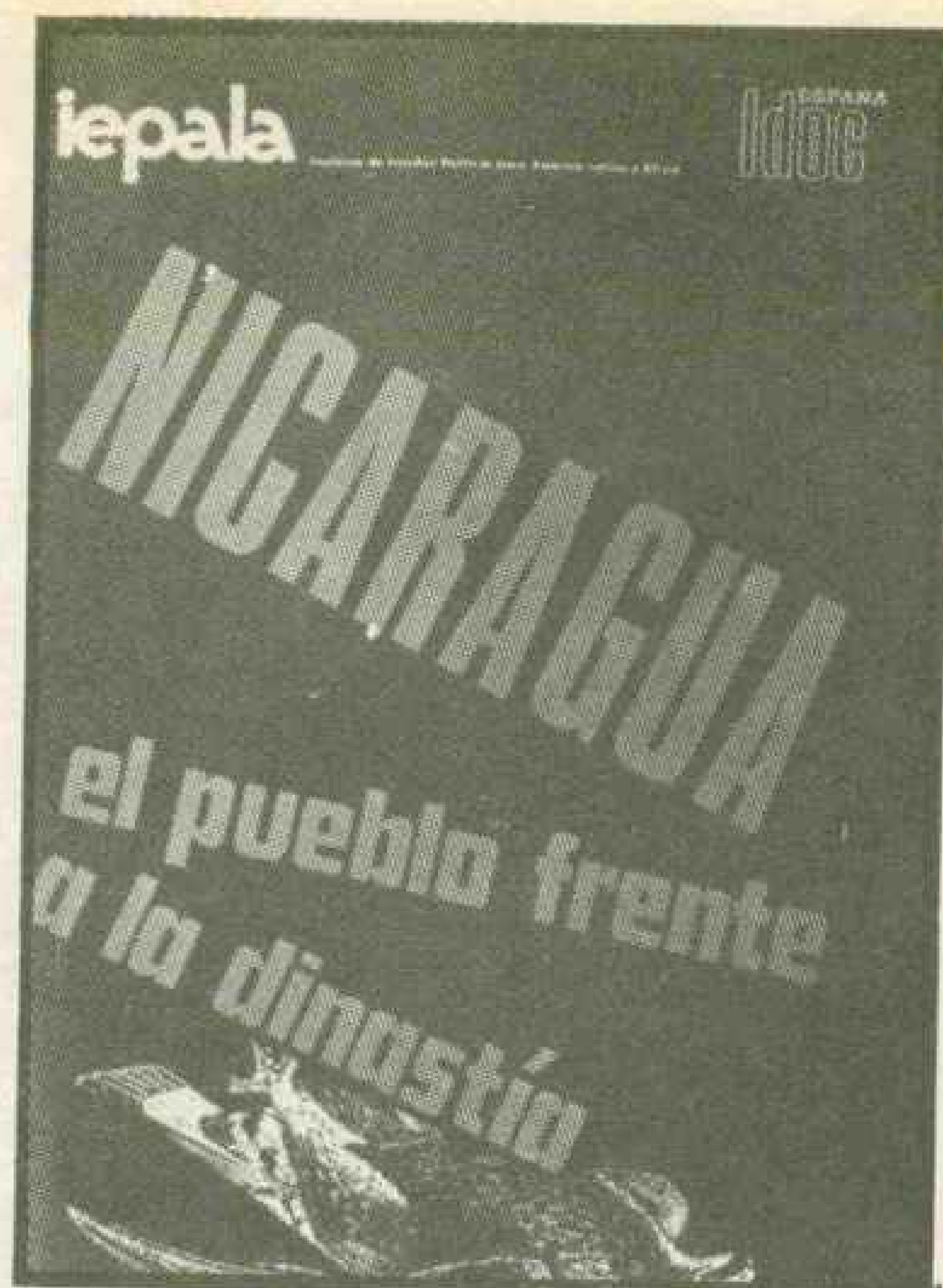
yos de biología histórica de Gregorio Marañón sobre Enrique IV y de Gonzalo Moya sobre Pedro el Cruel, más todo el costumbrismo y la evocación que se quiera, con sus limitaciones pero también con sus aciertos de color y frescura. Y la novela histórica, centrada en la crónica colosal y la rebusca minuciosa de detalles en los «Episodios nacionales» galdosianos.

El director y muchos de los colaboradores de «La historia informal» somos hispanoamericanos. Esto merece dos palabras. En principio, por entender que la historia de España, sintetizada en el conquistador, hasta el momento de la conquista, pasa a ser un componente de nuestra propia historia. Luego, porque el espacio histórico es común durante los siglos del imperio español en América. Por fin, porque muchos componentes hispánicos siguen protagonizando la vida de las «repúblicas» durante gran parte del siglo XIX, aun después de la independencia. Y, si cabe, porque el modelo de fondo para construir la obra es iberoamericano, pues se trata de la trilogía sobre la historia brasileña («Casa grande y senzala», «Sobrados y mucambos», «Orden y progreso») del brasileño Gilberto Freyre. La historia de nuestra informal historia, en manos de los lectores, dirá el resto. ■ **BLAS MATAMORO.**

NICARAGUA

Los recientes acontecimientos de Nicaragua —las huelgas y manifestaciones, la intervención guerrillera, la represión gubernamental y el «restablecimiento de la situación», cuando ya algunos cantaban la caída del régimen somocista— han puesto de actualidad la realidad de este pequeño país centroamericano de ajetreada historia contemporánea. El IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y Africa), que tiene en su haber estudios sobre el Sahara ex español, Brasil, El Salvador, la Iglesia latinoamericana, Sudáfrica, etc., acaba de publicar, oportunamente, un análisis exhaustivo sobre Nicaragua (1).

En la línea de sus anteriores «cuadernos», el equipo del IEPALA describe en primer lugar la base geográfica, la composición étnica y la estructura social de la población.



Pasa luego a la historia económica y a la situación actual de la economía: la agricultura oligoproductora (café, azúcar, algodón, banano), típicamente colonial; la industria, apenas esbozada; un comercio apenas desarrollado, todo ello en manos de Estados Unidos, y, naturalmente, de la familia Somoza.

Más «actual», a causa de los recientes acontecimientos, es el análisis de la situación política, la herencia colonial que condicionó la evolución posterior; el intento de Sandino, frustrado, en los años 30, con el consiguiente afianzamiento de la dinastía somocista; el surgimiento de una oposición organizada entre los años 40 y los 50, destacando el Frente Sandinista de Liberación Nacional, protagonista de los recientes intentos. Finalmente, el terremoto de 1972, momento en que culmina la corrupción del régimen, y en el que éste inicia su deterioro, que culmina a su vez en 1978, luego artificialmente detenido.

La última parte, la menos conocida del lector español, la forma el estudio de la penetración ideológico-cultural estadounidense a través de los medios de comunicación y de las instituciones educativas; el del papel de la Iglesia católica nicaragüense, que ha pasado de una actitud conservadora a una radicalización ideológica que, salvo excepciones revolucionarias, limita con el reformismo.

El punto final lo pone un capítulo sobre la violación de derechos humanos en Nicaragua. Hay que añadir algunos apéndices: «El poder económico de los Somoza»; «Principales inversiones extranjeras»; «Lo que fue Solentiname» (un intento frustrado de movilizar a una comunidad campesina); y una «Carta del padre Gaspar García Laviana». ■ **C. A. C.**

(1) **Nicaragua, el pueblo frente a la dinastía** *(IEPALA, Madrid, 1978).*

APOGEO Y CRISIS DEL «MODELO» PERUANO

A partir de los supuestos teóricos e ideológicos que condicionan toda interpretación del acaecer histórico e, inexorablemente, con mayor fuerza aun aquellos acontecimientos que son contemporáneos del observador, José Deniz (1) examina —de manera casi descriptiva— los aspectos más significativos del período que comienza, en Perú, el 3 de octubre de 1968, cuando los militares ponen fin al gobierno constitucional de Fernando Belaúnde Terry. El general Velasco Alvarado, que asumía la presidencia de la república secundado por un equipo ministerial integrado por militares, anunciaba, casi inmediatamente, la implantación de un modelo «nacional, humanista, cristiano, socialista y antiimperialista». Se iniciaba, entonces, una experiencia que los sectores más progresistas de Iberoamérica examinarían, durante cierto tiempo, en actitud expectante.

La última etapa de la democracia representativa había entrado, en el país, en una fase de insostenible crisis política, económica y financiera. Perú no escapaba, en líneas generales, al esquema que se venía acentuando a escala continental y que presentaba frecuentes picos de conflictividad. Por consiguiente, el golpe militar protagonizado por un grupo de generales y coroneles en el país andino, poco agregaba de original a la historia conocida. Pero se convirtió inmediatamente en novedad cuando se advirtió que no se trataba de un cuartelazo «clásico» y que no respondía a consignas derechistas, aunque, nadie lo ponía en duda, la actitud de las fuerzas armadas no era unánime. Era asimismo claro que la dirección a recorrer por el proceso estaría alejada de cualquier ideología marxista. Respondiendo al amplio abanico formado por el pensamiento de los oficiales que se unían en esta etapa, las propuestas para una definición ideológica de la «vía peruana» a transitar en el futuro se deslizaban desde la democracia parlamentaria hasta el

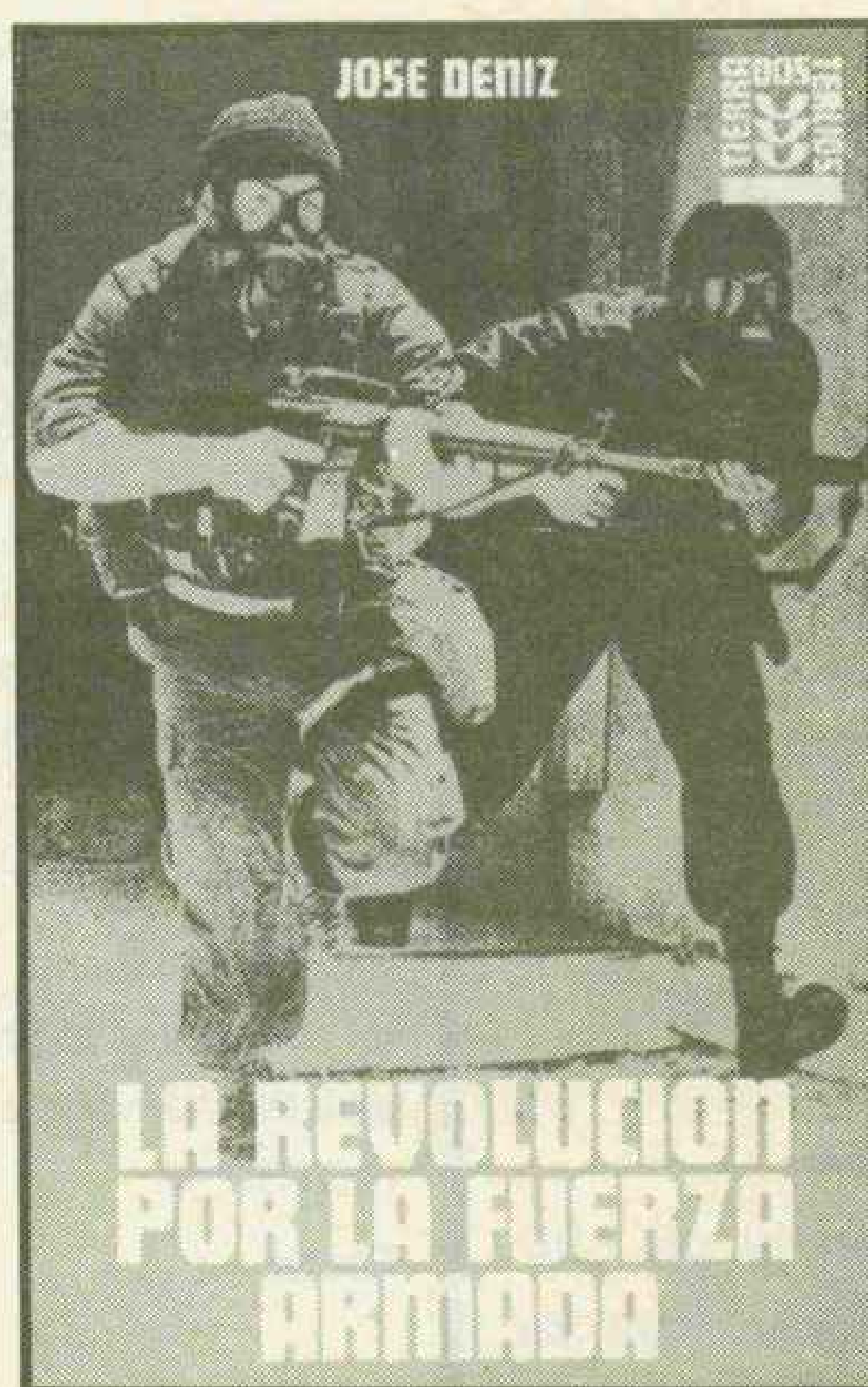
(1) *José Deniz,* **La revolución por la fuerza armada,** *Ed. Sigueme, Salamanca, 1978.*

socialismo, con matices que llegaban a la autogestión. Finalmente, sería ensayado un camino intermedio entre la izquierda y la derecha. Justamente los pasos primeros: ataques a la oligarquía tradicional, denuncia antiimperialista, nacionalizaciones, Ley de reforma agraria seguida de expropiaciones y adopción de una actitud «tercermundista», concitaron el máximo interés de los observadores, que comenzaron entonces a interrogarse acerca de sus posibilidades de éxito, métodos, alianzas y, en definitiva, su futuro. La obra de José Deniz ensaya realizar una evaluación de esta experiencia durante el período 1968-1977, puesto que el proceso, si bien ha entrado en crisis, no puede considerarse, históricamente, clausurado.

El proceso, nos señala el autor, tiene dos etapas: 1968-1975, y la que se abre a partir de la caída de Velasco Alvarado y el ascenso de Francisco Morales Bermúdez a la presidencia. Durante la primera, incluso, puede distinguirse una fase inicial, que parecía destinada a producir un cambio profundo en la estructura tradicional de la sociedad peruana, así como a la definitiva emancipación de las presiones que ejercían las multinacionales sobre la economía del país. Nacionalización de compañías extranjeras —entre ellas la International Petroleum Company—; expropiación de grandes haciendas agrícolas que se pusieron en manos de los trabajadores estimulando la autogestión; control, por parte del Estado, de las principales actividades económicas; ley de Estabilidad laboral, etc. Todo ello bajo las presiones de Wáshington cuando se cumplen expropiaciones como La Brea y Pariñas, o como las tierras de Cerro de Pasco Corporation.

Las influencias de los Estados Unidos se hacen sentir en el otorgamiento de los créditos **stand by** que Perú solicita al FMI, o los préstamos pedidos al BID. La nacionalización de la International Petroleum Company torna aún más amenazante la actitud norteamericana, e incluso se habla de supresión de la ayuda militar: «Durante el gobierno del general Velasco se expropian un total de 17 empresas norteamericanas de más de medio centenar instaladas en el país. Pero la política de los Estados Unidos no se limita a estas durezas y al bloqueo financiero. Junto al garrote, esta política se combina con otra más flexible». Los préstamos, finalmente, comienzan a llegar. La deuda externa es refinanciada; pero asciende: 788 millones de dólares en 1968 y 2.165 en 1974. El país, nos relata Deniz con cifras impresionantes, nunca gozó de tanto crédito; no obstante, se produce una contracción de la inversión privada nacional y la dependencia financiera de Perú aumenta en términos hasta entonces desconocidos

Comienza entonces la segunda fase del período de Velasco Alvarado; marcada por el aislamiento de las grandes compañías multinacionales, por la crisis energética, la recesión de la economía internacional, que tuvo fuertes repercusiones sobre el sector exportador peruano básicamente primario y el fracaso de la reforma agraria. Por otra parte, el gobierno se había embarcado en la carrera armamentista, sometido como estaba a tensiones regionales que eran un factor de exaltación nacionalista en varios países limítrofes. Así, las bases de apoyo popular que Velasco se había creado durante la primera época, comenzaron a retirarse de sus filas al cundir el desencanto entre los grupos sociales que las integraban.



En el mes de agosto de 1975, un cambio producido por los militares lleva al sillón presidencial a Morales Bermúdez. A partir de entonces el programa, concebido en sucesivos documentos desde 1968 —«Manifiesto de la Junta Revolucionaria», de octubre de ese mismo año; «Plan Inca», de 1974; «Bases ideológicas de la Revolución Peruana», de febrero de 1975—, es desplazado por medidas de austeridad sumamente severas. La situación interna, caótica desde el punto de vista económico; el endeudamiento externo, imposible de soportar para los recursos nacionales; todo ello entregó nuevamente al gobierno al Fondo Monetario Internacional y sus exigencias. Este exigía garantías, seguridad y control de la economía, en pocas palabras: nuevamente la dependencia. «Para un economista y profesor universitario peruano —nos dice el autor— quien rige la moneda de un país rige también su economía». Y, en tanto que el FMI tiene un papel rector en relación con la moneda del país, «estamos, pues, gobernados por el FMI». Agrega que «se está endeudando el país, no con la finalidad de aumentar las inversiones, sino con el objeto de cubrir gastos corrientes». Estas palabras corresponden al año 1977. En ese mismo año la deuda externa peruana superaba los 4.000 millones de dólares; a finales de 1978 sus cifras estaban cercanas a los 9.000 millones: la situación no podía ser peor.

Pese a todo, se había logrado cierta transformación estructural. El propio Deniz señala cada uno de los sectores económico-sociales en que estos cambios se materializaron. El problema, entonces, reside en indagar si estos logros habían alcanzado suficiente profundidad: la respuesta es no. La reforma agraria, por ejemplo, desarticula relaciones existentes y son sustituidas por otras: «Ahora bien, no por ser reforma agraria estructural deja de ser capitalista. Es erróneo pensar que toda transformación estructural no es capitalista. Siguen siendo, y hoy más que ayer, las leyes capitalistas de mercado las que hegemonizan y regulan la estructura socio-económica del país». Y esta conclusión, desde luego, explica en buena parte la crisis del modelo peruano: «Una nueva estructura capitalista se va implantando en el Perú. No es una mera modernización de lo ya existente. Es una nueva fase del desarrollo capitalista que implica un ordenamiento económico-social nuevo. Y donde el Estado adquiere un rol protagónico y central, caracterizando su capacidad interventora y gestora esta modalidad de desarrollo». La obra, puede advertirse, es rica en sugerencias sobre esta experiencia histórica hispanoamericana. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

NUMEROS ATRASADOS DE TIEMPO de HISTORIA:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: ....

(los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11 se hallan agotados). El importe total del pedido de ....Pts. (100.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. .... a: «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174. Estafeta Oficial, Madrid».**
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Contra reembolso.**

NOMBRE Y APELLIDOS ....
DOMICILIO ....
TELEFONO ....POBLACION ....D. POSTAL ....
PROVINCIA ....PAIS ....

BOLETIN DE SUSCRIPCION TIEMPO de HISTORIA:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre ....
Apellidos ....
Edad .....Profesión ....
Domicilio ....
..........Teléfono ....
Población ....D. Postal ......
Provincia ....País ....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de ....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º .... a «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.

Sr. director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)
....
Domicilio de la Agencia ....
..........Población ....
Titular de la cuenta ....
....
Número de la cuenta ....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha ....

Atentamente
(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.075	1.005
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.545	1.540
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.545	1.925
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.545	2.215

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

TIEMPO DE HISTORIA

INDICE

(números 26 al 50)

TEMAS

INDICE GENERAL

En este índice, todos los artículos o textos publicados se encuentran incluidos, en principio, en el país, tema y época histórica correspondiente. En los temas, se distingue, en los casos en que se ha estimado necesario, entre los referentes a España y los generales o concernientes a los demás países. Bajo el epígrafe HISTORIA UNIVERSAL —que incluye todos los textos no relativos a España— aparecen, en primer lugar, los artículos generales o que abarcan más de dos de las épocas en que se halla dividido. En el epígrafe ESPAÑA, se incluyen —a continuación de los artículos generales y de los que afectan a más de dos épocas— los referentes al tema, divididos en varios períodos. Por otra parte, los comentarios de las secciones de Libros, Cine. Teatro y Debate llevan el indicativo correspondiente cuando están clasificados fuera de la misma. Los artículos de los diversos conceptos siguen el orden cronológico de publicación, con excepción de los subepígrafes «títulos» (dentro del epígrafe CINE) y «Autores» (LIBROS y TEATRO), que siguen un orden alfabético.

NOTA DE EDITORIAL

En el número correspondiente al mes de ABRIL (número 53), se publicarán las secciones Indice de Personajes e Indice de Autores, que complementan este Indice General de los números 26 al 50.

INDICE GENERAL

Epígrafes y subepígrafes (excepto países, salvo España)

El presente Indice ha sido realizado por Fernando Tafalla Cartagena.

INDICE GENERAL

A

CINE

Títulos
Por orden alfabético
(Relación de films comentados)

COLOMBIA

COLONIALISMO

COMUNISMO

España

CUBA

CH

CHECOSLOVAQUIA

CHILE

CHINA

CHIPRE

D

DERECHO Y SOCIEDAD

España

E

ECONOMIA

España

EDUCACION Y CULTURA

España

Restauración y Dictadura (1874-1931)

II República y Guerra Civil (1931-1939)

Postguerra

ESPIONAJE

ESTADOS UNIDOS

EUROPA

EXILIADOS ESPAÑOLES

F

FASCISMO (v. NAZISMO)

España

FEMINISMO (v. MUJER)

FILOSOFIA

Antigüedad y Edad Media

Edad Moderna - Revolución Francesa

Siglo XIX - Revolución Soviética

Entreguerras

II Guerra Mundial

Mundo Contemporáneo

HUNGRIA

I

IFNI

IGLESIA (v. INQUISICION)

España

S

T

NUMEROS PUBLICADOS DE TIEMPO de HISTORIA

N.º	Mes y año	TEMA	Autor
1	Dic.-74 (Año I)	OCTUBRE 1934: LA REVOLUCION DE ASTURIAS	David Ruiz
2*	En.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: MITO O REALIDAD	José A. Ferrer
3*	Fe.-75 (Año I)	REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LA LIBERACION DE PARIS	Eduardo Pons Prades
4*	Mar.-75 (Año I)	DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA	Eduardo de Guzmán
5*	Ab.-75 (Año I)	PABLO IGLESIAS	Enrique Tierno Galván
6*	May.-75 (Año I)	SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO	Eduardo de Guzmán
		HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA	A. Garrigues Walker
7*	Jun.-75 (Año I)	LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA	Guillem-Jordi Graells
8*	Jul.-75 (Año I)	1929-30: ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA	Francisco Caudet
9*	Ag.-75 (Año I)	1869-1946: LARGO CABALLERO	Rafael Alberti
10*	Se-75 (Año I)	CADIZ, 1812: EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA	Eduardo de Guzmán
11*	Oc.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: SIGLOS XIX y XX	José A. Ferrer Benimeli
12	No.-75 (Año I)	LA AVENTURA DEL EXILIO; ESPAÑOLES EN LA PRISION DE EYSSES	Alberto Fernández
13	Di.-75 (Año II)	INDALECIO PRIETO: ENTRE LA REPUBLICA Y EL SOCIALISMO	María Ruipérez
14	En.-76 (Año II)	LA ERA DE FRANCO	Ramón Tamames
		LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI	Bertolt Brecht
15	Fe.-76 (Año II)	LAS CRISIS DEL COMUNISMO	Fernando Claudín
		¿POR QUE CORRES, ULISES?	Antonio Gala
16	Mar.-76 (Año II)	LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA	Enrique Miret Magdalena
17	Ab.-76 (Año II)	VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA	
		TIERRA DE ESPAÑA	Ernest Hemingway y Jori Ivens
18	May.-76 (Año II)	1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL	Manuel Tuñón de Lara
19	Jun.-76 (Año II)	NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.	Miguel Angel Molinero
20	Jul.-76 (Año II)	LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN EL 18 DE JULIO	Fernando Claudín
21	Ag.-76 (Año II)	ESPAÑA, DEL PASADO AL FUTURO	Watson, Malefakis, Marichal y Lowenstein
22	Se.-76 (Año II)	LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA	Dolores Ibarruri
23	Oc.-76 (Año II)	AZAÑA: «ESPAÑA HA DEJADO DE SER CATOLICA»	José Manuel Gutiérrez Inclán
24	No.-76 (Año II)	DURRUTI: UN REVOLUCIONARIO NATO	Ignacio G. Iglesias
25	Di.-76 (Año III)	LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA	Teófilo Ruiz
26	En.-77 (Año III)	LA AMNISTIA EN ESPAÑA	Enrique Linde Paniagua
27	Fe.-77 (Año III)	LA MUJER BAJO EL FRANQUISMO	Geraldine M. Scanlon
		—INDICE NUMEROS 1 AL 25—	
28	Mar.-77 (Año III)	LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS	Sergio Vilar
29	Ab.-77 (Año III)	GUERNICA	Gérard Brey, Indalecio Prieto
30	May.-77 (Año III)	HISTORIA DEL P.C.E.	Pilar González Guzmán
31	Jun.-77 (Año III)	FEDERICA MONTSENY: UNA ENTREVISTA CON LA HISTORIA	Colectivo «Febrero»
32	Jul.-77 Año III)	LA REPUBLICA EN EL EXILIO (1939-1977)	José A. Ferrer
33	Ag.-77 (Año III)	LA FUNDACION DE LA F.A.I.	Antonio Elorza
34	Se.-77 (Año III)	LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA	Vidal, Martín, Sáiz Viadero, Rodríguez
35	Oc.-77 (Año III)	CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA	Pierre Vilar
		LA REVOLUCION DE OCTUBRE	E. Pons Prades, María Ruipérez
36	No.-77 (Año III)	EL «CHE» GUEVARA	Teófilo Ruiz Fernández
37	Di.-77 (Año IV)	LISTER: LA DEFENSA DE MADRID	
		EL «TESTAMENTO» DE JOSE ANTONIO	José M. Gutiérrez Inclán
38	En.-78 (Año IV)	LA MUJER EN EL NACIONALISMO VASCO	Antonio Elorza
		ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL	José Monleón
39	Fe.-78 (Año IV)	LOS CARLISTAS EN LA GUERRA DE ESPAÑA	Josep Carles Clemente
		ULTIMA ENTREVISTA CON FAL CONDE	J. C. C.
40	Mar.-78 (Año IV)	STALIN Y SUS FANTASMAS	Eduardo Haro Tecglen
41	Ab.-78 (Año IV)	LA CEDA Y LA II REPUBLICA	José R. Montero
		EDWARD MALEFAKIS	María Ruipérez
42	May.-78 (Año IV)	EL MAYO FRANCES	José M.ª Solé Mariño
		TRES MARTIRES	Cipriano Rivas Cherif
43	Jun.-78 (Año IV)	GOYA	José M.ª Moreno Galván
		JORGE ELIECER GAITAN	Ricardo Dessau
44	Jul.-78 (Año IV)	LENIN, PASO A PASO	Ricardo Muñoz Suay
		ARTOLA	María Ruipérez
45	Ag.-78 (Año IV)	DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA AL QUINTO REGIMIENTO	Manuel Carnero
		GABRIEL JACKSON	María Ruipérez

* Agotados.

Si desea algún número atrasado de TIEMPO DE HISTORIA puede solicitárnoslo utilizando el cupón que se publica en la página anterior.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Paloma Fernández-Quintanilla

Los salones de las "damas ilustradas" madrileñas en el siglo XVIII



La duquesa de Alba
(Oleo sobre lienzo de Goya, 1795)